This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

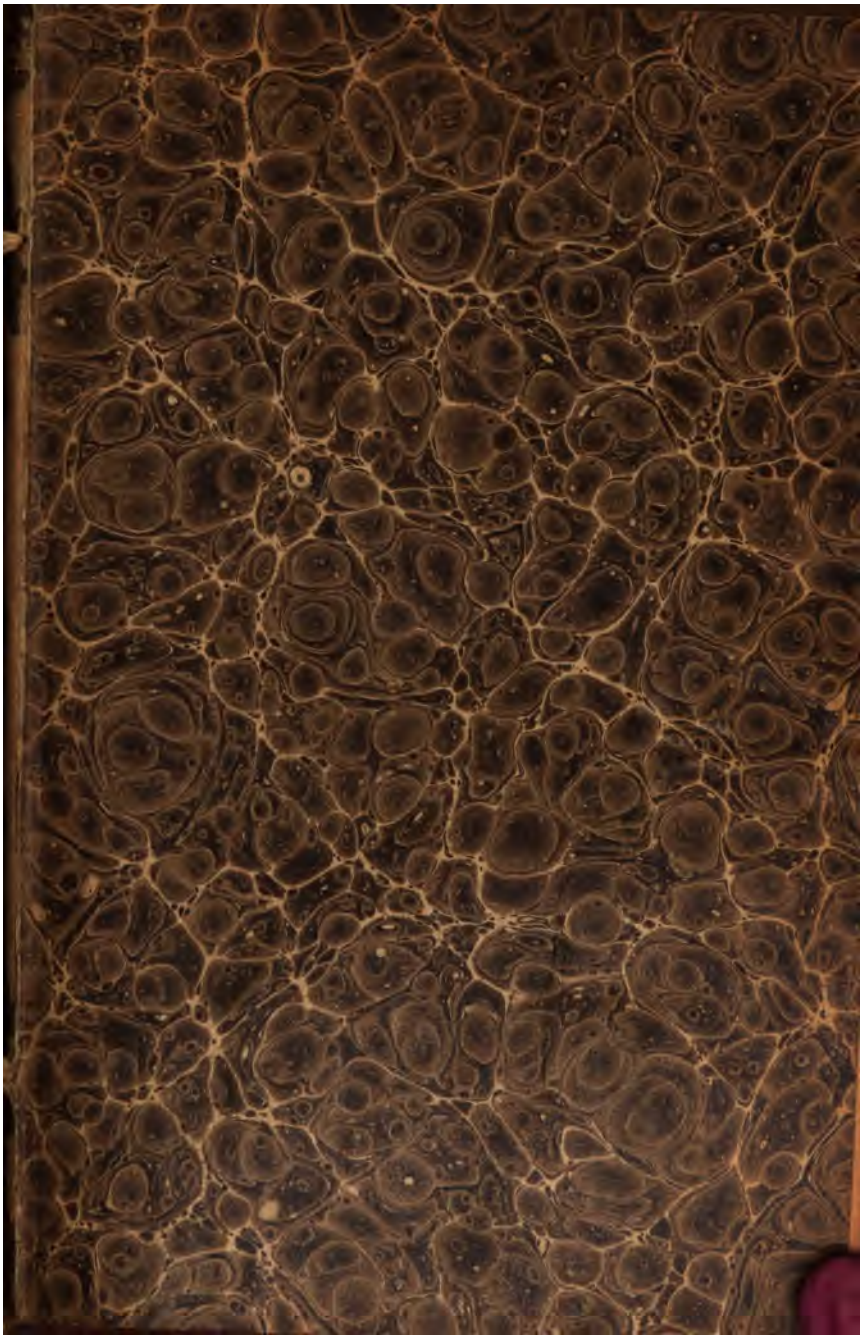
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 464668

1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



965
L511

CAPULETOS Y MONTESCOS

LUIS M.ª LOPEZ ALLUE

Capuletos y Montescos

NOVELA

DE

COSTUMBRES ARAGONESAS

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2
—
1900

ES PROPIEDAD—DERECHOS RESERVADOS

MADRID, 1900.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4

CAPULETOS Y MONTESCOS

I

Aquel día, veintiuno de Junio, con un cielo despejado y transparente, donde centelleaban los rayos solares, y con alientos de tibio aire del Sud, hizo el estío su entrada triunfal en el somontano alto-aragonés.

La temperatura confirmó los vaticinios de calendarios y almanaques. Caso verdaderamente singular y extraordinario en esta tierra, donde las bruscas y extremadas variaciones atmosféricas parecen que se complacen en burlar á los astrónomos y en llevar la contraria á las estaciones.

Derramaba el sol torrentes de luz sobre los vericuetos, valles y hondonadas que rodean á Escuarve. Sus resplandores de deslumbrante claridad reverberaban como en bruñido acero al quebrarse en las escarpadas y lustrosas rocas calizas

que rematan las cumbres de las montañas con los recortes y labores de flamígera crestería gótica.

Abajo, en los llanos, donde las tierras de sedimento favorecen el cultivo, las mieses que, ya en sazón, inclinaban sus espigas de oro, recortadas de trecho en trecho por hileras de verdes y frondosas vides, parecían anchas franjas de brocatel orladas de esmeraldas y tendidas á los pies de las ingentes sierras. Entre las raquíticas matas de romero y de amarillento boj, única vestidura de la cadena de montañas que al Norte limitan el horizonte, retorcíanse y trepaban calcinadas y polvorientas sendas, cuyas blanquecinas curvas se perdían al escalar las cumbres ó al hundirse en las simas y por la esponjosa y rojiza tierra de las laderas extendían las vides los delgados y nudosos sarmientos, profusamente vestidos con el verde ropaje de sus pámpanos.

Ráfagas de bochorno cálido, húmedo y pegajoso, como evaporaciones de un mar en ebullición, agitaban suavemente las copas de los olivos, que, al acompasado vaivén de las ramas, mostraban los tonos obscuro y plateado de sus estrechas y escaroladas hojas.

Nota discordante en aquel concierto de luz y de colores era Escuarve, pequeño lugarejo de los muchos que pueblan las estribaciones de las sierras de Guara y de Gratal, montón de misérrimas casuchas construídas con adobes ó piedras sin labrar, y de corrales cercados con tapias de

arcilla apisonada, una mancha, en fin, terrosa y obscura, entre los amarillentos y verdosos tonos de los viñedos y de las mieses extendidas á su alrededor. En el centro de Escuarve alzaba la iglesia su estezada mole, y junto á ella, el campanario su rígida silueta, cuyos elevados ventanajes dábanle apariencias de un Argos que, con ojos desmesuradamente abiertos, velara noche y día por las mezquinas viviendas agrupadas á sus pies.

Todo era quietud y silencio durante aquellas horas de la siesta en el lugar. Las puertas y ventanas cerradas á cal y canto, como única defensa adoptada por los vecinos contra los rigores del sol... No se oía una voz, únicamente el bochorno, entre sus caliginosas bocanadas, traía del monte y esparcía por las calles solitarias y tristes el prolongado y monotono sonsonete de las cigarras ó los ecos apagados y confusos de la jota, que, como alivio y contrarresto de los ardores estivales y las fatigas del trabajo, cantaban á coro los segadores en los campos vecinos con tono acompasado y cadencioso.

Sonaron las tres en el reloj de la torre. De un mezquino zaguán, cuya desvencijada puerta al abrirse lanzó herrumbroso chirrido, salió una mujer vestida con falda de indiana, sucia y llena de remiendos, alpargatas atadas con trencilla negra sobre la media azul y sin más prenda de medio cuerpo arriba que una camisa de lino, recia y mugrienta, ceñida por el corsé ó cotilla

de anchas hombreras. Se adelantó hasta mitad del arroyo seguida de su hijo, chicuelo de nueve á diez años, tan moreno y sucio como su madre, pero más ligero de ropa que ella, pues sólo traía la camisa, un pantalón obscuro de patén con rodilleras de pana y alpargatas abiertas que, en ausencia de los calcetines, descubrían la roña de los pies. Colgada de los hombros con una liza llevaba una bolsa de merino negro, la cual contenía un Epítome de Gramática Castellana, un Compendio de Historia Sagrada, una Doctrina Cristiana, una Aritmética y un mendrugo de pan moreno. Levantó la madre el brazo y, señalando con el índice al extremo de la calle, dijo al chico con imperioso acento:

—¡A la escuela, volando, y no me hagas perder la pacencia!

—No me da la gana—contestó el muchacho moviendo el cuerpo de un lado á otro y con la cabeza baja hasta apoyar la barba sobre el pecho.

—¡Pillo, granuja, repillo!—exclamó la mujer encolerizada. Y ¿por qué no te da la gana... condenau, endino más que endino?

—Porque dice mi padre que me trai más conmenencia trebajar que aprender de letras, y aún que usté no quiera, me escaparé al campo á dar gavillas.

—Pues aunque lo diga tu padre, que merece más palos que tú por charrador, y aunque lo mande la mesma presona del rey, irás á la escue-

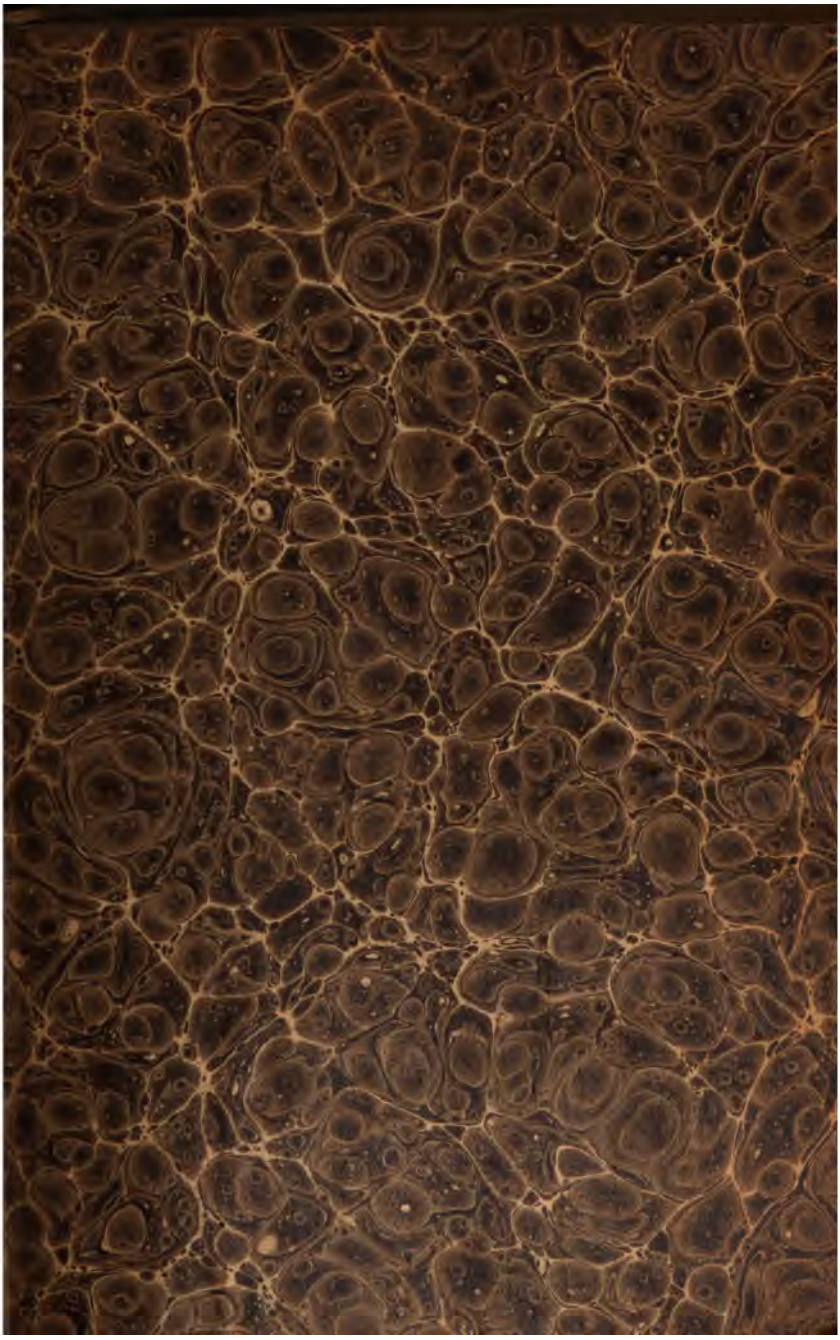
la ú te quitaré el pellejo... y basta pa conversación.

Efectivamente; no habló más la mujer. Asió, hecha un basilisco, del brazo al rapaz, quien, al verse tan bruscamente contrariado, comenzó á llorar y patear de coraje; y, así á remolque unos ratos ó arrastrado por el santo suelo otros, con el aditamento de algunos mojicones y pellizcos, fué conducido de un extremo á otro de la calle hasta llegar á la plaza.

Ya no hubo menester aquí la madre de más esfuerzos para reducir á su hijo á la obediencia, pues convencido sin duda de la inutilidad de sus lloriqueos y patadas, la siguió humildemente al compás de mal reprimidos sollozos, con hosco y ceñudo semblante, en cuyas mejillas se dibujaban rosados surcos abiertos por las lágrimas al arrastrar la porquería.

Ocupaba la escuela parte de la planta baja de un edificio destinado á Casa-ayuntamiento, Juzgado municipal y habitación del maestro. Una puerta de agrietados paneles daba acceso desde el patio al local destinado á la enseñanza. Era éste un salón, ó mejor, un sótano rectangular, húmedo, bajo de techo, escaso de luz y, por ende, no muy sobrado de ventilación. Las paredes, enjabelgadas de cal, desaparecían casi por completo bajo la triple hilera que formaban los carteles de lectura, de caracteres un tanto borrosos á causa del continuo ludir de los punteros; las láminas de Historia Sagrada, que, con los tonos más abiga-

1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



CAPULETOS Y MONTESCOS

desafío debía verificarse en una de las eras próximas al pueblo ó en la plaza de la iglesia, sus compañeros de sección apostaban entre sí, henchidos de entusiasmo, unos por el grueso y pequeño y otros por el alto y nervioso. Los que defendían á éste ponderaban su astucia y habilidad para enroscarse y echar la zancadilla á su contrario en la lucha y los defensores de aquél enumeraban las riñas y pedreas en que había salido vencedor merced á sus fuerzas y á su bravura.

En el corro inmediato no dominaban por entonces los temperamentos guerreros y belicosos, antes al contrario, el tráfico y el comercio absorbía la atención de los chiquillos: dijérase que reflejaban la cultura y las costumbres de las modernas edades. Era el caso que uno de ellos vendía en pública subasta cuatro docenas de *santos,* que así denominaban á otras tantas cartulinas recortadas de cajas de fósforos. Aquello era un artístico álbum de edificios notables de todas las naciones, fotografías de reyes, príncipes, generales, actrices, toreros y bailarinas. Por una moneda de cinco céntimos, bastante roñosa, tanto que al vendedor le hizo vacilar antes de cerrar el trato, cedió catorce á otro compañero de sección, después de largo y porfiado regateo por ambas partes. A Jaime le dió siete á cambio de la mitad del mendrugo de pan que guardaba en el bolso. Otro chico le ofrecía una navajita con mango de nácar por dos docenas de santos, pero á condición de elegir los que más le gustasen. No hubo cambalache

porque al vendedor le pareció demasiada ganga semejante pretensión.

Los del grupo inmediato, que se ejercitaban en las operaciones aritméticas, se entretenían pintando muñecos en la pizarra, celebrando al mismo tiempo la ocurrencia con palmoteos y espasmos de alegría. Así, en cada sección era muy distinto el motivo que les alejaba de sus deberes, pero en todas igual el vocerío y alboroto.

Un chiquillo de rostro simpático, de guedejas rubias y nacarado cutis, aunque sucio y mal vestido como los demás, dormía profundamente sentado en el suelo, con la cabecita apoyada en el banco de una mesa, sin que lograra interrumpir su sueño todo un enjambre de moscas que por su faz, bañada en sudor, corría y se solazaba. Había algunas tan indiscretas que se le metían por los oídos; otras, con más valor que prudencia, traspasaban los entreabiertos labios y salían después de pasearle á sus anchas la lengua y el paladar, y otras, en fin, tan golosas, que se acercaban á la nariz del chiquillo y, entrelazando después las dos patitas delanteras, frotábanlas con rapidez vertiginosa, como demostrando el inmenso gozo que experimentaban con tan dulces y sabrosas libaciones.

Acostumbrado ya el maestro á semejante bullicio, seguía escribiendo la sentencia sin dar señales de enojo ni de molestia alguna. Cuando empezó á redactar el «fallo», obedeciendo á la costumbre de imponer silencio, tantas veces prac-

ticada en el ejercicio de su profesión, golpeó la mesa con la salvadera. Los chicos se ordenaron en sus respectivas secciones como movidos por un resorte, al rumor estridente y continuado vino á reemplazar el monotono silabeo de los que aprendían á leer y la enumeración de provincias ó límites de naciones; pero á los cinco minutos, mientras el maestro subrayaba las palabras «fallo que debemos condenar y condenamos», volvieron los chiquillos á las andadas y á enseñorearse la anarquía en el templo de Minerva.

Terminada la sentencia, impuso nuevamente silencio á sus discípulos, y disponíase á bajar de la plataforma para inspeccionar las secciones, cuando apareció en la puerta un hombre alto, de unos cincuenta años de edad, cetrino de color, enjuto de rostro, de ojos azules y plateado cabello. Vestía el recién llegado á uso del país: calzón negro de merino, medias de hilo del mismo color, ancha faja ó ceñidor de estambre azul por encima del chaleco y borceguíes de recia suela. Llevaba la chaqueta suspendida del hombro izquierdo y en la mano negro sombrero de anchas alas.

A la vista del nuevo personaje exclamó un chiquillo:

—¡Uy!... el siñó Jose de la Retora.

—¡Rediez, el alcalde!—gritó otro llevándose el puño á la boca.

Y cuando el alcalde ó el señor José, que así se llamaba y ese cargo ejercía en el pueblo, penetró

en el local, le saludaron á coro los muchachos diciendo con voces atronadoras:

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida—contestó aquél; y dirigiéndose al maestro preguntó:

—¿Se-pué dentrar?

—Adelante—contestó el profesor.

II

Entró el alcalde en la escuela, dejó el sombrero en la mesa, la chaqueta sobre la barandilla que cercaba la plataforma, sacó de la faltriquera un pañuelo de cuadros azules y de los pliegues de éste, que fué desdoblando poco á poco, una carta que puso en manos de D. Cándido, diciéndole:

—Entérese de estas líneas que recibí anteayer y así que las haya leído hágame el favor de escribir la contestación que tengo discurrida.

Dicho esto apoyó los dos codos sobre el pasamanos y se quedó contemplando al maestro:

—¡Pero hombre!—replicó éste—¿por qué no me la envió al instante y ya estaría la respuesta en su destino.

—Quería traerla yo mesmo en presona, pa que naide se entere de mis asuntos; pero con estos ahogos de la siega ni tiempo me queda pa comer.

—Grave será el asunto cuando tan secreto quiere usted llevarlo—replicó don Cándido, mientras frotaba suavemente los cristales de sus gafas con la faldilla de la mesa.

—Ya se lo pué figurar, cuestión de elecciones.

—¡Demontre!—exclamó el pedagogo mirando á su interlocutor con espanto.—Y, yo que no pensaba en tales zarandajas.

Guardó silencio algunos instantes y después le preguntó con ansiedad:

—Pero... ¿cuál es la contestación que tiene usted discurrida?

—Los negocios se comienzan por el principio... lea la carta y después le daré mi sentir.

Para don Cándido la palabra *elecciones* envolvía algo de siniestro y fatídico. Aquel pequeño pliego de papel que desdoblaba con manos trémulas le parecía el nuncio de próxima tormenta, preñada de truenos y relámpagos.

La carta decía así:

«Sr. D. José Avenilla, Alcalde constitucional de Escuarve.

Muy respetable señor y considerado amigo mío:

Obedeciendo á los expresos mandatos del ilustre jefe del partido liberal, he decidido presentar mi nombre como candidato á la diputación á Cortes por ese distrito en las próximas elecciones generales.

El programa del partido político á que tengo la honra de pertenecer, es la única garantía de la justicia, el orden y el progreso, tan necesarios para la prosperidad de nuestra desdichada patria De ahí que se alisten bajo nuestras banderas y militen á nuestro lado todas las personas de reconocida posición é influencia.

A falta de merecimientos personales que me hagan digno de aspirar á tan alta representación, séame permitido invocar uno, que deben tener muy en cuenta los que defiendan mi nombre. Soy aragonés, soy nacido en esa hidalga y noble región y unido á ella por vínculos tan poderosos é indisolubles como son los de la sangre, me haría acreedor á toda clase de vituperios y censuras si, una vez investido de la más alta representación nacional, no consagrase todas mis actividades y todas mis fuerzas á la defensa de los intereses morales y materiales de la tierra que me vió nacer.

Habida cuenta, pues, la supremacía de mi credo político sobre el de los demás partidos, así como el arraigo y simpatías que tan merecidamente disfruta usted en ese distrito, no *abrigo la duda* de que ha de honrarme interponiendo su influencia con los amigos de ese pueblo en pro de mi candidatura.

De usted afectísimo amigo y s. s. q. l. b. l. m.

Enrique de la Sotonera.»

Quedó el maestro pensativo, después de leer las anteriores líneas: el alcalde continuó mirándole sin pestañear, y los chiquillos proseguían la huelga viendo tan ensimismado á su preceptor.

A la sagrada invocación de la tierra que le vió nacer, hecha por el candidato liberal en su carta, unía don Cándido en sus reflexiones el recuerdo de haber leído en un periódico con motivo de un *meeting* regionalista que había dos patrias; la pa-

tria grande y la patria chica, la nación y la región. Por cierto que le pareció muy razonable y hasta armonioso este deslinde; y, sin entrar en más averiguaciones, aplaudía en su fuero interno que un hijo de Aragón, por el solo hecho de serlo, aspirase á representar á su madre pequeña en las Cámaras legislativas.

Respecto á las consecuencias de aquella epístola eran muy distintos sus pensamientos.

La presentación de un candidato liberal, mandando los conservadores, envolvía una amenaza para la tranquilidad pública de Escuarve y esto le contristaba, no por Escuarve, sino por la secretaría del Ayuntamiento, cargo que desempeñaba sin interrupción alguna desde el año setenta y siete.

Hechas estas reflexiones y guiado por la curiosidad, preguntó al alcalde mostrándole la carta:

—Y ¿usted de qué conoce á este buen señor?

—¡Pero hombre, si es el abogau que tengo en Madrid para mi pleito!

—Ya me pareció en cuanto ví su firma que no me era desconocida.

—Con el padre de este don Enrique,—continuó el señor José,—he tenido mucha conocencia. Era uno de los primeros cosecheros de aceite de la ribera del Cinca y cuando yo andaba en tratos por esos mundos de Dios, en su casa entraba como en la mía propia y, ni las bestias ni un servidor, pagábamos un rial de popilaje.

—Ya está despejada la incógnita—le interrumpió Don Cándido.

—¿Qué es eso de la inconita?—preguntó algo escamado el otro.

—Quiero decir que ahora me explico porquê nombró usted abogado á don Enrique cuando el asunto del pleito fué á Madrid.

—¡Claro!—repuso el de la Retora,—y por causa del pleito no tengo más remedio que buscarle votos.

—De modo y manera—exclamó el maestro, apoyando los codos sobre la mesa y con la carta extendida entre sus manos,—que le contestaré en estos ó parecidos términos.

Aquí se detuvo unos segundos, rebuscando en su magín ideas y palabras adecuadas á personaje de tan altas prendas y tan bien relacionado como lo era indudablemente aquel don Enrique en opinión de don Cándido. Hecho este pequeño escarceo intelectual continuó así:

—Que... «hallándose usted conforme en un todo con el credo político que sustenta y defiende el ilustre jefe del partido liberal dinástico y que, habida cuenta los precarios tiempos que corren para la agricultura en este desdichado país y la necesidad de que hombres nacidos en él y que al amparo de la moralidad, la justicia, el orden»...

El señor José, que escuchaba abriendo acompasadamente los ojos y la boca á medida que el otro ensartaba su discurso, no tuvo paciencia para esperar hasta el final y le atajó, exclamando bruscamente:

—¡Quiá, hombre, quiá! Usted se ha equivocau!

Si á mí ni los partidos ni los gubiernos me han de dar veinte riales el día que me hagan falta; ni quiero aprender más credos ni salves que los que me enseñaba mi madre cuando era yo como estas creaturicas. Dígale usted—continuó dando una palmada sobre los recibos de la contribución—que sí desde ahora hasta el día de las votaciones, la audencia de Madrid ú el menistro ú... quien sea, me da el monte de las Ripas libre y franco, y sin puerta abierta pa más pleitos y cuestiones, le guardaré todos los votos que pueda atrapar en el destrito.

No disimuló don Cándido la contrariedad que le produjeron estas palabras. Asunto de tal naturaleza debía tratarse, en su concepto, desde muy elevado punto de vista y más aún si á esta consideración se añadían la calidad del candidato y los altos ideales encomendados á su defensa. Así, pues, le replicó con cierta parsimonia:

—No me parece del todo mal aprovechar esta ocasión para recordarle el interés grandísimo que usted tiene por la pronta y favorable solución del pleito; pero reflexione que á estas personas por la posición social que ocupan, por su talento, y por sus méritos indiscutibles no se las puede tratar con tanta franqueza...

—Ya lo entiendo,—interrumpió el señor José.—Quiere usted decir que estos personajes de la Corte son pájaros que vuelan muy alto. Pues bueno, si quieren favores y hacer tratos conmigo, que se alcuercen las alas que, como sé pocas letras, den-

de que nací me arrastro por el santo suelo y... no digo más.

—Está bien—repuso don Cándido, allanándose á las pretensiones de su jefe.—Redactaré la contestación como usted desea y la llevaré á su casa para que la firme.

—Pues no hay más que hablar por lo presente—exclamó el de la Retora calándose el sombrero y echándose la chaqueta sobre los hombros.

Se levantó don Cándido, dió una fuerte patada sobre la tarima y al mismo tiempo dirigió altanera mirada á las secciones. Enmudecieron los chiquillos repentinamente... y alcalde y secretario cruzaron por el local en medio del profundo silencio que aquél hizo surgir, como por encanto, con la suela de su alpargata.

A punto estaban ya de despedirse en el soportal de la escuela, cuando don Cándido detuvo al señor José y, dirigiendo la mirada á un caserón de aspecto señorial alzado frente á ellos y al extremo opuesto de la plaza, le preguntó:

—¿Sabe usted si doña Rufina tiene algún compromiso para las próximas elecciones?

Hizo el señor José un mohín de desagrado y contestó:—No sé nada; lo único que puedo asegurarle es que no me fío de ella y pa que no me coja la delantera desde hoy escomenzaré á pedir votos y apalabrar la gente.

Don Cándido que, á toda costa quería convencerse á sí mismo de la imposibilidad de una guerra intestina, le replicó:

—No tenga usted cuidado; bastantes quebraderos de cabeza le atosigan con atender á su hacienda, que va de mal en peor: además, para que haya lucha, es preciso otro aspirante.

—Y ¿eso qué importa?

—Pues ¿no ha de importar?—contestó el maestro admirado de la simplicidad del alcalde.—¿A quién vota ella, ó mejor dicho, los suyos, si no hay más candidato que don Enrique?

—Al cura, con tal de llevarme la contraria,—replicó el señor José no menos admirado de la inocencia del maestro. En fin, usted verá como tendremos jaleo en el pueblo. Con que... lo dicho, dicho,—terminó alejándose de la escuela,—y quédese con Dios, señor maestro.

III

Con Él quedó don Cándido y con el disgusto que le produjeron las últimas palabras del alcalde. Y á fe que tenía motivos para sentirse apesadumbrado.

Contaba á la sazón cincuenta años de edad, pocos más de veinte en el desempeño del magisterio de Escuarve y otros tantos de vida tranquila y hasta regalada, aunque para tal profesión este vivir parezca en España descomunal contrasentido.

Como Atila según lo pinta Saavedra Fajardo, era don Cándido de mediana estatura, pero trabada y robusta. De cara redonda ojos verdes, ancha y remangada nariz, carnoso y vuelto el labio inferior, por el que asomaba rala y careada dentadura y espeso bigote recortado hasta el nivel de la boca.

Aunque resobados y mugrientos era el único que vestía en Escuarve pantalón y chaqueta. Usaba alpargatas cerradas y como los pantalones á causa de las rodilleras quedaban un palmo más arriba de los calcañares, andaba enseñando otro

tanto de los calcetines. Un gorrillo de terciopelo azulado y raído encubría su recia y encrespada cabellera. Para los días festivos y las grandes solemnidades guardaba su mujer, doña Nieves, bien plegadito en el estante de una alacena con olorosas manzanas, eficacísimo remedio contra la polilla, magnífico terno de paño negro y lustrosa pátina, botas de charol, sombrero hongo anticuado y grande como una cúpula, blanca y almidonada camisa y corbata de raso azul formando lazo.

Había nacido don Cándido en la provinca de Teruel en la que desempeñó á raíz de los cambios políticos de 1868 por vez primera su profesión.

Accidentada y borrascosa fué su vida durante aquellos años de aprendizaje en el magisterio y en el difícil arte de vivir con lugareños. Dió en la flor de sentirse liberal y republicano furibundo precisamente en el país que más adeptos contaba á la sazón el partido carlista. Tan manifiesta disparidad de opiniones proporcionó á don Cándido tales disgustos y tales fueron las zancadillas que le armaron sus convecinos por francmasón, republicanote y hereje y otros epítetos de este jaez, que al fin decidió abandonar aquella región para vivir en otra donde pudiese orearse á sus anchas con la *refrigerante brisa de la libertad.* Acompañado de doña Nieves emprendió el éxodo en busca de la tierra prometida. Cruzó el Ebro por el puente de piedra de Zaragoza y no paró hasta lo más agreste del somontano alto-aragonés comarca que

siempre ha gozado de universal renombre y fama por su odio á los partidarios y defensores del absolutismo.

Allí don Cándido, hizo un alto en su modo de pensar y un cuarto de conversión en su manera de vivir; y ora porque holgaba la propaganda de sus ideas políticas en aquella región, ora porque los años apagaban el calor de sus ideas revolucionarias, ora porque las cuatrocientas cincuenta pesetas de sueldo, retribuciones y casa franca cubrían sobradamente sus necesidades cotidianas, el caso es que en Escuarve dió de mano á liberales y carlistas para consagrarse única y exclusivamente al reposo de su ánimo y á la satisfacción de sus necesidades corporales. Y como por otra parte le gustaba el país y el carácter de sus habitantes, se dedicó con especial cuidado á cultivar el trato y la amistad de sus convecinos; y así, sirviendo á unos y halagando á otros, sin contrariar á ninguno, acabó por ganarse el cariño y el aprecio de todos. Merced á esta conducta metióse de hilo en todos los ramos de la Administración y con tal habilidad supo explotarla que por aquel entonces desempeñaba en Escuarve los cargos siguientes:

Maestro: cuatrocientas cincuenta pesetas, retribuciones y casa.

Secretario del Ayuntamiento: trescientas pesetas.

Secretario del Juzgado municipal: los honorarios.

Recaudador de los impuestos, contribuciones y

alcabalas que pagaba el distrito, con su correspondiente premio de cobranza.

Depositario de las inscripciones intransferibles del ochenta por ciento de propios.

Redactor de los expedientes en que se alegaban exenciones para el servicio militar: honorarios de diez á veinticinco pesetas, según la fortuna del solicitante.

Idem de las *papeletas* de citación á juicio verbal de faltas ó actos de conciliación: una peseta de honorarios, amén de las que devengaba en el juicio.

Abogado consultor de las cuestiones judiciales y extrajudiciales del distrito y de los pueblos aledaños. Además de esto don Cándido dictaba y hasta ejecutaba los acuerdos del Ayuntamiento, en cuyo libro de actas firmaban los ediles como en un barbecho. El hacía el reparto de las contribuciones territorial, industrial y urbana y de los impuestos de consumos y cédulas personales; él solo, como se ve, ejercía los poderes legislativo, ejecutivo y judicial del distrito, sin que esta absorción produjese los peligros y trastornos en la vida local que, según los estadistas ocasionaría en las naciones regidas por el sistema representativo: en una palabra don Cándido Rubielos podía exclamar parodiando á Luis XIV: «el municipio soy yo.»

Hasta la fecha él solo también había dirigido las elecciones del distrito y por cierto con tal habilidad que nunca sintieron en Escuarve las fatales consecuencias de las modernas y constitucio-

nales behetrías. El procedimiento para esto era tan sencillo como ingenioso y mañero. Vaciaba el censo en favor del candidato ministerial, fuese quien fuese, y así, el gobierno quedaba satisfecho, el candidato agradecido, el pueblo sosegado y orgulloso el maestro.

Motivos le sobraban, como se ve, para vivir ufano y contento al insigne pedagogo de Escuarve.

Su cultura muy superior á la de cuantos le rodeaban y el recuerdo de los pasados sinsabores, hiciéronle tomar en aborrecimiento las rivalidades y enconos políticos de la madre patria; y, elevándose su espíritu sobre el nivel de esas miserias intestinas, se dedicaba con preferencia al estudio y solución de los más graves conflictos europeos. La política internacional era su obsesión, por raro contraste con las prolijas nimiedades de su oficio.

¡Cuánto se crecía y cómo se esponjaba los domingos y días festivos cuando, después de misa, y formando corro en la plaza de la Iglesia con las personas más conspícuas del lugar, si no lo impedía el tiempo, disertaba acerca de *la* Francia, *la* Inglaterra, *la* Rusia, *la* Italia ó de los pensamientos é intenciones de los más famosos estadistas europeos. Traía, llevaba y barajaba nombres de naciones y de políticos, con la misma familiaridad y desparpajo que los que él inscribía en las listas electorales del distrito.

La amistad franco-rusa parecíale muy suficien-

te para contrarrestar la triple alianza y mantener el equilibrio europeo; «pero sospecho—decía al tratar esta cuestión con acento profético—que el Czar no jugará limpio y á cartas vistas: la Francia se entrega con demasiada buena fe en brazos del ruso y quiera Dios que no le cueste su infelicidad otra pitanza como la Alsacia y la Lorena». Hay que advertir que don Cándido hacía fervientes votos porque los franceses se indemnizasen del descalabro de 1870.

No estaba conforme con que la media luna se enseñorease todavía de parte de nuestro continente: «*la* Turquía—exclamaba—es una mancha caída en el oriente de Europa.» Igualmente le indignaba el reparto de la *infeliz Polonia*, pero á quienes aborrecía de muerte era á los ingleses. La cólera encendía su rostro al nombrar la *pérfida y rubia Albión*. Trataba á Inglaterra de hipócrita, farsante y egoísta, porque de todos los conflictos internacionales salía gananciosa, mientras las demás naciones se destrozaban entre sí.

Según don Cándido debían unirse todos los pueblos europeos, desembarcar un fuerte y numeroso ejército en las costas británicas para que hiciese riza y estrago por todas sus islas y repartirse después bonitamente sus millones y tesoros. «Aunque á nosotros—exclamaba muy compungido—nos dejarían como siempre, á la luna de Valencia... ni siquiera nos darían como botín de guerra el peñón de Gibraltar.

Algunas veces se permitía descender, armado

con las aceradas armas de la crítica hasta la gestión financiera de nuestros ministros de Hacienda y terminaba siempre su discurso diciendo, con la solemnidad y el énfasis del que recita un apotegma:

—Ó se hacen economías, ó caminamos á la ruina.

—Güeno está eso—contestaba alguno de los del corro—pues si ahorran los menistros ¿cómo han de comer los vagos y los pillos que campan por las ciudades?

Y cuando por este camino de la hacienda daban con el exceso de los tributos, quedaba el maestro apabullado bajo el peso de proposiciones como esta ó parecidas á esta.

—En España debíamos de afusilar á los gubiernos pa ver si desta manera rebajaban la contrebución á los labradores».

En punto á los gastos públicos la legislación de clases pasivas era el blanco de las censuras de don Cándido. Casi la odiaba tanto como á los ingleses.

—¿A cuánto creerán ustedes—decía un domingo á su auditorio—que asciende en los presupuestos votados en las Cortes el capítulo referente á las clases pasivas?

Y, sacando después de leve pausa la *Gaceta de Madrid* de uno de los insondables bolsillos de su chaquetón, prosiguió:—¡A sesenta y cuatro millones de pesetas! Fíjense ustedes bien en lo que he dicho y repito... sesenta y cuatro millones de

pesetas... Yo no miento, señores, aquí están los números, y al mismo tiempo agitaba el periódico ante los ojos de su oyente. Después se revolvía airado contra las Cortes que permitían esa inmoralidad, pues según él, inmoralidad y despilfarro grandísimos entrañaban esos millones destinados solamente al fomento de la ociosidad y la holganza.

Pero... ¡oh volubilidad de los hombres y mudanza de los tiempos! Ese odio, esos apóstrofes y esos ataques, cesaron el día en que un ministro de Fomento concedió á los maestros de escuela derechos pasivos. Desde entonces parecióle aquella legislación, aunque allá adentro, muy adentro y á la luz de su consentido egoísmo, la más justa, la más razonable y la más equitativa de cuantas habían emanado de los poderes públicos.

La clase baja y jornalera del pueblo murmuraba de don Cándido como administrador de los bienes comunes. Unos porque les cobró tanto de más en el reparto de consumos; otros porque los sentenció contra ley y justicia en juicio verbal ó de faltas; otros porque se comía bonitamente el presupuesto; todos, en fin, le ponían como digan dueñas, pero todos, en cambio, practicaban el *laissez faire laissez passer* de los fisiócratas y por esto y porque contaba con la protección de los primeros contribuyentes, alguno de los cuales tenía su trapo no muy curioso entre los polvorientos legajos del archivo municipal, no se curó jamás de aquellas censuras y continuó viviendo tran-

quilo y dichoso en el pleno uso y disfrute de la secretaría y el magisterio con sus adehalas correspondientes. Mas el diablo que nunca para y que todo lo añasca, venía á turbar ahora la plácida existencia del asendereado maestro con motivo de la carta suscripta por don Enrique de la Sotonera: de ahí su pesadumbre y disgusto al despedirse del alcalde en el portal de la casa-escuela.

IV

La casa del señor José de la Retora, primera autoridad civil del distrito municipal de Escuarve, no se distinguía á pesar de la jerarquía de su dueño por sus grandes proporciones, construcción sólida, heráldico escudo ni por ninguno de esos detalles más ó menos arcáicos que muestran en otras viviendas la ilustre prosapia ó vasto patrimonio de sus moradores.

Un arco de medio punto, bajo y estrecho, con puerta de una hoja daba acceso desde la calle al patio de la casa. Sobre la puerta una ventana en la que, á los cristales, sustituían encerados de blanco lienzo. Dos balcones, uno á cada lado de ventana, sin repisas y con balaustradas de madera, formaban los huecos del primer piso y, en el segundo y último, cuatro rejas correspondientes á los graneros. Sin embargo de ser el edificio de humildes apariencias su dueño tenía fama de rico propietario entre todos los pueblos de la comarca. Respecto al origen de tales riquezas se dividían las opiniones y fantaseaban á su gusto aquellos

lugareños rehacios siempre á convencerse de que el trabajo, el ahorro y la buena administración, son la más segura base del capital.

Decían los maldicientes, con el secreto y las salvedades propias del caso, que el padre del señor José tomó parte en el famosísimo robo del anciano cura de Hibirque, suceso que produjo honda emoción en toda la comarca, más que por la audacia de los malhechores por lo cuantioso del botín, pues certificaban los mejor informados que, la repartición del oro y plata robados al cura se hizo, para no perder tiempo, con un almud y sin protestas acerca de la igualdad distributiva. Lo que hasta la fecha continúa envuelto en el misterio es, el número de almudes que correspondió á cada uno de los agraciados.

Aseguraban otros, por conjeturas muy verosímiles, que el padre del señor José, cuando la primera guerra civil y obligado por los cabecillas del Pretendiente, Torres y Mombiola, condujo dos mulos cargados con maletas atiborradas de oro. Dichos jefes, así como las partidas que mandaban, fueron atacadas de improviso por las tropas isabelinas en la sierra de Rodellar. El conductor de la tentadora carga aprovechó la confusión de la refriega para esconderse, sin soltar el ronzal de las caballerías, entre las malezas de un profundo barranco. Cuando cerró la noche y se hubieron alejado isabelinos y carlistas éstos perseguidos y aquéllos perseguidores, salió el conductor de su escondite y emprendió el regreso á Escuarve,

donde antes de amanecer, descargaba y ponía á buen recaudo las maletas del dinero.

También murmuraban algunos que al abrir un nuevo lagar en su casa, el señor José halló dos tinajas rebosando peluconas.

Aunque tan peregrinos encuentros de manos á boca con valijas ó tiestos henchidos de oro, fuesen no más que meras invenciones de murmuradores y envidiosos, nada había de extraordinario ni sobrenatural en las riquezas de Avenilla. Heredó de su padre, pocas, pero buenas tierras de labor, una regular cantidad en metálico, que la dedicó sin abandonar el cultivo de su patrimonio á la compra y venta de aceite y trigo, con tan buena estrella que, en pocos años, acrecentó considerablemente la hacienda y el capital.

Era el señor José un hombre activo, trabajador, económico y apegado al terruño. Se levantaba con el alba, se acostaba después que todos dormían y, exceptuando esas pocas horas de reposo, su vida era un continuo movimiento: ya en la bodega abriendo la espita del tonel para llenar de vino las botas de los mozos de labranza; ya en el granero envasando el trigo para conducirlo al molino; ya en la cocina distribuyendo pan á los jornaleros; ya en la cuadra presenciando la operación de dar pienso á las caballerías; ya en el corral embelesado con el recuento de los corderos ó las ovejas: en todo estaba y á todo atendía con solicitud y previsión infatigables.

Aquella fiebre de acaparar, unida á su tempe-

ramento nervioso y menguada cultura, agriaron su carácter y le volvieron impertinente, gruñón y descontentadizo.

Era rey absoluto en su casa, donde á propios y extraños medía con el mismo rasero y trataba con igual acritud; y, como aragonés de buena cepa, también tenía sus puntos y ribetes de socarrón y marrullero. En las épocas de recolección su actividad y sus violencias no tenían límites y muchas veces, á serle posible, hubiera detenido al sol en su carrera hasta ver encerrado el trigo en el granero, el aceite en las pilas ó el mosto en los lagares.

Entre las máximas y aforismos del señor José, respecto á la administración de sus intereses, figuraba en primera línea: «no hay mejor ahorrar que no gastar»; y, sin haberlo oído en su vida, practicaba al pie de la letra este otro de allende los Pirineos: *Tant vaut l'home tant vaut la terre.* De su padre referían que, al añadir una moneda de oro á las muchas que guardaba en un zurrón de badana, solía murmurar por lo bajo: «un grano no hace granero, pero ayuda al compañero»; de ahí que los vecinos de Escuarve al comentar las tacañerías del hijo, dijesen por su cuenta: «de padres zoquetes, hijos mendrugos» y también: «por donde salta la cabra, salta el cabrito».

Era además el señor José sobrio en el comer, descuidado en el vestir, fuerte de temperamento y sufrido aunque no resignado en las contrariedades. Ni le agobiaban los calores del estío, ni ha-

cían mella en su acerada naturaleza los cierzos heladores y punzantes del invierno.

Su mujer y su hijo mayor, Pablo, le ayudaban con igual voluntad y casi con tantas energías en esa incesante labor de *barrer para adentro*.

Ella, *la dueña de la Retora*, como la llamaban en Escuarve, era humilde por temperamento y educación, económica y hacendosa. Acostumbrada á las intemperancias de su marido, le oía reñir y amenazar sin inmutarse, más aún como si fuese un procedimiento eficaz y corriente para la buena administración de la casa. Aportó al matrimonio una dote insignificante, comparada con la hacienda de los Avenillas y, según la doctrina del país, mujer que consigue pescar gangas de esta naturaleza, bien puede sufrir y resignarse ante las genialidades y extravagancias de su marido.

Pablo, guapo mozo de veintidós á veintitrés años, famoso tirador de barra y ágil jugador de pelota, salía de la fuerte y resistente veta de su padre, pero de carácter más apacible y tranquilo que éste, de quien era más que hijo instrumento fiel y ciego de sus mandatos.

También es cierto que el señor José jamás consintió en su casa ni más voz ni más voto que los suyos y acaso esta limitada y férrea autoridad paterna, fuesen causa de las exiguas iniciativas del hijo.

El hermano menor de Pablo había cumplido diecisiete años y estaba á punto de terminar el último de Filosofía en el seminario de Jaca. Desde que vino al mundo concibió su padre el pro-

yecto de dedicarlo al sacerdocio. Recordaba que algunos labradores del país lograron conservar íntegras sus haciendas, gracias al apoyo del hijo ó hermano cura, quien al levantar los brazos al cielo en la celebración de la misa, simbolizan á los ojos de los suyos, la horcadura y los dos jabalcones de la casa que los vió á todos nacer; y como el señor José en punto á doctrinas utilitarias daba quince y raya al mismísimo Bentham, sin consultar la voluntad de su hijo ni mucho menos cerciorarse de cuál fuese su vocación, y atento solamente á la prosperidad de sus intereses, reforzaba por este medio los sólidos cimientos de casa de la Retora.

Este apodo, pues el apellido Avenilla sólo figuraba en los documentos oficiales, remontaba su origen á la abuela del señor José, la cual fué recogida y educada por un tío suyo, cura montañés al que apellidaban sus feligreses el señor *Retor,* por Rector, acepción muy usual en todos los pueblos de la montaña; y por iguales ó parecidos motivos que el vulgo de mediados del siglo XV dió en apellidar la *Beltraneja* á la infortunada rival de Doña Isabel I de Castilla, el vulgo de principios del siglo XIX en el somontano alto-aragonés llamaba *la Retora* á la sobrina del párroco, la cual aportó á su matrimonio, además de la dote, aquel título que nada tenía de nobiliario, pero que no por eso dejó de vincularse en los Avenillas de Escuarve tan íntimamente como el ducado de Osuna, en los Téllez-Girón ó el de Medina-Sidonia, en los Pérez de Guzmán.

V

Pues señor, no tengo más remedio que aduyar á don Enrique en las votaciones..., nada, no hay escape... Antiparte con la cuenta y razón de que él me aduye en el atascadero de ese maldito pleito del monte, que si no por eso, enseguidica me enredaba en el embrollo de sacar deputaos... Además que no entiendo ni jota de pulíticas y en negocios que no estén bien sabidos ni pensaus que naide se meta, porque saldrá con las manos en la cabeza... ú en el bolsillo, que es algo peor... Y otra que te pego, la cuestión de acontentar á los... voteros ú como se llamen. Pero, lo dicho, no tengo escape y alante la procesión, que en los tratos con presonas el que no da miaja, con miaja le pagan». Con esta invertida y desaliñada aunque gráfica traducción del *do ut des, facio ut facias* de los jurisconsultos romanos, terminó el señor José los comentarios á la carta del candidato de oposición cuando llegó á su casa, después de la entrevista con el maestro.

Atravesó el patio, entró en la cuadra y, al acercarse á la pajera, que estaba completamente vacía,

dió al traste con electores y elegidos para refunfuñar por lo bajo contra el *mozo pequeño* cuyos eran los hombros obligados á transportar la paja para las bestias. Pasó de la cuadra al corral, extenso cuadrilongo cercado por sólidas paredes de tierra apisonada y puerta falsa de dos hojas; en un ángulo la sarmentera con abundante provisión de leña: en el otro y junto á una noria los dornajos de piedra en que abrevaban las caballerías. Se encaminó el señor José hasta el cobertizo donde, sujeta á la rueda de un *volquete,* balaba lastimeramente una oveja como presintiendo la proximidad del sacrificio; asióla de una pata, le tentó el rabo, después el lomo, la suspendió un instante entre sus brazos, torció la boca en señal de disgusto y se alejó de allí, exclamando:

—No está muy gorda la condenada... paice mentira siendo *machorra.* ¡Si estos pastores no valen cosa!... lo mismo da que encuentren el monte *cencero* como arrasau... pa San Miguel cruz y raya les daré la ausoluta.

Se dirigió después á la zahurda, no hizo más que alargar la cabeza encogiendo el cuerpo hasta ver la pila donde vaciaban la ración de los cerdos, y parándose por fin debajo de la fachada trasera de la casa que formaba uno de los lados del corral, gritó:

—¡Manuela!...

Salió á la ventana de la cocina una muchacha morena, abultada de pecho y con los brazos desnudos.

—Mande usted—contestó, enjugándose el sudor con el extremo de su delantal.

—¿Dónde está la dueña?

—Cosiendo.

—Y tú, ¿qué haces?

—Ahura remato de fregar.

—Eso es—replicó el señor José con mal reprimido coraje;—la dueña remendando trapos; tú rompiendo pucheros, y los cerdos sin pastura.

—Pero, siñor—agregó con humildad la sirvienta,—si no hace un menuto que vengo de llevar la merienda á los peones y no hi tenido tiempo...

—Habías de venir del infierno—interrumpió el señor José, cortando el hilo de las excusas á la muchacha. Y suavizando un poco el tono amenazador, le preguntó después:

—¿Cuánto les quedaba por segar?

—Seis ú siete fajos.

—Pues entonces baja al zaguán la llave de la bodega, un vaso y el jarro del vino.

Retiróse la moza de la ventana, y el señor José retrocedió con paso lento por el camino, andando hasta el portal de la calle. Empezaba el hombre á impacientarse por la tardanza de los segadores, á quienes esperaba en su casa á la hora de comer, para mandarlos á segar las mieses de otro campo.

—¡Repuñales!—exclamaba mirando al extremo de la calle,—dieciséis hombres de *corte* y no han sabido rematar el campo hasta medio día. Si me cogieran con diez años menos, ya les apretaría á

esos gandules. Pa mí que hacen el anillo á las *falcadas* con cinticas de seda como los ramos de flores que regalan las *mairalesas* á la Virgen.

En aquel momento llegó Pablo al portal, interrumpiendo con su presencia los comentarios de su padre.

—Vamos, hombre—dijo éste cuando estuvo cerca,—ya es hora.

—Pues no hemos estao mirando al cielo.

—¿Cuánto ha salido?

—Veinticuatro faginas y seis fajos.

—No es mucho pa aquella tierra.

Traía Pablo el sombrero de paja en la mano derecha, la chaqueta de hilo colgada del hombro izquierdo y desabotonada la pechera de la camisa, dejando al descubierto el amplio tórax, sobre el que se alzaba con gallardía escultural el cuello recio y musculoso y la cabeza de correcta modelación. Rubio como las espigas, de ojos azules, de nariz afilada y frente espaciosa que coronaban ensortijados rizos, era un mozo varonil y de arrestos, pero sin alardes ni presunciones de las fuerzas y de la exuberancia de salud y vida que la naturaleza le había prodigado. Seguían á Pablo los segadores, quienes al entrar exclamaban:

—Buenas tardes, nostramo.

—Buenas os las dé Dios.

Aquellos hombres, jóvenes en su mayoría, andaban con cierto desgarbo y dejadez en los movimientos, y algo encorvados, á causa de la violenta posición á que someten el cuerpo en aquella época

durante catorce ó dieciséis horas diarias. Ni en la fisonomía, ni en la estatura, ni en el perfil de todos ellos había notables diferencias. Parecían vaciados en un solo molde. Anchos de espalda, enjutos de rostro, de recia musculatura, de facciones salientes y angulosas y de piel rugosa, atezada y basta, como si el polvo de la tierra removida incesantemente con sus brazos de acero, se hubiese incrustado poco á poco en sus semblantes, hasta convertir la epidermis en una costra negruzca y terrosa. Carecían de tejido adiposo, eran todo huesos y nervios. La deficiente alimentación y el exceso de trabajo los había fosilizado en vida.

Mayor que en el tipo era la uniformidad en el traje. Abarcas sobre escarpines de lana; polainas de cuero; calzón obscuro de estameña ó de patén; *marinetas* ó calzoncillos de hilo azul y recia camisa de estopa; zamarro ó zahón de piel de oveja sin transquilar hasta las rodillas y sujeto á la espalda á modo de delantal; mangas de la misma piel hasta el codo; sombrero negro, duro y basto, redondo de copete y de ala estrecha y vuelta hacia la cara para defenderse de los rayos solares. En la mano derecha llevaban la corva y dentada hoz, y en la izquierda la *zoqueta* de madera á guisa de guante. Más que obreros del terruño en el siglo XIX, parecían remembranza de los almogávares. Nada faltaba para que la ilusión fuese completa: el zamarro, junto con el ancho calzón, semejaba el brial; las polainas, las calzas ó antíparas; el sombrero, la capellina; la hoz, la espada corta ó azcona, y el

calzado, el mismo que usaban aquellos indomables guerreros. Pero bien mirado, no es efecto solamente de óptica el parecido, que, al fin y á la postre, éstos son los descendientes directos de aquellos hombres que «alcanzaban en el combate el empuje poderoso del toro, la ligereza y cautela del tigre, la bravura del león y el rencor de la hiena» (1). La diferencia no consiste en los hombres ni en los trajes: es obra únicamente de los años.

—¿Están aquí todos? — preguntó el señor José á su hijo.

—Todos.

—Entonces—añadió aquél,—los que son de Escuarve que se esperen, porque les he de hablar unas palabras; y tú arrea con los forasteros á comenzar el campo de la Paul.

Se fué Pablo seguido de seis ú ocho; entró en la bodega el señor José con el jarro que había dejado en el patio la muchacha, y los segadores del pueblo, sentados unos en los poyos del zaguán y otros en los peldaños de la escalera, esperaron la vuelta de su amo. Poco tardó en aparecer éste por la puerta de la bodega, con el jarro rebosando vino en la diestra. Sabía muy bien el hombre á qué atenerse en cuanto á los gustos y aficiones de sus convecinos, y que para atraerlos y conquistar sus voluntades no había señuelo mejor que una pitanza de carne ó un vaso de lo añejo, como el que escanciaba en aquel instante con pulso firme,

(1) *La Campana de Huesca*, Cánovas del Castillo.

rojo como sangre de toro y vivo como la llama.

—Acercáos á beber—ordenó,—que lo primero... es lo primero...

Se levantaron del asiento los segadores con perezoso abandono yendo á formar círculo en el centro del patio. Alguno hubo que guiñó el ojo á su vecino, ya que no pudo decirle: «aquí hay gato encerrado». También ellos comprendían las máculas del señor José, y que no se permitía á humo de pajas tales y tan extemporáneos obsequios y prodigalidades. Uno de los segadores tomó el vaso de vino y lo apuró pausadamente de un solo trago; lo mismo hicieron los demás siguiendo el turno, de manera que acabó la ronda, y con ella el fortificante y delicioso mosto, que el jarro contenía. Limpiáronse los labios con el dorso de la mano, mientras carraspeaban de placer y como bravos mojones, á la cata del vino siguieron los comentarios de su calidad, conviniendo todos en que «por lo presente, no había cudiau de que se golviera vinagre, pues no tenía miaja de picardía..., limpio como el oro, güena la color, el gusto de boca como un bálsamo, y de grados, tantos ú más que un general».

Así que acabaron las alabanzas del vino, creyó el señor José que había llegado el momento oportuno de exponerles su pretensión, sin contar con que ya comenzaba á impacientarse, porque mientras bebían en su casa no segaban en sus campos.

—Es el caso—exclamó—que me ha escrito un abogau de Madrid, que es hombre de muchas lu-

ces, manifestando que se presenta diputau por este distrito. Como soy el Alcalde, y me corresponde mirar por la convenencia de todos, me ha paicido que por su saber y porque viene de casta de labradores, es una presona que ni pintada para el caso. Ya estáis al tanto de lo que quería deciros y al corriente de mis intenciones. No sus comprometáis con naide; desde ahora cuento con el voto de todos vusotros, y si algo necesitáis, aquí estoy yo para lo que os haga falta.

Quedaron mudos y como pensativos los segadores. Unos con la vista fija en el suelo y otros en los maderos del techo; todos parecía que rumiaban aquella inesperada petición.

Uno de ellos, al fin, rompió el silencio, preguntando:

—Pero... ¿habrá contras?

El señor José volvió con rápido movimiento la cabeza hacia el curioso elector, y mirándole de hito en hito le contestó:

—Me paice que no; pero aunque las haiga... á tú ¿qué te importa?

—Á mí, cosa, siñor—replicó algo azorado el aludido;—lo pregunto, porque si no hay contras, mejor pa él.

—Es claro, y mejor pa mí. Ya lo sabéis—continuó dirigiéndose á los demás,—que naide de vusotros me falte el día de las votaciones, pues yo sabré agradecer el favor como es de razón.

Asintieron más ó menos tácitamente los segadores á la exigencia del amo y salieron á la calle.

Mientras subían con perezoso andar la senda que les guiaba al campo de la Paul, trajeron á conversación el asunto de las elecciones.

Algunos de la cuadrilla estaban obligados al señor José porque en su hacienda trabajaban toda ó la mayor parte del año y á cuenta de los jornales recibían por adelantado dinero, trigo, aceite ú otros artículos de primera necesidad. Los restantes no tenían mucho que agradecerle y aunque no se negaron á su pretensión, «eso de votar á quien les mandaba, ya lo pensarían más despacio».

Evocaron á este propósito lo sucedido en la última elección verificada en Escuarve, en la que recibieron algunos electores quince pesetas por votar á un marqués ó conde, pues no sabían á punto fijo la calidad nobiliaria del aspirante á la más alta representación popular.

—¡Vaya una lifara la de aquel día!—exclamó uno—de carne no hay que hablar, á kilo por cabeza, y de vino hasta tocarlo con los dedos.

—En cambio el maestro—añadió otro—nos trató de enredadores, revoltosos y hombres sin concencia. Y miá tú que llamarnos enredadores ese tío, cuando sus acordaréis que votemos diecisiete al marqués ú lo que fuera, alleguemos al escutrinio y le salieron... dos papeletas... Pero como eso de votar es un embrollo de los ricos, ellos se lo apañarían que nusotros tan pobres semos ahora, como antes de la votación.

—Buen favor nos hizo Lorencico el tuerto—replicó un tercero—como es tan agudo ese conde-

nau, siempre que hay votaciones se espera á votar el último pa ver lo què cae: él nos avisó que repartían dineros, y por el aviso le daron cinco duros... Antiparte—añadió parándose en medio del grupo y bajando la voz—cuando el amo se mete á pedir votos, denguno me quita de la cabeza que lo hará con su cuenta y razón.

—Pues nusotros—interrumpió uno de ellos—ya tenemos la lección aprendida... votaremos los zagueros... y entonces al más dante.

Los independientes de la cuadrilla aclamaron por unanimidad el lema de *al más dante* ó mejor postor, muy ajustado á sus propósitos en las próximas elecciones y síntesis á la vez de sus teorías respecto al gobierno del pueblo por el pueblo.

Vencida la empinada senda por donde caminaban, llegaron al campo. Después de algunos preparativos, tales como torcer la cinta de la zoqueta, asegurar la del zamarro ó escupir en el mango de la hoz, pusiéronse en hilera junto á los que ya segaban, doblaron el cuerpo quedando suspendido de las piernas anchas y rígidas y empezó cada cual su fatigosa labor recortando en la mies un arco de derecha á izquierda con acompasado movimiento de brazos, extendidas las manos hacia las cañas amarillentas, tan pronto asidas como aserradas. Todos callaban atentos solamente á su trabajo. Aquel silencio que tenía algo de solemne y majestuoso era interrumpido solamente por el seco, monotono y acompasado *tric-trac* producido al choque de la hoz en la zoqueta. De cuando en

cuando se miraban unos á otros para guardar las distancias ó para evitar que alguien quedase á la zaga, y así desplegados en guerrilla, avanzaban paso á paso dando en tierra con el apretado y numeroso ejército de doradas mieses.

Dos muchachos recogían las gavillas para amontonarlas sobre los vencejos, un mozo las ataba en haces ó fajos y otro cargaba con ellos formando, á modo de barricada, con cada quince haces una *fajina*.

Pablo detrás de todos dirigía el trabajo recorriendo de un extremo á otro la línea de segadores. Pero andaba triste y pensativo aquella tarde, sin atender á que la siega se hiciese *rasa* y *limpia* como su padre le había ordenado.

Cuando los peones interrumpían su pesada faena á la voz de: «¡pan y vino!», para descansar breves instantes agrupados en círculo mientras la bota rodaba de mano en mano tan pronto henchida por un gañán como exhausta á fuerza de apretones, él se quedaba á regular distancia del corro con la mirada indecisa y errante por los viñedos y las mieses del contorno. No era el espectáculo de la naturaleza lo que embargaba su ánimo y distraía su atención en aquellos instantes, sino la risueña esperanza de que á la puesta del sol hablaría con Julia, y á Julia solamente contemplaba él con los ojos del alma, aunque su retina estereotipase los objetos exteriores.

El paisaje que se dominaba desde el campo de la Paul, no era por otra parte, el más á propósito

para despertar instintivos anhelos de artista ni tampoco el hijo del señor José de la Retora estaba educado para ver en la tierra más encantos, que los positivos de producción y riqueza de sus cosechas.

A partir de la pelada sierra que sirve como de parapeto al Somontano y sobre la que se alzan todavía los muros de la fortaleza claustral de Montedragón, se dilata hacia el Sur extensa llanura interrumpida por suaves ondulaciones del terreno y surcada por los ríos Guatizalema y Alcanadre, que se alejan y pierden entre los verdes matices de sus estrechas vegas. Aquella es la tierra baja, tierra pobre, sedienta, recocida por el fuego de los rayos solares, de color gredoso, uniforme, monotono, tierra casi inhabitada y que espera siglos hace que el hombre, compadecido de su aridez, desvíe las aguas, que se despeñan por los profundos cauces de Guara y las lleve á enriquecerla, fertilizarla y vestirla con las galas y atavíos de la vegetación.

Mirando al Norte, queda interrumpido bruscamente aquel vasto escenario por una cadena de montañas que van de Oriente á Poniente, y que parece suspendida del cielo como un grandioso telón de fondo.

A la derecha, y en primer término, Guara, el obscuro monte que eleva su frente con olímpica majestad hasta rasgar las nubes. Después, y siguiendo al Oeste, la sierra de la Val de Onsera; una ingente masa de rocas calizas que semejan ci-

clópeas murallas, labradas á tajos y rematadas sus almenas de titanes, con perfiles salientes y angulosos. Más allá el Salto de Roldán, dos moles de piedra, dos colosos separados por el Flumen, en cuyo profundo cauce bañan sus pies. A continuación, Gratal, con su picacho coronado por ligeras nubes, teñidas de grana, á sus pies las ruinas del castillo de Loarre, y, por último, la sierra de Sevil que se prolonga al poniente hasta hundirse en la cuenca del Gállego y que en aquella hora próxima á la del crepúsculo aparecía como desvaída y esfumada en impalpable y roja neblina.

A derecha é izquierda, esparcidos por las estribaciones de aquella cadena de montañas, se divisaban multitud de pueblos, feos, pequeños, de aspecto miserable, de color terroso, unos encaramados en las cumbres, otros ocultos en los valles, trepando por las vertientes otros, y destacándose en todos la torre de sus iglesias cuyos ventanajes al dejar paso á la luz, les daban apariencias de rígidos arimaspos.

Con más vigor aún, percibíanse los santuarios y las ermitas cuyos enjalbegados muros salpicaban por doquiera de toques blanquecinos el monotono paisaje. En las entrañas de Guara, San Cosme y San Damián, en la concavidad de la sierra, coronada por enhiestos pedruscos, como menhires levantados por tribus célticas. San Martín de la Val de Onsera que parece suspendido de las rocas como nido de águilas. Nuestra señora de Foces, joya del arte románico, próxima á desmoronarse,

sola, abandonada en el centro de un pequeño oasis de espléndida vegetación, esmaltado de frondosas vides, copudos olivos y fajas de hortalizas recortadas por corrientes de cristalinos manantiales, donde el sol cabrillea con reflejos metálicos. La Virgen del Pueyo en la cúspide de escarpado y agudo cerro, y frente á inmensa llanura, como roquera fortaleza. La de Aragüés en estrecho valle cortado por el profundo cauce del Guatizalema y defendido por montes erizados de lastras calizas. La Virgen del Viñedo, San Pedro mártir, San Gil y otros muchos santuarios que alzó la fe y sostiene la devoción de los habitantes de la comarca.

El sol descendía á su ocaso entre vivos resplandores, semejante á un disco de metal próximo á sumergirse en un mar incandescente.

Cuando sus últimos rayos doraban las crestas de los montes, abandonó Pablo el tragín de la siega, subiéndose á un pedrusco colocado en la linde de la heredad y el camino que dominaba el fondo de una próxima hondura, donde Julia debía de esperarle á la puesta del sol. Fijos los ojos en aquel oriente de sus ilusiones, cruzados los brazos é inundada su esbelta y gallarda silueta por la roja luz del astro muribundo, parecía una estatua de bronce, un Hermes asentado en informe y tosco pedestal. Así estuvo hasta que vió morir el día. Por el occidente se extendió una faja cárdena diluída en el último confín, donde parecían fundirse la tierra y el cielo. La naturaleza había enmude-

cido ante las sombras que la acechaban y en aquel silencio solemne y precursor de la noche, resonaba con rítmica languidez el traquetreo de las hoces y el crujir de las espigas.

Entonces Pablo gritó desde su pedestal al mozo que ataba los haces:

—Valentín, ya es la hora;—y al dirigir nuevamente la vista á la hondura próxima, sobre el fondo verde obscuro de la yerba que tapizaba las paredes de un huerto, vió destacarse el perfil delicado de una mujer, vestida con traje sencillo, vaporoso, y aunque la esperaba rato hacía, tan viva fué su impresión, que recordó en aquel instante las apariciones de blancas vírgenes á rústicos pastores en lo más escondido de la sierra, tal y como se las oía narrar á su abuela cuando era niño.

—¡Alabado sea Dios!—gritó Valentín.

—Para siempre sea alabado—contestaron los segadores incorporándose con dificultad sobre sus piernas doloridas.

—Eso digo yo también—murmuró Pablo en voz baja; y de un salto, se lanzó al camino y fué al encuentro de Julia.

Los segadores, después de acariciar por última vez con sus manazas negras y encallecidas el vientre de la bota, emprendieron el regreso á Escuarvé inundando el espacio con los ecos de la jota y entonando canciones como las que solían enternecer al novio de *Pepita Jiménez:* «ni muy discretas, ni muy poéticas, ni muy delicadas.»

VI

Pablo y Julia se querían porque sí... Porque llegaron á la edad en que el amor es deseo inconsciente, embriaguez de los sentidos, fuego que rebosa del corazón y se exterioriza en irresistible impulso de la voluntad.

Entonces se encontraron por la semejanza de su educación y más que de educación, de fortuna sobre el nivel de cuantos los rodeaban, solos y frente á frente. Puede decirse que ni él conoció otra mujer á quien amar que á Julia, ni ella otro hombre á quien corresponder que á Pablo.

Siendo niños jugaban casi siempre solos, en la Plaza de la Iglesia. Pablo transportaba en su carrito de madera, arcilla de la sobrante para enlodar el orujo en los lagares de su casa y sobre la arcilla vaciaba Julia el agua de su cantarito, resultando de la mezcla un amasijo pegajoso y amarillento. Con este barro modelaba él una carreta, dos mulas y el yugo para uncirlas; ella, en tanto, fabricaba con sus deditos sonrosados y finos, una mesa, platos, cacerolas y otros utensilios de cocina. Ensimismados en el infantil y plástico entreteni-

miento transcurrían para ellos las horas como segundos. Muchas veces disputaron por quién había de ser dueño y señor del liliputiense y quebradizo ajuar. Como él era terco y ella un manojito de nervios, se decían cuatro frases, muy bien dichas, acompañadas de otras tantas amenazas mal cumplidas, acabando al fin por tomar cada cual su escultórico trabajo y separarse con el morrito saliente, los ojos empañados por las lágrimas y los rostros embadurnados de tierra como dos arlequines en miniatura.

A la caída de la tarde, durante el invierno, juntos esperaban la vuelta de los corderos. ¡Cuánto se divertían cerrándoles el paso con los brazos extendidos en medio del arroyo! Entraban los animalitos en el pueblo llamando á las ovejas con balidos trémulos y quejumbrosos y, al topar con el obstáculo de los chicuelos, unos lo salvaban con graciosos saltos y airosas cabriolas, otros retrocedían con movimiento rápido, vertiginoso y no pequeño disgusto del rabadán y si alguno caía en poder de los traviesos muchachos, Pablo le apretaba la cola diciendo—«¡qué gordo!»—y Julia le acariciaba exclamando—«¡qué bonito!»

—Ese de la mancha negra, es nuestro—gritaba él viéndolos correr y triscar.

—Y el de los cuernos chiquitines, de mi casa — replicaba Julia — y ese que pasa á tu lado también.

—Mentira, embustera, que ese es nuestro.

—Que lo diga el *repatán*.

—Mejor lo sé yo que todas las mañanas les doy de comer hojas de hortaliza.

—Bueno, pero en mi casa hay más corderos que en la tuya,—agregaba la niña con tono desdeñoso.

—Pero los nuestros son más gordos que los vuestros—añadía el muchacho. No sabiendo entonces ella qué contestar alargaba la cabecita y, entornando los párpados, hacíale un picaresco y despreciativo mohín: Pablo, ya colérico, se inclinaba para coger y lanzarle una piedra del arroyo; y Julia atemorizada emprendía la fuga, ligera como un gamo.

En las calurosas mañanas de Agosto se sentaban juntos en el trillo de ruedas, el expreso de los trillos en punto á velocidad para los muchachos. Asidos á las pantorrillas del mozo que guiaba la yunta y embriagados por inocente y delicioso cosquilleo, muy formalitos y graves daban vueltas y más vueltas sobre la emparbada mies, ni más ni menos que los señorones de Madrid en sus muelles y elegantísimas carretelas alrededor del «Angel caído.»

La costumbre del país los metamorfoseó antes de su completo desarrollo.

A los quince años seguía Pablo, por mandato de su padre, una yunta de las tres que araban su patrimonio. Un año menos tenía Julia cuando su madre le hizo alargar la falda del vestido y empezó á iniciarla en el gobierno interior de la casa, después que Doña Nieves, la mujer de don Cán-

dido, hubo terminado de inculcarle muy rudimentarias nociones de las primeras letras.

Aunque brusca la separación, no por eso quedó interrumpida aquella amistad consolidada por el medio ambiente en que vivieron desde sus primeros años.

La casualidad, según ellos imaginaban, ó acaso un deseo vago y mal definido que los atraía con misteriosa fuerza, les deparó frecuentemente ocasiones para evocar recuerdos del pasado y hablar con entusiasmo del presente sin que, por extraña coincidencia, ninguno de los dos se atreviese á tocar el porvenir.

Julia era en los bailes la pareja preferida de Pablo y en la iglesia siempre se colocaba éste en sitio que pudiera ser visto por Julia.

Alguien hubo en aquella época que por oficiosidad ó cariño les habló de lo conveniente que sería ese matrimonio, mirado desde el punto de vista de sus respectivos intereses.

—Vamos, hija—le decían á ella algunas mujeres echándoselas de consejeras íntimas y afectuosas—si te casas con Pablo ni la reina podrá compararse contigo. Sus traíais las onzas que ellos tienen á este palacio ¿y pá qué queríais más cielo en el mundo?

A él, los que se vanagloriaban de ser sus amigos, le hicieron iguales ó parecidas reflexiones.

Lorencico el tuerto, aquel que veía tan claro en asuntos electorales, le dijo más de cuatro veces.—«Miá tú, Pablo, que pensándolo bien, tiene más

conmenencias de lo que paice. Cuatro pares de mulas en casa de Torralba y tres en la vuestra resulta, si no me entivoco, que ajuntábais siete pares. Dime tú si hay en toda la redolada hacienda de tanto labrantío. ¡Y qué gozo daría verlos todos juntos pal sementero en los valles de Valcorva!

Tan razonables y bien sumados consejos y advertencias, fueron como el soplo que hace brotar la llama, viento que disipó las brumas que envolvían sus conciencias, dejándoles percibir con exactitud cromática la luz de aquellos resplandores henchidos de risueñas esperanzas y de tristezas infinitas, cuyo brillo se agitaba en lo íntimo del sér con aleteos de ensueños indescifrables.

Desde entonces, como si el hablarse fuera un delito, celebraban sus entrevistas á hurto de los vecinos, produciéndoles incomprensible y extraordinaria sensación la curiosidad intensa que en sus miradas adivinaban, el extraño respeto que mutuamente se infundían, como si nunca se hubiesen conocido ni Pablo fuese el mismo que pocos años antes atrapaba los corderos, ni Julia la chicuela que al mismo tiempo los colmaba de mimos y caricias; hasta que llegó un momento que, con palabras balbucientes, frases desprovistas de sentido, sencillas y vulgares, pero de encantadora ingenuidad, como Dáfnis y Cloe acabaron por decirse: «esto que sentimos es amor»... y se amaron.

Pero el idilio es planta que raras veces se desarrolla en países de suelo pobre, ingrato clima,

abrupto paisaje y habitados por gentes que, aunque ignorantes, piensan algo, sienten poco y trabajan mucho.

De ahí que las risueñas ilusiones de Pablo y Julia y sus pláticas amorosas impregnadas de misterioso encanto y sencillez, vinieron á dar con las sombras de egoísmos y rivalidades que empañaban sus esperanzas.

Ni en los planes del señor José figuraba el enlace de Pablo con la hija de doña Rufina, ni en los de ésta, casar á Julia con el «descendiente de una raza de ordinarios». Para salvar estos obstáculos que entorpecían y dificultaban sus deseos, buscaban sitio y ocasión que les pusiera á salvo de miradas curiosas é indiscretas.

Por eso esperó Julia á su novio en la puerta del huerto, cerca del anochecer, la tarde en que los peones de la Retora segaban el campo de la Paul.

Pablo se dirigió hacia ella nervioso y trémulo. Dominado por el temor inocente y pueril de perderla de vista, cielo y tierra le parecían reducidos y condensados en aquella figura angelical, de pálido semblante, orlado por negras ondas; en aquel cuerpo esbelto, fino, de suaves curvas, de graciosos y rítmicos movimientos y en aquellos ojos rasgados, soñadores y melancólicos como las sombras que avanzaban por oriente.

Julia, que también esperaba con ansiedad aquel instante, sintió invadido su pecho cuando le vió venir por ineluctable y profunda emoción que re-

percutía en sus venas con golpes violentos y acompasados.

En aquel momento surgió inesperada lucha en su conciencia, recriminándose á sí misma por su conducta en aquella tarde, calificándola de imprudente ligereza, pues si bien es cierto que la acompañaba una muchacha de servicio, no lo es menos que aquélla era la primera vez que se veían á tales horas en despoblado. «¡Huye!» le dijo el miedo cuando Pablo estuvo cerca. «¡Espera!» ordenó el cariño, y como el arrepentimiento fué tardío pudo más el deseo que el temor.

Los dos, al encontrarse, quedaron suspensos y mudos breves instantes. La emoción que experimentaban era superior á sus fuerzas.

Pablo, al fin, tartamudeando mientras retorcía entre sus manos temblorosas las alas del sombrero, le preguntó con voz apagada.

—¿Vienes del huerto?

—Sí, del huerto—contestó ella con muchos apuros—y tú, ¿del campo?

—Del campo, sí, y... aún queda bastante por segar.

Estas simplicísimas, por no decir incoherentes palabras, obraron como un sedativo en el nervioso azoramiento de los pobres muchachos. Lanzó él un suspiro, acaso de satisfacción y desahogo por los efectos del calmante y, mientras caminaban muy despacito hacia el pueblo, continuó así, con más tranquilidad y aplomo:

—¡Cuántos deseos tenía de hablar contigo!

—¿De veras?—interrogó ella sonriéndose.

—Muchos. Ya ves han pasado más de tres semanas, sin que haya podido decirte una vez siquiera... «¡adiós, Julia!»

—¡Sólo tres semanas!

—¿Te parece poco?—exclamó Pablo sorprendido.

—No, si no es eso—se apresuró á contestar Julia entre arrepentida y confusa—quiero decir... que se me han hecho muy largos esos días.

—Á mí también.

—Si parece un castigo lo que nos sucede; nuestras casas tan cerca y nosotros cada vez más lejos.

—Y añade—replicó él—que en estos días de la siega que tengo pretexto para salir de mi casa por la noche, no puedo acercarme á la tuya porque la luna alumbra como un sol.

—No me la nombres—replicó Julia con repentino enojo,—porque la odio. Anoche, sin ir más lejos, estaba yo en el balcón de mi cuarto y la ví salir muy redonda y coloradota por la otra orilla del Alcanadre. Me dió tanta rabia que no pude menos de decirle... ¡cara de boba!... ¡curiosona!... Una tontería, ya lo sé; pero no lo pude remediar, porque, bien mirado, todo parece que va contra nosotros... hasta la luna.

—Pues ya sabes que por mí, ni la luna ni el sol me detendrían si tú quisieras.

—¡Ah! si yo fuese tan libre como tú—insinuó Julia con amargura.—¡Qué diferente sería nues-

tra situación! ¡Quiera Dios que esta escapatoria no me cueste muchas lágrimas! Cada día estoy más vigilada y... en fin, demasiado sabes lo que sucede.

—Sí que lo sé—replicó él excitado—y más me valiera no saberlo, que así me ahorraría muchos pesares. Tu madre me tiene mucha ojeriza, pero yo te prometo...

Aquí se detuvo unos instantes la conversación, porque llegó á punto difícil y escabroso y era preciso un corto paréntesis antes de reanudarla.

La noche en tanto condensaba las sombras sobre la tierra. En el azul, ligero y purísimo del firmamento, brillaban millares de ascuas, á cuyo indeciso y vago resplandor aparecían las mieses de color gris perla; y, aunque esfumados y borrosos, se percibían los contornos de las montañas.

De las enhiestas rocas de San Martín descendía la fresca y bulliciosa transmontana, jugueteando con las hojas de los olivos y los pámpanos de las vides, al par que prodigaba con exquisita galantería los aromas arrebatados en las escabrosidades de la sierra á las flores de la aliaga, del boj y del romero.

—Yo te aseguro—continuó él con cierta indecisión y vaguedad en sus palabras—que, si no me dejan casar contigo, haré un disparate.

—¿Qué harás?—preguntó Julia con viveza y fijando en él sus hermosos ojos negros.

—Á punto fijo no lo sé—contestó después de reflexionar un instante—porque tengo otro her-

mano y, aunque estudia para cura, mi padre puede hacerlo heredero quedándome yo en la casa peor que el último sirviente. Pero en fin, cuando llegue la ocasión, verás como no seguirán así las cosas...

Al escuchar estas palabras sintió Julia el agudo dolor del desencanto. Suspiró con indecible amargura y se limitó á contestarle, moviendo la cabeza para acentuar el negro pesimismo que la embargaba.

—Pues... no lo veré.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Vaya una respuesta. Entonces no hay más que hablar.

—Por lo mismo que hay mucho que hablar contesto así.

—Ya sé á lo que te refieres. Al odio que tu madre y mi padre se profesan, el cual será causa de que todo acabe entre nosotros.

—Bueno—replicó Julia—y aunque no hubiera más inconveniente que ese, ¿te parece pequeño?... y añade ahora á ese odio y mala voluntad de toda la vida el maldito pleito del monte, que Dios sabe cuándo acabará.

Afligían y torturaban extraordinariamente el ánimo de Pablo tales pesimismos. No estaba acostumbrado á sufrir contrariedades de tanta monta como las de sus amores. Mas, efecto de la misma intensidad del dolor, en cuanto descubría en las reconditeces de su discurso una esperanza, un

rayo de luz, nacido de sofísticos ó engañosos razonamientos y de su poca ó ninguna experiencia de la vida, sentíase inmediatamente reaccionado por halagadoras y risueñas ilusiones. Movido por este reflujo de sus ideas, opuso su naciente optimismo á los negros presentimientos de Julia, diciéndole:

—Déjate de pleitos y de malas voluntades. Siempre piensas lo peor. El caso es que tú y yo sigamos tan firmes como las peñas del *Salto Roldán* y entonces veremos quién gana la partida. Yo,—añadió con el calor que le prestaba su repentino entusiasmo y parándose frente á ella—no dejaré de quererte aunque se oponga el mundo entero... ¿y tú?

Julia conmovida por tales palabras alzó sus manos con secreto impulso, tal vez para acariciar el encrespado rizo que caía sobre la frente de su novio; pero fueron á juntarse en la horquilla de concha con que sujetaba las trenzas de sus cabellos—Yo... tampoco—se limitó á contestarle, dominando su agitación.

—Además,—continuó él,—ya sabes que mi madre no tiene la pobrecica más gustos que los míos y si mañana le digo... me caso con Julia porque no hay otra mujer en el mundo para mí más que ella, ya la tienes más contenta que unas Pascuas... Mi padre ya es otra cosa; tiene el genio más fuerte y se le escapan algunas indirectas cuando se enfada conmigo, aunque nada contrario á tu persona. Por lo cual estoy seguro que el

día en que se trate de mi casamiento y le diga cuál es mi sentir con claridad, se quedará tan conforme. Y cuenta que para ese instante ya le habrán hablado del asunto dos ó tres á quienes les parece muy bien nuestra boda. Lorencico el tuerto me dijo la semana pasada que en cuanto se tropiece á solas con mi padre no le dejará de la mano hasta arreglar esta cuestión á nuestro gusto y no es floja ayuda la suya, porque mi padre atiende sus consejos muchas veces. Del sastre no hay que decir. Daría lo que tiene por vernos casados, y le hablará de tí en cuanto se le presente una ocasión.

Julia, que insensiblemente se contagiaba de los encantadores y optimistas razonamientos de Pablo, le interrumpió para decirle con visible satisfacción:

—Pues aún falta otro y como ése no hay en Escuarve para conseguir lo que se propone.

—¿Quién?

—Don Cándido.

—¿De veras?—preguntó Pablo como si hubiesen desaparecido instantáneamente las nubes que empañaban el cielo de sus ilusiones.

—Lo que oyes. Anteayer estuve en su casa y me habló de tí, porque doña Nieves le cuenta lo que nos sucede y ya sabes que con ella tengo mucha confianza. ¡Si le hubieras escuchado!... Casi me hizo llorar. Dijo que la costumbre de este país entre las familias que cuentan con poca ó mucha fortuna, respecto al matrimonio de sus hi-

jos, á los que nunca consultan su voluntad al tiempo de casarlos «eso—añadió pegando un puñetazo sobre la mesa—es una barbaridad, una infamia».

—Pues cuando él lo aseguró, será cierto—dijo Pablo.

—Después habló no sé qué cosas del corazón, de la conciencia y del alma..., y «que con el amor no se puede regatear como si fuese una viña puesta en venta..., y que los padres, al ahogar los sentimientos de sus hijos, cometen un crimen», y, en resumidas cuentas, que tú y yo nos casaremos, pese á quien pese, si los dos somos constantes; y nuestra boda no será como otras muchas, la compra de una finca, sino el lazo que une dos almas para siempre. En fin, tantas palabras y tan bonitas salieron de su boca, que estuve á punto de abrazarle.

—Entonces ya es cosa hecha .. ¿Qué va á contestar mi padre á un hombre de tanto saber?

—Espera, espera, que aún falta lo mejor.—Y con el índice de la mano derecha entre los labios, la vista baja y el semblante inundado de alegría, continuó Julia diciendo:—Á ver si recuerdo las mismas palabras..., sí, me parece que sí..., eso es...; oye lo que dijo: «Yo demostraré al señor José y á tu madre que la sentencia más equitativa y justa en el pleito del monte, será la bendición de vuestro matrimonio al pie del altar. Así todo seguirá como antes, ó mejor que antes. Él se quedará con el monte y los dos economizarán muchas pesetas y no pocos disgustos».

—¡Atiza, lo que sabe ese hombre!—exclamó él frotándose las manos.—Figúrate cómo se quedará mi padre el día que escuche todo eso... con la boca abierta. Porque es necesario que le repita las mismas palabras, sobre todo lo de que no perderá el monte, y que se ahorrará muchas pesetas. Lo dicho, Julia, serás mi mujer.

Al pronunciar estas palabras llegaban á las eras del pueblo.

—Aquí cada uno por su lado—dijo ella parándose.

—¡Qué rabia!, ya podía estar Escuarve dos horas más allá... ¿hasta mañana?—le preguntó tomándole una mano, que Julia no se atrevió á retirar.

—Hasta que pueda valerme de otra excusa como la de hoy—contestó, emocionada por la repentina sensación que le produjo el contacto.

En aquel momento ascendía la luna por el obscuro firmamento, mofletuda y roja. Parecía ruborizarse de sorprender con las manos entrelazadas, en tal sitio y á tales horas, á los dos felices amantes.

—Mírala—murmuró ella, señalando al nocturno astro,—pues hoy—prosiguió revelando sorpresa —no tiene cara de tonta: al contrario, da gozo verla.

—¡Más gozo de ver tu cara!

—¡Vaya unas cosas que se te ocurren!

No pudiendo Pablo dominarse, dirigió á derecha é izquierda inquieta y escudriñadora mirada.

Julia, sin saber por qué, sintió miedo de aquel extraño movimiento, y dijo con sobresalto:

—¡Suéltame, que es muy tarde!

—Espera—murmuró él muy quedo, y la atrajo hacia sí con movimiento nervioso, hasta el punto que, Julia, sintió rozar en la cara el aliento de su novio, como un fogonazo. Entonces, con una violenta sacudida logró desasirse de las manos que la oprimían convulsivamente; y, sonriendo después con la encantadora y no estudiada coquetería de las mujeres amadas, balbuceó:

—¡Qué atrevido eres!..... Adiós, Pablo.

—Adiós, Julia.

VII

JULIA era hija única de D. Pedro Javierregay y de D.ª Rufina Torralba y Monrepós, la cual, por herencia directa de su padre, D. Lorenzo Torralba y Artasona, que no tuvo hijos varones, vino á ser dueña y señora del espacioso, blasonado y vetusto caserón, que se alzaba frente á la casa del Ayuntamiento.

Desde tiempo inmemorial simbolizaban en el país los Torralbas de Escuarve el poderío que resulta de la unión entre la nobleza y los bienes de fortuna.

En la actualidad seguía en su punto y color la sangre azul de los agraciados con tan ilustre apellido, pero no así el patrimonio y los intereses que, por muchas y muy distintas causas, disminuyeron considerablemente, y con ellos el prestigio de sus poseedores, aunque, á decir verdad, todavía miraban los vecinos de Escuarve con respeto aquella casa que, al fin y al cabo, era la única con cinco balcones en hilera, gárgolas en los ángulos de los aleros y escudo heráldico sobre la clave del ancho portalón.

Fué D. Lorenzo Torralba señor de respeto, chapado á la antigua y satisfecho, más que de su posición desahogada y próspera, de sus rancios y bien conservados pergaminos, creyente fervoroso de que las grandes virtudes y buenas obras no tienen cabida en pechos humildes y plebeyos.

Guiado por estas ideas casó á su hija con D. Pedro Javierregay, segundón de solariega casa en el valle de Ainsa, el cual aportó solamente al matrimonio mil doscientos escudos de dote, y con la dote, copia fiel y autorizada de la ejecutoria de Infanzonía de los Javierregay, declarándoles hidalgos de sangre y naturaleza con las exenciones y privilegios que se siguen.

Así realizó D. Lorenzo su constante preocupación de no alterar la pureza y refinamiento *sanguíneo* de sus ascendientes, ya que Dios no quiso concederle un hijo varón que perpetuase en Escuarve el apellido Torralba.

Cuerdamente obró al transmitir incólume é inalterable á sus herederos aquella prestigiosa supremacía de raza.

Para convencerse de ello, y haciendo uso del método inductivo, ya que tan en boga está el análisis, no había sino dirigir una mirada al salón principal de su espaciosa vivienda, llamado familiarmente *sala del Obispo,* extenso rectángulo que recibía la luz por dos balcones de los cinco que daban á la plaza, con pavimento de bruñidas baldosas y los muros revestidos de papel imitando damasco rojo. En el centro del techo se destacaba

moldeado rosetón de escayola, barnizado de rojo y azul, del que pendía, sostenida por tres cadenetas de metal una cesta ó jardinera de aluminio cuajada de rancios y descoloridos claveles, pensamientos, rosas y margaritas de trapo. Á mano derecha, contra la pared que mediaba entre los dos balcones, se ostentaba antigua consola de nogal sostenida por dos gruesas cartelas profusamente esculpidas con barrocas labores. Sobre la consola y entre dos candelabros de bronce, una virgen del Pilar, de plata, encerrada en su fanal, y sobre el tablero inferior un juego de café, de porcelana, con ribetes dorados y florecillas de esmalte y extendidos sobre la tabla con escrupulosa simetría; detrás la cafetera y el azucarero sosteniendo vistosas plumas de pavo real, y delante doce tazas en otros tantos platillos.

Indudablemente lo mejor de la habitación era la sillería, estilo Luis XV, con altos respaldos de madera, barnizada de blanco plata, estrías doradas y asientos de damasco amarillo. En la trama de una alfombra extendida á los pies del sofá, se dibujaba un chino que, sentado en las gradas de una pagoda, con ojos oblicuos y mirada soñolienta y displicente, contemplaba la riña de dos gallos.

Pocos, pero de inapreciable valor intrínseco, eran los adornos de las paredes. Sobre la consola el retrato al óleo de un señor vestido de toga con sendos vuelillos de encaje en las boca-mangas y el birrete en la mano. En la pared opuesta dos retratos de cuerpo entero sobre lienzos, encerrados

en marcos de dorada talla: el uno de un Obispo y el otro de un Abad del Real monasterio de Monte-Aragón. Los tres retratos representaban á otros tantos Torralbas, nacidos en aquella mansión para honra de la familia y engrandecimiento de la Iglesia y de la Jurisprudencia.

Doña Rufina recitaba á cuantos la querían escuchar las noticias que, por tradición, llegaron á sus oídos acerca de la vida y milagros de tan esclarecidos varones. Pocas eran las referentes al Obispo: casi estaban reducidas á las siguientes líneas puestas á los pies de su retrato:

«*Ilmo. Dr. D. Martin Torralba y Ximenez de Sangenis, natural de Efcuarve, provincia de Huesca, Teologo, Colegial maior del Imperial de Santiago de Huesca, Catedrático de Prima y Examinador Synodal del Obispado de Xaca, y últimamente Obispo de Palencia. Murió el año de MDCCXVIII.*»

En cambio, de sus obras, se conservan en Escuarve recuerdos imperecederos. En el retablo, de la Capilla dedicada en la iglesia del pueblo al arcángel San Miguel, veíanse dos mofletudos angelotes para remate del cornisamento, sosteniendo las armas de los Torralbas, y en los retorcidos lanbrequines, que caían del heráldico yelmo, leíase esta inscripción:

«*Costeado á espensas del Ilmo. Dr. D. Martin Torralba y Ximenez de Sangenis, Obispo de Palencia. Año de MDCCXV.*»

Los Torralbas costeaban desde tiempo inmemorial los gastos referentes al culto y sostenimiento de la Capilla, y como signo de posesión ocupaban los tres sillones de brazos con asiento y respaldo de cuero, empotrados en el muro, frente al Altar mayor.

Además de esto el Obispo escribió y dió á la publicidad dos obras en defensa de la fe y de la religión cristiana. Titulábanse la una: *Vida de San Pedro Arbués, para escarmiento de pecadores y castigo de réprobos ó la más firme columna de la Iglesia en Aragón*, y la otra: *Relación detallada y minuciosa de los milagros realizados por los Santos Cosme y Damián, que se veneran en la sierra de Guara.*

De las dos obras conservaba doña Rufina, como oro en paño, ejemplares forrados con pergaminos, impresas en papel descolorido y basto y precedidos los dos de sus correspondientes: *Dedicatoria, Censura del Reverendísimo Vicario general, Licencia del ordinario, Aprobación del Calificador del Santo Oficio, Suma de la licencia concedida por el Real y Supremo Consejo de Castilla al impresor, Fe de erratas, Suma de la Tasa, Prólogo al lector, Indice de los capítulos, Tabla de affumptos del libro* y, finalmente, una sentida y conmovedora *Invocación á la Virgen Santísima.*

Del Abad de Montedragón eran más recientes y más amplias las noticias que quedaban. Recordaba don Lorenzo haberle visto llegar muchas ve-

ces á la plaza de Escuarve en su carroza tirada por dos poderosas mulas, acompañado de un canónigo y un familiar. Bajaba á recibirle al portal su hermano don Estanislao, padre de don Lorenzo. Recorría aquél la casa de un extremo á otro con ligereza increíble para sus muchos años, recordando á cada instante la época de vacaciones cuando estudiaba Teología en el Real colegio de Santiago de Huesca. De la bodega á la solana no había un palmo de terreno que no fuese testigo de alguna de sus juveniles travesuras. En invierno bajaba al corral cuando regresaban las ovejas de pacer y contemplaba extasiado la suelta de los corderos y el afanoso tropel y algarabía que armaban en busca de sus madres. En verano se dirigía á la era y, sentado á la sombra del pajar con risueño y plácido semblante, contemplaba el ir y venir de jornaleros y mozos de labor al contornear la parbada, aventar la mies ó cribar el grano y demás operaciones de la trilla. Pocas tardes regresó á su real monasterio sin comer *empanadico*, especie de ojaldre con espinacas que, por ser bocado usual y apetecido en el país, al bueno del Abad le supo siempre á gloria. Él en cambio mandaba á su casa nativa, con gran satisfacción de D. Lorenzo todavía niño, arropes, bizcochos, almíbares y otras golosinas con que, á porfía le obsequiaban las Bernardas de Casbas y las Asuntas de Barbastro.

El señor de la toga, hermano de D. Lorenzo y que nació después de muerto el Abad, fué Doctor

en Jurisprudencia, y Presidente de sala de la Audiencia de Zaragoza.

Toda la educación de doña Rufina que, al nacer quedó huérfana de madre, se redujo á escucuchar de labios de D. Lorenzo brillantes apologías de las altas dotes, claro talento y grandes virtudes de sus antepasados y á la continua práctica de ejercicios piadosos.

Siendo muy niña, la llevó su padre á Zaragoza para que la conociese su tío el Presidente de sala, y contempló desde los balcones de la Audiencia, la procesión del Corpus. De aquel viaje guardaba pocas, pero imborrables impresiones. La de haber visto, á la entrada del antiguo palacio de justicia, á modo de centinelas, dos hombres de piedra descomunales, barbudos y armados de enormes clavas.

Aquellos colosos, pues no los tuvo por menos doña Rufina, estaban allí, en su concepto para guardar y defender á su tío. Recordaba haber cruzado después regios salones, donde la saludaron respetuosamente los ugieres, á pesar de los galoneados uniformes que vestían, con espadín al cinto, y, por último, que unas señoras hermosas, elegantes y de soberano porte, hiciéronle mil caricias y la obsequiaron con chocolate, dulces y refrescos.

La vanidad y el orgullo de familia se desarrollaron en su pecho á la par de un exagerado misticismo y de la fe ciega en todo lo que manda y acaso en más de lo que manda creer, la iglesia católica.

Se casó, ó mejor dicho la casó su padre de muy temprana edad porque era hija única y temía dejarla sola en el mundo. Razón tuvo D. Lorenzo para obrar tan precavidamente, porque murió á los pocos meses de verificado el matrimonio.

Constituída por esta desgracia en dueña y administradora de su casa, no le fué posible salir ya de Escuarve, si no á poblaciones insignificantes del contorno y por tiempo muy limitado. Acostumbrada á vivir entre el orgullo de propios y la adulación de extraños, formó concepto muy pobre y mezquino de la vida y de la sociedad. Para ella el mundo no se extendía más allá del círculo que alcanzaba á descubrir desde la solana de su casa, pero las impresiones y recuerdos de la niñez se agrandaban en su imaginación con el transcurso de los años y los desvaríos de la ignorancia.

Dos ideas, dos pensamientos, había siempre fijos y aherrojados en su mente: Dios y los Torralbas. A Dios se lo imaginaba como un señor anciano, venerable, de luengas y plateadas barbas, y flotantes vestiduras, de rostro expresivo, majestuoso, y resplandeciente por una aureola de fuego, pero con el resplandor y al mismo tiempo con la severa majestad que irradia el principio eterno, infalible y absoluto de la justicia sobrehumana. La concepción de este Dios suspendido allá arriba, siempre arriba, pero encima de Escuarve, fué elaborando insensiblemente en su conciencia un culto especial, una relación perso-

nalísima entre doña Rufina y la divinidad, hasta caer, sin percatarse de su pecaminosa caída, en un antropomorfismo monoteísta y *sui generis*. Era un Dios de su vernácula privanza con el que estaba en relación íntima, sin necesidad de abrasarse en el fuego de su amor, como la Santa de Avila, ni de buscarle en el ápice de la mente elevando el espíritu por medio de la meditación y la flagelación de la materia, como los ascetas y los santos Padres. No, doña Rufina llegaba hasta Él á todas horas y en todos los momentos de su vida, lo mismo cuando caía de hinojos al pie del altar rezando Padre-nuestros ó Ave-Marías, que cuando cortaba jamón de los perniles ó zurcía las talegas para embasar el grano. Y esta unión, este consorcio íntimo y espiritual, se verificaba en su concepto porque los Torralbas eran á los ojos del Sér Supremo algo así como el niño mimado, el benjamín de la comarca, la familia escogida, símbolo acaso en las modernas edades del pueblo de Israel. Además del Dios bueno y misericordioso dispuesto siempre á bendecirla y sublimarla en premio á las virtudes que heredó de sus antepasados, veía también al Dios vengativo y justiciero, pronto á castigar en sus personas é intereses á todos los enemigos de la alta é inmarcesible estirpe de los Torralbas.

Y no podían ser deliquios de su mente ó ilusión de los sentidos tales favores y preferencias, porque los hechos habíanle demostrado repetidas veces durante su vida la realidad del privilegio.

A la muerte de su padre, época en que ya había descendido mucho la casa de su antigua prosperidad, siguieron algunos años de escasez y miseria en el país; pero doña Rufina, invocando constantemente al Dios de los suyos, salió de tan apurado trance sin desmembrar una sola pulgada de su patrimonio. A nadie más que á la decidida protección de la Divina Providencia atribuía la buena señora este milagro.

En la actualidad, y efecto de los pedriscos que arrasaban los campos, de las sequías que los agostaban y de los desembolsos hechos para sostener pleitos y litigios, había llegado á una situación económica próxima á la bancarrota. Dios apretaba más de lo conveniente porque tantos azotes y calamidades seguidos le obligaron á hipotecar sus mejores fincas y como de los mermados frutos había que deducir el pago de los intereses, se afligía en extremo pensando en el porvenir y más aún con la sospecha de si Dios le habría retirado su protección. Pero estas olas de negro pesimismo quedaban deshechas al estrellarse contra los muros de su inquebrantable fe. No, su casa no podía llegar al desastre y la ruina. Aquello era que Dios se complacía en probar la virtud y el acerado y cristianísimo temple de su amiga para, después de bien acrisoladas sus perfecciones, colmarla de gracias y riquezas. Ella con ingénita y perspicaz intuición había arrebatado ese secreto á los inescrutables designios de la Providencia y, claro es, se las daba de la resignada y sufrida y

seguía tranquila y sonriente con la cruz de sus ahogos pecuniarios por la escabrosa senda que debía conducirle á la felicidad.

Fortalecía esta creencia con el recuerdo de algunos sucesos extraordinarios, que probaban su intimidad con el Supremo Hacedor y que, para doña Rufina, constituían otras tantas anécdotas, nacidas de sus relaciones supra-terrenas. Al descender una mañana de las gradas del presbiterio después de recibir la Comunión cayó al suelo quebrándose una pierna. Condujéronla á su casa cuatro ó cinco mujeres y una de ellas, ofició de curandero. Ni antes ni después de la operación exhaló un ¡ay! ni profirió un lamento, ni consintió además visitas de médicos ni drogas de boticarios. A modo de revelación le asaltó el presentimiento de que debía rechazar el auxilio de los hombres puesto que Jesucristo moraba en su cuerpo. ¿Para qué mejor triaca que su divina presencia? Así sucedió con asombro de cuantos la rodeaban. A los cuarenta días de aquel desagradable suceso, que constituyó una efeméride notable en la historia de su vida, volvió á la iglesia, donde á sus expensas y en acción de gracias, se celebró solemne misa de terno, con sermón.

Un año, efecto de las abundantes lluvias primaverales se plagaron de villuaca todos sementeros del término municipal, con escepción de los de doña Rufina. Otro año causó la *pepita* horrible mortandad en los gallineros del pueblo, quedando exhaustos los corrales menos el de casa de

Torralba, en el que no hubo que lamentar baja alguna. Y como éstos podía citar otros muchos sucesos fehacientes y milagrosos que probaban su influencia y arraigo en la celeste mansión.

—Y aún pretenden algunos,—exclamaba después de narrar hechos en su opinión tan extraordinarios—compararse conmigo. ¿Qué personas hubo en sus familias con trazas de señores ni siquiera de decentes? ¡Tontos! la limpieza de la sangre no se compra.

Toda la cultura é ilustración de doña Rufina redujéronse á la lectura de las obras escritas por su tío el Obispo. Y por cierto que, meditando la vida de San Pedro Arbués, encontraba mucho parecido entre el nacimiento, educación y aspiraciones del Santo de Epila y los suyos propios. Aquél nació en Aragón y de noble familia, como ella; de niño, según su panegirista ya dió pruebas de la mansedumbre y humildad que tanto debían de enaltecer al futuro inquisidor: «Su natural era dócil, su alma buena, su entendimiento despejado, su voluntad pronta á obedecer las más mínimas insinuaciones; aborrecía el vicio, la maldad y el crimen y estaba adornado de aquellas brillantes prendas que tanto realce dan á la nobleza de la sangre». Vamos, que no podía darse mayor parecido entre la infancia del Santo y la suya. Con sólo la diferencia del sexo y de la época del nacimiento, eran idénticos en la sangre, en el sentir y en el aborrecer.

Si de la educación pasaba á las aspiraciones del

Santo encontraba la misma semejanza. También ella «contemplando las grandezas de Dios y de los soberanos misterios de nuestra redención y escudada por la fe viva, firme y al mismo tiempo fecunda en santas obras, esperaba de la divina misericordia que había de concederle las eternas promesas».

La descripción de la horrible y sangrienta escena desarrollada en la Catedral de la Seo de Zaragoza el día catorce de Septiembre del año mil ochocientos cuarenta y cinco á la hora de los maitines, le hizo llorar más de una vez. Gracias á que mitigaba su dolor el capítulo siguiente, donde con verdadero lujo de detalles pintaba el Obispo el tormento y la muerte que sufrieron los infames y vengativos Juan de Lavadia, Durán y Esperán, autores del vitando y execrable asesinato.

Las obras de su ilustre tío y erudito hagiógrafo la obsesionaron hasta el punto de que algunas veces discurrió como Don Quijote por los campos de Montiel, si alguien en los venideros tiempos escribiría la historia de su vida con una minuciosa relación de los milagros que la exornaban. Por lo que pudiera ser y para que no cayesen en saco roto, los refería en voz muy alta siempre que encontraba ocasión á cuantos querían oirla, especialmente al señor Cura y á Don Cándido, personas las más capaces por su ilustración y pericia en las letras, de recoger y coleccionar aquellos datos.

Desde que su hija aprendió á leer, se propuso nutrir su inteligencia con el pasto espiritual contenido en aquellos infolios rancios y voluminosos. Pero Julia no podía disimular el aburrimiento y disgusto que experimentaba solamente al ver las amarillentas cubiertas de pergamino. Hojeaba algunos capítulos por obedecer á su madre, y nada, su inteligencia cada vez más rebelde á entusiasmarse con aquellas estupendas narraciones y menos dispuesta su voluntad á imitar al pie de la letra el rígido ascetismo y el desprecio del mundo que aconsejaba el autor á sus lectores, en místicas y delicadas glosas.

Al observar doña Rufina la contumacia de su hija le decía:

—Solamente el pensar que uno de tu familia ha escrito esos libros, debía estimularte á su lectura.

—Pero mamá—contestaba humildemente—considere usted que no he conocido á ese señor. ¿Cómo quiere que me interese tanto por sus libros?

—Yo tampoco le conocí; pero sé que es mi tío y me basta. Además tenemos su retrato. Si entraras como yo á todas horas en la sala para rezar por su alma y por la del Abad de Monte-Aragón, acostumbrarías á mirarlos con el cariño que merece el recuerdo de hombres tan sabios y cuya misma sangre corre por tus venas.

Otro imposible para Julia; entrar sin acompañamiento en la sala del Obispo. Precisamente le

producía un miedo horrible el arrugado entrecejo de aquellos dos excelsos varones, cuyas severas miradas parecíale que se fijaban en ella desde que abría la puerta de la habitación y que la seguían á todas partes con insistencia y tenacidad abrumadora.

En cambio doña Rufina se extasiaba *timándose* platónica y respetuosamente con la *vera efigie* de sus tíos, y hasta creyó muchas veces que aquella inalterable correspondencia de las miradas, era un milagroso y sobrenatural privilegio de la sangre otorgado solamente á ella y á los suyos, en prueba de la protección que Dios concedía á la inmarcesible progenie de los Torralbas.

Leyendo un día en la vida de San Pedro Arbués los detalles de la muerte que el santo inquisidor impuso á una hermana de Juan de Labadía, mujer andariega y no muy segura de cascos, se volvió á Julia diciéndole:

—Parece mentira que no te agraden los escritos de mi tío. No te pareces á los nuestros, eres toda de los Javierregay».

—Pero, mamá, no tenga usted esas aprensiones. ¡Si me entretienen mucho! La última vez que leí la vida y milagros de San Cosme y San Damián, me hizo mucha gracia aquello de un tal Lisias que arrojó á los dos santos al mar.

—Y, ¿esa acción del infame prefecto te gusta? —replicó su madre con visible desagrado.

—No señora. ¡Por Dios, como había de gustarme semejante atrocidad! Lo bonito de aquel

suceso es la rabia de Lisias, porque los dos se salvaron de la muerte... nadando.

—Calla y no disparates, bien se conoce que leías de mala gana. ¿No recuerdas que el Gobernador ordenó que, atados de pies y manos, los arrojasen al agua, pero que un ángel rompió las ligaduras y los puso sanos y salvos en la ribera, y que sigue después un capítulo, lo mejor que escribió mi tío, probando de una manera clara como la luz del día y con gran copia de datos, que ninguno de los dos santos sabía nadar?

Las aficiones y pensamientos de Julia eran muy distintos á los de su madre. Confiaba ésta en que, poco á poco, con el poder de su autoridad y de su agudo y bien cimentado intelecto, despertaría en su hija el orgullo de raza tan necesario para desempeñar cumplidamente la representación de los Torralbas en el mundo. Pero nuevas y más graves ocupaciones, que pesaban sobre ella desde la muerte de D. Pedro y que no la permitían un punto de reposo, retardaban indefinidamente aquel trabajo evolutivo.

Por otra parte, sufrió Julia á los trece años, edad la más á propósito para el perfeccionamiento de la educación, trastornos fisiológicos que pusieron en grave peligro su vida y de los que tardó bastante tiempo en restablecerse. Comenzó la dolencia por la aparición de infartos en los ganglios cervicales á la que siguieron manifestaciones características de la pubertad en lucha con su temperamento escrofuloso. Estirada, flacucha,

pálida, ojerosa, el cabello en desorden, la mirada triste, el traje deslucido y cortas las mangas de la chaqueta, paseó durante tres ó cuatro meses vendajes y bubas, por la señorial mansión de los Torralbas. Nadie, al contemplarla en tal guisa y en tan astroso pergenio, hubiese reconocido á la Julia de ahora, que á pesar de su delgadez y del color mate de su epidermis finísima, había adquirido ya la plenitud del desarrollo como lo indicaban las graciosas curvas de su cuerpo esbelto y bien modelado.

Durante el curso de la enfermedad tornóse su carácter violento y descontentadizo. Pasaba algunos ratos con la mirada fija en un punto cualquiera, triste y silenciosa; de pronto, como si su espíritu se revelase contra el enfermizo organismo que lo envolvía, se desataba en denuestos contra los sirvientes por el más mínimo desliz ó arrojaba los objetos que tenía más á la mano, porque oía un ruido cualquiera ó pateaba de coraje por la insistencia del cierzo, acabando siempre con lloriqueos y suspiros hasta volver nuevamente al estado de sedación y abatimiento.

—¡Recristina! con la mocosa—exclamaban las muchachas algunas veces. Si el genio le va en aumento, hará güena á su madre... y le dará quince y raya... ¡Jolín!... probe del marido que caiga en sus manos.

Por la noche la atormentaban horibles pesadillas ó extrañas visiones de animales raros que trepaban por las paredes de su alcoba; y, entre

aquella danza macabra de la original fauna terrestre, asomaban á lo mejor el Obispo ó el Abad sus rostros graves y cejijuntos.

Arroz crudo y pan espolvoreado con ceniza fueron sus manjares favoritos durante aquella época, produciéndole en cambio invencible repugnancia los alimentos sustanciosos y confortativos que su madre le ofrecía á cada momento.

El médico consiguió reducir los ganglios insurgentes á fuerza de linimientos y lancetazos, y la naturaleza, al fin, con ayuda de los reconstituyentes, venció en la crisis. Poco á poco fué enriqueciéndose la sangre y la savia de la vida, empujada por la primavera de los años, ascendió por aquel organismo pobre y debilitado, hasta convertir á la chicuela alta, flacucha y ojerosa en la mujer esbelta, de brillantes ojos y delicados contornos.

Entonces fué cuando Pablo comenzó á fijarse en ella, sorprendido agradablemente de la metamorfosis que los años habían obrado en la amiga de su infancia. Algo parecido le aconteció á Julia con él; y tanto dieron en sorprenderse de la sorpresa que mutuamente se causaban al mirarse, que á los dos incautos jóvenes los sorprendió el amor en aquella actitud de muda contemplación y éxtasis.

VIII

Los sinsabores y disgustos de doña Rufina durante la enfermedad de Julia se agravaban con el recuerdo de su marido, muerto pocos años antes.

Nadie como él para ayudarla á conllevar aquella pesada carga del sufrimiento, no solamente por que adoraba á su hija y á su mujer, si no porque además era hombre de excelentes prendas personales, exacto cumplidor de los deberes de cristiano, de carácter bondadoso, de costumbres morigeradas y de sentimientos nobles y elevados.

Todas estas cualidades, en cambio, no eran suficientes por sí solas para dirigir con acierto las variadas y múltiples labores de su extenso patrimonio, como vino á demostrarlo la experiencia.

Faltábale energía en el mando, y perseverancia en las decisiones. Demostró poca afición al cultivo de la tierra, y las prácticas religiosas las ponía por encima de los más urgentes problemas agrícolas. Entre rezar el rosario y oir misa ó presenciar la recolección de los frutos, no vaciló jamás; antes era la iglesia.

Tampoco madrugaba, condición precisa para un propietario de su fuste.

No les sorprendió á los vecinos de Escuarve la impericia de D. Pedro. Cuando se divulgó por el lugar que D. Lorenzo casaba á su hija con un montañés, todos escucharon la nueva con manifiestas señales de desagrado. Precisamente la experiencia ha puesto en los umbrales del axioma, este consejo para la elección de semillas en el país: «Las patatas y las nueras, de la montaña; el trigo y los yernos, de la tierra baja». En la persona de D. Pedro se cumplió al pie de la letra este refrán. La casa no prosperó bajo su dirección, antes al contrario, á los primeros embates de las malas cosechas, hubo que acudir al crédito para saldar el déficit que, de año en año, subía como la espuma.

Según sus convecinos, mucho influyó en esta merma de los intereses algunas innovaciones que, por consejo de D. Cándido, introdujo en el cultivo de su hacienda: tales fueron el empleo de arados de vertedera, prensa de árbol para el orujo de la uva, segadoras y otros útiles modernos. Doña Rufina creyó, como los demás, que el uso de tales inventos y máquinas equivalía á sacar de su quicio la agricultura; hasta llegó á sentir escrúpulos de conciencia, é imponiendo, por fin, su voluntad á la menguada y débil de D. Pedro, todo aquel herrumbroso fárrago de inventos *tomados de orín y llenos de moho, algunos años hacía que estaban puestos* y *olvidados en un rincón* de la casa. Y

aunque su dueña no los hubiese hecho arrumbar se bastaban los sirvientes para excusarle ese mandato, pues, por odio á las *modas de labradores*, como despreciativamente las llamaban y por amor á la cómoda rutina, no dejaban rejas, palancas, tornillos ni dentales sanos.

Cedió D. Pedro ante los razonamientos y exigencias de su mujer y ante las atinadas y pertinentes observaciones de algunos convecinos. Lorencico el tuerto, le dijo algunas veces:

—Paice mentira que un hombre como usted de luces naturales, oiga los consejos de D. Cándido y perdóneme la franqueza. ¿Cómo ha de entender de aperos de labranza un maestro de escúela? No pué ser aunque lo mande el Papa, porque no es lo mismo coger la pluma que el estevón del aladro. Además que ni siquiera le vienen esos conocimientos de retalinia, como á nusotros. Su padre fué pelaire y su agüelo tejedor. Ya ve usted qué traza de labradores. Déjese de papeles y de historias, D. Pedro, que pa nuestro oficio pocas letras bastan y acuérdese que en la agricultura, no hay más cencia que la esperencia de nuestros antipasaus».

Los razonamientos de doña Rufina, cimentados en el santo temor de Dios, obraron con más fuerza en el ánimo de su marido, que las objeciones del tuerto; y, en la duda de si las máquinas agrícolas entraban ó no en la categoría de los modernos inventos, nacidos, según el cura párroco, de la soberbia y orgullo de los hombres, no vaciló un

momento en arrinconarlos, atendiendo como hombre recto, antes que á la utilidad, á la conciencia.

D. Pedro, además, sentíase avasallado por la supremacía moral é intelectual de su mujer: jamás opuso reparo alguno á sus exigencias imperiosas, y á sus genialidades. Se fué al otro mundo ahito de la santidad y alcurnia de los Torralbas, él, que también tenía su flamante escudo heráldico y cuyo apellido músico y sonoro y significativo trascendía á nobleza por los cuatro costados.

Aparte la mal andanza de los años, efecto de la escasez de las cosechas, la existencia de doña Rufina se deslizó durante la primera época de su matrimonio, en el mejor de los mundos posibles. Su casa era la primera del pueblo y sus contornos y ella en su casa la primera.

Algo la molestaban por entonces los rumores de la pública opinión que empezaron á exagerar las riquezas del señor José. Como era tan fina la epidermis de su amor propio, sin explicarse el motivo satisfactoriamente, es lo cierto que oía lo de las onzas con disgusto y á sus poseedores los miraba de soslayo.

La realidad al fin descubrió la verdadera causa de sus inquietudes.

Ella que había vivido desde que nació de todos atendida y respetada, aspirando á cada momento los embriagadores aromas de alabanzas y adulaciones esparcidos en derredor suyo por los incensarios, que tan hábilmente manejaban sus convecinos y convecinas, sin pararse á considerar que

cada golpe de turíbulo le costaba, por lo menos, fanega de trigo ó cuarterón de aceite; ella que todas las mañanas se asomaba al balcón para ver salir del portal de su casa solariega, uncidos de dos en dos, los cuatro pares de mulas que despertaban al vecindario con el estridente golpear de herraduras y timones, en los guijarros de la plaza; ella á quien ya en su niñez rindieron pleito homenaje los ujieres y mozos de estrados de la Audiencia territorial de Zaragoza; ella, en fin, la protegida de Dios, la predestinada, la única doña Rufina Torralba, sintió helarse la sangre en sus venas, al observar que el señor José de la Retora ensanchaba su patrimonio adquiriendo las mejores fincas que salían á la venta en los términos de Escuarve.

Al mismo tiempo que los hechos confirmaban las riquezas de los Avenillas, se traslucían los apuros de los Torralbas. Estos bajando y aquél subiendo, llegaron casi á un nivel; y como á la medida de los intereses se ajustaron el nombre y fama de los respectivos dueños y la consideración y el respeto que les tributaban sus convecinos, doña Rufina, que vió en esa irritante igualdad un ultraje sangriento á su privilegiada posición, pasó de la inquietud al sobresalto, del sobresalto á la envidia, de la envidia al odio y el odio, al fin, se tradujo en guerra abierta y sin cuartel entre las dos familias.

D. Pedro, alcalde á la sazón, rompió las hostilidades instigado por las escitaciones insidiosas é

impertinentes de doña Rufina. La junta repartidora del impuesto de consumos, presidida por él, elevó la categoría y clase de los Avenillas hasta igualar la cuota de entrambas casas. Era en lo único que les reconoció igualdad de clase y categoría la agraviada señora. Se alzó contra el reparto el señor José y perdió la demanda. Otro milagro en concepto de su enemiga. Hasta en el reglamento de consumos creía ver la mano del Todopoderoso.

Se picó el señor José más de lo justo por el fallo, y como era hombre aficionado á hechos y enemigo de palabras, tomó venganza del desafuero, desviando con artificiosos trabajos el manantial de una de sus fincas y dejando sin riego la mejor de los Torralbas.

Pocos meses después le demandaron éstos ante el Juzgado de primera instancia, disputándole el derecho de paso de que en una de sus propiedades, aquél hacia uso. Dos años duró el litigio, pues, reconocida la existencia de la servidumbre en favor del señor José, éste la exigía de carro y aquéllos transigían no más que con la de senda.

El tribunal, tan diplomático como justiciero al menos por esta vez, no accedió ni á lo uno ni á lo otro, fallando que la servidumbre era de caballería y declaró de paso las costas por iguales partes, asunto para la curia el más importante y digno de aclarar y declarar para los efectos del cobro de sus honorarios, que subieron hasta las nubes, mientras los litigantes tocaban el cielo con las manos.

IX

A raíz de esta cuestión se presentaron en don Pedro los primeros síntomas de la enfermedad que le condujo al sepulcro. Adormecimiento y cosquilleo en las extremidades, las piernas insensibles y como rebeldes á los impulsos de la voluntad, el andar vacilante, arrastrando los pies cuyas plantas le parecía que rozaban con sedas ó terciopelos, y el cuerpo flojo, caído, desgonzado. *Ataxia locomotriz,* según el médico, un joven recién salido de la Facultad. Le recetó la estrignina como medicamento interno y chorros de agua fría á la columna vertebral.

Imposible describir el asombro y admiración de doña Rufina cuando esto oyó, y las burlas y chacotas que hizo del galeno, del diagnóstico y del tratamiento. «No he visto seres más ignorantes y presuntuosos—exclamaba—que los mediquillos del día. Con media docena de terminachos estrambóticos les parece que nos dejan embobados. Pero conmigo no les vale, que bien corridos les dejé cuando me rompí la pierna... ¿Qué tendrá que ver mi marido con la matriz ó motriz,

que para el caso es lo mismo?...¡Jesús qué disparate! No saben ni lo que se dicen.

...¿Pues y de la medicación?...¡válgate Dios qué crítica la suya tan acerada y oportuna. «Estrignina para darle fuerzas...Como si fuese un perro...Y una mojadura con agua fría todas las mañanas. ¡Bonito modo de curar los dolores reumáticos! Vamos—continuaba oprimiéndose la frente con las manos—no me extraña que se vayan tantos al otro mundo en lo mejor de la vida. Antiguamente todos morían de puro viejos y achacosos y ahora apenas si hay quien llega á los sesenta años, porque todos acaban envenenados por las drogas y potingues de las farmacias».

En vista de los disparates que aconsejaba el imberbe mediquillo decidió poner en práctica sus infusos conocimientos clínicos y terapeúticos. Aplicó por sí y ante sí al pacientísimo paciente, dos docenas de sanguijuelas á las caderas, donde aquél sentía agudos dolores. Lo mismo había pensado la herrera, amiga, confidente y admiradora de doña Rufina, pues las dos coincidieron al apreciar la verdadera causa de la dolencia y no era otra, según ellas, sino ardor de la sangre;... así, tal como suena, sin más complicaciones ni trastornos fisiológicos.

De cuando en cuando, además, para desentumecerle las piernas, se las friccionaba con aguardiente de treinta grados y jabón, y para uso interno le obligaban á beber todas las mañanas una horchatita de arroz y almendras.

A pesar de tan oportuna y enérgica medicación ni retrocedió ni se detuvo la enfermedad. Al progresivo entorpecimiento de los miembros siguió la atrofia de las facultades intelectuales, y pasaba la existencia sentado en un sillón de vaqueta con inalterable y plácido quietismo, como una imagen de Budha.

Contemplándole doña Rufina en situación tan lastimosa, cruzó algunas veces por su mente una sospecha maquiavélica y terrible. La enfermedad de su marido no era una dolencia *vulgar* y *común*, es decir que no era tisis, pulmonía, viruelas, fiebres y otras muchas que de continuo flagelan y matan á la humanidad doliente. Y, sin conocer la dialéctica, formulaba como el más atildado y sabihondo secuaz del escolasticismo, el siguiente epiquerema: enfermedad tan extraña y nunca vista era castigo de Dios ó era maquinación del demonio (la mayor); siendo ella de tan alto rango y valiosas prendas y además *sobrina de su tío* imposible que Dios, aunque hubiese decretado la muerte de su esposo procediese con tal ensañamiento (la menor): luego el mal era obra de Lucifer ó de alguna bruja del país, que para el caso daba lo mismo, retribuidos con largueza por alguien que la odiaba mortalmente (conclusión): ese alguien no podía ser otro que el señor José de la Retora.

Pronto, sin embargo, se desmoronaba tan alambicada y sutil argumentación. Pensó que por muy grande que fuese el poder infernal tenía que des-

vanecerse ante la protección cariñosa y decidida de su Dios, de aquel Dios que, inundado de majestad y de hermosura, estaba en el cénit de la celeste bóveda que cubría la comarca, con la mano detrás de la oreja formando tornavoz para escuchar con seráfica beatitud sus plegarias y sus ruegos.

El cura párroco, varón virtuosísimo cargado de años y de buenos deseos y entusiasta de doña Rufina, porque la consideraba en Escuarve como el Obispo Torralba á San Pedro Arbués, *la más firme columna de la iglesia*, oyó por la rejilla del confesonario aquellos silogísticos presentimientos de que se acusaba la penitente por si denunciaban falta de caridad y amor al prójimo. Mosén Miguel sintió conturbado su espíritu al escuchar tan gravísimas y bien razonadas suposiciones. Se vió y se deseó para resolver un caso de conciencia, en su concepto tan escabroso y difícil, y salió del atolladero al fin, recomendando á su hija de confesión, que desechase tales ideas escudándolas con la égida de la fe, inexpugnable fortaleza para las huestes de Satán, y que todas las mañanas persignase á su marido con agua bendita.

Doña Rufina se tranquilizó con las palabras del párroco y si por acaso había decidido el Señor someter á prueba su cristiano temple, hizo abundante acopio de resignación, prometiéndose á sí misma dar más gracias á Dios, cuanto mayor fuera el sufrimiento y.... valiente chasco se llevaría el demonio, al mismo tiempo que en el cielo alababan y bendecían su fortaleza y virtud.

X

Todo fué necesario para resistir con valor hasta el desenlace fatal de la dolencia.

Después de tres años de morbosa inanición, entregó su alma á Dios el bueno de don Pedro, víctima de un derrame seroso.

Todavía recuerdan admirados los habitantes de la comarca, la magnificencia y suntuosidad desplegadas por doña Rufina, en los funerales de su marido.

La víspera del entierro, parecía su casa el cuartel general de un cuerpo de ejército en operaciones.

Desde el amanecer, empezó el desfile de criados y jornaleros por distintos caminos, y con órdenes y comisiones muy variadas.

Portadores unos de cartas suscritas por el cura párroco de Escuarve, á sus colegas de los pueblos limítrofes, rogándoles la asistencia á la ceremonia religiosa y terminando con la consabida insinuante y lacónica «postdata»: *la propina de costumbre*; notificando otros la triste nueva á los parientes y amigos de la comarca, también con la misma sú-

plica... pero sin postdata. Uno fué á la capital á contratar músicos y cantores: otro á la villa próxima á comprar velas y cirios; otro á la ciudad por garbanzos, almendras tostadas y una gruesa de cucharas y tenedores de boj; otro por la caja mortuoria; otro por lutos; otro á la sierra para elegir los mejores carneros; dos ó tres á cavar la sepultura, y el sacristán de puerta en puerta por las calles del pueblo participando á los vecinos la hora de los funerales y terminando en todas su cometido con esta frase de rúbrica: «Al amo que se sirva acudir á la iglesia y á la mesa».

En tanto que por calles, veredas y caminos se trasmitían á más andar apremiantes órdenes y tristes misivas, unas para honrar al muerto y otras para holgar los vivos, en la mortuoria vivienda comenzaba el tragín indispensable, precursor de la comilona del siguiente día. A eso de media tarde se había convertido el espacioso hogar en hormiguero de faldas, iluminado por las rojizas llamas del fogón.

Doña Nieves dirigía el tráfago hábilmente secundada por la mujer de Lorencico, la de Gilotes, la herrera, la hija del sastre y cinco ó seis más, humildes y constantes servidoras de la casa.

El pastor había desollado nueve carneros y mientras unas, envueltos en blancas toallas los vientres de las reses, se encaminaban á lavarlos á la fuente, otras sentadas en el suelo raspa que raspa con navaja ó cuchillo, pelaban cabezas y pies, después de sumergidos en la hirviente agua

del caldero que pendía de los llares. La herrera cortaba sobre un zoquete de nogal las pitanzas de la olla. La de Gilotes apilaba los panes sobre un mantel. La de Lorenzico preparaba la vajilla. La hija del sastre limpiaba el fondo de las cacerolas y todas, en fin, se movían de un lado á otro con sus blancos delantales, arremangadas hasta el codo, jadeantes, sudorosas, hablando poco y bajo, suspirando mucho y fuerte, pero al mismo tiempo sin ocultar la satisfacción que sentían al moverse con libertad y el desenfado de dueñas, en medio de tanta abundancia y tan excelente calidad de provisiones.

A todo esto empezaron á llegar los sirvientes que salieron al amanecer. Venían lacios y macilentos por *exceso de tinta* y *falta de algodones*. Pero ¿quién dijo hambre en aquella casa y en aquellos momentos? Para matarla revolvía la herrera olorosa fritada, sirviéndola después con su habitual desenvoltura á los asendereados caminantes.

¡Ya está aquí el ataúd!—exclamó la hija del sastre viendo llegar á un sirviente con una corona de siemprevivas y pensamientos de raso negro en la diestra; y, como impulsadas por un resorte, corrieron todas á la sala de San José, donde quedaron atónitas y suspensas ante aquella maravilla del arte funerario. Forrada de terciopelo azul obscuro y lujosamente adornada con galones y borlas de oro, franjas de seda, negros y brillantes abalorios, y cintas de moare pendientes de los cuatro ángulos.

Llegó más tarde otro mozo con dos grandes envoltorios de papel, sujetos con cintas de vivos colores, y de nuevo abandonaron todas sus quehaceres para romper las envolturas y examinar detenidamente los merinos, percales y lanillas que contenían.

A medida que la tarde avanzaba, subía la marea, pues eran muchos y muy distintos los cabos por atar para que el acto resultase con la magnificencia y esplendidez correspondiente á la familia que lo costeaba, y para que la crítica insaciable y cominera del país quedase burlada y sin cebo donde hincar el diente. Si para realizar este fin tropezaban con obstáculos de alguna monta, doña Rufina los orillaba, trasmitiendo sus mandatos por boca de doña Nieves, que en aquella ocasión hacía las veces de demiurgo entre la dueña y sus fieles servidoras.

Hallábase la inconsolable viuda en la sala del Obispo acompañada del cura párroco, de don Cándido y de los vecinos que entraban y salían respetuosamente, como abrumados por la suntuosidad y el lujo del salón y la desgracia de la familia. Sepulcral silencio reinaba en la estancia, interrumpido por lacónicas palabras de pésame, correspondidas con sollozos y suspiros entrecortados.

En la semiobscuridad de la habitación, adquirían más relieve las figuras del Abad y del Obispo y más intensidad sus miradas, á quienes doña Rufina dirigía las suyas en demanda de fuerzas y de consuelo para su infortunio.

De cuando en cuando se acercaba doña Nieves á la señora, cruzaban algunas frases al oído y al retirarse aquélla, solía exclamar la de Torralba:

—Ya lo sabe usted, lo mejor en todo, cueste lo que cueste. Tendría una pena horrible si dijesen que había sido miserable en esta ocasión con mi pobre Pedro.

Julia, entonces una niña, se entretenía corriendo de un lado á otro de la sala. Las más circunspectas y graves de la concurrencia tomaron á mal su inocente entretenimiento, y hubo alguna que, deseando inquirir con selvática curiosidad, hija de la ignorancia, hasta qué punto llegaba el desarrollo de sus facultades anímicas, apretó con zarpa de tigre los sentimientos, no despiertos aún, de la niña, diciéndole en voz baja:

—Hoy no debes jugar ni correr, porque se ha muerto tu papá.

—No se ha morido —replicaba ella— está en el cielo.

Tan ingenua contestación desconcertaba por un momento á la indiscreta mujer, pero sobreponiéndose la terquedad de sus propósitos á la compasión y al sentido común, continuaba:

—Bueno, pero está muerto. Si quieres en la sala de San José puedes verlo tendido sobre un colchón, cerrados los ojos y con un crucifijo en las manos.

Julia corría á ocultar sus lágrimas en el regazo de su madre, exclamando:

—¿Verdad que papá está en el cielo?

—Sí, hija de mi alma; no llores.

—Esa embustera me dice que se ha morido y que está así— y cruzaba sus manitas sobre el pecho, cerrando los ojos al mismo tiempo.

En busca de luz y de alegría se aproximaba después al balcón y con mirada inquieta seguía el revoloteo de los pájaros en los aleros de las casas vecinas, ó golpeaba los cristales para ahuyentarlos, con las manitas que poco antes simbolizaban sobre el pecho, el eterno descanso de su padre.

Cuando cerró la noche llegó á su apogeo la vatahola de los preparativos para el convite, y lo peor del caso era que, con excusa de dar una vuelta por sus hogares, continuamente faltaban unas ú otras de la cocina. Alguien murmuró que tantas idas y venidas en noche tan obscura y desde punto tan bien abastecido no las hacían á humo de pajas; y, según malas lenguas, más de tres cruzaron por la plaza de la iglesia, que, ó se hallaban en estado interesante, ó conducían algún bulto debajo del delantal.

—Yo sólo puedo asegurar,—dijo una con cierto reconcomio y maliciosa sonrisa,—que noche tan güena como aquella pa los contrabandistas, pocas, y tan malá para los carabineros, denguna.

A las diez de la mañana del siguiente día comenzaron los funerales.

Junto á las puertas del templo, abiertas de par en par, colocaron la caja mortuoria para que llegasen hasta los restos de D. Pedro Javierregay

las preces de los sacerdotes, el rezo de los fieles, el resplandor de los cirios y hasta el aroma del incienso. Por este procedimiento, que recuerda el culto materialista que á los muertos tributaban los gentiles, quedan burladas en gran parte las disposiciones que prohiben depositar á los cadáveres dentro de las iglesias.

Terminadas las fúnebres exequias y los responsos, todos los concurrentes se encaminaron á la casa mortuoria en correcta formación. Delante los hombres, con el cura á la cabeza del grupo y rodeado de los que formaban el duelo que se distinguían de los demás, por sus capas de recio paño, larga esclavina y alto, tieso y pespunteado cuello; detrás todas las mujeres vestidas de luto y cubierto el rostro con negro velo.

Se paró el cura en el portal y los de la comitiva fueron entrando de uno en uno en la casa al mismo tiempo que le besaban la mano. Las mujeres desfilaron, haciendo lo propio y quedándose á la parte de afuera.

Se descubrió después mosén Miguel y callaron todos. Con acento grave y reposado, hizo á continuación breve elogio de las virtudes y méritos del difunto D. Pedro, rogó á los circunstantes que le tuviesen presente en sus oraciones y terminó el panegírico dando las gracias á todos en nombre de la familia; con lo cual se dió por acabada la ceremonia, despedido el duelo y empezó el desfile general de la comitiva.

Las mujeres se fueron á sus casas: mosén

Miguel á la suya, donde le esperaba desfallecida por el ayuno, la clerecía, y á la de doña Rufina subieron los hombres, con no menos desfallecimiento y apetito que el clero.

Los parientes de la familia y los señorones más ricos y encopetados de la tierra, se instalaron en la sala del Obispo, en la siguiente la clase media y, en la de San José, los vecinos de Escuarve, uno de cada casa. El de la Retora estuvo mezclado y confundido con los del pueblo. Asistió de mala gana á la iglesia y con peor voluntad á la comida, pero su ausencia en la mesa hubiera sido más notada que en el templo y no quiso por aquella vez dar pasto á la murmuración con su conducta.

Alguien extrañó no verle con el *señorío*, pero el hombre fué á sentarse donde le indicaron. Doña Rufina á pesar del dolor que la embargaba, tuvo bastante serenidad y presencia de ánimo para ordenar ese y otros detalles relativos á la comida, y cuando doña Nieves se atrevió á indicarle, con alguna timidez, lo inoportuno é improcedente de tal colocación, le contestó con calma y con dignidad:

—Yo sé mejor que todos, el lugar que corresponde á cada uno, según su educación y su nacimiento.

Madre é hija pasaron el día entero en la cama, sacrificio impuesto por la etiqueta del país en casos tales. Ocupaban las dos alcobas de la sala del Obispo, sobre arcaicos, blasonados y altos lechos de madera, cubiertos con ricas colchas de

damasco; al compás de sus mal reprimidos sollozos y lamentos, los concurrentes al gastronómico acto, con mustio semblante, bajos los ojos y actitud grave y circunspecta, trasegaban con mucho garbo á sus estómagos desfallecidos, sendas pitanzas de la olla y muy gentiles tragos de lo añejo. Nunca mejor que en aquella ocasión se pudo exclamar con Fígaro: «El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu».

Los condimentos y el servicio corrían parejas con el original y triste agape. Cocido sin aditamento alguno, carnero en guiso y almendras tostadas. Un solo plato á cada comensal, de los más bastos que se fabrican en las alcallerías de Bandaliés, y cubiertos de boj.

Una vez satisfechos y llenos los estómagos se levantó D. Cándido y rezó por el alma del difunto un Padre-nuestro y un Ave-María, que respondieron á coro los presentes. Desfilaron después uno á uno por la alcoba de doña Rufina pronunciando, en señal de despedida frases de pésame y minutos después quedaron solamente en las desiertas habitaciones de los Torralbas, los perros de la vecindad que, hambrientos y glotones, roían al compás de prolongados gruñidos, los huesos arrojados por los comensales debajo de la mesa.

XI

Conveniencias sociales incompatibles con las públicas manifestaciones de duelo suspendieron, aunque por breve plazo, las luchas entre las dos rivales familias. No podía sufrir con calma doña Rufina, que anduviere el de la Retora pisándole los talones en el pago de la contribución territorial. Esperaba de un momento á otro que Dios castigase la soberbia de aquel hombre (soberbio porque se enriquecía) hundiéndole de golpe y porrazo en la miseria; y, como la justicia divina andaba roncera, creyó conveniente á los fueros de su casa y lustre de su apellido, adelantarse á la providencia rompiendo las hostilidades.

Bueno es advertir que el astuto del señor José, se complacía en espolear con certeros golpes el amor propio de su enemiga. No estaba conforme en pagar la misma cuota que los Torralbas por el impuesto de consumos y, para conseguir la rebaja equitativa, aprovechó la tregua impuesta por el luto de D. Pedro para colarse en el municipio, que lo eligió su presidente, y en la primera reunión que verificó la Junta repartidora del impues-

to, dejó las cuotas de las dos casas en su primitivo estado.

D. Cándido que, con objeto de mantener su hegemonía administrativo-municipal se había pasado subrepticiamente al campo del señor José, dirigió, con mañoso y oculto arte, toda la maniobra de la Junta repartidora.

No se durmió en las pajas doña Rufina. Protestó y se alzó contra semejante iniquidad; mas prevaleciendo por esta vez la injusticia sobre la faz de la tierra, quedó sobrecargada en costas y en deseos de venganza.

Sulfurábase la encopetada señora contemplando en los actos oficiales al sustituto de su marido. En las solemnidades religiosas á que asistía el Ayuntamiento, doña Rufina, que ocupaba un sillón inmediato al alcalde, se adelantaba la mantilla por el lado izquierdo del rostro á modo de anteojera, en forma tal, que le impidiese ver á hombre tan menguado y de tan baja estofa ejerciendo el más alto y honorífico cargo del distrito.

Pero nada de lo referido es comparable con la indignación y la cólera que se apoderó de su ánimo cuando supo que el señor José había comprado el monte de las Ripas. La noticia produjo en sus nervios el efecto de una descarga eléctrica. La adquisición de finca tan abundante en pastos y en tierra de labor, colocaba el patrimonio de los Avenillas entre los mejores de todo el Somontano.

El sastre, animada estafeta de todas las novedades y sucesos acaecidos en el lugar, se dirigió,

en cuanto lo supo, á casa de doña Rufina. Tan azorado y nervioso penetró por las habitaciones de la casa el cronista lugareño, que ni siquiera se acordó de anunciarse con el acostumbrado *¡Deo gratias!*

—¿Dónde está la señora?—preguntó con tremula voz á un sirviente.

—¿Hay novedá siñó Juaquín?—interrogó á su vez el mozo con maleante sonrisa.

—Y gorda, pero á tú no t'importa.

En aquel momento se presentó doña Rufina.

—Tenemos que hablar en secreto, señora,—le dijo el sastre.

Ella con extraña curiosidad y él con semblante alterado se encerraron en un cuarto interior de la casa. Allí, con misterioso y apagado acento agregó el sastre mirando á su interlocutora con ojos desmesuradamente abiertos:

—Los de la Retora han comprau el monte de las Ripas.

Poco le faltó á doña Rufina para caer desmayada. No, no podía ser, su conciencia no la acusaba de haber cometido acción merecedora de castigo tan afrentoso y humillante; pero como la compra del monte estaba dentro de lo posible, replicó entre angustiada y colérica:

—Eres el hombre más tonto que he conocido. El día menos pensado te harán creer que el cielo es de cebolla. Y, abriendo después los brazos, prosiguió con igual ímpetu.—Pero ¿hay en esa casa algún manantial que arroje oro continuamente?

Porque en este país hace años que no se oye hablar de robos y no sé de dónde van á sacar los Retores tantos miles de duros como vale el monte de las Ripas. Sospecho que te han engañado miserablemente.

—No me han engañado, señora; tan cierto es lo que digo como es cierto que tenemos que morir.

Con tal energía y convicción pronunció el sastre estas palabras, que doña Rufina hizo un esfuerzo para dominar su enojo ante los vislumbres de certeza, y preguntó á su interlocutor:

—¿Cuándo lo ha comprado, vamos á ver? porque es muy raro que no se haya oído nada hasta la fecha y ya sabes que estos asuntos, no se pueden negociar con tanto secreto.

—Ayer mesmo y al medio día; la escritura la tiró el notario de Almeriz en la venta de Rasal: firmó en calidad de testigo el yerno del Chamorro quien me lo ha contau esta mañana y también me ha dicho que el siñor José pagó á toca teja.

No quiso saber más doña Rufina: las últimas palabras del sastre la desconcertaron y afligieron sobremanera y, haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, contuvo la indignación que la envenenaba.

La noche de aquel día se acostó sin cenar. Dijo que estaba enferma, y era cierto. Sentía escalofríos, dolor de cabeza y opresión en la garganta. No podía conciliar el sueño, daba vueltas en su lecho, impaciente y convulsa. Parecíale que

rozaban su piel continuamente con hojas de ortiga.

Media noche era por filo cuando de pronto cesó su agitación, quedándose inmóvil, con los ojos abiertos y la mirada vaga y perdida en las tinieblas que la rodeaban.

Entre aquel revuelto y candente tropel de pensamientos que, aguijoneados por la fiebre bullían en su cerebro, surgió con luminosos destellos una idea de la infancia.

Recordó que, siendo muy niña, oyó hablar á su padre distintas veces de no sabía qué derechos, fáciles de reivindicar en favor de los Torralbas sobre el monte de las Ripas; que su abuelo, el padre de don Lorenzo, cedió aquel monte á los vecinos del pueblo de Marcuello con ciertas reservas y condiciones que dejaban campo abierto para reclamar el dominio.

«Me parece que es esto ó algo muy parecido—pensó doña Rufina mientras encendía la vela de la palmatoria con mano temblorosa.—Sí, sí algo hay que me será fácil averiguar... Salgamos de incertidumbres.»—Y, apartando la ropa que la cubría, se arrojó del lecho, se puso una falda, cubrió sus desnudos hombros con un mantón, cuyas dos caídas sujetaba contra el pecho su mano izquierda, tomó la palmatoria con la derecha y así, descalza, y con pasos atentados y febriles salió de la alcoba. A los pálidos y amarillentos reflejos de la luz que ahuyentaba tímidamente las sombas del espacioso y viejo caserón, su semblante contraído por el an-

helo y el deseo de venganza, adquiría melancólico relieve, una vaguedad triste y siniestra, algo que hacía recordar los insomnios de Lady Mackbet en el castillo de Dunsinnania.

Llegó á la sala del Obispo y del cajón de la consola fué apartando uno por uno multitud de papelotes y escrituras. Ya daba fin á su investigadora tarea, cuando leyó en la cubierta de un legajo, este rótulo: «Escrituras censuales del monte de las Ripas».

—¡Ya está aquí!—exclamó con fruición—no me engañaba la memoria.

Desató el balduque, desdobló impaciente y febril aquellos papeles rancios, descoloridos y cubiertos de polvo. En la primera hoja había un sello donde se leía entre dos círculos concéntricos, que orlaban las armas españolas: *Carolus IV. D. G. Hispaniarun Rex.*

La escritura comenzaba con estas palabras: *In Dei Nomine, amen.* Y aunque lo restante seguía en castellano, se vió apurada para descifrar aquellas enrevesadas líneas escritas con trazos desiguales, mayúsculas que semejaban insectos de largas antenas, palabras abreviadas, anticuada ortografía y estilo horriblemente curialesco. Pudo más, sin embargo, la ansiedad y el interés por descifrar el contenido, que los inconvenientes de su redacción, sobre todo cuando leyó el siguiente párrafo: «Todos juntos y cada uno de Nos, de nuestro buen grado y ciencia cierta certificados de todo nuestro derecho vendemos, cargamos y

originalmente imponemos por la dicha cesión del monte de las Ripas en favor de don Ignacio Torralba y Salanova, de notoria Infanzonia, labrador vecino del lugar de Efcuarve, para si y los habientes sus derechos ó para quien querrá y dispondrá doscientas libras y diez sueldos, moneda Jaquesa, y ademas seis carneros ó cuatro-mudados de censo y treudo gracioso pagadero en cada un año. ect...»

No quiso saber más por entonces doña Rufina. Miró con aire de triunfo al Obispo, al Abad mitrado y al Presidente de sala de la Audiencia y, oprimiendo contra su pecho la escritura censual, volvió á su alcoba murmurando:

—En todo lo sucedido esta noche se ve clara y manifiesta la mano de Nuestro Señor. Él me ilumina, y me pone en camino para que mi casa recobre lo que le pertenece. Cúmplase su santa voluntad.

Se acostó sin dejar la escritura de las manos. A los pocos momentos dormía profundamente, aunque su imaginación no se dió punto de reposo en toda la noche forjando visiones extrañas y halagadoras. Soñó que se hallaba en el estrado de la sala de justicia de la Audiencia de Zaragoza, sentada en un sillón cuyo respaldo de doradas molduras ostentaba las armas reales, rodeada de los Magistrados que componen el alto tribunal vestidos con severas togas y de los ugieres, mozos y porteros con tricornios, galoneadas casacas y espadas al cinto. El público lo componían todos

los vecinos de Escuarve mezclados con señoras elegantes y distinguidas.

Constituído el ilustre Jurado en la forma dicha, vió acercarse, custodiado por una pereja de la Guardia Civil, al señor José de la Retora; hincó una rodilla en tierra, como vasallo ante su rey cuando llegó á las gradas del sillón presidencial, sacó de su faltriquera, con mano temblorosa, una bolsa de cuero repleta de monedas de oro y, después de vaciarla á los pies de doña Rufina, se retiró con humilde actitud á un extremo del salón. Apareció entonces su mujer, la señora Agustina, que avanzó avergonzada y medrosica conduciendo, asidos de las astas con cintas de colores, seis carneros que, á modo de bíblica ofrenda depositó en estrados á disposición de su dueña y señora.

Dos días después de este sueño se encaminó doña Rufina á consultar el asunto con un famoso abogado que ejercía su profesión en la villa de Almeriz, cabeza del distrito judicial. Un leguleyo que por su rabuleya oratoria plagada de metáforas atrevidas, conceptos altisonantes y palabras esdrújulas, gozada fama de legista en el país. Era, un don Hermógenes lugareño, con la puchera asegurada y en estado propincuo de llegar á ser diputado provincial, cargo que ambicionaba desde que cumplió los veinticinco años.

Leyó y releyó don Alberto, que éste era su nombre, la escritura y, después de unos segundos de meditación, largó á su cliente un discurso ador-

nado con todos los retóricos arambeles de su repertorio. En su opinión, era incuestionable no sólo el derecho de los Torralbas á exigir las pensiones vencidas, sino que también á rescatar el monte por el precio en que don Ignacio lo vendió. Para reforzar sus argumentaciones, citó las Leyes de Partida, el Ordenamiento de Alcalá y de Montalvo, la Nueva y la Novísima recopilación y multitud de disposiciones referentes á la desamortización, desvinculación, censos, foros, capellanías, juros de heredad, etc., etc. Poco ó nada entendió la de Torralba de aquella jerigonza jurídica, ni maldito lo que le importó después que se hubo asegurado del derecho que le asistía á deshacer y anular la cacareada venta del monte de las Ripas.

Las consecuencias de la consulta no se hicieron esperar mucho tiempo, y, ansiosa doña Rufina de acrecentar el patrimonio y fama de los Torralbas y de abatir y humillar al mismo tiempo, á los Avenillas, se metió pertrechada de escrituras, certificaciones, actas, recibos y otras pruebas y documentos fehacientes, en el laberinto de los Tribunales ordinarios, cien veces más intrincado que el de Creta.

Mucho se hacía esperar el día de la venganza, que creyó sería obra de poco tiempo. Menudeaban las providencias, acuerdos, autos, sentencias y apelaciones; arañaban los escribanos, exigían los procuradores, cobraban los peritos y secretarios, subían las costas y con las costas el odio de los litigantes, y así pasaban los meses y los años, sin

vislumbrar unos y otros el hilo de una Ariadna compasiva y protectora.

Los incesantes gastos ocasionados por el litigio y la merma de los frutos por el abandono del cultivo, sobre todo desde la muerte de don Pedro, socavaban los cimientos de la casa de Torralba. Los supremos esfuerzos de su dueña para evitar el desmoronamiento del edificio, eran insuficientes y se vió precisada á hipotecar sus mejores fincas. Pudo entonces haber remediado en gran parte su apurada situación con la venta de algunos campos y olivares pero... ¡no!... Desmembrar el patrimonio heredado de sus ascendientes, equivalía á cubrir de oprobio y baldón la memoria de cien generaciones. Seguramente que los infelices gafos de la Edad Media, no inspiraban la repulsión y lástima que inspiran en el país los que venden sus fincas, aunque á ello les obliguen apremiantes necesidades. Y pensar que doña Rufina se allanase á tanta vergüenza y humillación era pensar en lo imposible. ¡Destruir ella cuando el otro edificaba... eso jamás! Recordaba, por vía de consuelo, el axioma de sus coterráneos: «Empeñar, es enfermar; pero vender, es morir». Antes que la muerte, pues, se resignaba con la enfermedad, aunque duradera y grave, pues tenía además, en su favor la esperanza de pronta curación con los reconstituyentes de la divina farmacopea.

XII

La mañana del veintinueve de Junio, día de San Pedro, se levantó don Cándido resuelto á festejar la fiesta del Príncipe de los Apóstoles con un plato de añadidura para después del cocido.

Ya había sol en las bardas de su corral cuando en él se hallaba el insigne pedagogo, esparciendo por el suelo hojas de lechuga y llamando con melífluo acento á los conejos, que acudían á saltitos en busca del frugal desayuno. Por este medio pudo atrapar al que diputó de más libras. Lo suspendió de las patas con la mano izquierda y alzó la diestra apretando el puño con terrible ademán. Semejaba en aquella actitud uno de los cromos que había en la escuela y que representaba al soldado que, obediente á las órdenes de Salomón, se preparaba á dividir por medio con su cuchillo, á un niño, cuya maternidad se disputaban dos mujeres. Pero el Salomón de Escuarve, ó menos compasivo ó más justiciero que el sabio rey, descargó furibundo puñetazo sobre la nuca del animal.

Subió con la víctima y la depositó en manos de doña Nieves para que ésta la aderezase con los primores que tanto la distinguían en el arte culinario.

Se vistió después el flamante y lustroso terno de paño negro, requirió las gafas, se caló el hongo y, *sin mirar al soslayo,* se fué poquito á poco hacia la iglesia, donde su presencia antes de empezar la misa era indispensable los días festivos, para entonar y dirigir el coro.

Cuando penetró en el templo, oyó el rumor de voces descompuestas y regañonas en la sacristía.

De mal talante tenemos al Cura—dijo para sí.

Efectivamente, mosén Miguel estaba furioso. El domingo anterior había advertido á sus feligreses que, con objeto de honrar al humilde pescador, base y cimiento de la iglesia de Cristo, celebraría la misa el día en que se conmemora su santo á las nueve de la mañana y no al amanecer, según costumbre durante la siega, y, puesto que los trabajos de recolección tocaban á su fin, suplicó á todos que asistiesen con puntualidad al santo sacrificio. Supo al revestirse de los sagrados pasamentos que muy pocos habían accedido á su ruego; y, ya que no podía de otro modo, desahogaba con el sacristán y con los monaguillos su mal humor. Despechado y como en desquite de tan grave falta á sus indicaciones dijo la misa rezada, sin cantar *asperges* ni *tertia*, con no poco disgusto de don Cándido, el herrero, el sastre y otros entusiastas del canto llano, que se quedaron

con un palmo de boca abierta. Lo mismo quedó, es decir, abierto por la página correspondiente, el infolio de negras tapas y broches de hierro oxidado, que se ostentaba sobre el enorme y giratorio facistol. Si la misa fué corta y rezada el sermón, en cambio, fué largo y tremebundo. El evangelio se convirtió en catilinaria, pues en vez de comenzar su discurso, según tenía pensado con las palabras: *tu es Petrus*, etc., de Jesucristo, estuvo á punto de arrancarse con el *Quousque tandem, etc...*, de Cicerón.

«En este pueblo—prorrumpió indignado—se ha perdido la fe, el santo temor de Dios y el respeto y la sumisión á la palabra divina. Algunos que debieran dar ejemplo de moralidad y buena conducta, son los primeros en infringir todos los preceptos que ordena y manda nuestra Santa Madre Iglesia. ¡No los sigáis, no los imitéis!—gritó extendiendo los brazos en actitud suplicante;—dejadlos que caminen solos por la senda de la perdición y del error. No os acerquéis á ellos, porque os inficionarán y envenenarán con el virus pestilente que Lucifer ha inoculado en sus almas». Y, así, por este arte, fué amontonando recriminaciones y anatemas sobre los herejes, réprobos y dañados por el espíritu del siglo, que había en Escuarve. Sus oyentes, en tanto, cuchicheaban de unos á otros diciendo:

«Estas indirectas van por el de la Retora.»

Doña Rufina, que fué de las primeras en adivinar el blanco á donde se dirigían las aceradas fra-

ses de mosén Miguel, no cayó en la indiscreción de mostrarse satisfecha ni hablar con sus vecinas. Antes al contrario, conturbada por las ofensas inferidas á Dios, lanzó tres ó cuatro suspiros, fuertes y lastimeros, que resonaron en las naves del templo, como gemidos de angustia y de dolor.

No era la primera vez que el párroco de Escuarve trataba con tal desenfado á sus feligreses desde el pie del altar. Con mucha frecuencia los aludía más directamente, si cabe, y les afeaba su conducta con palabras y frases que rayaban en insultos; pero acostumbrados sus oyentes durante más de treinta años á tales intemperancias, le oían sin dar señales de disgusto. Por otra parte al respeto que infundían sus canas, había que añadir la autoridad que le prestaban la práctica de virtudes que compensaban sobradamente la falta de la de eubolia. Buen sacerdote, caritativo, de ejemplar conducta y austeras costumbres y, tan celoso por la salvación de las almas encomendadas á su cura, que de este anhelo nacían aquellas intransigencias y rudezas de lenguaje.

Se había propuesto, con el tesón propio de aragonés de pura raza, inculcar en el corazón de sus feligreses el más puro y acendrado amor á la divinidad y la fe ciega é inquebrantable en todos los misterios y dogmas de la religión cristiana. Luchaba á brazo partido contra la ambición de los bienes terrenos y materiales, obstáculo á su parecer insuperable para conseguir la eterna bienaventuranza.

Mil y mil veces había excitado á sus convecinos con la mística fogosidad de un Savanarola á que despreciasen las riquezas; y, para avergonzarles más y más de tan funesta pasión, les citaba el ejemplo de dos gentiles, Crates Thebano, que arrojó sus intereses al mar, porque le avasallaban, y Diógenes, el filósofo, que despreció las riquezas, porque suponía que, poseyéndolas, no podía filosofar; y terminaba siempre sus homilías repitiendo las siguientes palabras del Evangelio de San Lucas: *Non potestis Deo servire et mammonæ.*

Pero nada, ni las excitaciones evangélicas, ni las palabras del apóstol, el ejemplo de los gentiles hacían mella en el ánimo de sus oyentes. Mosén Miguel pedía á Dios que los iluminase apartándolos del error ó se indignaba y se revolvía furioso contra la ignorancia y ceguera de aquellos espíritus, refractarios á la luz de la verdad.

En algunas ocasiones, durante los días fríos y lluviosos del invierno, se le dilataba de gozo el corazón al contemplar el numeroso concurso que invadía las naves de la iglesia y el silencio y recogimiento con que escuchaban sus pláticas:

«Arraiga la semilla—pensaba alborazado—y espero que Dios recompensará mis afanes concediéndoles el sazonado fruto de la divina gracia.» Pero sus esperanzas se desvanecían con el tibio soplo de las auras primaverales. Sus ovejas, entonces, se descarriaban por el monte; embelesados sin duda ante aquel grandioso templo de la naturaleza, bañados por la luz que derramaba el sol

desde la azulada bóveda, y en cuyo ambiente, impregnado por el aroma de las flores, palpitaba la vida al compás del murmullo de las fuentes y el trino de las aves, veíaseles con los brazos desnudos, al aire el pecho ennegrecido, saturados de oxígenos y radiantes de satisfacción, arar los barbechos, ó escardar los sembrados, ó podar las vides, desde el amanecer hasta que cesaba la noche, mientras mosén Miguel, allá en las obscuras naves del solitario templo, se afligía al considerar que sus extraviados feligreses sólo copiaban de los gentiles el culto á Baco, Ceres, Pan y Proserpina.

Después del contundente sermón y breve misa del día de San Pedro, presenciaron en la plaza el desfile de la concurrencia, don Cándido, el sastre y Roque Bellosta propietario de los de una yunta.

Las últimas que abandonaron la iglesia fueron la señora de Torralba, su hija y las dos muchachas de servicio.

—Ya sale doña Isabel—exclamó el sastre cuando las vió descender de las gradas del templo.

La llamaba así por el parecido de doña Rufina al retrato que, de la destronada reina, había en la sala del Ayuntamiento.

Era la de Torralba de mediana estatura, de mucho empaque al andar, sana de colores y de facciones abultadas y correctas, aunque marchitas por los años. Negros sus ojos como los de Julia, pero de mirar penetrante y altanero reflejaban su rebelde espíritu y su indomable orgullo. Sus cabellos, que, divididos por la raya se exten-

dían en dos iguales ondas por ambos lados de la frente, daban á su rostro la semejanza con el de doña Isabel de Borbón.

Mientras el sastre, insaciable fisgón de la dominguera indumentaria de las mujeres, pasaba revista con ojos inquietos y vivaces á la chaqueta que vestía Julia, de merino color café, con pechera abullonada de raso azul, y agremanes de abalorios en las solapas, parando mucho su atención en las haldetas de la misma tela guarnecidas con puntilla negra, se acercó Roque Bellostas á don Cándido y le preguntó al oído:

—¿Cuándo son las elecciones?

No disimuló el maestro su disgusto al oir aquella palabra que atravesada tenía en la garganta desde que redactó la contestación á la carta del candidato liberal.

—El gobierno no ha designado aún el día, pero creo que no tardará en saberse. Esto quiere decir —añadió con maliciosa sonrisa—que te han pedido el voto.

—Yo le diré—contestó Roque mientras se ataba el pañuelo de la cabeza. Ayer tarde me tropezó el de la Retora en la viña del Moral y, por todo saludo, como quien suelta un escopetazo, me pidió el voto. Como yo no sabía cosa de elecciones, cosa le prometí. Pero deseo que un hombre de letras como usted me dé algunas luces en este asunto.

—A mala parte vienes á pedir consejos en cuestiones políticas—replicó don Cándido.—No estoy afiliado, hasta la fecha, en partido alguno.

Se me da un ardite de liberales como de conservadores. Más aún, no dudo que todos ellos serán en su vida privada personas dignísimas y caballeros muy cumplidos, pero unos y otros resultan en las esferas del poder verdaderas calamidades. Respecto al caso concreto que nos ocupa, sólo puedo decirte que el candidato que defiende el señor José es hijo de esta provincia y que, por lo tanto, debe de conocer las necesidades que agobian á la clase productora del país, especialmente á la agrícola; y sobre todo, antes son creo yo, los de casa que los extraños.

El maestro se encariñaba con el fomento y propaganda del amor á la patria chica. El regionalismo además le servía de escudo para ayudar al señor José sin exposición alguna.

A Bellostas no debieron de convencerle ni siquiera de conmoverle aquellas palabras y en muy pocas expuso su opinión, diciendo:

—Lo que nusotros nesecitamos es un deputau que tenga mano pá subir el precio del vino... y todo lo demás músicas.

—He ahí por qué conviene votar á un candidato de la tierra. Porque, vamos, ¿qué saben ni entienden esos grandes políticos de Madrid del precio del vino, de la baja de los trigos, de la vida de los pueblos, de la equitativa distribución de los impuestos y demás cosas que atañen á la agricultura? Ni jota. Muchos discursos para ponerse unos á otros como chupa de dómine... que si tú lo haces mal y si yo lo hago mejor, que si tú

eres un granuja y yo una persona decente y después, en el salón de conferencias, á los mismos que poco antes reñían, los encuentras hablando mano á mano como si nada hubiera sucedido.

—A todos esos—añadió Bellosta despechado—los querría yo ver picando de sol á sol con un jadón de catorce libras. Entonces sabrían lo que es güeno... pero en Madrid al paicer naide trebaja.

—A buena hora te desayunas—replicó el maestro—allí no piensa la gente más que en comer y gastar y divertirse. ¿Has visto cuantos curiosos se reunen en esta plaza los domingos por la tarde cuando hay tiro de barra ó partido de pelota? pues cualquier día de trabajo y á cualquier hora, hay otros tantos vagos en la Puerta del Sol que, según he oído, es la plaza principal de Madrid. Allí las fondas, cafés, teatros, paseos y reuniones, los verás siempre muy concurridos y ¿quién lo paga?... el pobre labrador.

—Y aun paice que nos tienen odio esos pillos, cuando si no por nusotros les faltaría camisa pá una muda.

—No es extraño que haya tantos viciosos y holgazanes porque viven sin fe ni creencias religiosas.

—¡A más eso!

—Lo que escuchas, ninguno oye misa. Se levantan entre una y dos de la tarde y se acuerdan de la iglesia como de mi abuelo.

—Y... oiga—interrumpió Bellosta haciendo una

ligera variación sobre el mismo tema.—¿Es rico... ese hombre?

—¿Qué hombre?—preguntó el maestro sorprendido.

—Pus... don Enrique.

—¡Ah! vamos—el candidato liberal. No lo sé, pero su posición es lo de menos, lo principal es su entereza y su talento para defender la agricultura. Ya sabes mi opinión y mi consejo, aunque te repito, que en asuntos electorales ni quito ni pongo rey.

Con esto se despidieron tomando cada cual el camino de su casa.

Don Cándido se entretuvo hasta la hora de comer, redactando el acta de la sesión ordinaria, que el Ayuntamiento debía celebrar el día siguiente.

A la una en punto se sentó á la mesa. Después de la olla le sirvió doña Nieves el conejo en salsa.

Al tiempo que vaciaba en su plato la ración correspondiente, gritó en las escaleras una voz de timbre femenino.

—*¡Deo gracias!*

—A Dios sean dadas—contestó doña Nieves.

—Me parece— dijo don Cándido, echando hacia atrás el cuerpo,—que es la criada de casa de Torralba.

No se había equivocado, pues al instante se presentó en la puerta de la habitación la moza, diciendo:

—Buenas tardes y buen provecho.

—¿Qué ocurre?—le preguntó don Cándido.

—De parte de la señora que haga usted el favor de pasar á su casa, después de comer, porque desea contestar esta tarde á una carta que recibió ayer de Madrid.

—Está bien, iré al momento.

Se fué la muchacha y el maestro arrancándose con furia la servilleta, que tenía anudada en el pescuezo, exclamó:

—¡Ya está la burra en las coles! Ya tenemos el lío armado. . . . .

—¿Qué te sucede?—le preguntó su mujer sorprendida.

—¡Qué me ha de suceder!... Que se han cumplido las profecías del alcalde. Esa carta que doña Rufina recibió ayer de Madrid, no puede ser de otro que de algún candidato ministerial, y como el señor José está comprometido y trabaja por uno de oposición, figúrate la que se va á armar en el pueblo.

—Vaya un motivo para incomodarte. A tí qué te importa que defiendan cada uno á quien le convenga. Más lo pueden sentir Pablo y Julia. ¡Pobres chicos!, esto les faltaba para que vayan de mal en peor sus relaciones.

—Es verdad—replicó don Cándido con triste acento—¡maldita política! Cuando yo trataba de sondear el ánimo de doña Rufina y el del señor José y de convencerlos para dejar casar á sus hijos, viene á dar al traste con mis proyectos. Pero, en fin,—añadió disponiéndose á partir—no hay que perder la esperanza y veamos ante todo el contenido de esa epístola.

XIII

A la misma hora celebraban interesante y animadísima *interview* la herrera y doña Rufina, en un fresco y ancho pasadizo de la casa señorial de los Torralbas.

María-Antonia que así se llamaba la herrera, tenía mucho parecido con la *Celestina* en lo de «tomar estambre en unas casas para darlo á hilar en otras con achaque de entrar en todas.» Era respecto de doña Rufina depositaria fiel de sus más escondidos pensamientos, apologista incansable de sus méritos y virtudes y consoladora de sus infortunios.

Aunque ya había cumplido los cuarenta, se conservaba fresca, rozagante y de muy buen parecer. Su agradable presencia, su rostro simpático y risueño y su gracioso haldear, unido á un carácter expansivo y franco y á los donaires y agudezas de su conversación, eran al mismo tiempo redes en que aprisionaba las voluntades de los unos, y cantil donde se estrellaban las envidias de los otros.

Sin educación ni cultura alguna, sabía llegar á

su modo por el camino de las flaquezas humanas hasta el corazón de las gentes.

No había tenido hijos la herrera. Su marido, según aseguraban todos en Escuarve, ganaba más de lo preciso para atender á las necesidades del matrimonio y, sin embargo, vivía constantemente con agua al cuello: si le sobraba pan, le faltaban patatas, y, si tenía patatas, carecía de aceite. Para devolver el duro que le dejó la vecina de al lado, se lo pedía á la de enfrente, y para pagar á ésta empeñaba los pendientes ó se vendía una colcha; en fin, que jamás pudo ver en equilibrio el menguado presupuesto de su casa. Era una manirrota para la administración de sus intereses. Gracias que todo lo suplía su ingenio y sagacidad. Muchas veces á las diez de la mañana estuvo apagado el fogón de su cocina por absoluta carencia de provisiones; pero ninguna faltó á las doce la sopa, el potaje de judías con algo de tasajo, el pan y el vino. Sablista hábil y despierta de artículos de primera necesidad, podía competir en su esfera, con los más diestros de la calle de Sevilla.

Dotada de tan felices disposiciones para garbear en extraños hogares y avivada por incesantes apuros, no hay para qué decir si explotaría con fruto su intimidad con doña Rufina, en cuya vivienda entraba como en campo donde todo es orégano.

Motivos le sobraban para considerarla así. Otras de menos entendimiento y menos conocedoras de las debilidades y flaquezas de su dueña, descendían por las escaleras de la casa con las manos de-

bajo del delantal. Lo difícil era salir con provisiones de la de Avenilla, y la herrera salió con ellas ¡vaya si salió! aunque raras veces, porque el señor José siempre la tuvo en entredicho.

A no impedirlo fuerza mayor ó caso fortuito, no pasaba un solo día del año sin que doña Rufina y la herrera tuviesen un ratito de palique.

La tarde de San Pedro subió María-Antonia á casa de Torralba con el exclusivo objeto de saludar á su señora y marcharse inmediatamente porque andaba muy retrasada en sus quehaceres domésticos. Así lo dijo al entrar.

Hallábase doña Rufina sentada en una silla cubriendo sus hombros el blanco peinador y detrás la muchacha alisando con el peine su plateado cabello. Sobre su falda descansaba abierto por las primeras páginas, un libro de los que escribió su tío el Obispo.

—Vaya—le dijo á la herrera—no vengas con tantas prisas y siéntate un momento.

—Por el amor de Dios, siñora, que no tengo tiempo ni pa santiguarme—replicó con humilde sonrisa.

Jamás tenía un momento de descanso á juzgar por sus palabras, y era la mujer más desocupada y corretona del lugar.

—Antes soy yo que tus ocupaciones—dijo la señora con fingida seriedad.

—Eso ni que decir tiene. Así me pidiera usted la sangre de mis venas.

Al ir á sentarse pasó frente á la puerta del re-

poste donde se veía colgada del techo y abierta por el vientre una oveja. Dirigió, aunque rápida y fugaz, una mirada de arúspice á las entrañas de la víctima, y después de sentarse le preguntó á doña Rufina:

—¿Qué está leyendo? ¿los milagros de San Cosme y San Damián?

—No. La vida de San Pedro Arbués.

—¿Sabe usted, siñora, que debía ser hombre de mucho saber su tío el Obispo? Paice mentira que sacara de su cabeza tantas historias y tantas palabras como hay en esos libros.

—Talentos como el suyo, pocos, María-Antonia—contestó satisfecha, la sobrina de su tío.—Y para que no creas que me envanece el orgullo de familia, escucha lo que estaba leyendo en las primeras hojas cuando has entrado: «Censura del Reverendísimo Padre Fray Clemente de las Rivas Polanco del orden de los mínimos de San Francisco de Paula»...

—Esto de mínimos—exclamó doña Rufina interrumpiendo su lectura—no es que fueron hombres de poco más ó menos, sino que se apellidaban así por excesiva humildad.

Asintió la herrera con dos ó tres movimientos de cabeza y la otra continuó: «Lector jubilado, examinador Sinodad del Arzobispo de Toledo, visitador de las librerías de España, Padre de provincia en el convento de la Victoria de esta corte, Definidor y Calificador de la Suprema y de sus juntas secretas».—Ya ves si tiene títulos y ho-

nores—interrumpió nuevamente—pues oye ahora lo que dice, y acentuando mucho cada palabra, leyó lo siguiente: «No hallo en este libro cosa que contradiga nuestra Santa fe católica y buenas costumbres si no que es un floridísimo vergel donde con estudiosas novedades se gozan dulcísimas fragancias de lugares de Escritura: escrito con mucha piedad, elegancia de estilo y agudeza, como se esperaba del ingenio del autor que tan lucidas muestras ha dado de su ingenioso caudal y portentoso saber, en otras obras cristianas y edificantes».

Volvió doña Rufina la cabeza con aire de triunfo y preguntó á su extasiada oyente:

—¿Qué te parece?

—Que ya no se le puede dicir más á una presona.

—Escucha ahora la *Aprobación* y leyó lo que sigue copiado aquí al pie de la letra»:

«Aprobacion de D. Pedro Calderon de la Barca, Caballero del ávito de Santiago y Capellan de fu Majeftad en la real capilla de los Reyes Nuevos de la ciudad de Toledo.

De orden y comifsión del Eminentífsimo señor Cardenal Arzobifpo de Toledo, he vifto el libro intitulado; *Vida de San Pedro Arbués, para efcarmiento de pecadores y caftigo de réprovos, ó la mas firme columna de la iglesia en Aragón,* compuefto por el colegial Theólogo del imperial de Huefca D. Martín Torralba y Ximénez de Sangenis. Y aviendo puefto en fu leccion la atencion, y cuyda-

do que debo á la confianza que de mi cortedad fe promete quien de ella fia fu aprobacion, y cenfura; no folo he hallado en él propoficion alguna que difuene á la dureza de nuesftra Catolica Fé, y políticas coftumbres; pero fingular doctrina, y enfeñanza, con que tal vez mañofo el ingenio al vifo de lo deleytable, fabe introducir lo util; que es tal nuesftra malicia, que aún la virtud ha menefter para que á fombra valerfe contra ella de adornos que le difimulen, de licito divertimiento, fe halle alumbrada de la preciofa luz del defengaño. Efte es el fin del argumento de efte Libro, y tan bien explicado en fu contexto, tan bien executado en fu difignio, y tan bien confeguido en fu defvelo, que á mi corto jufzio, merece fu Autor; fobre las gracias de averle efcrito, la licencia que pide de imprimirle. Efte es mi parecer, falvo, &c. En Madrid 18. de Julio de 1668.

Don Pedro Calderon
de la Barca».

Así que terminó la lectura, se retiró la muchacha, pues había dado fin al peinado de su dueña y, aprovechando María-Antonia la libertad en que quedaban para secretear le dijo bajando la voz:

—¿Ha oído usted el sermón de esta mañana?

— ¡Calla por Dios! — contestó doña Rufina apoyando sus manos sobre la página suscripta por D. Pedro Calderón de la Barca—de vergüenza me moriría si diese motivo con mi conducta para que me afrentasen desde las gradas del altar

y delante de todo el pueblo, pero ellos se quedan tan frescos.

—Pues atienda, siñora, el que tiene malos principios no llega en jamás á güenos fines y, como usted dice muy bien, tarde ó temprano recibirán su merecido.

—Sí no puede ser otra cosa. Cuanto más alto suban y más ensoberbecidos se hallen con su posición, mayor será el golpe que recibirán al caer. Dios, con su infinita bondad, da tiempo á los malos para que se arrepientan y hasta les colma de bienes de fortuna para que agradecidos á tanto favor vuelvan á Él sus almas pecadoras. Esto mismo hace con... esos á quienes no quiero nombrar; pero el tiempo pasa, el arrepentimiento no llega, como ves, y se acerca por lo tanto, la hora de sus desdichas y calamidades. No te quepa duda, María-Antonia, el día menos pensado sufrirán el azote de la providencia.

Después que tan solemnemente anunció la Pitonisa de Escuarve el próximo y desastroso fin del señor José, valiéndose de frases y conceptos espigados en las páginas de su tío, descendió á las pequeñeces de este miserable mundo preguntando á su fiel confidente:

—Por supuesto, todos los que había en la iglesia habrán adivinado quién era esa persona de que debemos huir como si fuese un leproso.

—Ni que fueran tontos en este lugar. Todos, sin dejar uno. Y ¡qué cosas dicen de ella, santo Dios!... unos que son herejes, otros que están con-

denaos, aquéllos que en casa de la Retora no se reza en jamás un Ave-María, los de más allá que el señor José tiene el libro de San Cipriano y, en fin, que en todas partes los ponen para pelar... Pero yo... chitón... ni una palabra.

—Bien hecho, eso prueba que tienes talento. Podrían creer que les tengo envidia y hago contigo el papel de apuntadora. No faltaría más sino que me rebajase hasta ese punto. Yo he nacido de familia noble para estar siempre muy alta y ellos vienen de familia humilde para ser unos cualquieras y, cuando Dios lo ha dispuesto así, El sabe porqué lo hace, mi deber se reduce á guardar el puesto que me corresponde por mi nacimiento. Y lo sabré guardar mientras viva.

—Pero, siñora,—replicó la herrera haciéndose la enfadada—¿cómo se han de comparar ellos con usted? Es imposible. Ya puede dar el mundo vueltas y más vueltas que siempre estarán arriba los Torralbas y abajo los Retores. ¿De qué se pueden alabar en este mundo, vamos á ver? De nada. Ahora porque son los alcaldeses y mandan en el pueblo, se hinchan como los boticos...

Aquí se detuvo la herrera y exclamó:

—A propósito de boticos; usted no se ha enterau de que va el tío José pidiendo los votos de las elecciones hace ocho días.

—No sabía nada.

—Anda, anda. Menudo es el jolín que ha removido. El aguacil se pasa la metá de la noche por esas calles de Dios llamando á la gente de

parte del alcalde y todo es entrar y salir hombres y mujeres en casa de la Retora, que paice mesmamente un treato.

Quedó suspensa breves instantes doña Rufina, por el recuerdo de una carta suscripta por un marqués y referente á las elecciones, que había recibido el día anterior. Del contenido de la epístola no había hecho más caso que del romance de Calaínos, pero las palabras de la herrera avivaron por lo pronto su curiosidad, y le preguntó:

—¿Sabes para quién pide los votos el de la Retora?

—No sé más de lo dicho.

—¿No?... pues hay que salir de dudas.

Entonces mandó á la muchacha á casa del maestro rogándole que viniese á redactar la contestación á la carta del marqués, y con ese pretexto se proponía saber el nombre del candidato por quien trabajaba el de la Retora con tantos afanes y desvelos.

Reanudó después con María-Antonia la interrumpida charla hasta que le avisaron la llegada de don Cándido.

Se levantó la herrera y parándose frente á la puerta del reposte dijo contemplando la deshollada res—¡Qué hermosura de carne! ¿Es oveja ó carnero?

—Oveja.

—Nadie lo diría, porque tiene una riñonada que no hay más que pidir. Todo es manteca.

—Entra que te daré una pitanza para cenar.

—No se moleste por mí.

—Vaya una molestia—murmuró su señora sonriendo y preparándose á cortar con un cuchillo por las costillas de la res.

La herrera, admirada de tanta generosidad y desprendimiento, la detuvo exclamando, casi enfadada.

—No sea tan güena y corte por la espalda.

—Déjame que corte por donde quiera—interrumpió doña Rufina más enfadada todavía.

—Pues no la dejaré—replicó la otra sujetándola por el brazo.—Corte de la espalda y, en desquite, me llevaré tres ó cuatro patatas de las que hay en ese rincón.

Obedeció la señora y María-Antonia recibió en el delantal, cuyas dos puntas tenía cogidas con la mano izquierda, hasta una docena de patatas, además de la ración de carne. Al salir de la despensa repasó con una mirada todas las provisiones. Los perniles, que colgaban del techo, las ventrudas cacerolas repletas de lomo y longaniza en conserva, los barriles de aguardiente y los tarros de almíbar sobre vasares de ladrillos, las judías, las guijas y los garbanzos, cada leguminosa en su pequeño alvorín ó troje, los panes extendidos sobre un cañizo ó zarzo y el repuesto de vajilla ordinaria detrás de la puerta. Todo lo vió, escudriñó y saboreó *in mente*, añadiendo con acento de profunda admiración:

—¡Bendito sea Dios... qué abundancia! Si fuera mío este reposte me reiría del mundo entero,—y

moviendo después la cabeza de derecha á izquierda como para dar más relieve y significado á sus palabras, terminó diciendo:—Por demás que naide se quiera comparar con usted. Cuando en esta casa falte una paja sisquiera, en las otras no les quedará ni calzones. Al acabar de pronunciar estas palabras inclinó el cuerpo hacia delante en ademán de atarse las cintas del zapato y, con la destreza y rapidez del más consumado *rata*, atrapó un puchero, que le pareció muy bonico para sus necesidades, y bonicamente lo metió y confundió con las patatas en el delantal, despidiéndose de su dueña con estas palabras:

—Quédese con Dios, siñora y el cielo le pague tantos favores.

Cuando atravesaba el patio para salir á la calle, hallábanse en la cuadra los mozos de labor, jugando al tute y discutiendo la validez de las bazas con palabras soeces y blasfemias. No quiso ver ni oir más y salió á la calle, murmurando:

—Ya sus daría yo barajas, zanganotes, mal hablaus... los demás en el trebajo y vusotros á la sombra. Lo menos le paice á la tonta de la dueña que San Pedro le segará los trigos. ¡Recristina con el orgullo de la mujer! á buen puerto la llevará... Pues mía tú con el cura... el cura que vaya á mandar en su casa, y á decir misa que pá eso le paga el gubierno.

XIV

Cuando llegó don Cándido á casa de Torralba se fué al comedor á esperar á doña Rufina pasando antes por una habitación inmediata al hogar que hacía las veces de tinelo ó refertorio de los jornaleros y mozos de labor, como lo indicaba una larga mesa que había en el centro con bancos de madera en ambos lados.

En un extremo de la estancia y sobre una cómoda inservible veíase una arquimesa ó calajera, preciosa y delicada labor en taracea construída, á juzgar por su estilo del renacimiento, á principios del siglo XVII, pero en lastimoso y deplorable estado de conservación. De las seis columnitas en marfil de orden dórico con basas y capiteles de bronce que en el centro del muelle simulaban un pequeño hemiciclo, había solamente dos y parte de la cornisa que era por cierto primorosa labor de marquetería.

En los frontis de los cajones laterales estaban representados pasajes de la Eneida con incrustaciones de marfil, pero sólo quedaban tres donde se veía á Dido sin cabeza y á Eneas sin brazos.

Aquel mueble le había parecido siempre á doña Rufina un trasto viejo, incompatible con el refinamiento y lujo de las modernas habitaciones, una antigualla, una cursería; y, queriendo dar una prueba de distinción y buen gusto, lo sacó de la sala de San José donde se había conservado largo tiempo sustituyéndolo por un vistoso entredós con barniz color perla y medias cañas doradas, semejante al tabernáculo de una iglesia de jesuitas. La arquimesa desempeñaba en la actualidad el indigno papel de colgador de alforjas y de candiles, como lo denunciaban las manchas de vino, los tiznes y los sucios lamparones de las maderas.

Llegó don Cándido al comedor, espaciosa habitación situada en la parte posterior del edificio con dos balcones corridos sobre recios mensulones de piedra que daban al corral, mesa de correderas en el centro, sillería de rejilla, cromos con marco de nogal en las paredes representando las hazañas de Hernán Cortés y una copia en lienzo denegrida y borrosa del San Bartolomé, de Rivera.

Una alacena, que por sus dimensiones y su ejecución era objeto de alabanzas en el país, ocupaba todo el muro frontero á los dos balcones. La profusa mezcla de liras, ramos de olivo y angelotes tallados en las puertas, revelaban exceso de paciencia y falta de buen gusto en el artífice. Los estantes de tan celebrado mueble atestados de ropa blanca los exhibía su dueña á cuantos la visitaban por primera vez, como el signo más carac-

terístico de su previsora administración y buen gobierno.

Mientras doña Rufina y la herrera pasaban el tiempo leyendo y comentando censuras eclesiásticas, hallábase Julia sentada en un desván del segundo piso donde se albergaban dos cluecas con su numerosa prole. Los polluelos sin mostrar la desconfianza de sus astutas madres y subidos sobre las faldas de su protectora dueña, picoteaban con graciosa y encantadora movilidad el humeante condumnio que aquélla les ofrecía en una fuente, hasta que ahitos de comida y henchidos los papos se alejaban frotando los piquitos sobre el enyesado pavimento. Bajó después al corral á distribuir *porguesas* á las gallinas y al subir al comedor quedó agradablemente sorprendida con la presencia del maestro.

A él había confiado la heredera de los Torralbas sus más escondidos pensamientos y en él ó en sus persuasivas disertaciones, acerca del amor había puesto Julia las esperanzas del que sentía hacia Pablo. Le consideraba como á su protector, como á su segundo padre, como al único sér de cuantos le rodeaban dotado con facultades para resistir, ya que no avasallar el orgullo de doña Rufina y la terquedad del señor José.

Fué á sentarse Julia cerca de don Cándido y con respiración anhelante, que indicaba dejadez y cansancio, exclamó:

—Vengo rendida, como ve usted.

—Señal de que has trabajado mucho.

—¡Vaya un trabajo! Subir las escaleras del primer piso. Es que hace tiempo no me siento bien.

—Consecuencias del amor—dijo sonriéndose el maestro.

—Pero del amor imposible—añadió ella con amargura.

—¿Cómo imposible?—replicó don Cándido irguiéndose en la silla.—¿Acaso hay poder humano capaz de romper ese lazo que á Pablo y á tí os ata desde la niñez? Y si á esto se añade mi firme propósito de arrancar el consentimiento de vuestros padres hablándoles al corazón y haciéndoles ver las ventajas que á las dos casas reportaría vuestro matrimonio, no llamarías imposible á lo que yo considero como una realidad.

—¿Y á usted le parece fácil convencer á mi madre?

—Más fácil que al otro, porque es mujer. El sexo femenino es de suyo impresionable, es decir, que en él domina el sentimiento y se le puede convencer con pequeño esfuerzo de inteligencia. Tu madre, además, como persona de mayor cultura y educación que el señor José, está por lo mismo en mejores condiciones para allanarse á la verdad de los razonamientos y de las conveniencias sociales.

Cierto es que las palabras de don Cándido reanimaban el abatido espíritu de Julia, pero quería más, mucho más, quería llegar al convencimiento, á la clarividencia de los hechos, si fuere posible;

y, movida por el afán de ahuyentar de sí dudas y recelos, le preguntó á don Cándido ó mejor aún le objetó:

—Pero ¿ya es suficiente todo lo que usted sabe para hacerle ver á mamá que Pablo no es de familia plebeya como ella dice, que no tiene sangre azul, que no es el descendiente de la Retora?

Quedó el maestro indeciso, no acertando á refutar tan contundentes argumentos.

Tenía razón Julia. Convencer á doña Rufina de que Pablo era noble de los de devengar quinientos sueldos y digno por lo tanto de unirse en matrimonial coyunda á la heredera de los Torralbas, era empresa superior á la inteligencia del hombre.

Al observar Julia la descontentada actitud del maestro, sintió el frío del desencanto y con voz angustiosa continuó:

—¿Ve usted como tengo razón? ¿Ve usted como es imposible convencer á mamá? ¿Por qué soy tan desgraciada, Dios mío? ¿Qué culpa tengo— prosiguió con los ojos anegados en lágrimas—de haber nacido en esta casa y Pablo en la suya.

—Serénate, que no es el caso tan apurado—dijo don Cándido algo conmovido por sus sollozos.— Muchas quisieran verse en tu lugar.

—¿Sí?—replicó la joven apartando el pañuelo de sus ojos—pues yo me cambiaría por la hija de último jornalero de Escuarve. No teniendo ni sobre qué caerme muerta, haría mi voluntad; pero, siendo mujer y heredera única, no puedo

dar el escándalo de abandonar la casa de mis padres. ¿Le parece á usted pequeña desgracia además vivir como yo vivo en incesante martirio. No quiere mamá que hable con Pablo y al mismo tiempo se enfada porque estoy triste.

—Nada, nada,—replicó el maestro—tus palabras no me hacen desistir de mis propósitos. Ten calma, deja que termine el pleito del monte y verás como lo que hoy te parece una montaña quedará reducido á un grano de arena.

—¡Maldito pleito!—replicó Julia—á ellos les podrá costar mucho dinero, pero á mí me cuesta muchas lágrimas. Ayer precisamente recibió mamá una carta de Madrid, supongo que de su abogado.

—Esa carta es la causa de mi venida á estas horas—dijo don Cándido—y me temo que su contenido será causa de nuevas rivalidades y disgustos entre las dos familias.

—¡Todavía más! ¿qué teme usted?

—Que trate de elecciones.

—¿De elecciones?—preguntó Julia con indiferencia.—Y eso... ¿qué significa?

Explicó don Cándido con toda la brevedad posible el sentido de la palabra en su acepción genuinamente española, es decir, como sinónima de odios y enconos personales y manifestó sus barruntos de que la carta de doña Rufina, fuese de algún candidato dispuesto á luchar frente al que defendía el de la Retora.

No obstante la opinión del maestro, Julia concedió escasa importancia á sus palabras creyendo

que, á lo sumo, sería una cuestión pasajera y superficial. En aquel momento llegó doña Rufina, y su hija, con objeto de averiguar en primer término el contenido de la carta, fué á sentarse detrás del balcón haciendo como que leía la vida de San Pedro Arbués, pero puestos sus cinco sentidos en lo que su madre y don Cándido conversaban.

XV

Saludó doña Rufina al maestro con su acostumbrada gravedad, no exenta de cortesía, y éste se levantó del asiento para corresponder con una graciosa zalema, pues era hombre asaz galante y cumplido con las señoras de alto copete.

Hablaron del excesivo calor y de la siega, que ya daba fin en todo el término de Escuarve, cumpliéndose al pie de la letra el refrán que, en nombre del trigo dice con original prosopopeya: «cuando quieras me sembrarás y entre San Juan y San Pedro, me segarás».

Alzó después doña Rufina el tapete de hule que cubría la mesa y, sacando una carta que había debajo de él, exclamó:

—Recibí anteayer estas líneas que me dirige desde Madrid el marqués de Casa-Ibáñez rogándome que apoye su candidatura por este distrito en las próximas elecciones á Cortes. Además, he recibido hoy otra de D. Alberto, el abogado de Almeriz al que debo muy señalados favores, y también me súplica que trabaje por el marqués, persona influyente y de alta significación. Pero

antes de contestar, deseo que usted me diga para quién pide votos el de la Retora, pues sé que anda metido hace ocho días en negocios electorales.

El maestro lanzó un suspiro hondo y prolongado. Efectivamente *la burra estaba en las coles*, como había dicho poco antes en su casa, y á fe que se había metido de hoz y de coz, á juzgar por los comienzos.

—Señora—replicó—siento mucho decirle que el señor José trabaja por D. Enrique de la Sotonera, su abogado y defensor en el pleito del monte de las Ripas.

Doña Rufina se agitó en el sillón con brusco movimiento al oir el nombre y calidad del otro candidato.

—¿Cómo puede ser eso?—interrumpió—si al marqués, según su carta le apoya el gobierno.

—¡Desgraciadamente!—añadió don Cándido con voz apenada.

—Y ¿por qué... desgraciadamente?

—Porque cada uno de los dos candidatos pertenecen á diferente partido y como apoya el de la Retora al de oposición, en cuanto el gobernador se entere nos va á poner de oro y azul á fuerza de multas, apremios, comisiones y... págalo pueblo y aguanta Secretario que para mí serán el trabajo y los disgustos.

—Hará lo que debe el señor gobernador,—añadió muy gozosa doña Rufina.—¿Quién es el de la Retora para hacer la guerra nada menos que á un título? ¿Quién es ese D. Enrique para ponerse

frente al rey, y á los ministros que están á cien codos de altura sobre él? Algún descamisado ó... algún pillo como el que lo defiende.

Quiso el maestro, cuando vió á la señora de Torralba tan ayuna de formas de gobierno, poner las cosas en su verdadero punto por medio de un breve resumen acerca de los poderes representativos y de la constitución de las cámaras populares, pero doña Rufina que ni sabía ni quería aprender Derecho político, le atajó con estas palabras:

—Todos debemos respeto á los superiores jerárquicos. La desobediencia es pecado grave. Mi tío el Obispo dice que el poder de los reyes es de origen divino y lo prueba recordando que en la antigüedad los ungía el Señor. Solamente los impíos y los herejes, como el de la Retora, se rebelan contra el principio de autoridad. En este pueblo, además, las cuestiones políticas las dirigía mi padre mientras vivió, después mi marido y por lo tanto, no debo consentir ahora que los Avenillas usurpen las atribuciones de los Torralbas. —

Julia, que había seguido muy atenta la conversación, se fué, al escuchar las últimas palabras de su madre. Por ellas, mejor que por las del maestro, empezó á comprender las fatales consecuencias que podrían sobrevenir de aquella carta. Se dirigió á su alcoba y, postrándose de hinojos ante una imagen de la Virgen de Aragués á la que rendía en todas sus tribulaciones amorosas, fervoroso

culto, en actitud suplicante y con heredada cándidez para barajar lo humano con lo divino, balbuceó:

—«Virgencica mía, no consientas que haya elecciones». Bien conocido tenía el carácter de su madre cuando suplicaba á la Virgen con tanto afán que cortase por lo sano. Precisamente en aquel momento colocaba doña Rufina sobre la mesa del comedor, papel, tintero y pluma y decía á don Cándido:

—Es para mí un cargo de conciencia el dejar á ese tío en libertad contra el gobierno y en perjuicio del pueblo: esto sin contar lo obligada que estoy á mi abogado por sus buenos consejos en el pleito del monte. Lea la carta del marqués de Casa-Ibañez. Usted la contestará porque ni mi dictado, ni mi ortografía son para dirigirme á persona de tan alta posición. Respecto á D. Alberto, ya es otra cosa, no importa que yo le escriba de mi puño y letra por que tengo confianza con él.

Leyó don Cándido la epístola del candidato conservador, redactada en términos parecidos á la del liberal. Si éste invocaba el lugar de su nacimiento como título indiscutible para aspirar á la representación del distrito, aquél recordaba, para los mismos fines, las pruebas de simpatía y cariño que el país le había demostrado en la pasada elección. No decía por motivos fáciles de comprender, el total importe de aquellas pruebas, á razón de quince pesetas por simpatía ó elector,

en el supuesto de que merezcan crédito los segadores del señor José de la Retora. De donde resulta que no era desconocido para don Cándido el ilustre prócer canovista, pues tuvo el alto honor dos años antes, de atizar en contra suya el clásico y morrocotudo pucherazo.

El marqués de Casa-Ibáñez se había presentado como candidato conservador por el distrito de Almeriz, mandando los liberales, con el exclusivo objeto de hacer méritos ante los gobernantes, no ante los electores, para que nadie le disputase el puesto el día que llegasen los suyos al poder. Este original y vulgarísimo procedimiento de *hacer méritos* para conseguir la investidura de diputado, ponía en juego á su vez D. Enrique de la Sotonera para cuando le llegase el turno. Pero este iba más allá, ó acaso miraba desde más alto para ver mejor, como aconseja Montesquieu, siendo su propósito encadenar los méritos de tal suerte que lo hiciesen acreedor con el tiempo á una Subsecretaría, Dirección general ó Gobierno civil, por que el regionalismo no es incompatible con los cargos de Jefe superior de Administración, en adelante.

Ante la batalladora actitud de doña Rufina creyó don Cándido inútil oponer objeciones que le hiciesen desistir de sus propósitos. Tomó la pluma pues, y dijo:

—Estoy á su disposición, señora.

—Escriba usted—ordenó doña Rufina cruzando los brazos sobre la mesa.—que estoy pronta á tra-

bajar en su favor con todas mis fuerzas para que logre una votación lucida y numerosa. Que á su contrario le apoya en este pueblo el alcalde, de apellido Avenilla, por mal nombre el de la Retora, persona de malísimos antecedentes por el origen nada limpio de su fortuna y por su familia obscura y plebeya.

—Esto es demasiado—se atrevió á interrumpir el maestro.

—No lo crea usted, la verdad siempre brilla como el sol, dice mi tío. Se trata de un marqués y conviene que conozca la casta de sus adversarios y la de sus amigos para que sepa también que en los pueblos hay clases y familias nobles y conociendo quiénes son los Torralbas, quedará más agradecido á mis trabajos.

Ignoraba doña Rufina que el marquesado de Casa-Ibáñez fué concedido á un contratista de víveres al ejército durante la última guerra civil, quién viéndose rico, creía indispensable su intervención en el gobierno de la patria.

—Por último,—añadió la defensora del noble candidato—quiero ponerle al corriente del pleito que sostengo, con el de la Retora, que pretende despojarme de antiguos y muy legítimos derechos de familia y que en premio al interés con que defenderé su candidatura espero que influirá con los tribunales para que sentencien en mi favor.

Comenzó don Cándido á redactar la contestación con la cólera y rabia del moro Tarfe, aunque sin rasgar el papel, en tanto que doña Rufina re-

pasaba en su memoria los electores adictos y los contrarios, resultando del mental escrutinio el triunfo de su candidato por una gran mayoría.

«Es natural este resultado—pensaba muy satisfecha—el respeto á la casa y á la familia bastan y sobran para decidir la elección. Ahora se convencerá ese infame de su insignificancia en este pueblo. ¡Valiente chasco se llevará cuando sepa que trabajo en contra suya!»

Invocó después, como los caballeros andantes al entrar en la palestra, á la dama de sus pensamientos, es decir, á su Dios, aquel Dios misericordioso y admirador de los Torralbas de Escuarve, de cuya divina protección no podía dudar, porque el señor José era un sacrílego y enemigo declarado de la religión cristiana.

Convertido Dios con la inflexible lógica de sus razonamientos en agente electoral, ya no dudó doña Rufina de alcanzar la victoria.

¡Inmensa bondad y sabiduría la del Todopoderoso! Cuando ella comenzaba casi casi á desconfiar de los providenciales dones, el Señor descubría ante sus ojos inesperado y fácil camino para llegar á la esperada apoteosis de los Torralbas, con mengua y baldón de los Avenillas.

Halagada por estos pensamientos, que en su imaginación bullían, sonrió la ilustre señora, y así que el maestro terminó la carta y ella la hubo leído y certificado con su firma, no queriendo demorar ni un minuto más la ruptura de las hostí-

lidades, porque de la tardanza podía depender el éxito de la lucha, le dijo al maestro:

—Haga el favor de remitirme una lista de los electores, porque esta misma tarde empezaré á pedirles el voto. Y revistiéndose de gravedad, añadió:—Espero que usted me ayude en esta ocasión. Supongo que recordará á quién debe el nombramiento de Secretario.

—A su esposo, señora, no lo olvido—replicó algo confuso el maestro.—Mas, debo advertir, que ni soy político ni tengo influencia alguna con los electores.

—Nada importa que no sea usted político—replicó doña Rufina sin perder su grave y severa actitud—tampoco soy yo *política*. Pero aquí no se trata de partidos, sino del bien del pueblo y de corresponder á la amistad y á la protección que se le ha dispensado en esta casa. Usted, con sus indicaciones y consejos, puede hacer mucho en mi favor. Con ellos cuento como prueba de gratitud y cariño.

Mucho antes de lo que se pensaba se vió cercado y oprimido don Cándido en la débil fortaleza de su reposada y apacible existencia. Molestado por el asedio, sintió la comezón de preparar inmediatamente una tregua ó armisticio y comenzó á sondear el ánimo de doña Rufina, replicándole:

—No es suficiente para estas luchas la voluntad y el buen deseo, y cuente usted que el mío no es otro que el de servirla: es preciso además

carácter, actividad, energía y audacia, condiciones que yo no poseo. Por el contrario, soy amante de la paz y del reposo, me siento predispuesto á conciliar antagonismos y luchas de clases, sobre todo en los momentos actuales, que juzgo empresa sencilla y hacedera.

—¿Cómo es posible la paz con un hombre tan malvado como ese?—preguntó admirada doña Rufina.

—Para todo hay remedio en este mundo, señora.

—Es verdad, uno hay. Que restituya lo que pretende robarme.

—Todavía quedan otros caminos para llegar á la concordia sin que ninguno de los dos salga perjudicado en sus derechos.

Y con la cautela y parsimonia que exigía el trabajo de sondeo, continuó:

—Hay corrientes misteriosas que están por cima de las pequeñeces de la vida, secretos impulsos del corazón que hacen enmudecer la lengua y olvidar antagonismos de clase.

Doña Rufina se quedó perpleja al oir estas palabras, no acertando á descubrir tales secretos y misterios, aunque ella había penetrado muchas veces en los inescrutables de la Divina Providencia.

—La juventud—añadió don Cándido—es con respecto á la vida lo que la primavera con respecto á la naturaleza, que todo lo modifica, cambia y transforma...

—Vamos, ya sé donde va usted á parar—exclamó doña Rufina saliendo de su incertidumbre.—Al matrimonio de Pablo con mi hija, porque se miran y se hablan alguna que otra vez y dice la gente que están en relaciones. Y ¿á eso llama usted misterio? No, señor; lo sé hace días, pero como he procurado educar á Julia en el santo temor de Dios y en la obediencia á los superiores, cual corresponde á su clase, se casará con el hombre que yo elija para marido suyo. De ahí que no haga caso de esas... necedades, que no merecen otro nombre... Yo no puedo consentir un matrimonio tan desigual. ¿Cuál no sería la indignación de mi padre si viniera del otro mundo y encontrase á su nieta casada con el hijo de un arriero? Su primer y único cuidado antes de ajustarse mi boda, fué el de averiguar si eran nobles los Javierregay, y como yo quiero respetar las tradiciones de familia, debo proceder con Julia del mismo modo.

—¿Y si á pesar de sus escrúpulos, que yo respeto, aunque sobre ellos hay mucho que hablar, los padres de Pablo, por acceder á los deseos de su hijo, y en consideración á las excelentes cualidades de Julia, estuviesen dispuestos á recibirla en su casa con los brazos abiertos ¿qué haría usted?

«¿Hablará éste por indicaciones del señor José?» pensó doña Rufina al oir las últimas palabras de don Cándido. «Todo es posible—se dijo,—pues viéndose el de la Retora en posesión de extenso y rico patrimonio, es natural y lógico que

aspire á mejorar la sangre de los suyos y transformarse en señor casando á su hijo con una señorita de alcurnia y de pergaminos». En esa pretensión del de la Retora, caso de ser cierta, sólo vió doña Rufina en aquel instante la posibilidad de abatirle y humillarle, y tales eran sus ansias por llegar á ese fin, que sin reparar en los medios, cegada por el odio, tendió inmediatamente las redes convirtiendo á Julia en cimbel de sus vanidosos anhelos.

—Respecto del chico,—prosiguió—no tengo queja alguna, me parece que es bueno y obediente, tiene poco de los Avenillas, conmigo se muestra muy amable y hasta me saluda cuando nos cruzamos en el camino. Pero si hubiera de casarse con mi hija sería preciso, ante todo, que sus padres reconociesen mis derechos sobre el monte de las Ripas, dándome satisfacción muy cumplida por los agravios que me han inferido; que me pidieran la mano de Julia en la forma que les corresponde por la diferencia de familia y, después, me tomaría tiempo para decidir.

Con alborozo íntimo oyó el maestro las palabras de doña Rufina. «El primer paso en terreno tan escabroso—reflexionó—lo he salvado sin tropezar con el obstáculo insuperable de una rotunda y enérgica protesta. Impone condiciones, luego transige. Cierto es que pecan de humillantes y duras, pero yo las suavizaré con mi habilidad.

No le pareció conveniente por entonces insistir en asunto tan difícil de resolver en breves mo-

mentos. Misión era aquella de tal naturaleza que podía malograrse tanto por exceso como por defecto en el procedimiento. Se despidió, pues, de doña Rufina reiterándole sus ofrecimientos, con ánimo de continuar otro día la comenzada obra del equilibio local.

En el patio encontró á Julia, que le esperaba impaciente por saber el fin de la conferencia, que tan desastroso principio tuvo. Pero don Cándido trocó en alborozo la mala ventura de la joven, diciéndole casi al oído:

—He abordado á última hora y con las precauciones necesarias el asunto de tu matrimonio.

—¿Cómo?—exclamó Julia admirada—¿ha tenido usted valor?...

—Para eso y para mucho más—le interrumpió el maestro sonriéndose de la candidez de su protegida.

—¿Y qué?

—Lo que yo pensaba: que no me será tan difícil convencerla, como tú creías.

—¿Es posible?... No me engañe usted, se lo pido por Dios.

—Ya sabes que no soy amigo de bromas, y te aseguro que estoy admirado del efecto que le han producido á tu madre mis palabras. Ten calma y confía en mí, que yo sabré preparar un desenlace como en las comedias, pues, según dicen, todas terminan con boda.

Se fué don Cándido, y Julia subió á la habitación loca de contenta. Le parecía que el corazón se le

dilataba poco á poco produciéndole extraña mezcla de inquietud y alegría que le dificultaba la respiración: algo así como la angustia del placer ó el exceso y la plétora de ilusiones.

«¡Si es tan buena mamá!—pensaba—y yo que algunas veces he creído que se complacía en mortificarme. No, no, Dios mío me arrepiento de tan malas ideas. ¿Dónde estará?—se preguntaba recorriendo la casa.—Mañana le daré dos pesetas á mosén Miguel para que le diga una misa á la Virgen de Aragüés... ¡Qué feliz soy!... De aquí en adelante seré una santa... digo... una santa es imposible... pero buena sí, eso sí, más buena que el pan.

Llegó Julia con tan risueños pensamientos á la sala de San José. Allí estaba su madre expiando detrás de los visillos del balcón á don Cándido, que en aquel momento se dirigía por la calle del Horno á casa de la Retora. Julia no pasó de la puerta, donde quedó sorprendida ante la actitud de su madre, y como embargada por tristes presentimientos que cortaron el paso repentinamente á sus nacientes alegrías y esperanzas.

Hubo unos segundos de silencio, que al fin interrumpió doña Rufina, exclamando:—¡Los dos me lo pagaréis; él por infame y tú por traidor!

Al escuchar Julia aquel apóstrofe sintió un desfallecimiento horrible y se alejó aturdida, y murmurando entre amargos sollozos:

«¡Por algo me parecía imposible tanta dicha!»

XVI

Con la carta del ilustre prócer conservador, aspirante á la más alta representación popular, quedaron abiertas en Escuarve las puertas del templo de Jano.

Torralbas y Retores se apercibieron á la lucha desde aquel momento con las armas y pertrechos propios de la electoral contienda.

Ruegos, promesas, dádivas, amenazas, denuncias, citaciones y, en fin, cuantos medios le sugería el odio que se profesaban, llovían sobre los infelices electores para atraerlos ó conquistarlos con tal de inscribir un nombre más en la lista de los *seguros*.

Los vecinos de Escuarve, que hasta la fecha habían presenciado impasibles la guerra entre los dos primeros contribuyentes, se vieron por obra de las malhadadas elecciones, envueltos en sus enconos, contagiados de sus envidias y divididos, al fin, en bandos y parcialidades, no menos famosos y dignos de mención que los Narros y Cadells de Barcelona, Sforcias y Viscontis de Milán, Pafos y Médicis de Florencia, Beamonteses y Agra-

monteses de Navarra, Gamboinos y Oñasinos de Vizcaya, y CAPULETOS y MONTESCOS de Verona.

Algunos electores estaban igualmente obligados á las dos familias rivales. Con ambas tenían deudas que solventar ó favores que agradecer. El dilema para éstos se presentaba con negros caracteres. Había que decidirse franca y abiertamente por el señor José ó por doña Rufina, bajo la nota en cualquiera de los dos casos, de traidores ó desagradecidos. Y así, fluctuando entre opuestas corrientes, ni comían con tranquilidad, ni trabajaban con fruto, ni dormían con reposo.

Otros, en cambio, se las prometían muy felices con los nuevos derroteros de la lucha, poniendo á contribución sus votos con pretensiones tan inocentes como absurdas.

Roque Bellosta proclamó *coram populo* que estaba decidido á votar por el candidato que prometiera con suficiente garantía subir el precio del vino; bajo este sacrosanto lema, se convirtió en cabeza de motín y hasta procuró ganarse adeptos en Escuarve.

—Si todos los cosecheros vamos á una en la cuestión de votos, antes de un mes venderemos el vino á media onza.—Así hablaba un domingo después de misa mayor ante un grupo de electores.

Tomó la palabra don Cándido para hablar de los derechos de aduanas causantes de aquella depreciación, pero Bellosta le atajó diciendo:

—A mí no me venga usted con embustes de

duanas. La culpa la tienen los gubiernos, que se nos quieren beber el vino por pocos dineros.

Otro elector, Eugenio Arbanies, conocido por el *tío Mazurca*, apodo heredado de su padre porque padeció de baile de San Vito, exigió un plazo de ocho días para decidir de su voto cuando se lo pidió el señor José. Cumplido el tiempo se fué á casa de Avenilla y dijo al amo:

—Pa que disponga de mi voto me ha de hacer antes un favor que á usted no ha de costarle un rial y es obra de mucha justicia.

—Tú dirás—replicó el alcalde.

—Pus... no es cosa mayor por lo presente. Que se me rebaje la contrebución sisquiera por la metá. Denguno de este pueblo tiene las fincas tan subidas en el catastro como yo; y ahura que usted es alcalde las puede rebajar en cuatro plumadas aunque dinpués haiga que hacerle un regalico al maestro.

—No es mucho pedir—contestó el señor José rascándose la cabeza.—Pero... hay un inconveniente

—¿Cualo?

—Que si fuera tan fácil como dices el echar medias suelas en el catastro, no sería para tú esa ganga,—y golpeándose el pecho con la palma de la mano, añadió,—la pescaría este cura.

Digna es también de mención la conferencia celebrada con igual motivo entre el señor José y Lorencico el Tuerto.

Poseía Lorencico patrimonio de un par de mu-

las, de buenas tierras y cerca del pueblo. Tenía un hermano que pasaba de los cuarenta y un hijo que no llegaba á los veintiocho, ambos solteros. Aquel por defecto: cojeaba de la pierna derecha de resultas de una anquilosis y hombre con tacha es difícil de casar en un país donde se practica muy escrupulosamente la selección para el matrimonio. Llamábanle el *tión* de casa del Tuerto, nombre que se aplica en el país á todos los solterones rancios más ó menos defectuosos, los cuales se obligan, según reza la capitulación matrimonial del heredero, «*á trabajar en beneficio de la casa*» y éste á su vez á «*mantenerlos sanos y enfermos, vestidos y calzados*».

El tión seguía constantemente la yunta, el hijo manejaba el azadón como si fuese una pluma y el Tuerto era un estuche con la hoz de segar y con la podadera. De ahí el que no tuviese necesidad de pagar salarios á jornaleros ni sirvientes, lo que suponía un ahorro por partida doble, pues el trabajo de los suyos equivalía al doble del de los ajenos y sus tierras se distinguían entre todas las del pueblo, por su buen cultivo y abundantes frutos.

Los tres hombres de casa del Tuerto pasaban como modelos de trabajadores infatigables y económicos.

Si las cosechas mermaban, disminuía la ración, pero nunca el trabajo. Si el hielo ó los pedriscos arrasaban los viñedos, bebían agua. Si para adobo del potaje escaseaba el aceite lo suplían con sebo,

y jamás por descosidos ó rotos se hacían inservibles los calzones. Era la casa de los sucedáneos.

La mujer de Lorencico, otra que tal para el trabajo de puertas adentro, corría parejas con el licenciado Cabra. En los años de escasez adquirían los perniles de tocino entre sus manos el don de la rarefacción. Por el espesor de las lonjas que cortaba, podía calcularse el resultado de las cosechas.

Así, pues, aquéllos trabajando sin comer y ésta administrando sin comida, disfrutaba Lorencico posición muy desahogada, para su corto patrimonio. Guardaba en el más escondido rincón de su alacena, de seis á ocho mil reales para hacer frente á las contrariedades que pudieran sobrevenirle y, otros tantos distribuídos al diez por ciento entre algunos vecinos de Escuarve, con la *aseguranza de pagareses* redactados por don Cándido.

Contaban la misma edad Lorencico y el de la Retora y juntos habían corrido en sus mocedades las aventuras y trapisondas de solteros. Vivían pared por medio; tratándose como antiguos camaradas y prestándose mutua ayuda, como buenos vecinos.

No sabía el Tuerto á qué carta quedarse en aquella diversidad de historias ó cuentos que corrían respecto al origen de la fortuna del señor José. En la duda se inclinaba del lado de las maletas atrapadas á los carlistas. Pero aquel subir y más subir de la fortuna del vecino, obedecía en su concepto, á otras causas muy distintas y difíciles

de averiguar ó que al menos no estaban al alcance de todas las inteligencias.

—Naide me venga á decir que con las tierras se pueden hacer tantos intereses—acostumbraba á replicar cuando hablaban del asunto.—Hace veinticinco años que en mi casa trebajamos todos como burros. De vicios... ni se hable. Dos veces he tomau café dende que nací. Sacar dineros pa los pagos del rey y pa ropa, cuando no se pue pasar por otro. Pa comer lo que hay en casa; y, con todo esto, no he podido salir de arre ni saldré en la vida que es lo pior.»

Este pesimismo respecto á los resultados del propio esfuerzo y las exageradas proporciones que en su imaginación adquirían las riquezas del señor José creyendo que en su casa apaleaba los montones de oro ni más ni menos que los del trigo en la era, casi le indujeron á sospechar, si acuñaba las onzas valiéndose de secretas artes y diabólicos procedimentos, ó si las adquiría graciosamente y en virtud de sobrenaturales dones; por todo lo cual resultaba el de la Retora el ojo siempre avizor de su vecino un sér extraordinario y semi-fabuloso, un especie de rey Midas ó de Marqués de Villena.

Para afianzarse más en esta opinión, había robado Lorencico algunas horas al sueño ajustando á su vecino las cuentas de los ingresos y los gastos día por día, resultando del balance que el *superávit* en los últimos veinticinco años quedaba reducido á una cantidad insignificante. Y convencido el Tuerto de la exactitud matemática de sus operacio-

nes, arraigaba en su mente la creencia en las brujerías ó nigromancias del otro. De ahí que le mirase de reojo, acechando sus más pequeños movimientos. Le escuchaba con religiosa atención para someter después sus palabras una por una al más escrupuloso análisis. Algunas veces aplicaba el oído contra la pared medianera creyendo escuchar el tintineo de las onzas ó sorprender algún monólogo de la esotérica ciencia y por estos y otros medios trataba de coger el hilo que le condujese al ovillo de las peluconas.

Aunque trabajador y económico era español, y como tal, experimentaba indecibles exultaciones de gozo, ante la idea de hacerse millonario por arte de encantamento.

El señor José sabía del pie que cojeaba Lorencico tan bien como el de su hermano el *tión* y, más que enfado, producíanle risa las imaginarias travesuras y malos pensamientos de Lorencico.

Cuando recibió la carta del candidato liberal, se acordó de los tres electores de casa del Tuerto, y de los cinco ó seis que éste podía reducir á la obediencia con el arma de los *pagareses*, pero «si le mando á buscar tan solo para este objeto,—pensó el de la Retora y pensó muy bien—se me va á encalabrinar el hombre creyendo que la elección me vale una millonada y me exigirá por los ocho ó diez votos el Santo Cristo de la Seo. Esperaré á la primera ocasión que lo tropiece en mi camino y le pediré el favor, como quien ampra un cuartal de guijas».

Mas, antes de realizar la estratagema, llegó á sus oídos la noticia de que había otro candidato en puerta apoyado por la señora de Torralba. Decidió entonces jugar el todo por el todo é inmediatamente pasó al domicilio del Tuerto y le dijo á su mujer:

—En cuanto llegue el hombre del campo, que se venga por mi casa.

En el patio de la suya recibió Lorenzo el recado al pie de la letra, con no pequeño asombro y admiración. Su mujer, candil en mano le contemplaba con sorpresa igual, porque el pensamiento de ambos corría parejas respecto á las diabólicas artes y ocultas intenciones del señor José.

—¿Y dices que él mesmo ha venido á darte ese mandau?

—El mesmo y en presona—contestó ella.

Quedóse Lorencico mudo y suspenso acariciándose la barba con las manos y fija la mirada en el candil, cuyos rayos mortecinos realzaban el siniestro brillo del ojo derecho empañado por la nube y hacían más profundas las sinuosidades de su semblante basto y ennegrecido.

—Pero ¿hay novedá en caballerías ó presonas? —volvió á preguntar subiéndose los calzones con las dos manos.

—Denguna, hombre, denguna. Que quiere hablarte á solas.

«La cosa debe de tener mucha trastienda—pensó el Tuerto—cuando ni á mi mujer le ha dicho pa

qué me busca.» Y aquí fué el devanarse los sesos y el cavilar y el discurrir sobre la actitud que debía de adoptar para que el otro no le cogiese en la sorpresa ó engaño que le preparaba para... no sabía para qué, mas era indudable que algo muy grave ó misterioso ocultaban aquellas palabras. Hecho este acopio de sagacidad pasó á casa de su vecino. Los segadores y mozos de labor hallábanse cenando en el patio cuando entró Lorencico. Sumaban hasta dieciocho ó veinte, todos en mangas de camisa, sentados en derredor de una mesa cubierta con recio mantel y alumbrada la estancia con una luz de petróleo.

La señora Agustina de pie junto á un extremo de la mesa y armada de una escudilla de metal repartía el guiso de carne con cebolla, colmando los platos que le alcanzaba la muchacha.

—Buenas noches—dijo Lorencico aspirando el picante aroma del condumio.

—Buenas noches—le contestaron todos.

—Paice que se cena—exclamó aquél parándose en medio del patio.

—Así paice—replicó un mozo, el cual más que por cortesía por la costumbre en casos tales, le ofreció de beber. Tuvo el envite Lorencico, como era de rigor. Alzó la diestra y echó hacia atrás la cabeza para recibir entre sus labios el rojo, curvo y transparente hilillo, que arrojaba el pico del porrón.

—¿Dónde está el amo?—preguntó después á la dueña.

—Arriba te espera.

Subió el Tuerto y en un pasadizo junto á la cocina se encontró al señor José, quién le dijo, después de saludarse.—Toma el candil y espérame en el cuartico del corral, mientras voy á poner cebada para las mulas.

Obedeció Lorencico y entróse á una pequeña habitación con alcoba y ventana al corral. En uno de los ángulos veíase un reloj de caja, rematado por una cornisa en forma de tricornio, que semejaba un individuo de la benémerita, rígido, inmóvil y constantemente en acecho.

Tres cuadros con marcos de madera colgaban de las paredes, representando: uno el desembarco de Cristóbal Colón en la isla de San Salvador; otro á Pío Nono y, el tercero, á San Antonio de Padua, bordado con estambres de varios colores sobre cañamazo y debajo este rótulo:

Lo izo Agustina Banzo á los catorce años.

Suplían á las puertas vidrieras de la alcoba, rameados y bisuntos arambeles de percal.

Contra la pared había una mesa cubierta con hule y sobre la mesa, tintero, salvadera, plumilla y un libro de tapas sobadas y grasientas en cuya primera hoja se leía: «Cuaderno de apuntaciones para uso de José Avenilla». Todos los gastos de administración de la casa hallábanse anotados en aquel libro con el *haber* y el *debe* transcritos por este tenor:

Gana Matías Albero, mozo de jada en este año de 18... cuarenta duros»,—y á continuación:

Primeramente tomó el día de San Andrés un duro para ataconar las abarcas, que son. . . . . 20 rs.
Más á su madre para Noche-buena dos fanegas de trigo y cuatro libras de aceite, que son. . . . . 38 rs.
Más á su padre el día de San Fabián media onza, para pagar el segundo plazo del burro, que son. . . . . 160 rs.

Cerró la puerta Lorencico así que entró en el cuartico del corral y colgó el candil de una tomiza que pendía del techo.

Repasó después con escrutadora mirada toda la habitación. No podía remediarlo, en cuanto pisaba los umbrales de aquella vivienda, instintivo y vago anhelo de investigación se apoderaba de su ánimo. Allí mismo, bajo aquellos techos y en aquel ambiente fermentaban las tretas y argucias de su dueño para hacer dinero.

Confuso andaba con estos pensamientos cuando vino á distraer su atención un arca de nogal que había en la alcoba del señor José. «¿Si tendrá allí las onzas?»—se preguntó Lorencico mirando el mueble con insistencia. Mas le parecía pequeña para las muchas que él imaginaba poseía el otro. Tentado estuvo de levantarlo por un extremo, para deducir por el peso la cantidad del contenido, pero temiendo que le sorprendieran *in fraganti*, dominó su curiosidad sin intentar la prueba.

Se presentó á los pocos momentos el amo de la casa.

Sentáronse ambos, uno en cada extremo de la mesa, cruzaron algunas palabras respecto á la siega y de lo poco que prometía la cosecha de trigo, y el señor José se fué al grano que más le interesaba en el momento, con este discurso: «Ya sabes, Lorenzo, porque no eres miaja torpe, que en este mundo nos nesecitamos de unos á otros, y todos nos tenemos que ayudar y favorecer... Hoy por tú, mañana por mí: lo mismo los ricos que los pobres... y entre vecinos y amigos de toda la vida como nusotros, á cada paso nos sale esa nesecidad al camino... en fin, lo que se dice: los hombres se encuentran que no los tozales. Quien te libra, pongo por ejemplo, de una enfermedad, ú de la muerte de una bestia, ó de que se queme tu casa, ó quién sabe si el día de mañana sale á la venta una finca que te hace juego y, para estos ó para otros casos parecidos, vienes á casa y me dices:.. «José nesecito... cien ú doscientos ú lo que sea»... y yo te respondo:... «pues ahí los tienes». Hacemos un papel, porque las personas no tenemos cédula de vida y... si no me pagas este año porque se ha cogido poco y malo, me pagas al otro, ó cuando los tiempos vengan de buena cara».

Con el cuerpo hacia adelante, los codos sobre los muslos y baja la mirada, era todo oídos el Tuerto en aquellos momentos. Tan singular exordio aumentaba su curiosidad y confusión, pero disimuló su impaciencia, diciendo para sus adentros... «Tu reventarás».

Tras de breve pausa continuó el de la Retora:— «También á mí, pongo por caso, pueden hacerme falta cien duros pa una nesecidad del momento, y antes de incomodar á otras personas, á tu casa iría á buscarlos en prueba de confianza y amistad.

—¡Hombre!—replicó Lorencico algo confuso con aquellas palabras—me paice que si los tenía... y te hacían falta,... en fin que...

—Ya lo sé—le interrumpió el de la Retora—pero no se trata ahora de dineros ni de cosa que lo valga, ni yo tengo que pagar un rial á nadie, dando gracias á Dios. Y ahí tienes lo que es el mundo; yo que nada debo y que si me apuras me sobran dos onzas en el bolsillo, por aquello de que soy el alcalde y de que amor con amor se paga, tengo que corresponder á otras personas, no con onzas, sino con la ayuda de los amigos que me quieran favorecer en esta ocasión... y en fin, para rematar, que estoy metido en el atolladero de las elecciones, y desde esta noche cuento con los votos de tu casa y de los cinco ó seis que tienen deudas contigo.

Cuando escuchó los circunloquios y perífrasis que el de la Retora enhilaba, sospechó Lorencico si acabaría su interlocutor en un rapto de sentimentalismo y amistad, por descubrirle el secreto procedimiento de hacer fortuna: mas al oir tan vulgarísima petición, trocó su curiosidad en desencanto y estuvo á punto de contestarle: «pues hombre si no es más que eso, haberlo dicho desde el principio y cuenta con mis votos».

Esa era precisamente la impresión que el señor José perseguía en el ánimo de su vecino. Pero como el Tuerto en materia de elecciones sabía donde le apretaban las abarcas, logró dominarse, y después de un momento de pausa incorporándose en su asiento le preguntó:

—«Vamos á ver, ¿qué mosca te ha picau en el morro pa metete en eleiciones si en la vida de Dios has ido tú á votar?

—Pues ya lo he dicho, la mosca de los compromises que tenemos los hombres—respondió un tanto amoscado el otro.—Se trata de favorecer al hijo de un amigo mío, á don Enrique de la Sotonera, persona de muchas luces, que se trata con toda la gente gorda de Madrid, y para el bien del pueblo, necesitamos diputaus que tengan buenas relaciones con la grandeza y los ministros.

—Eso es lo prencipal. Alcontrar un hombre que tenga conocimientos y fuerza para aduyar á los labradores, porque los gobiernos nus van contrarios, los años tan mal como los gubiernos, y con esta marcha pronto llegaremos á pidir limosna.

—Aquí te quiero escopeta... precisamente don Enrique está que ni pintau pa nuestras necesidades. Además de su mucho saber, es hijo de labradores, de la casa de Sotonera de Almudafar, muy nombrada en toda la ribera del Cinca y por lo tanto, conoce mejor que otros las cuestiones de agricultura.

—¿Y de qué partido es?

Quedó el alcalde perplejo ante pregunta tan inesperada. Él, como Lorencico y como casi todos los del país, tienen de la política escasos conocimientos y basados además en muy radicales principios. No aciertan á vislumbrar la gradación que media entre el anarquista rabioso y el furibundo neo.

No conocen más que dos partidos. Carlistas y republicanos. La palabra república les resulta agradable y hasta armoniosa al oído, pero tórnase en sus conciencias como sinónima de desorden y desbarajuste. No son republicanos convencidos, ó mejor aún, no están seguros de serlo, pero sí lo están con toda seguridad, de no ser carlistas... eso jamás. El carlismo representa á sus ojos, la concentración de todos los poderes públicos y privados de cada pueblo, en manos del respectivo cura párroco, y con la autocracia del balandrán no transigen, así los ahorquen.

Como ignoraba el señor José el color político de su patrocinado, salió del apuro diciendo: «Pertenece á los de Sagasta... como que son carne y uña».

—Pero...¿Sagasta es carlista?

—¡Hombre!—replicó el alcalde profundamente indignado—¿tengo yo cara de defender carcundas?

—Pues entonces, será Cánovas.

—De ese no digo nada... pero del otro, te respondo con la cabeza.

Desvanecido este escrúpulo de Lorencico, el

único sincero que le asaltó respecto á la persona del candidato, le atacó de frente el de la Retora porque ya le enfadaban tantas digresiones y le dijo levantándose del asiento:

—Este es el primer favor que te pido en mi vida... ¿qué me contestas... que sí... ú que no?

—¿Cuándo son las votaciones?

—Dice el maestro que pa la Sanmiguelada.

—Entonces, no te respondo que sí, pero tampoco que no;... tiempo hay pa pensarlo.

—Ya me paicía que saldrías con algún romance.

—¿Pues con qué quieres que salga?

—Con lo que deben salir los hombres de formalidad, y que estiman y aprecian á los amigos.

Tomó entonces el Tuerto con la diestra un extremo de la faja que se le había desceñido, y al tiempo que de una puñada la metió por dentro del pantalón hasta la ingle, exclamó con algo de coraje:

—Pero ¡rediosla! no te ahugues en tan poquica agua... considera que naide nos encorre. Deja que eche mis cuentas porque tú lo has dicho denantes... amor con amor se paga y, ya trataremos del asunto más despacio.

Con mucho gusto hubiera echado el trillo por las piedras el señor José enviando noramala á su vecino pero, temiendo perder la amistad y más que la amistad los votos, se revistió de paciencia y dijo:

—Está bien; ya hablaremos cuando te parezca. Por lo pronto sólo te pido que no des palabra á los contrarios.

—¿Qué contrarios?—replicó el Tuerto abriendo desmesuradamente el ojo nublado.

—Quienes han de ser... ya te lo puedes figurar. La dueña de Torralba que por darme en cabeza anda pidiendo votos para un título.

—Esto no me lo habías dicho.

—Porque no había salido la ocasión de decirlo yo, ni tú de preguntarlo, pero ya lo sabes.

—Es verdad—añadió el otro rascándose el cogote; y, disponiéndose á marchar, se despidió, diciendo:—Quédate con Dios y no pases cudiau que no me comprometeré con naide.

Aquella noche Lorencico y su mujer sostuvieron interesante diálogo en el lecho conyugal.

—No te fíes y no te fíes de ese hombre—decía ella.—Mira que es muy zorro y muy estuto y tú eres un enfeliz, mira que te engañará con sus trapacerías.

—No seas quera, Orosia,—replicó el marido. —Verás como no me coge en renuncio. Demasiau sé por esperencia lo que son votaciones.

—Pus bueno, á ver si estás en lo firme. Si quiere el gustico de los votos que los pague, que por mucho que te dé, comparau con lo que le valdrán á él será muy poco... acuérdate de todo lo que le has de pedir: primero un piacico del campo de la fuente pá hacernos pajar y era: segundo que nos deje cortar maderos en el soto pá cubrir la obra y dimpués, que nos dé las tejas que tienen bajo de la jarmentera, ya que no hacen uso de ellas!

—Y que nos carreen los materiales—replicó él

—porque teniendo carro y mulas pueden hacerlo en tres ó cuatro días sin gastarse un rial.

—Otra cosa me ocurre que pa ellos sería nada y pa nusotros mucho. Que nos regalen dos colchones y tres ó cuatro manteles de los bastos que nos hacen mucha falta.

El sueño los rindió y puso fin á la lista de peticiones por aquella noche.

Al otro día, antes de amanecer, advirtió Lorencico á sus deudores uno por uno, que no comprometieran el voto, pues de lo contrario, responderían de tamaña ingratitud y felonía ante el juzgado municipal.

Algunos electores comían á dos carrillos. De casa de Torralba sacaban trigo ó aceite y de la de Avenilla vino y legumbres ó viceversa, abasteciendo así sus desocupados graneros y despensas.

El Chamorro, viejo ladino que se pasaba la vida haciendo leña por los montes y ratero de hortalizas, según pública voz y fama, le sacó á doña Rufina por su voto diez pesetas. Compró al día siguiente una fanega de judías de las de Biescas y por la noche ofreció al señor José votar á su candidato si le cedía para sembrarlas, suficiente tierra de regadío.

—Bueno,—le dijo el de la Retora,—siémbralas en el campo de la Paul donde tienes agua al consonante, fresquica y de manantial; pero te hago una advertencia.

—Usté dirá.

—Que si no sale del puchero la papeleta que yo

te dé, no hay cuidiau de que se te indigesten las judías aunque las matas se hagan más guallardas que la torre de la iglesia.

Aburrían y encolerizaban al de la Retora tantas y tan impertinentes exigencias de los electores. El, que practicaba escrupolosamente la máxima, «contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar», escrita en su catecismo privado, veíase constreñido á quebrantarla cebando á cada momento la insaciable voracidad de sus convecinos. Pero el odio que profesaba á doña Rufina podía más que el amor á las riquezas, así como también le servía de poderoso estímulo para luchar sin descanso la formal promesa que le hizo don Enrique de la Sotonera, de que sería fallado en su favor el ruidoso pleito del monte de las Ripas.

Cada día hacíanse más ostensibles la diferencia y la enemistad que separaba á los Torralbas de los Avenillas, pues la denominación de conservadores y liberales nada significaba para ellos. A unos y á otros, el odio, ese fantasma que sigue á la política como la sombra al cuerpo, los convirtió insensiblemente en semillero de malas pasiones donde brotaba á cada momento la murmuración y la calumnia. Unos y otros empezaron por mirarse de soslayo y acabaron por negarse hasta el saludo. En todas las manifestaciones de la vida pública y privada, percibíase con claridad la separación y la enemiga de los dos bandos. Los días festivos después de la misa mayor se agrupaban en un extremo de la plaza los partida-

rios del señor José y en otro los de doña Rufina: don Cándido que pasaba las de Caín por aparecer indiferente y neutral en la contienda, cruzaba entre los dos corros enemigos sin detenerse ni hablar con nadie y por consiguiente sin la satisfacción de perorar ante los escuarveños sobre la política internacional. Tan correcto proceder á la luz del día, cambiaba radicalmente cuando Escuarve aparecía envuelto en las nocturnas sombras. Muy arrimado entonces á las paredes de la calle tomaba por la calle del Horno hasta colarse en el domicilio del Alcalde y, allí encerrado con el señor José en el cuartico del corral, se convertía en exegeta de la ley del sufragio, instruyéndole en los procedimientos que podía usar para falsearla sin responsabilidad alguna. Otras veces, le entregaba una lista de los morosos en el pago de consumos ó de cédulas personales é indicábale los medios que como Alcalde tenía á la mano, para atraer ú obligar á los rehacios y, así, con sus consejos é instrucciones prestaba incondicional y oculta ayuda á su jefe y señor.

Por aquellos días le acometieron al Gobernador civil líricos y conmovedores entusiasmos por el fomento de la instrucción pública. Dirigió á varios ayuntamientos, plañideros oficios por su morosidad en el pago de las obligaciones de primera enseñanza. Empezaban todos encareciendo la educación intelectual de los pueblos como base de la prosperidad y de la cultura y terminaban conminando al municipio con la consabida é incobrable

multa de quinientas pesetas si en plazo breve y perentorio no satisfacían los haberes devengados á los maestros ó maestras.

A los pocos días el Delegado de Hacienda se condolía amargamente en otro oficio por los descubiertos en el impuesto de consumos,.. y otras quinientas pesetas de multa.

A renglón seguido exigía la Diputación los atrasos del contingente provincial tocando al mismo tiempo con sentidas conmovedoras frases, la delicada fibra de la Beneficencia y,... otras quinientas pesetas.

Tras de las multas llegaron los apremios, tras los apremios los comisionados, tras los comisionados los embargos y los procesos y, en fin, que las plagas con que el Dios de Israel apesgó el corazón del rey egipcio, fueron tortas y pan pintado si se comparan con las que llovían desde las altas esferas provinciales sobre los ayuntamientos ó Alcaldes que patrocinaban la candidatura liberal.

A todo esto doña Rufina se bañaba en agua de rosas. Estaba al corriente de las tribulaciones que afligían al señor José desde que el gobierno forzó la máquina electoral, por don Cándido que así trataba de mantenerse en el aprecio de la noble señora y por don Alberto Sabayés, decido paladín en el distrito del Marqués de Casa-Ibáñez. Con este motivo estrecharon la amistad que de antiguo existía entre el abogado y la cliente y menudearon la correspondencia epistolar. La llamaba él en sus altisonantes epístolas con tratamiento de

vos «excelsa señora, electora simpática, noble dama», y ella en las suyas no se cansaba de pedirle que interpusiese su influencia cerca del Consejo de Ministros hasta el completo exterminio de todos los Avenillas habidos y por haber.

XVII

Cuanto más profundo el abismo que separaba á los Torralbas y Avenillas, más y más estrechaban Pablo y Julia el lazo de sus amores.

La estación coadyuvaba á sus aspiraciones y deseos.

Pablo dormía todas las noches en la era por indicación de su padre. Las mieses allí amontonadas representaban un capital que no debía confiarse á la vigilancia de los sirvientes. Pero dejándose guiar el muchacho, más que del interés, de la pasión, aprovechaba aquellas horas de libertad para encaminarse entre diez y once de la noche á la puerta falsa del corral de doña Rufina.

Abandonaba su lecho Julia á la misma hora y, sin más traje que una falda y una blusa, salía del cuarto descalza, pisando quedo y conteniendo la respiración para no despertar á su madre que dormía en la alcoba inmediata.

Damiana, la mayor de las dos muchachas de servicio, situábase, á modo de centinela, en el balcón que miraba al corral, mientras su señorita desatrancaba la puerta donde la esperaba Pablo y

allí, envueltos los dos en la sombra de las altas paredes y del tejadillo que cubría el dintel, pasaban las horas lamentando sus cuitas ó haciendo revivir risueñas esperanzas á impulsos del amor.

No los separaba el canto de la alondra ni la luz del naciente día como á sus émulos de Verona, sino la impaciencia de Damiana por el temor de que la señora sorprendiese, con el atrevimiento de su hija, la infidelidad de la sirvienta.

Julia regresaba muerta de miedo, presa de epiléctico temblor, sentía frío, el corazón le golpeaba en el pecho con furia y, mientras dejaba caer á sus pies poquito á poco la falda del vestido, decía para sí: «Ultima noche que hago esta locura. Si mamá lo llegase á descubrir... ¡Dios mío! no quiero pensarlo... no, no, esto es imposible. Soy muy cobarde. No hay más que ver cómo tiemblo. Parece mi cuerpo á las hojas de los árboles en un día de tramontana». Y después de acostarse, cuando desaparecía la excitación nerviosa, merced al reposo muscular, se preguntaba: «Pero ¿acaso es un delito que yo le quiera? Asegura todo el mundo que es bueno, obediente, trabajador y, sin embargo, mamá no puede verle... ¿por qué?... porque es hijo de su padre. Si á mí no me importa que descienda de una familia plebeya como ella dice... si se empeña no me casaré con él... pero dejar de quererle eso nunca, antes preferiré la muerte». Al decir esto oprimía su rostro contra la almohada para ahogar los sollozos, que brotaban de su pecho como una ola de fuego.

A la mañana siguiente desvanecíanse como el humo aquellos propósitos de no bajar por la noche á la puerta falsa del corral. Más aun, conforme avanzaba el día, deseaba con incomprensible anhelo que llegaran aquellos instantes en que torturaba su ánimo la lucha del amor y la obediencia. Dijérase que enfermaba de patorexia amorosa ó que sentía como los jugadores el ansia de emociones.

Otras veces se revelaba su espíritu contra la opresión y falta de libertad en que vivía. Pero tímida y débil ante los obstáculos que dificultaban sus deseos, veíase obligada á forzosa resignación. La sola presencia de su madre aminoraba sus energías y atrofiaba su voluntad.

Ya que en el exterior, en la vida real por doquiera le amenazaban recriminaciones, penas y disgustos forjaban su imaginación otro mundo y otra vida, sin luchas, ni envidias, ni rencores. Los personajes de su nuevo Escuarve eran los mismos que ella conocía, pero con muy diferentes opiniones y sentimientos. Imaginaba que el señor José venía á pedir su mano; á su madre muy satisfecha y diligente preparando el ajuar de novia; á Lorencico celebrando el próximo enlace con hipérboles pintorescas y expresivas; á la herrera envidiando la suerte de unos y otros; al sastre contando de puerta en puerta y de hogar en hogar los preparativos de la boda y á todos deseando la llegada del fausto día. Así á solas con su exaltada mente fabricaba castillos en el aire sobre el ci-

miento de sus esperanzas, desmoronándolo varias veces después de terminado para alzarlo de nuevo; y vuelta á destruir y vuelta á retocar, porque nunca le parecía perfecta la obra, nunca daba en el punto de la completa felicidad; ni aun fabricada con ilusión: era una sombra que huía, una sílfide que vagaba por su cerebro y en pos de la cual corría Julia con indecible encanto.

La voz grave y sonora de su madre ó los múltiples quehaceres de la casa tornaban la soñadora mente de la joven á la realidad, obligándola á pagar el tributo de sus impurezas con hondos suspiros y amargas lágrimas.

En aquel encrespado oleaje de pasiones y enconos no columbraban Pablo y Julia más puerto de salvación que don Cándido Rubielos. Mucho crecía el odio entre sus padres, pero mucho podía esperarse también de las sólidas razones que el maestro acopiaba para convencerlos.

Pablo, en este terreno, era optimista incorregible. Efecto tal vez de su bien equilibrado temperamento y del desarrollo muscular, los nervios no metían baza en su organismo. Todo lo veía de color de rosa. El más deleznable y quebradizo sofisma que le sugería la imaginación se consolidaba en su cerebro, y tomaba las proporciones de un argumento irrebatible ante el cual su padre y doña Rufina se verían precisados á otorgar su consentimiento.

Hasta en su agilidad y en sus fuerzas confiaba. El, que había señalado en la plaza de la iglesia

sus mejores tiros de barrón como otros tantos *inris* á los más guapos y presumidos tiradores del somontano, no creía posible que le obligasen á casar contra su gusto. Y, aunque nada más lejos de su ánimo que hacer uso de sus fuerzas contra doña Rufina ni contra su padre, sabía que en todos los tiempos y en todas las manifestaciones de la vida, el débil inspira lástima y el fuerte consideración y respeto.

En cambio Julia, si se exceptúan aquellos soliloquios, cuando á la clara luz de los hechos que se desarrollaban á su alrededor se detenía á contemplar el horizonte de sus esperanzas y anhelos, cada vez se le aparecía más triste y brumoso.

—Te quiero mucho, con toda mi alma; si no te quisiera, no tendría el atrevimiento de bajar á estas horas al corral exponiéndome á un disgusto; pero no me hago ilusiones: todo acabará entre nosotros cuando menos lo pienses. Y, si he de serte franca, prefiero la muerte antes que vivir mucho tiempo en esta situación de dudas, vacilaciones y ansiedad.

Así le hablaba una noche bajo el dintel de la puerta falsa con palabras que más parecían sollozos.

El cielo amenazaba tempestad aquella noche, densos y negros nubarrones biselados por los rayos de la luna cruzaban por el firmamento dejando ver con recortes caprichosos, trozos de pálido azul donde titilaba la mortecina luz de las estrellas. Oscura faja se extendía al poniente ilumina-

da por incesantes y vivos resplandores; y el sordo y lejano rumor de los truenos semejaba el eco apagado y confuso de torrente que se despeña en su profundo cauce.

—Ten calma—le contestó él—y así que pasen estas trapisondas de las elecciones, aprovechará don Cándido un momento en que mi padre esté de buen humor, le convencerá con sus artimañas y... ya me parece que le estoy viendo tan conforme con que seas mi mujer; porque, no creas que tiene tan mal genio como la gente supone. Arrechuchos que se le pasan á la media hora. Yo mismo le hago cambiar muchas veces de opinión. Esta madrugada, sin ir más lejos, he entrado á su alcoba como todos los días á recibir órdenes y le he dicho que no debíamos de tender la parvada porque había señales de cambio de tiempo: «Eso es,—me ha contestado de mal humor,—alargaremos las trillas hasta San Miguel.» «Pues no debía trillarse hoy,—he repetido—porque, si truena, ya tenemos armada la revolución en la era con ochenta fajinas de trigo por aventar y más de veinticinco de ordio; no sea usted tozudo y créame: mejor es que vayan los criados á maigar las judías que regaron el lunes, antes que se encare la tierra». «Tienes razón,—me ha dicho después de reflexionar un momento,—arrea con todos á la huerta». Pues como éste podría contarte muchos casos. Todo está en que se le haga ver la verdad de las cosas y para nuestros deseos ninguno como don Cándido.

—Bueno,—replicó Julia—no te negaré que sea fácil hacerle cambiar de opinión en las pequeñeces de puertas adentro; pero respecto á nuestra boda, verás como nadie le convence. Esperas que pasen las elecciones para que le hable don Cándido y las elecciones ponen las cosas peor de lo que estaban. Me da miedo ver el furor con que se disputan los votos. Parecen á los lobos cuando acometen á una oveja enzarzada y perdida en el monte. Ciego serás si no ves hasta qué extremo ha llegado el odio que se profesan.

—Exageras demasiado.

—No exagero—replicó con acento que revelaba su creciente excitación—y espera, que sólo Dios sabe lo que ha de suceder por culpa de las elecciones.

Hizo Pablo un gesto de incredulidad y ella continuó así:

—¿Lo dudas?—pues oye y juzga por tí mismo. Hoy ha recibido mamá una carta de don Alberto, el abogado de Almeriz, en la que le dice confidencialmente, que á tu padre lo van á llevar á los Tribunales de justicia, por no sé qué líos del Ayuntamiento y está mi madre loca de alegría, mientras yo—confirmó Julia con los ojos inundados en lágrimas—tengo que disimular el dolor que me causa su contento.

Suspenso y pensativo quedó Pablo cuando tal oyó. Aquello era más grave de lo que él podía presumir. Situación triste y bochornosa sería la suya, viendo á su padre perseguido y encarcelado

como á un criminal y más aún si por agravio de tal naturaleza inferida á la honra de los suyos, tenía que renunciar para siempre á la mujer que tanto amaba.

Julia interpretó fielmente aquel silencio y anegadas en llanto sus pupilas con voz entrecortada le dijo:

—¿Te convences ahora? ¿ves cómo tenía razón? Sí, sí; todo debe acabar entre nosotros... ¡Dios mío, qué desgraciada soy!—prorrumpió alzando los ojos al cielo.

Conmovido Pablo por sus lágrimas se acercó á ella diciéndole:

—Vaya, Julia, no te apures ni te pongas triste. Ya sabes que por nada del mundo dejaré de quererte.

En aquel momento la oscura faja que en el poniente se extendía como negro crespón y avanzaba hacia Escuarve, empujó delante de sí, á modo de descubierta, furioso vendaval que hacía crujir las ramas de los árboles con tristes gemidos. A la luz de los relámpagos que iluminaban la tierra de cárdenos resplandores, sucedía el ronco y prolongado redoble de los truenos, como si las rocas de los montes vecinos rodasen con estrépito desde la cumbre al profundo cauce de los barrancos.

—Sí, me quieres, no lo dudo; pero no basta eso—respondió ella.

—¿Qué más deseas?

—Deseo... ya te puedes figurar lo que deseo;

que me alivies del peso de esta cruz, que me saques de una duda que me atormenta horriblemente.

—¿De qué modo?

—Es muy sencillo. Dime si estás dispuesto á desobedecer á tu padre, cuando te proponga casarte con otra... no, eso no,—exclamó con vehemencia es poco,—que me lo jures ahora mismo.

—Pero si el hombre no ha dicho una palabra en su vida, ni ha pensado siquiera en mi casamiento ¿á qué vienen esos temores?

—Te lo dirá el día menos pensado; estoy segura de ello, y para que yo viva tranquila, júrame que le desobedecerás—repitió impaciente y nerviosa.

Con tal resolución y entereza exigía el juramento, que Pablo se vió en un conflicto más que regular. Vivía, respecto de sus amores, como muchos empleados de corto sueldo, al día; no le inquietaba el porvenir, ni se había parado á reflexionar en él, porque ni su desahogada posición, le daba motivos ni el mucho trabajar le dejaba tiempo para entregarse á tales cavilaciones: por salir del atolladero en que lo puso la exaltada imaginación de su novia, le dijo con expresión torpe, que revelaba sus vacilaciones en aquel momento:

—De aquí á que llegue ese día, puede haber muchos cambios. Pero yo siempre seré el mismo.

—No te atreves á jurar—añadió ella con amargo y doloroso acento—porque piensas como yo, porque sabes que no lo has de cumplir. Para eso

vale más que concluyamos de una vez.—Y con rápido nervioso movimiento cerró la puerta exclamando:—¡Adiós para siempre!

Pablo se quedó á la parte de afuera sin saber lo que le sucedía. Aproximó los labios á la unión de las dos hojas de la puerta falsa:

—¡Julia... Julia!—gritó impaciente—¡escúchame!... ¡te lo juro!

Inútil fué su tardío juramento. El ruido de los truenos, del vendaval y del chubasco que en aquellos momentos arreciaba, apagaron el eco de sus voces.

Esperó todavía pegado á la jamba del portalón, que Julia volviese arrepentida de su actitud intransigente, y viendo que pasaban en balde los momentos, apretó los puños, dió fuerte patada en tierra y mirando al oscuro firmamento donde parecía que invisible mano trazaba con una ascua líneas caprichosas y fugaces, murmuró entre afligido y colérico:

—¡Qué más quiere de mí! ¿No falto por ella á mis quehaceres casi todos los días exponiéndome á un disgusto muy serio con mi padre?

XVIII

Se encaminó á la era triste y pesaroso, y allí se tendió sobre un montón de mieses, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, y el corazón oprimido.

Ni el resonar de los truenos, ni la fuerza de la lluvia eran parte á distraerle de sus tristes reflexiones. Para tormenta la que estallaba en su cerebro. «Pero no, no puede ser,—reflexionaba—que lo haya dicho con ánimo de cumplirlo. Es imposible que tenga tan malos sentimientos. Mañana la veré... aunque para verla tenga que saltar las tapias del corral: lo juraré mil veces si es preciso que contra la voluntad de mi padre, contra el mundo entero me casaré con ella... ¡Y qué satisfecha se quedará cuando me escuche!» Y al decir esto se le apareció la imagen de Julia, más hermosa que nunca... «Pero... y si no la veo más y si cumple la palabra porque... es muy tozuda, en eso se parece á su madre. Si las cosas se hicieran en dos veces á buen seguro que no me desvelaría, como ahora sucede, la tristeza.»

Lo que no pudo la tempestad, poniendo en con-

moción los elementos, lo consiguió el señor José con una palabra. Clara y sonora vibró la voz de su padre exclamando:

—¡Pablo!

—Mande usted,—replicó éste incorporándose al momento.

—¡Qué he de mandar! No lo ves alma de cántaro... Arriba todos y á tapar el trigo... ¿qué esperáis?—les dijo á dos sirvientes que roncaban sobre un *mandil*, debajo del carro.—¿Que os traigan el chocolate?

A las voces del amo despertaron los demás sirvientes y era de ver cómo corrían todos á cumplir las órdenes transmitidas por el amo, con rudas interjecciones y aderezadas con sabrosísimos y picantes comentarios:

—¡Tú Joaquín!—gritaba—entra los aparejos de las mulas al pajar.—¡Repuñales con la gente! Vosotros dos á tapar el grano con mandiles. ¡Aquí no se piensa más que en dormir y comer! Tomasico, recoge los *tiratrillos* y las escobas y ponlo todo á cubierto; ya estamos bien, puñales. ¡Sebastián! amontona los granzones y escoba el suelo; ¡si hubiera un desalmau en el lugar hasta los calzones os quitarían! Tú,—le dijo á Pablo,—agarra una horca y arriba esos fajos, aprétalos bien contra el montón para que no les pase el agua: ¡Moño, remoño! Lo menos les paice á estos gaznápiros, que cuando llueve caen confites: ¡Pues en gracia de Dios, que tenemos la era más revuelta que una casa sin dueña!

En tanto que así mandaba y glosaba los mandatos, no se daba punto de reposo, recogiendo y poniendo á salvo del aguacero, ramales, cribas, talegas y demás utensilios expuestos á la intemperie.

En una de aquellas idas y venidas tropezó el señor José con Pablo, que inmóvil y pensativo se hallaba junto á los fajos de mies:

—¿En qué piensas, alma encantada?—le dijo,—¿no sabes lo que te he mandao?

—Pero sí... no encuentro una horca.

—Qué no encuentras horca ¡eh! Pero las puertas falsas ya las encuentras, aunque haiga más oscuro que boca de lobo.

Pablo se alejó al oir aquellas palabras que le produjeron efecto muy desagradable: cogió la horca, y al clavarla en el primer fajo que alzó con brío y lo arrojó á lo más alto del montón, murmuró:

—¡Rediéz qué mala suerte! ¡Apuesto á que no hay otro hombre en el mundo que pase las agonías que yo paso esta noche!

La fuerza del aguacero descargó en la sierra de San Martín.

—Si no viene otra,—dijo el de la Retora al regresar á su lecho,—por esta ya no hay cuidau. Mucho ruido y pocas nueces.

Fijándose después en los cúmulos que por levante aparecían, añadió:

—Aquellos torreones que salen por Monzón, señalan bochorno. Dios quiera que no resulten

mentirosos, que buena falta nos hace pa limpiar el grano.

Estaba aquellos días el señor José con agua al cuello, y agotada su paciencia al contemplar detenidas en la era cuatro parvadas de trigo por culpa del perezoso Eolo que no daba suelta á Euro ó á Fabono, ni siquiera al impetuoso é impertinente Boreas, que también la tramontana vale, cuando ni el cierzo ni el bochorno dan señales de vida.

Pablo se acostó en el pajar, y ya era pasada la media noche, cuando se durmió rendido el cuerpo de fatiga y más sosegada su imaginación, con el propósito de pactar alianza con su novia bajo juramento de fidelidad inquebrantable.

Al asomar la aurora, fresca y sonriente por los confines de Guara, abría el alcalde por quinta ó sexta vez en aquella noche la ventana del corral; aproximó la cabeza á los barrotes y llegó á sus oídos el rumor del aire que azotaba una higuera próxima.

—¡Gracias á Dios que ha llegau!—dijo con satisfacción. En menos que se persigna un cura loco, se pasó los calzones, se ató los borceguíes, se echó la chaqueta á los hombros, se caló el sombrero y armado de su gayata se fué á la era.

—¡Arriba la gente, que ha movido el aire y el aire no se compra!—exclamó desde la puerta del pajar.

Su hijo fué el primero que se levantó. Lanzó prolongado bostezo como dejándose mecer por

el cosquilleo que le producía la tensión de sus músculos, y al caer de sus brazos con voluptuoso abandono, murmuró:

—Esto sólo me faltaba para remate de los disgustos que he pasado. Vaya un día que me espera... y menos mal, si consigo hablar con ella y hacer las paces. Entonces, me haría la ilusión de que he pasado la noche de ronda con los mozos.

Lo mismo hicieron los sirvientes y jornaleros, es decir, que abandonaron el blando lecho de paja. Tomaron el desayuno tan frugal como estimulante, medio zoquete del moreno y dos copas de aguardiente por barba. Armáronse después con horcas y *retabillos,* limpio el suelo y puesto el trancón ó *avental* en sitio conveniente para separar el grano de la paja, sacaban la primera *mano* ó porción de mies cuando los rayos del naciente sol teñían de púrpura los altos picos de Gratal y Guara.

Según había presumido Pablo, el día fué de prueba; el trabajo duro y sin más descanso que el tiempo invertido en el almuerzo y en la comida. No en balde sopló el bochorno, que según los aventadores «marchaba á pidir de boca, ni muy flojo ni muy fuerte, pero seguidico».

Diez hombres colocados en hilera lanzaban por alto con sus nervudos brazos la trillada mies empujando las horcadas en dirección contraria á la del aire. La paja al desprenderse del grano volaba en alas del bochorno al otro lado del avental, brillante, amarilla y juguetona como el chispo-

rroteo de los fuegos artificiales. El trigo bañado por el sol, caía como una lluvia de oro; un criado lo amontonaba con la pala, y el señor José abaleaba los granzones con una escobilla.

A las cinco de la tarde se veía la paja á un extremo y el trigo formando un cono de ancha base en otro. Según los cálculos de los jornaleros que contemplaban con envidia el montón del rubicundo acopio, lo menos había setenta cahices.

El señor José, que no abandonó la dirección en todo el día, ordenó, cuando el grano quedó limpio, que comenzase inmediatamènte el acarreo. En pocos minutos estubo corriente el embase de la primera carretada. La distribución del trabajo en aquella ocasión produjo sus naturales y provechosas consecuencias. Unos colmaban los capazos de palma en el montón para vaciarlos en las talegas, otros las cogían en brazos y las echaban sobre los tableros y un criado las estivaba hasta igualar con los *varales*. El mozo mayor con el zurriago al cuello tomó la rienda de la mula de varas y al tiempo de gritar el «incomprensible *uesique* de extraño acento y significación desconocida» se acercó el amo al carretero y le dijo:

—Como siempre, á pasar todos los viajes por la plaza.

Intenciones y muy aviesas encerraba esa orden insignificante al parecer y de poca monta. Se comentaba á todas horas y en todas partes aquel año la abundante cosecha de los Retores, que según cálculos aproximados pasaría de seiscientos

cahices entre cebada y trigo. No le fué posible disimular á doña Rufina la envidia y el coraje cuando oyó esos cálculos. Con despreciativas y mortificantes palabras, disminuyó el total á las dos terceras partes, y el señor José que lo supo, ordenó que el acarreo se verificase por la plaza del Ayuntamiento, ó sea por delante de la puerta de los Torralbas aun á costa de perder tiempo en cada viaje. Los efectos del mandato correspondieron al propósito que los dictaba. El truculento rodar del carro de Avenilla por el empedrado de la plaza, haciendo trepidar los muros de la vetusta vivienda con estridente chirrido de sus puertas y cristales, repercutía en el cerebro de la cogotuda señora, como si lo golpeasen con un martillo, y la angustiaban á la vez cual si las llantas de las ruedas aplastasen su corazón.

Adivinó desde el primer viaje las intenciones de su implacable enemigo y esto acrecentó su justa cólera:

—¡Indecente, hombre vil, infame!—profería congestionada por la ira.—Solamente un villano es capaz de tales insultos á una señora de mi clase y que como yo vive considerada y respetada de todo el mundo. ¡Esta provocación no debía tolerarla ni el pueblo ni las leyes, hemos llegado á unos tiempos en que las personas honradas y decentes ni siquiera en sus casas pueden vivir!... ¡Qué tiene mucho trigo, que se lo guarde y buen provecho le haga! Los bienes mal adquiridos, para los hombres sin conciencia y sin dignidad co-

mo él». Otras veces al aproximarse el carro mandaba cerrar doña Rufina todas las puertas y balcones que daban á la plaza refugiándose ella en lo más escondido de su morada. Inútil protesta. Hasta allí llegaban el traqueteo de las ruedas, el chirrido de cristales y el trepidar de los tabiques, y mirando al cielo con las manos en cruz, exclamaba:

—Dios mío cuándo acabará ese mal hombre de acarrear el grano.

Y gracias á que estaba próximo el día de la venganza y del terrible castigo anunciado por el abogado de Almeriz, no desfallecía su ánimo y seguía creyéndose la escogida y la bendita por el Señor entre todos los hombres y mujeres de la comarca.

XIX

El juramento que en forma tan arrebatada é impaciente exigió Julia á su novio, y que éste decidió en su fuero interno prestarle al siguiente día, quedó en suspenso por falta de ocasión.

Según le contó Damiana, aquella misma tarde después de encerrar el trigo, pasó Julia muy mala noche, y llorando gran parte de ella. Se levantó á eso de las nueve sintiendo escalofríos, pesadez en la cabeza, dolor muy agudo en el costado y poco después del medio día dando diente con diente se acostó por mandato de doña Rufina, muy alarmada al observar en Julia síntomas de excitación febril.

«Bien venido, mal, si vienes solo», pudo exclamar Pablo después que recibió la noticia. Ni el demonio podía inventar más doloroso remate después de una noche de tristezas y desvelos y un día de prueba para sus músculos.

Dos semanas pasó Julia en el lecho. La primera fué de terrible ansiedad para su madre, porque el médico observó en la enferma fenómenos conges-

tivos al aparato respiratorio. Ni remitía la fiebre, ni se calmaba el punzante dolor del costado. Creyó el galeno que se las iba á entender con una pneumonía aguda.

La herrera, la mujer del *Chamorro*, la hija del sastre y otras doctoras de la vecindad, estaban indignadísimas por que no ordenaba el médico sangrar á la paciente. Tanto sermonearon á doña Rufina y tan justa le pareció la indignación, que estuvo á punto de aplicar el remedio, pero al quinto día se inició el descenso en la fiebre, y poco á poco mejoró en los sucesivos hasta abandonar el lecho. La convalecencia fué lenta á causa de la extrema debilidad de la enferma agravada por la falta de apetito.

A primeros de Septiembre cuando la mejoría de Julia, libró de cavilaciones á doña Rufina, tuvo la satisfacción inmensa de que llegase el esperado castigo para el de la Retora. Es decir, primero llegó á Escuarve un delegado del gobernador civil de la provincia, quien revisó con mucha atención el libro de actas, el de contabilidad, los repartos de todas clases y otros documentos referentes á la vida municipal del distrito.

Infracciones de ley, delitos, irregularidades y sapos y culebras, según la señora de Torralba, había entre aquel fárrago de rancios y polvorosos papelotes que yacían en los estantes de la Casa-Ayuntamiento.

Así debía de ser puesto que el gobernador suspendió en el ejercicio de sus funciones á todos los

individuos del municipio, sustituyéndolos por adictos al marqués de Casa-Ibáñez y pasando el tanto de culpa al juez de primera instancia, quien á renglón seguido dictó auto de procesamiento.

La justicia divina haciendo uso de humanos y seculares procedimientos descargaba al fin su tajante espada sobre la cabeza del señor José.

Suspensión y proceso más inoportunos no se han visto ni verán mientras existan municipios en España. En aquellos días precisamente había acordado el Ayuntamiento proceder por la vía de apremio contra algunos deudores del impuesto de consumos.

Indecible contrariedad sufrió el suspenso y procesado alcalde cuando se vió entre las mortificantes y duras mallas del procedimiento criminal, mas no se arredró ni acobardó por esto, pues aguijoneado su amor propio estaba dispuesto á sufrir y á desafiar las iras de todos los poderes de la tierra, hasta humillar y vencer á la causante de sus disgustos ó ser por ella vencido y humillado.

Más que las consecuencias del proceso, le molestaban las continuas citaciones del gobernador y del juez. Pasábase la vida yendo y viniendo de la capital de la provincia á la del juzgado ó viceversa y cada vez que se ponía en marcha, camino de la una á la otra solía exclamar: «Pá lante con los faroles».

La noticia del procesamiento corrió por el pueblo como chispa en reguero de pólvora. La

exaltación y la ira de los adictos al señor José sólo podía compararse con la satisfacción y regocijo de los de doña Rufina. Bastaba fijarse en los semblantes para distinguir y clasificar á los dos opuestos bandos: hosco, ceñudo y respirando deseos de venganza el de los unos, provocativo y altanero el de los otros, é iluminado por la sonrisa maleante y satánica que siente el hombre por lo general, ante las contrariedades y amarguras del prójimo.

La sobreescitación de los ánimos llegó á tal extremo, que aquel mismo día estuvieron á punto de lamentar las consecuencias del proceso los vecinos de Escuarve. En la plaza de la Iglesia, poco antes de la misa, pues era domingo, aseguró un criado de doña Rufina, que de aquella hecha el ex-alcalde no se escapaba de ir á presidio: escuchó el aserto otro criado de Avenilla y con este motivo surgió entre los dos acalorada disputa que terminó en insultos: «¡Poco hombre!»—dijo al fin el uno al otro—frase la más denigrante y bochornosa que podía lanzarle en público; se la devolvió el ofendido corregida y aumentada con epítetos injuriosos; los dos, ciegos de ira, echaron mano al ceñidor para desenvainar los cuchillos, y á no separarlos y mediar en la contienda algunos rezagados que esperaban al último toque de campanas, á buen seguro que allí mismo se destrozan como fieras y manchan con su sangre las gradas del templo.

Supo mosén Miguel lo acaecido en la plaza

antes de empezar la misa, y el viejo sacerdote sintióse el alma inundada de tristeza.

Con objeto de distraer y alejar la atención de sus feligreses de luchas intestinas y de las miserias y ruindades de este pequeño mundo, le pareció de mucha oportunidad elevar sus inteligencias hasta las más altas y luminosas disquisiciones dogmáticas, para lo cual disertó aquel día sobre el Misterio de la Santísima Trinidad, y tal era su empeño de que á todos, absolutamente á todos, hiriese la luz de las sublimes verdades de la religión cristiana, que al empezar el incruento sacrificio ordenó al sacristán que cerrase con llave las puertas de la iglesia.

Hora y media duró la sagrada plática. El pico se lo llevó entero el exordio dedicado á la definición y explicación de la fe implícita y explícita, aconsejándoles el uso de la última para creer los misterios de la iglesia. Entró después de lleno en el asunto, y mientras las palabras brotaban de sus labios con acento de convicción profunda, explicándoles, cómo Dios siendo uno en la sustancia, en la esencia y en la naturaleza, es Trino en las personas, y cómo se distinguen las personas entre sí por su predicado nocional; unos sin moverse del asiento, con el cogote apoyado en la pared y la boca entreabierta, y otros tendidos de largo á largo en las naves de las capillas laterales, casi todos dormían y roncaban con la calma y la placidez del varón creyente y justo.

Los indiferentes y tibios en materias de fe, que

también los había en Escuarve, protestaron después de la misa contra el inesperado é inoportuno cierre de puertas. El tió Mazurca dijo que «era masiau ausulutismo el del siñor vicario», y á su modo, calificó el acto de un ataque á los derechos individuales, pues le había privado del inalienable é imprescriptible de remojar la boca, según tenía por costumbre durante el sermón «con un traguico de vino recién salido del tonel».

Regocijada y animadísima recepción se verificó aquella tarde en casa de Torralba. La señora no cabía en sí de gozo, sus ojos resplandecían de júbilo y su actitud era más de reina que de mujer.

—¡Dios mío, qué vergüenza de hombre!—decía la de Gilotes aludiendo al destituído alcalde—premitir que lo lleven á los trebunales lo mesmo que á los facinerosos.

—Razón tenía usted,—añadió la herrera contemplando á doña Rufina con arrobamiento—cuando aseguraba que tarde ó temprano le llegaría su merecido.

Y la señora respondió con gravedad:

—Ya sabes por experiencia que no me equivoco: mis opiniones resultan profecías. Demos gracias á Dios que para evitar la perdición y la ruina de este pueblo permite que se descubran las maldades de los hombres. Este es uno de los ejemplos más patentes de la misericordia y de la justicia del Señor.

—Pus no digo nada—replicó la herrera—de los gastos que le harán los trebunales.

—Poco que come la justicia... mas que el hielo,—agregó la de Lorencico.

—Mientras haiga hacienda que embargar, correrá la pluma.

—Y la vergüenza, hijas, la vergüenza de las presonas que naide la compra,—repitió la de Gilotes.

Doña Rufina subrayaba cada frase con movimientos de cabeza y miradas de triunfo. Lo mismo pensaba ella, pero su imaginación exaltada por el rencor y el odio creyó que había sonado ya la hora del exterminio y desolación de los Avenillas.

La conversación se prolongó hasta el anochecer. Aquellas mujeres con sus aceradas lenguas convirtieron el comedor en sala de disección donde al señor José le sacaron á túrdigas el pellejo; y como si en el portal de la casa hubiesen fijado el rótulo que en las iglesias, diciendo: «Hoy se saca ánimas» á doña Rufina le sacaron aquella tarde artículos de comer y de beber y hasta prendas de vestir. A la de Gilotes regaló una sábana de dos tiras para convertirla en pañales; á la herrera un gabán viejo adornado con agremanes y puntillas que no había más que pedir, y con haldadas de frutas y legumbres á las demás.

Julia estuvo poco en el comedor. No podía oir con resignación y calma, palabras y conceptos tan contrarios á sus aspiraciones. Le mareaba el incesante picoteo de aquellas mujeres y efecto, de la debilidad producida por la fiebre, sentíase presa de dejadez y tristeza invencibles.

Aquella tarde pues, con pretexto de repartir la comida á las gallinas y á los polluelos pudo evadirse del palique que tanto agradaba á su madre.

Para que el día fuese completo y digno de señalarse con piedra blanca, recibió por la noche doña Rufina datos precisos y satisfactorios respecto de la lucha electoral. De veintiséis á treinta votos de mayoría sobre el candidato liberal, ó según ellos sobre el señor José, salieron en el detenido y escrupuloso recuento de electores. A esto había que añadir la noticia del proceso que cayó en el campo enemigo como una bomba y que seguramente llevaría el pánico y las deserciones á las huestes contrarias.

Esta fué la opinión unánime de cuantos asistieron después de cenar á casa de Torralba en busca y á trueque de impresiones. Vaya por otras noches en que se despedían tristes y cariacontecidos como en visita de pésame, y todo porque si fulano salió al anochecer con un costal de trigo de casa del ex-alcalde ó por si la mujer de mengano entró á la misma hora en la misma casa con una hortera vacía. Y hoy porque corrientes optimistas los animaba, y mañana porque contrarias corrientes los enardecían, el caso es, que los secuaces del uno y el otro bando andaban de aquí para allá como azacán de noria, y ni araban sus tierras, ni cuidaban sus frutos, ni descansaban en sus lechos, olfateando día y noche como sabuesos finos los pasos de sus contrarios, suplicando á éste,

importunando á aquél y amenazando al demás allá.

No eran de gran provecho sus trabajos y afanes para la causa que defendían, pero los agasajaban continuamente sus amos respectivos, sin contar la soldada de alto precio y con estas esperanzas y aquel trato vivían muy á gusto vida tan regalona y holgazana.

Entre los agentes electorales de doña Rufina ninguno tan fiel, tan desinteresado y entusiasta como Gilotes. Un hombrón que por su elevada estatura, lo ancho de sus espaldas y recio de sus músculos, y por su rostro cejijunto y grave, podía haber hecho las veces de atlante en algún templo pagano. Un hércules de calzón y pañuelo á la cabeza.

Ni él, ni sus padres ni sus abuelos habían obedecido á otros amos que á los de Torralba: allí trabajaban sus dos hijos desde que tuvieron fuerzas para cargar con el *roscadero* de paja y por nada ni por nadie del mundo hubiese él interrumpido esta honrosa tradición de sus mayores. Si el trabajo apremiaba en los campos de su señora desatendía el de los suyos, por servirla y complacerla. Consideraba á su modo Gilotes aquel vetusto caserón, como el Delfos del Somontano, y como el oráculo á doña Rufina.

Como agente electoral los resultados de sus esfuerzos no corrían parejas con sus deseos y buena voluntad. Según el sastre era muy bruto para pedir votos. Él mismo Gilotes lo reconocía cuando refunfuñaba alzando los puños:

—¡Cristo padre! No valgo yo para hacer comedias ni pá andar con suplicaciones: estos negocios se apañan de otro modo; que salgan tantos de ellos y tantos de nusotros con navaja ó cuchillo al barranco de San Martín y... el que más pueda pa él.

A dos ó tres electores había amenazado ya con retorcerles el cuello si no votaban por su señora.

El sastre en cambio, de suyo pusilánime é incapaz de matar una mosca, aventajaba á los demás agentes por su caráter fisgón, curioso y entremetido. Era un especialista para saber vidas ajenas y ajenos deslices y para olfatear y sorprender cuentos y chismes de vecindad.

Vivía frente á la calle de la iglesia, la más transitada y céntrica del pueblo, era por lo tanto su casa cómoda y excelente atalaya para seguir los movimientos de los contrarios. Desde el amanecer sentábase á trabajar el señor Joaquín, así se llamaba, detrás del balcón y cerca de su hija, rancia y apergaminada solterona. En cuanto veía pasar á un partidario de Avenilla tiraba la costura y escapaba tras él, creyendo siempre descubrir alguna horrible conspiración ó algún suceso transcendental para su causa. Ocho días hacía que llevaba unos calzones entre manos y aún le quedaba tela que cortar y que coser para otros ocho.

Así que cerraba la noche deslizábase por las calles del pueblo pisando quedo como los gatos; hasta sus ojos verdes, chiquitos y redondos de-

nunciaban instintos de la raza felina. Se paraba en las puertas de los electores del señor José con el oído pegado á las grietas y resquicios de las maderas, esperando sorprender á cada momento diálogos referentes á la lucha ó secretos de familia, que unos y otros satisfacían y daban pasto á sus aficiones. Más de una vez le rociaron con aguas y no de rosas, pero ni se daba por entendido ni curaban su insana curiosidad.

El señor José tuvo á su alrededor desde los comienzos de la lucha seis ó siete que le vendían protección y ayuda, pero escamado el hombre porque no valían ni por mucho lo que le costaban, los fué eliminando poco á poco, hasta quedarse con el maestro en calidad de asesor, y como su brazo derecho ó ejecutor de lo que ambos acordaban, con Acisclo Mériz á quien llamaban en Escuarve con original aféresis *Cisclo de la Malena* por ser Magdalena el nombre de su mujer.

Cisclo, desempeñaba los cargos de alguacil del juzgado y del ayuntamiento y el de *dulero* (adulero) ó guardián de las caballerías de labor cuando pastaban en el monte común. Frisaba en los sesenta y era alto, delgado, fino de cutis y de color cetrinoso. En su modo de andar, menudeando los pasos, y en la poca soltura de movimientos, pues traía casi siempre cogidas las manos encima del ceñidor, resultaba un ser afeminado, planta la más rara y exótica que podía darse en aquella tierra y entre aquella gente. Hasta su pronunciación acompañada de ceceo suave y melífluo por carecer de

dientes y muelas, estaba en armonía con sus modales. Su mujer, era el reverso de la medalla: alta, hombruna, de belludo cutis, de mucho garabato y de bronco acento, lo mismo arreaba las caballerías por las breñas y riscos del monte común, que entrecababa con el azadón las hortalizas. De ahí, de tan manifiesto y ostensible trastrueque de papeles nació, el que la opinión hubiese otorgado al marido el nombre de la mujer, y no el de la mujer al marido como en todos los matrimonios.

A Cisclo estaba reservada, como inherente á su cargo, la triste misión de avisar á domicilio el pago de las contribuciones é impuestos, la notificación de apremios y de embargos á los morosos, las citaciones á juicios verbal ó de faltas, y en suma todas las desdichas y calamidades que pesaban sobre los contribuyentes ó deudores del distrito.

Cuando alguno de éstos oía en el portal de su casa, generalmente á la hora de la cena, el «Deo gracias» lento y cadencioso del alguacil, quedábase aquél temblando de los pies á la cabeza. La cristiana salutación equivalía al *Mane Thezel Phares* del sibarita rey. Cisclo gozaba el triste privilegio de ser nuncio perpetuo de malas nuevas. Sucedía con él, algo muy parecido á lo del beato San Martín, de «La Marsellesa»: el más inofensivo, y el más pusilánime del pueblo, habíase erigido en pesadilla y terror de los demás.

El de la Retora supo aprovecharse de la especialidad del adulero. Los electores remolones y

perezosos en acudir á su casa al primer aviso, recibían el segundo por boca de Cisclo de la Malena, y el efecto era inmediato. Como recental tras de su oveja acudía el votante precedido del alguacil á casa del señor José.

XX

El continuado espionaje de los agentes, traía desazonados á más de cuatro electores, en especial á los que, por falta de recursos, de las dos casas rivales temían la venganza ó el castigo.

El Chamorro hallábase una noche sin aceite para el candil, ni para adobo del potaje, lo cual era mucho peor. Fué á pedírselo al de la Retora y éste se lo negó, pues le tenía bien cogido con el tornallo de judías. Contrariado por el desaire pero decidido á empringar aquella misma noche las guijas con espinacas que, junto al fogón guardaba su mujer, se encaminó por las afueras del pueblo á casa de doña Rufina. Reiteró á la señora sus ofrecimientos y su palabra de votar la candidatura de Casa-Ibáñez; después de ratificación tan solemne, creyó que no debía de reparar en pelillos ó en arroba más ó menos, y le pidió un quintal de aceite que en el acto le fué concedido y trasegado á la corambre. Salió con el pellejo al hombro por la puerta falsa, y para que no le sorprendiesen los amigos del señor José con el cuerpo del delito, atravesando campos y olivares, y saltando

acequias, rodeó las afueras del pueblo hasta llegar á las tapias de su corral: lanzó un silbido, abrió su mujer la puerta falsa, entre los dos introdujeron el boto y acabó la odisea.

—Ese tío cochino de la Retora—le dijo á su mujer mientras vaciaba el caldo en una tinajica—no me ha querido prestar ni una libra: entonces hí pensau pá mis adentros que á la cama sin luz cualquiera puede ir, pero sin la cena con su poquico de apaño, por demás; y cojo y voy á casa de Torralba, y le doy á la dueña la aseguranza de mi presona y... *voto* por *boto* aquí está el de aceite.

—Muy bien pensau—contestó ella—y pá que el otro aprenda á ser caritativo, votarás por la señora.

—Es claro y nos quedaremos sin judías.

—¡Recristianos! eso sí que nó—replicó con viveza la mujer—casualmente hay una planta que inamora de verla.

Tomasico el tuerto expuso al señor José sus pretensiones á cambio de los votos de que disponía: un trozo de tierra junto á Escuarve suficiente para era y pajar, maderos para cubrir la obra y el acarreo de todos los materiales.

No le sorprendieron al de la Retora las demasías de su vecino y con objeto de rebajar en algo la cotización, si era posible, le preguntó con sorna:

—Bueno y ¿cuánto me darás por todo?

El tuerto le contempló asombrado y replicó enérgicamente:

—Ni un chavo, ni medio; considera que pá

nueve votos, me quedo muy atrás, pero... con los amigos se hacen unas cuentas y con los extraños otras.

—Aún no hace cuatro meses—insistió el ex alcalde—me ofreciste nueve onzas por medio cahíz de sembradura del campo de la Cruz.

—Haberme cogido la palabra. Ahora son otros tiempos, y según corren los tiempos así van los tratos; en su consecuencia, si te conviene la proposición, no hay más que hablar, y si no te cumple... tan amigos como antes. Presonas hay que por los nueve votos me cederán terreno al consonante.

No quiso precipitarse el señor José por el momento y cerrar el trato de palabra, esperando satisfacer las aspiraciones de Lorencico sin verse obligado á recortar alguna de las fincas que poseía junto al pueblo, lo cual era tanto como arrancarle una tira de pellejo. Contaba para dar solución al conflicto, con Pedro Bellosta, propietario de un campuco inmediato á Escuarve, por el cual le había ofrecido el de la Retora doble de su valor, oferta que Pedro escuchó con satisfacción porque vivía el hombre con agua al cuello. Así se lo dijo al Tuerto y con esta esperanza convinieron en reanudar de allí á pocos días las negociaciones.

—¿En que habéis quedao?—le preguntó á Lorencico su mujer después de la conferencia.

—Por hoy en nada, pero ya es mío.

—¿Le has pedido la ropa que hablemos aquella noche?

—No lo hí pensau.

—¡Cuando digo que eres de lo más enfeliz que se conoce pá tratar con ciertos hombres!—exclamó malhumorada:—A la otra vez acuérdate porque nos hace mucha falta.

Las dádivas y prodigalidades del señor José para sumar electores, especialmente desde que se vió metido en el procedimiento criminal, motivaron algunas bajas en la lista de los contrarios, cada una de las cuales inundaban de pesadumbre el corazón de doña Rufina.

Llegó una noche el sastre á casa de Torralba jadeante y sudoroso:

—¡Señora!—prorrumpió con acento compungido: — Pedro-Antonio, el hornero, se ha cambiau.

—¿De qué se ha cambaiu?... ¿de camisa?—preguntó Gilotes con voz de trueno.

—Buena camisa nos dé Dios... ¡De partido!

—No es posible—interrumpió doña Rufina sobresaltada. Hace cuarenta y ocho horas ha dado palabra de no faltarme el día de la elección, por nada de este mundo.

—Pues ayer noche—continuó el sastre—salió entre once y media y doce de casa de la Retora con medio cahíz sobre sus costillas, le seguí, entró en su casa, me acerqué á la puerta y pude oir la voz de su mujer que le preguntaba: «¿Cómo te las compondrás ahora pa cumplir con los otros?» y él contestó:—«Esto no tiene más apaño que votando pal señor José, pues me ha prometido

prestarme ochenta reales pa pagar los atrasos de consumos.»

Al otro día llegó el señor Joaquín con la misma agitación y sobresalto y sin dar las buenas noches preguntó á la señora:

—¿Son seguros los de casa de Rasal?

—Completamente seguros.

—Como el agua en una cesta—replicó el sastre indignado; y, después de una breve pausa para tomar aliento, continuó así:—Esta noche han estau hablando en casa de la Retora desde las diez hasta las once, el señor José y el tío Miguel. No he podido saber de qué trataban, pero claro se ve que la cosa traí más malicia que las tronadas que vienen por San Garapasio.

Fué Gilotes inmediatamente á llamar al tío Miguel de parte de doña Rufina. Dijéronle que no estaba en casa. Volvió al amanecer del día siguiente, contestaron que había ido á la feria de Alcampel. El sastre había acertado: Gilotes lanzaba un terno apretando los puños y doña Rufina se encolerizaba ante los desengaños é ingratitudes de los hombres.

Tamaño ultraje á su persona, y más que á su persona á los tradicionales prestigios de los Torralbas no podía sufrirlos con resignación. El hecho de no mostrarse obedientes y sumisos á sus mandatos los vecinos de Escuarve, lo consideraba como escarnio y befa á la memoria del Obispo, del Abad y del Presidente de sala de la Audiencia territorial de Zaragoza. Pero aquel Dios, fruto de

sus extravagantes y místicas concepciones, aquel Dios embobado de sus virtudes, no dejaría sin castigo á los vergonzosos y despreciables tránsfugas que la abandonaban en lo más recio de la lucha.

A mediados de Septiembre esperaba el señor José carta de su candidato, designándole el día que pensaba pernoctar en Escuarve, cuando realizara la excursión por todos los pueblos del distrito.

Para recibirlo con los honores correspondientes á sus altas aspiraciones y dar al mismo tiempo cantaleta á la señora de Torralba, tenía contratados ocho ó diez músicos con obligación de soplar recio y sonoro, y mandó confeccionar una bandera roja y gualda, en la que se leía en un lado escrito con letras mayúsculas. *¡Viva don Enrique de la Sotonera!* y en el otro: *¡Viva el Sufragio Universal!*

El día veintitrés recibió la deseada epístola pero, ¡cuán diferente su contenido del que pensaba! Después de leída quedóse el de la Retora embargado por malestar y desabrimiento profundísmos. La hizo mil pedazos y arrojándolos á la calle, exclamó con rabia:

—¡Embustero, trapalón, quinquilaire! Reniego de los hombres que tienen la misma formalidad que corral sin puerta.

A vuelta de rodeos y perífrasis donde aparecían mezclados los intereses de partido, las conveniencias políticas, la pureza del sufragio, la estabilidad

de las instituciones arraigadas á la sombra de la libertad y otras sutilezas por el estilo, terminaba diciendo don Enrique, que sacrificaba su nombre en aras de aquellos ideales y retiraba su candidatura del distrito de Almeriz. Esta paladina y franca declaración fué lo único que comprendió el señor José del altisonante escrito.

Por el mismo correo llegó para doña Rufina otra del marqués de Casa-Ibáñez, anunciándole la retirada de su contrario, de la que tomaba pie para ensalzar y poner en los cuernos de la luna el prestigio y arraigo de los suyos en la opinión pública. También á doña Rufina le produjo amarga decepción y desencanto su contenido.

Los dos candidatos no obstante callaban la verdadera causa de la retirada y fué, que, deseando el marqués asegurar su elección sin luchas ni entorpecimientos, prometió á su contrincante conceder le un alto cargo en la administración pública, si retiraba su nombre del distrito. Satisfecho don Enrique de la promesa, entró en negociaciones con su rival á quien dejó dueño del campo, después de garantizarle el cumplimiento de la palabra.

No por esto se menoscabaron ni en un ápice sus entusiasmos regionalistas, pues si bien es cierto que renunció á la alta honra de representar en Cortes la patria chica, no lo es menos que lo hizo por servir y... cobrar de la patria grande.

La noticia «no hay votaciones» corrió por todo Escuarve á las dos horas de recibido el correo,

provocando en los ánimos sensaciones muy distintas. Significaba para algunos la pérdida ó agotamiento de rico filón: otros en cambio sintieron como si les aflojasen el dogal que les oprimía y asfixiaba.

Lorencico el tuerto, lo supo después de cenar. Se lo contó Roque Bellostas á quien, no le llegaba la camisa al cuerpo, pues halagado por las ofertas del señor José abandonó el estado de sedición que provocado había al principio de la contienda, ingresando en las filas liberales del distrito á trueque de cobrar por el campuco, el doble de su valor.

Enterado el Tuerto del inesperado *mutis electoral* se fué como en volandas á la vivienda de su vecino, para dejar finiquito y corriente el asunto de la era.

Fuerte aldabonazo que resonó por toda la calle descargó en el portal de la casa. El amo, único que á tales horas no dormía, pues andaba con el candil en la diestra recorriendo la planta baja exclamó para sí cuando oyó tan recio llamar:

—Por demás te apresuras Lorencico.

Abrió la puerta, se dieron las buenas noches y sentados el Tuerto y el señor José, en el banco del zaguán; aquél con voz entrecortada por la emoción y éste con acento reposado y asomos de ironía, hablaron lo que sigue:

—¿Qué hacemos?—preguntó Lorenzo.

—Pues ya lo ves, dar una vuelta por el corral y las cuadras, antes de irme á dormir.

—Y respetive al piacico de tierra pá era y pajar ¿en qué quedamos?

—En que no está cerrau el trato con Bellosta.

—Eso es lo de menos, él está dispuesto á venderlo y pa que veas que soy hombre que se pone en las cosas de razón, te aduyaré con mil riales de mi bolsillo.

—Pues amigo lo siento por tú, pero has venido tarde pa que nos arreglemos.

—¡Pero rediosla!—replicó sin poder disimular el veneno que tragaba—no hace ocho días que me lo dabas sin estipendio y ahora que pongo de mi parte... aunque sean cuatro onzas, ¿te vuelves atrás?

—Cosas de la vida,—replicó el otro encogiéndose de hombros.—Aquellos eran unos tiempos y ahora son otros... Para todos cambean Lorencico... Ya ves como no me se olvidan algunas palabricas;—y levantándose dió fin á la conferencia diciendo:—Con que... basta por hoy y vámonos á dormir, por que ya es pasa-hora.

Mesándose los cabellos y maldiciendo de su torpeza y falta de habilidad, subió el Tuerto las escaleras de su casa. En un instante cual la lechera de la fábula vió desvanecerse sus proyectos y adiós pajar, adiós era, pues ocasión como la pasada para sacar astilla de su convecino, difícilmente volvería á presentarse.

Refirió Lorencico á su mujer que llena de ansiedad lo esperaba en la cocina, lo sucedido con

el de la Retora y se quedó breves instantes suspensa y atolondrada por la ira. Desató al fin su lengua y aquello fué un verdadero aluvión de insultos y denuestos.

—Esta me la tenía tragada, ¡calzonazos, más que calzonazos!... ¡Ya me figuraba que te engañaría, piazo de animal!... ¡Si eres un burro!...¡Todos han sacau tajada menos tú por zopenco!—Y puesta frente á él con los brazos en jarras continuó:—¿Y qué ha contestau? ¿Pa qué quieres la sangre en las venas? ¿Por qué te dejas albardar de ese modo? ¡Recristina! si conmigo sucede lo que con tú, allí mismo le saco los hígados. Ahura todos nos harán la burla en el lugar y dirán que has caído en la trampa como gurrión en loseta...

No pasó de allí la mujer, pues cansado Lorencico de tantos improperios le interrumpió, con las tenazas del hogar en ristre:

—¡U te callas, ú mañana le harás otra vesita á Puértolas!

Como por encanto enmudeció la mujer. Guardaba muy fresca en su memoria, la fecha en que por resultas de tres ó cuatro palos que le atizó su marido con el mango del azadón y con otras tantas costillas magulladas, fué á Torrellas donde vivía el famoso curandero, de cuyas manos y merced á unos sinapismos de pez con estopa, aguardiente y romero, salió como nueva y hasta en disposición de correr una aventura en el *val de las estacas.*

Cuando don Cándido supo la retirada del can-

didato liberal fué tal su alegría que le acometieron deseos de subir á la torre y echar á vuelo las campanas como en los días de primera clase.

Aquel vivir en continuo equilibrio para no caer en el enojo de Torralbas ó Avenillas, hacíasele por cada día más difícil é insostenible. Su carácter rechazaba las reyertas y luchas de bajo vuelo. Creíase nacido para resolver las más altas, graves y enmarañadas cuestiones de Estado, y pues la suerte no le dejó seguir por la senda de la diplomacia, la más conforme con sus aptitudes, todas sus ambiciones se reducían al disfrute sosegado y pacífico del magisterio y de ambas secretarías, con todas sus preeminencias y emolumentos.

Pero los más satisfechos y regocijados con la noticia fueron Pablo y Julia. Si no con juramentos, con promesas de constancia y fidelidad, había conjurado él la tormenta que en la tormentosa noche de Agosto estalló en el pecho de su novia. El estado de guerra implacable y sin cuartel que sostenían sus padres, era como acicate y estímulo para estrechar ellos más y más el lazo de amor que los unía.

Breves minutos hablaron aquella noche por una de las rejas de casa de Torralba. Julia había ofrecido una misa á la Virgen de Aragués si las elecciones se desbarataban, y con nuevas promesas y votos hechos aquella tarde, esperaba en su arábica fe, la decidida y franca intervención en sus amores, de la excelsa patrona del Somontano.

—Para que nuestra dicha sea completa—le dijo

el de la Retora y se quedó breves instantes suspensa y atolondrada por la ira. Desató al fin su lengua y aquello fué un verdadero aluvión de insultos y denuestos.

—Esta me la tenía tragada, ¡calzonazos, más que calzonazos!... ¡Ya me figuraba que te engañaría, piazo de animal!... ¡Si eres un burro!...¡Todos han sacau tajada menos tú por zopenco!—Y puesta frente á él con los brazos en jarras continuó:—¿Y qué ha contestau? ¿Pa qué quieres la sangre en las venas? ¿Por qué te dejas albardar de ese modo? ¡Recristina! si conmigo sucede lo que con tú, allí mismo le saco los hígados. Ahura todos nos harán la burla en el lugar y dirán que has caído en la trampa como gurrión en loseta...

No pasó de allí la mujer, pues cansado Lorencico de tantos improperios le interrumpió, con las tenazas del hogar en ristre:

—¡U te callas, ú mañana le harás otra vesita á Puértolas!

Como por encanto enmudeció la mujer. Guardaba muy fresca en su memoria, la fecha en que por resultas de tres ó cuatro palos que le atizó su marido con el mango del azadón y con otras tantas costillas magulladas, fué á Torrellas donde vivía el famoso curandero, de cuyas manos y merced á unos sinapismos de pez con estopa, aguardiente y romero, salió como nueva y hasta en disposición de correr una aventura en el *val de las estacas*.

Cuando don Cándido supo la retirada del can-

didato liberal fué tal su alegría que le acometieron deseos de subir á la torre y echar á vuelo las campanas como en los días de primera clase.

Aquel vivir en continuo equilibrio para no caer en el enojo de Torralbas ó Avenillas, hacíasele por cada día más difícil é insostenible. Su carácter rechazaba las reyertas y luchas de bajo vuelo. Creíase nacido para resolver las más altas, graves y enmarañadas cuestiones de Estado, y pues la suerte no le dejó seguir por la senda de la diplomacia, la más conforme con sus aptitudes, todas sus ambiciones se reducían al disfrute sosegado y pacífico del magisterio y de ambas secretarías, con todas sus preeminencias y emolumentos.

Pero los más satisfechos y regocijados con la noticia fueron Pablo y Julia. Si no con juramentos, con promesas de constancia y fidelidad, había conjurado él la tormenta que en la tormentosa noche de Agosto estalló en el pecho de su novia. El estado de guerra implacable y sin cuartel que sostenían sus padres, era como acicate y estímulo para estrechar ellos más y más el lazo de amor que los unía.

Breves minutos hablaron aquella noche por una de las rejas de casa de Torralba. Julia había ofrecido una misa á la Virgen de Aragués si las elecciones se desbarataban, y con nuevas promesas y votos hechos aquella tarde, esperaba en su atábica fe, la decidida y franca intervención en sus amores, de la excelsa patrona del Somontano.

—Para que nuestra dicha sea completa—le dijo

Pablo después de celebrar el fausto suceso,—sólo falta ahora que salga mi padre absuelto de la causa criminal. Entonces le hablará don Cándido, y como á todos se les habrá pasado ya la inquina de las elecciones, le será más fácil convencerlo y... antes de un año serás mi mujer, no lo dudes, Julia.

Con la imposibilidad de la lucha en los comicios, daban por terminadas antiguas rivalidades y odios de familia y de clase, sin advertir que las viejas raíces de la dañina planta se habían ahondado y extendido por todo el pueblo.

No se habló más de elecciones en Escuarve, todos volvieron á la vida normal y á trabajar sus haciendas, pero los semblantes siempre adustos y las miradas nunca expresivas, delataban como el humo de los volcanes, el oculto fuego del odio pronto á convertirse en erupción violenta, apenas la política con sus bastardos egoísmos atizase el rescoldo de las pasiones. Aquella retirada en momentos tan críticos, enardeció los ánimos más y más, porque les imposibilitaba de la satisfacción que produce la lucha cuando la provocan odios y enconos personales. Unos y otros quedaron á la espectativa y con las armas en alto, como Don Quijote y el Vizcaíno, para venir á las manos á la hora menos pensada.

XXI

A principios de Octubre esperaba doña Rufina que llegase á Escuarve de un momento á otro la orden de prisión del procesado alcalde, y hasta imaginaba que para cumplir la ley con todo el rigor que requería el caso, sería maniatado y conducido por una pareja de la Guardia civil, á mayor honra y gloria de Dios y escarmiento de los soberbios y enemigos de los Torralbas. Pero en vez de la benemérita, llegó á Escuarve, *auto* del Juzgado de Instrucción sobreseyendo la causa por falta de culpabilidad. No había tales carneros, es decir, no aparecían las supuestas y penables infracciones, y por lo tanto, nuevamente empuñaría el señor José la vara de la primera autoridad.

—Esta es la mía,—le dijo don Cándido á su mujer cuando leyó el oficio.—Voy allí, le doy la noticia, aprovecho aquel momento de satisfacción que recibirá mi hombre, y no salgo de su casa sin dejar corriente y aprobado el casamiento de su hijo con Julia.

—¿Y á doña Rufina quién la convence?—preguntó doña Nieves.

—Quién ha de convencerla sino yo: pero este es negocio que debe empezarse por lo más difícil.

—Si también como lo cantas lo tañes, buena obra de caridad habrás realizado, sobre todo por Julia, que me da mucha compasión. Entre los disgustos que sufre con sus amoríos y la inapetencia que la debilita de día en día, se está quedando en los huesos. Da lástima verla siempre triste, ojerosa, y el semblante de color de cirio.

—Yo te aseguro, que antes de un mes se pone más rolliza que una bola de manteca. No hay aperitivo como las satisfacciones. Yo por ejemplo, mientras duraron los jaleos electorales, ya lo viste, apenas si pude probar bocado, y en cambio ahora me siento capaz de habérmelas á cada momento con un par de kilos de chuletas... Y ya que de comer hablamos, adelanta la cena.

A punto que la suya terminaban los de Avenilla, se presentó don Cándido con el absolutorio oficio. No disimuló el de la Retora su alegría por el feliz desenlace del proceso: y pareciéndole muy del caso agasajar al portador de la noticia, mandó á su mujer que les sirviese tortas de hojas y clarete del más añejo.

Sucediéronse las libaciones, porque el vinillo color de rubí, transparente, aromático y delicioso al paladar, se deslizaba por el gaznate como una seda, aunque después parecía rescoldo á juzgar por el calor que desarrollaba en el estómago.

—Me alegro, sí señor, de que haya quedado todo en agua de borrajas,—decía el señor José,—

pero también es cierto que vivía muy tranquilo por las resultas. Nada debo: todo lo que tengo es mío; el pan que como, fruto es de mi hacienda y de mi trabajo solamente. Más que los trebunales, me amedrentaban las malas lenguas, pero ni las ganas de comer, ni las ganas de dormir, me han quitado los pensamientos de la causa, porque bien come y duerme, el que se levanta y se acuesta con la conciencia tranquila.

El maestro apoyaba las palabras del alcalde con máximas de moral y discursos encomiásticos á la virtud y á la honradez. A cada sorbo de clarete sentíase más alegre, y comunicativo. Parecíale que toda la familia participaba y se había contagiado de su rebosante satisfacción.

Después de comentar el feliz suceso, hablaron del mal cariz, que por falta de lluvias mostraba la sementera, y el pedagogo, que fué aquella noche decidido á poner en juego sus facultades diplomáticas, para que terminasen las luchas de Torralbas y Avenillas, sin venir á cuento se arrancó con estas palabras, al mismo tiempo que golpeaba cariñosamente á Pablo:

—Y hablando de cada cosa un poco, señor José, ¿cuándo casamos al heredero? Aquí hace falta una joven que descanse á la dueña.

Pablo se puso en guardia, pues adivinó inmediatamente los propósitos de don Cándido. Algo debió de sospechar su padre, pues revistiéndose de gravedad respondió así:

—Lo primero que necesito para casarlo es en-

contrar una novia de mi gusto... lo demás ya lo hará el cura.

Apuró don Cándido el vaso y replicó con énfasis:

—Según eso, todo lo hará usted... ¿Qué deja entonces á la voluntad y á la iniciativa del que ha de soportar la pesada carga del matrimonio?

—Lo mismo que me dejó mi padre cuando me casé con Agustina. ¿Le paice á usted poco?

—Sí señor, muy poco.

—¿Qué más quiere?

—Quiero en primer término que si Pablo, pongo por ejemplo, siente inclinación y afecto por alguna mujer digna de su cariño, pueda casarse con ella libremente y con el beneplácito de todos.

—Estamos conformes,—murmuró el de la Retora, mientras escanciaba de lo añejo.

«O no valgo nada ó habré de ponerte al fin más suave que un baldés»—se dijo el pedagogo. Aquella noche se sentía capaz de conmover y ablandar las rocas de San Martín.

—¿No le parece á usted—preguntó nuevamente al de la Retora—¿qué deben sufrir atroces remordimientos los padres que casan á sus hijos contra la voluntad de éstos?

—Sí, señor.

—¿No está usted conforme conmigo como lo deben estar las personas de buen criterio, que es el mayor de los absurdos y de las aberraciones el que un padre diga á su hijo con ésta vas á ca-

sarte aunque no te guste y aunque la aborrezcas? ¿Dónde vamos á parar con imposiciones tan opuestas á la naturaleza? Una cosa es la obediencia y otra muy diferente el sacrificio. Los padres deben exigir siempre á sus hijos lo primero, pero jamás imponerles lo segundo. Pues, ¿qué... el corazón y los sentimientos y los afectos son acaso juguetes de niños ó blanda masa?...

—Pero hombre—le interrumpió el señor José—por qué no sube á la predicadora los domingos y verá como á naide nos tienta el sueño.

—Burlas aparte, amigo mío—interrumpió el maestro, un tanto amoscado—Cuestiones son estas de mucha gravedad para tomadas á chacota.

—Siga hombre siga, que ya le escucho, pero antes eche otro sorbo pá remojar la boca.

Bebieron los dos y continuó así don Cándido:

—El matrimonio es el acto más grave de la vida del hombre. Así lo comprendió la Iglesia elevándolo á la categoría de sacramento. Por lo tanto, en su realización no debe intervenir más voluntad que la de los contrayentes. A lo sumo, el consejo de los padres, pero nada más el consejo.

Callaba el señor José y tomando el maestro aquel silencio como signo de aprobación, se fué derecho al bulto con estas palabras.

—Yo sé que Pablo siente hace algunos años simpatías y amor por una joven que... la verdad, como mujer no hay más que pedir. Buena, trabajadora, virtuosa, obediente y, en fin, adornada de todas las cualidades indispensables para hacer

la felicidad de la familia. Ella le corresponde con igual afecto y me consta que por su hijo rechazaría los mejores partidos del país. Desde el punto de vista de los intereses materiales no hay, ni puede haber otra en la provincia tan conveniente para esta casa. Incalculables son los beneficios que obtendría usted con ese matrimonio.

Seguía escuchando muy atento el amo y hasta daba muestras de interesarle aquel discurso. Pablo estaba sobre ascuas: tan pronto miraba al maestro como á su padre, esperando con impaciencia el final, y don Cándido esperanzado con las probabilidades de éxito, le pareció llegado el instante de asegurar el triunfo avasallando antes al de la Retora con esta increpación:

—Si Pablo ama á una mujer y ella le corresponde y son dignos del cariño que mutuamente se profesan ¿por qué no han de realizar sus deseos? ¿por qué se han de oponer sus padres á que Dios bendiga ese amor? ¿por qué han de impedir la felicidad de ese matrimonio?...

—¿Pero... habla usted conmigo ó con la pared? —preguntó el de la Retora.

—¿Con quién he de hablar?—interrumpió el maestro algo confuso.

—Pero siñor maestro—continuó aquél, meneando la cabeza—si en jamás he dicho á mi hijo que se case ó se deje de casar con esta ni con la otra. Precisamente lo que yo busco es una mujer como la que usted ha pintau pá traerla á mi casa en coche y si no basta en coche, en una peana. Dí-

game donde vive tan güena proporción de nuera y si es como usted ha dicho y ella quiere, antes de ocho días se hace el ajuste.

Dispuesto don Cándido á jugar el todo por el todo y salir pronto de dudas prosiguió:

—Va usted á saberlo. Julia, la hija de doña Rufina; esa es la mujer modelo, la mujer hacendosa, la que haría felices á todos en esta casa, la que quiere á su hijo y es por él correspondida. No hay exageración en mis palabras, son el reflejo de un juicio desapasionado imparcial y recto, pues años hace que vengo admirando tan excelentes prendas. Las rivalidades y luchas de familia no le han permitido á usted apreciar aquellos méritos en su justo valor, pero yo le aseguro que si mis consejos atiende y la hace su nuera, acabará por quererla como á su hijo. Este matrimonio pondría fin al pleito del monte economizando á las dos casas mucho dinero. La señora Agustina como buena madre no ha de impedirlo, pues me consta que no le disgustan esas relaciones de Pablo; ahora sólo falta que usted, dejando á un lado antiguas querellas, contribuya con su aprobación á la felicidad de su hijo.

Ya estaba el de la Retora con todas las que podía llevar, pero decidió proceder con parsimonia. Se arrellanó en su asiento y dirigiéndose á su mujer que entraba y salía en aquellos momentos recogiendo la loza y los manteles interrogó:

—A tiempo llegas. Me dice don Cándido que Pablo y la señorita de Torralba se quieren mucho,

el de la Retora y se quedó breves instantes suspensa y atolondrada por la ira. Desató al fin su lengua y aquello fué un verdadero aluvión de insultos y denuestos.

—Esta me la tenía tragada, ¡calzonazos, más que calzonazos!... ¡Ya me figuraba que te engañaría, piazo de animal!... ¡Si eres un burro!...¡Todos han sacau tajada menos tú por zopenco!—Y puesta frente á él con los brazos en jarras continuó:—¿Y qué ha contestau? ¿Pa qué quieres la sangre en las venas? ¿Por qué te dejas albardar de ese modo? ¡Recristina! si conmigo sucede lo que con tú, allí mismo le saco los hígados. Ahura todos nos harán la burla en el lugar y dirán que has caído en la trampa como gurrión en loseta...

No pasó de allí la mujer, pues cansado Lorencico de tantos improperios le interrumpió, con las tenazas del hogar en ristre:

—¡U te callas, ú mañana le harás otra vesita á Puértolas!

Como por encanto enmudeció la mujer. Guardaba muy fresca en su memoria, la fecha en que por resultas de tres ó cuatro palos que le atizó su marido con el mango del azadón y con otras tantas costillas magulladas, fué á Torrellas donde vivía el famoso curandero, de cuyas manos y merced á unos sinapismos de pez con estopa, aguardiente y romero, salió como nueva y hasta en disposición de correr una aventura en el *val de las estacas*.

Cuando don Cándido supo la retirada del can-

didato liberal fué tal su alegría que le acometieron deseos de subir á la torre y echar á vuelo las campanas como en los días de primera clase.

Aquel vivir en continuo equilibrio para no caer en el enojo de Torralbas ó Avenillas, hacíasele por cada día más difícil é insostenible. Su carácter rechazaba las reyertas y luchas de bajo vuelo. Creíase nacido para resolver las más altas, graves y enmarañadas cuestiones de Estado, y pues la suerte no le dejó seguir por la senda de la diplomacia, la más conforme con sus aptitudes, todas sus ambiciones se reducían al disfrute sosegado y pacífico del magisterio y de ambas secretarías, con todas sus preeminencias y emolumentos.

Pero los más satisfechos y regocijados con la noticia fueron Pablo y Julia. Si no con juramentos, con promesas de constancia y fidelidad, había conjurado él la tormenta que en la tormentosa noche de Agosto estalló en el pecho de su novia. El estado de guerra implacable y sin cuartel que sostenían sus padres, era como acicate y estímulo para estrechar ellos más y más el lazo de amor que los unía.

Breves minutos hablaron aquella noche por una de las rejas de casa de Torralba. Julia había ofrecido una misa á la Virgen de Aragués si las elecciones se desbarataban, y con nuevas promesas y votos hechos aquella tarde, esperaba en su arábica fe, la decidida y franca intervención en sus amores, de la excelsa patrona del Somontano.

—Para que nuestra dicha sea completa—le dijo

ú fuera: puedes eslegir entre esa mujer y el herencio, pero que lo sepa yo para obrar según mi convenencia. Y ahora,—añadió levantándose del asiento y tomando con la diestra el vaso de vino —venga el arranque y á dormir.

Nadie chistó; bebieron el arranque ó sea el vaso de despedida y desfilaron todos.

Pablo salió el primero y esperó á don Cándido en la escalera para decirle:

—Vengo á pedirle un favor.

—Pide lo que quieras.

—Que no sepa Julia una palabra de lo sucedido esta noche.

—Te prometo no despegar los labios pero... ¿qué te propones con ocultar la verdad?

—No lo sé, don Cándido, pero se lo ruego otra vez; no le diga nada.

Era muy cierto. No se daba cuenta Pablo en aquellos instantes de lo que quería. Hallábase aturdido y como alelado ante la enormidad del disgusto.

Entró en su alcoba y permaneció largo rato sentado en el lecho, descansando el codo sobre los hierros de la cama y apoyada la mejilla en la palma de la mano. Su cabeza era un hervidero de ideas tristes y desagradables que se metían allí en tropel y bullían y se agitaban dentro como si pugnasen por encontrar sitio y acomodo. Le parecía horrible y espantosa su situación en aquellos instantes. Pensó que ó él no podría sobrevivir á tanta desdicha ó que algún trastorno muy gran-

de debía de conmover y alterar la ordenada marcha de los tiempos. No podía precisar la magnitud del suceso, mas era indudable que después del tremendo golpe que su padre le asestara, el mundo tenía que ser presa de horrible conmoción.

El dilema que puso fin á la demanda del maestro se le apareció después con toda su lógica inflexible y su rigidez espantosa... O Julia, ó la herencia... Para el joven nacido y educado en otro ambiente, bajo otra legislación y con mediana cultura ó ligero barniz del trato social, acaso provocaran los dos opuestos términos, dudas, vacilaciones ó encontrada lucha de afectos según fuese la intensidad de su pasión; no así en Pablo, que á pesar del profundo amor que Julia le inspiraba, el sacrificio impuesto por su padre rayaba en imposible.

Como era el hijo mayor y no tenía impedimento intelectual ni físico, desde que nació estaba destinado á heredar el patrimonio de sus padres. Esta idea, este íntimo convencimiento de ser con el tiempo amo único y señor indiscutible de su casa y hacienda, había cristalizado en su conciencia de tal suerte, que los campos, las viñas, los olivos, el ganado con sus corrales, las paredes de su casa y hasta los llares de su hogar, todo lo que constituía el haber hereditario formaba parte de su ser, era carne de sus músculos, sangre de sus venas y fibras de su corazón. Exigir que renunciase para siempre á las tierras tantas veces regadas con el sudor de su frente, removidas con el esfuerzo de sus brazos

el de la Retora y se quedó breves instantes suspensa y atolondrada por la ira. Desató al fin su lengua y aquello fué un verdadero aluvión de insultos y denuestos.

—Esta me la tenía tragada, ¡calzonazos, más que calzonazos!... ¡Ya me figuraba que te engañaría, piazo de animal!... ¡Si eres un burro!...¡Todos han sacau tajada menos tú por zopenco!—Y puesta frente á él con los brazos en jarras continuó:—¿Y qué ha contestau? ¿Pa qué quieres la sangre en las venas? ¿Por qué te dejas albardar de ese modo? ¡Recristina! si conmigo sucede lo que con tú, allí mismo le saco los hígados. Ahura todos nos harán la burla en el lugar y dirán que has caído en la trampa como gurrión en loseta...

No pasó de allí la mujer, pues cansado Lorencico de tantos improperios le interrumpió, con las tenazas del hogar en ristre:

—¡U te callas, ú mañana le harás otra vesita á Puértolas!

Como por encanto enmudeció la mujer. Guardaba muy fresca en su memoria, la fecha en que por resultas de tres ó cuatro palos que le atizó su marido con el mango del azadón y con otras tantas costillas magulladas, fué á Torrellas donde vivía el famoso curandero, de cuyas manos y merced á unos sinapismos de pez con estopa, aguardiente y romero, salió como nueva y hasta en disposición de correr una aventura en el *val de las estacas*.

Cuando don Cándido supo la retirada del can-

didato liberal fué tal su alegría que le acometieron deseos de subir á la torre y echar á vuelo las campanas como en los días de primera clase.

Aquel vivir en continuo equilibrio para no caer en el enojo de Torralbas ó Avenillas, hacíasele por cada día más difícil é insostenible. Su carácter rechazaba las reyertas y luchas de bajo vuelo. Creíase nacido para resolver las más altas, graves y enmarañadas cuestiones de Estado, y pues la suerte no le dejó seguir por la senda de la diplomacia, la más conforme con sus aptitudes, todas sus ambiciones se reducían al disfrute sosegado y pacífico del magisterio y de ambas secretarías, con todas sus preeminencias y emolumentos.

Pero los más satisfechos y regocijados con la noticia fueron Pablo y Julia. Si no con juramentos, con promesas de constancia y fidelidad, había conjurado él la tormenta que en la tormentosa noche de Agosto estalló en el pecho de su novia. El estado de guerra implacable y sin cuartel que sostenían sus padres, era como acicate y estímulo para estrechar ellos más y más el lazo de amor que los unía.

Breves minutos hablaron aquella noche por una de las rejas de casa de Torralba. Julia había ofrecido una misa á la Virgen de Aragués si las elecciones se desbarataban, y con nuevas promesas y votos hechos aquella tarde, esperaba en su atábica fe, la decidida y franca intervención en sus amores, de la excelsa patrona del Somontano.

—Para que nuestra dicha sea completa—le dijo

XXII

Seco y caluroso había sido el verano, con grave perjuicio para los viñedos y hortalizas y llegó el equinoccio del Otoño sin aparecer el cordonazo de San Francisco.

La tierra seca y abrasada por los rayos caniculares adquiría con los primeros fríos un color amarillento y triste.

Empresa arriesgada, ya que no imposible, era la de arrojar la semilla entre los calcinados y duros terrones de los barbechos.

Todas las mañanas aparecían colgadas del pico de Gratal ligeras nubes de color plomizo y, al contemplarlas los habitantes del país, solían exclamar entre angustiados y coléricos: «¡Cierzo!» palabra que quería decir: «Ni llueve, ni hay señales de lluvia; nos amenaza la miseria y la escasez; un año entero acosados por la falta de pan y el pago de los tributos».

Los que tenían trigo, lo ocultaban para hacer frente á las contingencias y adversidades y los que carecían de él si no llegaba pronto la sazón, perdían hasta el crédito para adquirirlo.

La clase jornalera de los pueblecillos inmediator á las ciudades remediaba la penuria del momento ó, como ellos acostumbran á decir, *mataba el hambre* con el socorrido y añejo procedimiento de la devastación de los montes.

Armados de hacha y arreando el borriquillo plagado de dolames, se desparramaban por las vecinas sierras en persecución de las matas de boj, de carrasca, ó de cagiga que todavía quedan en pie por las quiebras ó las honduras de los montes.

Cuando alguno de aquellos ágiles y arriesgados leñadores, divisa entre las grietas y lastrás de las rocas que parecen adarajas de colosal pared, la verde y frondosa copa de árbol que augura recio tronco y abundante rama, se le dilata el pecho de júbilo, como si descubriese el filón de rica mina. Para descender hasta allí se necesita agilidad, valor y cabeza firme. A los pocos minutos sin embargo, resuenan por las concavidades de los montes los golpes secos y acompasados del hacha; el árbol se tambalea al desgajarse, parece que gime, y rueda por fin al fondo del barranco á donde baja también el leñador, con riesgo de su vida; lo raja en astillas, las sujeta formando haces, los coloca sobre el *baste* del borrico y al pueblo. Al otro día muy temprano á la ciudad con la mercancía y por la tarde regresa provisto de pan, y un poco de arroz ó de abadejo. Si la carga se compone de aliagas ó de romero, no dá para tanto, gracias que con su importe pueda comprar un pan de nueve libras.

Esta destructora y no interrumpida obra durante años y acaso siglos, completada por el arrastre de las lluvias, ha hecho imposible toda vegetación. De lo que ayer fueron montes vestidos de frondoso arbolado, sólo quedan hoy los esqueletos. Aquellas rocas ingentes y estriadas parecen rígidas y huesudas manos en actitud de rechazar las nubes cuando hasta allí las empuja la costa levantina.

Á mediados de Octubre el cielo continuaba limpio y trasparente; parecía sonreirse con sonrisa amarga de su misma inclemencia y el cierzo persistente y frío jugueteaba con las doradas y rugosas hojas arrancadas á los sarmientos, como si fuesen esperanzas de los pobres labradores.

Horrible situación. Necesitaban el agua que fertiliza y pronto faltaría el calor que fecunda. Había que apelar á remedios extraordinarios y heroicos.

Dos eran los conocidos y usados para alivio de las grandes calamidades en el país: pedir al gobierno la condonación de los tributos, ó implorar á los santos y á la Virgen.

El primero había caído en desuso, efecto de la sordera crónica reinante en las altas esferas del poder. Fué necesario recurrir al segundo. Precisamente los pueblos de aquella comarca cuentan para sus grandes tribulaciones con el auxilio y protección de Nuestra Señora de Aragüés venerada en el espacioso santuario que se alza en el término municipal de Escuarve.

La opinión pública del país reclamó con acentos de angustia la imperiosa necesidad de acudir en rogativa á la inmaculada Virgen.

El alcalde de Escuarve, haciendo uso de las facultades que, para estos casos le confería inmemorial costumbre, dirigió un oficio á cada colega de los veintitantos pueblos adscritos á la devoción de la Virgen de Aragüés, señalando el día veintidós de Octubre para la rogativa, y nombrando predicador de la festividad religiosa á mosén Dámaso Ubieto, cura párroco de Isarre, nombramiento que fué acogido en el país con satisfacción y aplauso.

La fama de mosén Dámaso como orador sagrado en la comarca nada tenía que envidiar á la de Juan de Avila ó Bossuet. Su nombre solo compendiaba la sabiduría y la elocuencia, no había necesidad de añadir el apellido ni el pueblo donde ejercía su ministerio, para distinguirle como el primero entre todos los predicadores del Somontano. Si hubo una águila de Patmos, otra de Hipona y otra de Meaux; mosén Dámaso era el águila de Isarre.

El día de la rogativa amaneció como todos. El cielo diáfano, seca la tierra y el cierzo frío. Los picos de las vecinas sierras parecían enjabelgados por los primeros rayos de un sol pálido y triste. Los árboles sin hojas y las vides sin pámpanos ya, extendían sus ramas como brazos de anémicos, que imploran salud y vida.

A las ocho partió la procesión de Escuarve,

mientras las campanas de la torre exparcían por los aires monotonos y acompasados lamentos.

Abría la marcha el sacristán enarbolando la cruz de la parroquia, sin más insignia que el roquete sobre el traje de calzón. A su lado caminaban dos monaguillos, cada uno con su candelero sostenido en las caderas y seguían después en dos filas casi todos los vecinos del pueblo.

Instintivamente ó al menos sin concierto previo, se colocaron á un lado los partidarios de doña Rufina y al otro los del señor José. Ni lo triste y angustioso de la ocasión, que á todos reunía, bastaba para aplacar el odio que separaba aún á los dos opuestos bandos. Cerraban la marcha el señor Cura revestido con capa negra y el breviario en la mano, á su derecha el Alcalde y á su izquierda el Juez municipal.

Detrás y en confuso tropel marchaban las mujeres del pueblo. Unas llorando, suspirando otras y algunas descalzas y sangrando los pies, sacrificio impuesto para aplacar la cólera divina. Entre las rezagadas veíase á Julia con la herrera y la mujer de Gilotes.

Así que la procesión dejó atrás las últimas casas de Escuarve deshiciéronse las dos hileras y siguieron la marcha formando grupos, por escabroso camino abierto en la ladera de un barranco y siguiendo su cauce aguas arriba.

Animadísimas y muy diferentes conversaciones surgieron en cada grupo.

Lorencico, el Sastre, Gilotes y dos ó tres más comentaban la absolución del señor José:

—Esa ya me la tenía yo tragada—dijo el Tuerto—¿Ande habéis visto vusotros que á los ricos los metan en la cárcel?

—Es cierto,—replicó el Sastre—pero no me negarás que con los dineros que le habrán costao las untaduras de los Jueces y escribanos, tendríamos nusotros pa rajar y pasarlo en grande toda la vida.

—Cosa—exclamó uno—porque ese hombre tiene más picardías que todos los trebunales.

—No seáis zoquetes—insistió el señor Joaquín—¿qué sus paice, que la gente de pluma se deja escapar sin más ni menos de las garras al que tiene dineros? Masiau se los habrán golido al de la Retora. Y no sus paizca que borran lo escribido por media docena de pollos. Si yo tuviera las onzas que ese hombre le cuesta el juicio, esta mesma noche quemaba la máquina de coser.

—¡Cochinos dineros!—añadió otro.

—Si cochinos—dijo el Tuerto—pero el que tiene dinero lo tiene todo. Buena cama, buena mesa, poco miedo á la josticia, trabajos denguno y picar..... que piquen los probes labradores.

Gilotes, que había permanecido mudo durante la conversación, al llegar aquí exclamó sintetizando toscamente las teorías expuestas en «El dinero y el trabajo» por Tolstoi:

—El dinero había de ser como las patatas, que al año se grillan. (Aludía á la germinación de los

tubérculos). Veríamos entonces quién podía más— añadió extendiendo los brazos en ademán amenazador—si los ricos con sus onzas ú yo con mis puños.

En otro grupo en el que Chamorro y el tío Mazurca llevaban la voz cantante, discutían sobre qué santo ó santa de los venerados en el país tenía más influencia y poder para conceder el agua.

Unos defendían á San Cosme y San Damián, otros á San Urbez, algunos á San Martín y, los más á la Virgen de Aragüés.

El tío Mazurca, que infundía cierto respeto y admiración porque hablaba mal de los curas y alardeaba de faltar á misa algunos días de precepto, impugnó á todos negando la eficacia de las rogativas, y la influencia de las Vírgenes y Santos, pues según él pa llover sólo era preciso: «buchorno fino ú aire de Pina.»

Citó el Chamorro entonces infinidad de casos en que de modo claro y manifiesto había mostrado la Vírgen de Aragüés especial predilección y concedido los favores que pedían los hijos del Somontano:

—¡Güeno—replicó el tío Mazurca,—pues que bajen la Vírgen de Aragüés á los Monegros y ya veremos si sabe hacer llover allí, tan á menudo como en esta tierra. Desengañarsus, los Santos llovedores se paicen á aquel cura montañés que sólo sabía dicir misa en su misal.

Ninguno supo qué contestar á teoría tan extravagante ó á proposición tan sospechosa de heregía.

Don Cándido vestía aquella mañana lo mejorcito de su alacena.

Empuñaba el flamante pedagogo recio bastón de boj, en que aparecía enroscada una muy rara y original serpiente de cabeza melenuda y escamosa piel, esculpida á punta de navaja por un contribuyente de los rezagados en el impuesto de consumos.

Siglos atrás y viéndole con las insignias de Mercurio en la mano le hubieran tomado por un embajador griego.

Se acercó don Cándido á Julia. No la había visto desde que tan mal parado quedó en sus travesuras diplomáticas, y se rezagaron los dos hasta quedarse los últimos para hablar con más libertad y sin testigos.

También Pablo desde aquella noche escaseaba las visitas á su novia con pretexto de apremiantes ocupaciones.

Sentía como vergüenza, remordimiento y temor de acercarse á las rejas de su casa. En las pocas veces que hablaron no se atrevió á contarle lo sucedido por no herir á Julia con su propia mano tan despiadadamente. Ya que sus ilusiones de amor habían dado de bruces contra la realidad, quería que viviese ella el mayor tiempo posible rodeada por un nimbo de esperanzas, cuya visión, contemplaba él con deleite, y hasta le servía de lenitivo y de consuelo.

Como ni la conducta ni mucho menos las palabras de Pablo la tranquilizaban se alegró Julia

aquella mañana de poder hablar á solas con don Cándido para que le descubriese el verdadero motivo de la actitud nada tranquilizadora y sí muy sospechosa de su novio.

—¡Cuántos deseos tenía de verle, para echarle una reprimenda!—le dijo ella por vía de saludo.

—¿Sepamos por qué?

—Porque es usted un ingrato,... ¡tanto tiempo sin dejarse ver por casa!

—Hija mía, culpa á las múltiples obligaciones que continuamente me agobian.

—Sí... las obligaciones... No señor... otra cosa muy distinta; que ha perdido por completo la esperanza de convencer á mamá. Usted se deja pasar el tiempo y yo me consumo de impaciencia. Si al menos consiguiera usted la aprobación del señor José, ya sería otra cosa, porque entonces—añadió con toda la energía y entereza que su pasión le prestaba—se lo aseguro, ¡si su padre no se opone estoy dispuesta á todo, á desobedecer á mamá y á saltar por el balcón, si fuera preciso!

Inoportunos y hasta de fatales consecuencias, le parecieron al maestro aquellos entusiasmos que asaltaban tan fuera de sazón á la hija de doña Rufina, y para que fuese menos doloroso el desencanto cuando supiera la verdad pensó, que no sólo estaba obligado á destruirlos, sino que también á prepararla para recibir el golpe:

—Supones que es más fácil convencer al señor José que á tu mamá, y estás equivocada—le replicó.—Si los dos se hallasen dispuestos á dar oídos

á desinteresados consejos y á palabras razonables aún... aún; pero con ellos no valen pruebas ni argumentos, cada cual á su modo no sé quién es más orgulloso y testarudo de los dos.

—Pero... ¿usted le ha dicho algo al señor José? —preguntó Julia con extraña curiosidad.

—Directamente no le he hablado todavía del asunto—contestó el maestro—mas, por algunas frases que ha dejado translucir hablando de su hijo, he llegado casi á convencerme que no es tan fácil como parece lo que tú y Pablo deseáis.

Julia se quedó fría, desconcertada. Con la rápida intuición propia de su sexo adivinó cuanto había sucedido en casa de la Retora.

No siga usted ó al menos hable sin rodeos—balbuceó afligida.—El señor José se opone á que me case con Pablo, á que yo ponga los pies en su casa y hasta á que se hable de mí en su presencia.

Tan grande fué el asombro de don Cándido al oir aquellas palabras que, con disculpable candidez, se le escaparon estas:

—De modo que ya te ha dicho Pablo....

—Sí señor, todo. Es decir no me lo ha dicho, pero hace días que lo adiviné en sus miradas, en su semblante y en su modo de hablar, porque no es el mismo; parece como acobardado en mi presencia... y yo... yo callaba y sufría á solas presintiendo el desengaño!

No pudo seguir,... se ahogaba.

—Pero Julia, por amor de Dios—interrumpió don Cándido maldiciendo interiormente de su li-

gereza—si no han llegado las cosas á tal extremo. No hago más que emitir mi opinión porque tengo motivos para conocer el mundo y las debilidades de los hombres.

—No hablemos más, don Cándido,—suplicó ella enjugándose las lágrimas.—Pero ¿dónde está él? ¿no ha venido á la rogativa?—le preguntó con acento que revelaba amargura y ansiedad.

—¿Quién?

—Pablo.

—Le ha enviado su padre á podar las viñas viejas con los sirvientes.

—¿También hoy los hace trabajar?

—Quien manda, manda.

—Ese hombre no tiene sentimientos ni creencias. Vive como si no hubiere infierno y basta lo que hace conmigo para que Dios le castigue.

Como ya estaban próximos al santuario se adelantó el Maestro todo pesaroso y quedóse Julia con las que la acompañaban sumida en profundo desconsuelo.

La procesión hizo alto para organizarse nuevamente, á la vista del santuario, que alzaba sus blancos muros en una pequeña llanura circundada de escuetos montes, y calizas rocas, entre cuyas grietas asomaban algunas matas de boj, de cajigo ó de romero.

Las sendas, que en todas direcciones convergían desde las cumbres á la ermita, destacaban sus blanquecinos trazos en *zig-zag* para salvar las arideces y quiebras del terreno que á la izquierda

desciende hasta el profundo lecho del Guatizalema.

El sol había salvado las alturas y blanqueaba el agreste panorama con sus tibios rayos.

Por todas partes veíanse descender procesiones de distintos pueblos que, en correcta formación, llegaban á la hora prefijada. Semejaban las más distantes obscuros reptiles que se retorcían por las faldas de los montes hasta que, cerca de la llanura, percibíanse las dos filas de devotos con sus blancas medias, negro calzón y, colgado en los hombros, el pañuelo de la cabeza.

Durante los breves minutos que se pararon los de Escuarve dedujo don Cándido por el camino que llevaba cada uno, el pueblo de donde procedían.

—Los que llegan al barranco—dijo—son los de Hibirque; los que salen por detrás del peñón de Mediodía, los de Aspe; los que pasan frente al Mesón viejo, los de Bara y Miz; los de más abajo, los de Fantova; los que les siguen, los de Used; y así fué enumerando algunos de los que se hallaban á la vista.

Descendían todos, según inveterada costumbre cantando á coro el *¡Ora pro nobis!* á cada santo ó santa que entonaba el respectivo cura párroco. Las voces agudas y penetrantes de los chiquillos con las sonoras y graves de los hombres formaban diafónico y triste canto, de rítmica languidez y cadenciosas vibraciones; sencilla melopea esparcida por los ámbitos de un escenario abrupto y

salvaje, que rozaba la piel con gélido aleteo, hería el corazón y arrancaba lágrimas que demandaban piedad y misericordia; sublime espectáculo porque nada había en él de rebuscado y convencional: eran ¡ayes! salidos del alma, verdaderos gritos de dolor modelados toscamente por las armonías del canto llano. Las altas rocas parecían enviarse de una á otra aquellos tristes y prolongados ecos, extraña mezcla de rabia y angustia para fundirlos en un solo himno, que se elevaba después hasta el cielo como un lamento desconsolador y apocalíptico.

Mientras arriba en las alturas vibraban las voces lastimeras de los hombres, abajo en el profundo cauce de los barrancos y del río, corría el agua despeñada, rugiente y espumosa con incesantes sonidos y extraños murmullos, que resonaban como la carcajada de una histérica.

A la voz de mando de mosén Miguel prosiguieron sus feligreses la marcha hacia la ermita.

Llano era el camino y la distancia corta. En la espaciosa plazoleta delante de la iglesia se apiñaba la gente de otros pueblos cada vez que se acercaba una procesión. Los de Escuarve cruzaron entre la curiosa multitud y entraron en el templo con ínfulas de superioridad, considerándose dueños y señores de la Vírgen, porque lo eran del término municipal donde aquélla tiene su morada.

El alcalde, el síndico, el juez, los concejales y el secretario pasaron á ocupar los asientos curules, en el presbiterio.

Numerosa concurrencia se apiñaba en el interior, mujeres en su mayoría que tomaban sitio preferente, cerca del púlpito ó del altar mayor.

En la espaciosa sacristía conversaban, alegres y risueños, los clérigos repitiéndose á la llegada de cada párroco los saludos y los apretones de manos con acompañamiento de palmadas cariñosas y ocurrentes bromas. Allí estaba ya mosen Dámaso, el fogoso y elocuente orador.

Frisaba en los cincuenta, era de mediana estatura, abultado abdómen, rostro congestivo y amoratado, ojos vivos y chispeantes, labios recios como de mulato y manos finas y blancas, como de señorita.

Conversaban con él dos curas jóvenes, frescos, rozagantes, tirando á flamenco, con el bonete de medio lado y con sus entalladas y relucientes sotanas que, de la cintura á los pies caían formando artísticos pliegues como la de Don Fermín de Pás.

—Ánimo, mosén Dámaso, que hoy va á ser un día de prueba—le decía uno de ellos—tiene usted que echar el resto.

—Buena ocasión para calzarse una canongía ó cuando menos un beneficio—añadió el otro.

Mosén Dámaso los miró con aire de autoridad.

—No seáis infelices contestó—ya sabéis que me sobran ánimos para predicar aquí y.... hasta en la Seo, de Zaragoza. Valiente cuidado me inspira el público por numeroso que sea. Y os advierto que vengo sin preparación. Anoche, para que el

diablo no me lleve por embustero, leí un poco el padre Buldu y las proposiciones del *Sylabus*.

—¡Ojo con tocar el liberalismo, porque corren malos vientos!—insinuó uno de los curitas.

—Quita de ahí, cobardón,—gritó mosén Dámaso con acento despreciativo—A los jóvenes de hoy en día les falta sangre en las venas. Ojalá se presentase el Gobernador civil á mitad de sermón y mejor aún el Presidente del Consejo de Ministros. Veríais entonces si me mordía la lengua. Os aseguro que no les quedaría ganas de oir en su vida ni aun el himno de Riego.

Los dos curas celebraron la feliz ocurrencia del orador alto-aragonés.

En otro corro donde se hallaba mosén Iñigo párroco de Almeriz, tan famoso por su afición á los naipes como el de Isarre por su elocuencia, proyectaban para después de la función religiosa, armar una timbirimba:

—Ya sé lo que te propones—le dijo á mosén Iñigo, otro colega—que nos volvamos á casa sin blanca en el bolsillo.

—No me insultes porque te voy á pegar—replicó aquél haciéndose el enfadado.—En menos de ocho días he perdido veinticuatro duros, la renta de dos meses. Catorce en la fiesta de Marcuello y diez en Fantova, á donde me avisaron para el entierro de un ricachón. En fin, chicos, lo mismo me da que me creáis como que no; estoy empeñado hasta con la *casera*.

El cura de Figuernelas, un vejete apergamina-

do y de carácter descontentadizo y gruñón, echaba pestes rodeado de cuatro ó seis más, de aquellas sotanas plegaditas y relucientes, que vestía el clero joven y de los sombreros de teja pequeños, finos y de alas muy recogidas.—¡Prr! pocas vergüenzas,—exclamaba indignado—parecen damiselas. La emprendió á renglón seguido contra los periódicos, diciendo que todos eran libelos indecentes y plagados de heregías. Después contra las injusticias que se cometen en la provisión de curatos; y, por último, como la sociedad, según él estaba gangrenada, auguró el próximo fin del mundo, pero tan próximo, que era cuestión de muy pocos años. Ninguno le contradijo, al contrario, todos le apoyaban con sonrisas picarescas.

Era un chiflado, según sus compañeros, los cuales se divertían excitando las genialidades y rarezas del vejete.

Las conversaciones quedaban interrumpidas con la llegada de otros párrocos; y vuelta á los saludos y á los apretones de manos y á los suaves golpecitos en la espalda.

A eso de las diez entró mosén Miguel en la sacristía exclamando:

—Ya están aquí todas las cruces, Tú,—ordenó al sacristán—toca las últimas campanadas; y, persignándose después empezó á revestirse. Lo propio hicieron los dos curas que oficiaban de diácono y subdiácono y los restantes salieron á sentarse en las sillas del presbiterio.

XXIII

RESPLANDECÍA el dorado retablo del altar mayor como una hoguera. Cientos de luces reflejaban sus haces en las salomónicas columnas que chorreaban pámpanos y racimos y en toda aquella profusión de mofletudos angelotes, garambainas y hojarasca, repartida en un momento de delirio churrigueresco por frisos, capiteles y cornisas.

En el centro del altar, bajo un dosel salpicado de estrellitas destacábase, tallada en madera, la imagen de la Virgen; de moreno y lustroso semblante, vestida con blanca túnica y manto de seda azul, y ostentando sobre su frente corona de plata, el Niño Jesús en la mano derecha, y en la izquierda un ramo de flores de papel y hojas de talco.

Sonó la última campanada. Insuficientes las espaciosas naves del templo para contener la apiñada multitud, ésta se prolongó formando cola á través de las puertas abiertas de par en par, hasta la plaza.

Empezó la misa. El coro, nutrido y selecto,

pues figuraba en él lo mejorcito de cada pueblo, descarriló al principio de un modo lamentable porque antes cuidaron los cantores de probar cada cual la fuerza de sus pulmones que de ajustarse al diapasón del que entonaba. Fueron los *Kries* vocerío estridente y ensordecedor, que zumbaba en los tímpanos como descarga de fusilería y, casi casi, tan largos como los proverbiales de Fraella que, según la tradición del país, duraron hasta la hora de comer. El *Gloria* resultó más afinado y en el *Credo* y el *Sanctu* llegó á su apogeo la majestuosa harmonía y sobriedad del canto gregoriano.

Cuando el subdiácono comenzó á recitar el Evangelio apareció el cura de Isarre por la puerta de la sacristía.

Todas las miradas convergieron en el orador que, erguido, reposado y grave, se acercó al pie del altar, hincó las dos rodillas en tierra é inclinó la cerviz en actitud humilde y contrita. Su rostro encendido y congestionado, su espaciosa frente y su cráneo deprimido por el occipital, se destacaban con gallardía sobre el escarolado y blanco roquete. Después de recibir la bendición se encaminó á la cátedra del Espíritu Santo con la vista baja, las manos cruzadas sobre el abdómen y ocultas por el bonete y con el mismo andar, solemne y majestuoso que á gritos pedía un caudatorio.

Corrieron las cortinas sobre los ventanajes que daban paso á la luz y en el fondo de la semi-oscuridad que repentinamente invadió las naves del

templo, se abrillantaron las rojizas y titilantes luces, encendióse el retablo con más vivos resplandores, y pareció más lustroso y moreno el semblante de la Virgen.

Mosén Dámaso recorrió desde el púlpito con mirada olímpica aquella ola de cabezas humanas, que se agitaba á sus pies con movimiento impaciente y nervioso; pero no decayó su ánimo, antes al contrario, sintióse enardecido y deseoso de avasallar á la multitud con los rayos de su elocuencia. Así permaneció breves segundos esperando que cesaran las toses y se aplacara ese vago murmullo precursor de las grandes emocionas. Reinó el silencio al fin y con voz apagada, casi imperceptible, recitó el siguiente versículo de «El Levítico». *Si in præceptis meis ambulaveritis et mandata mea custodieretis et fecerisis ea dabo vobis pluvias temporibus suis.* «Si anduviereis en mis preceptos y guardareis mis mandamientos y los cumplíereis, os daré lluvias á sus tiempos».

En toda la primera parte hasta el *ave-maría* expuso con voz clara, reposada dicción y estudiado sosiego, el tema que se proponía desarrollar en su discurso tomado de las palabras de San Juan cuando dice: «El universo todo está puesto en malicia y lleno de iniquidad. El primer hombre dejó en él la semilla del pecado, como fruto de su prevaricación y la semilla fructifica y crece sobre la tierra: el hombre se deja guiar por el demonio y Dios castiga al hombre por su ingratitud con toda clase de plagas y calamidades.

Al reanudar el sermón recitó las siguientes palabras del profeta Isaías: «Mandaré á las nubes que no lluevan sobre la tierra». Paróse aquí breves segundos y preguntó después con voz potente: «¿Queréis saber por qué no llueve, hermanos míos?» La concurrencia se agitó con movimiento de ansiedad ante la próxima revelación de secreto tan importante, y el orador continuó con cierto énfasis: «Los astrónomos, los astrólogos, los geólogos y los sabios todos, que con sus científicas demostraciones y guiados por su única diosa, la razón, pretenden investigar los misterios de la naturaleza, esos hombres que todo lo saben, os dirán que la falta de lluvias obedece á las corrientes atmosféricas ó á la configuración del terreno ó á la influencia de tal ó cual astro y, en fin, os hablarán de otras muchas causas, menos de la única, de la verdadera... de Dios. ¡Ah, soberbia humana, y cómo extravías las inteligencias y las encadenas y conduces por la senda del error y de la impiedad!... Y vosotros preguntaréis ahora ¿por qué nos castiga Dios y nos aflige tan cruelmente negándonos el agua?» También les descubrió el secreto del castigo diciéndoles que, «las calamidades que torturan al hombre son medicina que curan las culpas pasadas, enmiendan las presentes y preservan las del porvenir, que sirven de mucho á los pecadores para que vean lo que deben ver y oigan lo que deben oir, que la ciencia para sufrir las tribulaciones es la ciencia más necesaria á la humanidad porque, según Isaías, las aflicciones

dan inteligencia», y así en párrafos sentidos y elocuentes trató de consolar á su auditorio y hasta demostró que resultaban un reconstituyente y tónico espiritual de mucha fuerza, los efectos de la prolongada sequía.

Metióse después á rebuscar en el campo de la historia pruebas irrecusables de los beneficios que Dios ha concedido á los hombres que guiados por la fe se han lanzado á las más temerarias empresas y conquistas. Aquí empezó á dar señales de sus bríos y acompañando á las palabras algunos palmetazos sobre el pasamanos del púlpito prorrumpió: «¡Un solo hombre, pobre, humilde, desconocido, y vistiendo tosco sayal, lanzó el oriente contra el occidente, para rescatar los Santos Lugares!»

Pasó de las cruzadas á la expulsión de los árabes en España y empezando con Pelayo en Covadonga, no paró hasta los reyes católicos en Granada, describiendo con preciosos detalles y entusiasmo bélico, la aparición de San Jorge en la batalla de Alcoraz y la de Santiago en la de Clavijo.

Tributó á Felipe II los honores correspondientes al genio, al conquistador y al santo, é hizo extensivo su aplauso á los Valonas flamencos por que peleaban con el rosario al cuello. Hizo notar la diferencia entre aquellos tiempos, felices y dichosos para la patria, y éstos de plagas y calamidades, y gritó con voz ronca y tremebunda. «¡No, no lloverá, mientras no os arrepintáis de todo corazón de vuestras culpas y pecados: no, no lloverá,

mientras descuidéis las prácticas religiosas y los sufragios por el alma de vuestros ascendientes: no, no lloverá, mientras el racionalismo impere convirtiendo á los hombres en bestias groseras y sensuales; no, no lloverá mientras viva en la sociedad ese abominable engendro llamado la masonería: no, no lloverá mientras la prensa liberal ataque impunemente á los sacerdotes de la religión católica: no, no lloverá, mientras se agite en España el monstruo del liberalismo!» Aquí se detuvo un momento, un segundo, como si vacilase ante la gravedad y transcendencia de las palabras que se escapaban de sus labios, pero siguió adelante. Nada temía, nadie le arredraba, sentíase dispuesto á todo, hasta al sacrificio: era de la madera de los mártires y, con más vigorosa entonación prorrumpió: «¡No, no lloverá, mientras el padre común de los fieles, el sucesor de San Pedro, el representante de Dios en la tierra continúe despojado de sus bienes y reducido á prisión por un pirata, por un usurpador, que se apellida rey de Italia!» Al acabar esta acusación terrible miró al señor José con altanería, como desafiando al único representante del poder ejecutivo. Mas, por extraña coincidencia, dormitaba en aquel punto el alcalde de Escuarve, y hasta parecía asentir y aprobar con sus acompasados movimientos de cabeza los ataques de mosén Dámaso. Gracias pues á Morfeo quedó la patria á salvo de un conflicto internacional ó al menos libre de enojosas y diplomáticas reclamaciones.

Cual nuevo Jeremías de aquellos pueblos, con acento lúgubre y profético siguió diciendo: «¡No, no lloverá... y para castigar tantos y tan grandes perjurios y vitandos crímenes, la desolación y la ruina se ciernen sobre vuestras cabezas con los fatídicos resplandores de tempestad horrísona!» Oyéronse entre la concurrencia sollozos y gemidos. «¡No germinarán las semillas, perecerán las vides y los olivos, los campos quedarán yermos, y la tierra estéril: y convertida la naturaleza en páramo inmenso, semejante á vuestros fríos corazones, os negará sus frutos y el hambre os despedazará con su mano, cruel y exterminadora.

Rompióse el dique que contenía las lágrimas del auditorio. Por todas partes estallaron ayes profundos, agudos lamentos y gritos de dolor, cuyos ecos inundaban las naves de la iglesia como desbordado torrente. Y, sobre aquella ola de amargura y de aflición las palabras de mosén Dámaso vibraban con acento aterrador exclamando: «¡Pan... pan! gritarán vuestros hijos y no podréis satisfacer necesidad tan imperiosa: ¡pan... pan! demandaréis vosotros, padres y madres, elevando los brazos al cielo y el Dios del Sinaí no escuchará vuestras súplicas, porque le habéis escarnecido y crucificado mil y mil veces: sí, hermanos míos, sí, y en vosotros se cumplirán nuevamente las amenazas del Señor cuando le dijo á su pueblo: «Os castigaré con siete plagas por vuestros pecados, de suerte que comáis las carnes de vuestros hijos y de vuestras hijas».

Con las últimas palabras el llanto se convirtió en vocerío angustioso, estentóreo y horripilante. Parecía que cruzaban por el templo ráfagas de un frío que crispaba los nervios y congelaba la sangre en las venas.

Esperó el temible mosén Dámaso á que se aplacara el ruidoso vendaval de gritos y lamentos y, dirigiéndose á la Virgen con los brazos extendidos y con el tono del más rendido galán ante la señora de sus pensamientos dijo parodiando *El Cantar de los Cantares*: «Reina del cielo, rosa de Jericó, flor de los campos, lirio del valle, fuente sellada, madre amorosa, virgen santa de Aragüés, contempla con ojos de misericordia y piedad á tus hijos predilectos que, anegados en lágrimas, con verdadero dolor de contrición y propósitos inquebrantables de enmienda se postran hoy á tus pies implorando el perdón y la gracia. Perdónalos, Virgen y madre é intercede con tu Hijo, para que pronto, muy pronto, descarguen las nubes sobre los sedientos campos la anhelada y fecundante lluvia. ¡Agua! ¡agua! para estos infelices labradores, si no los quieres ver entregados á la miseria y á la desesperación». ¡Agua! ¡agua! clamaron todos con desesperado acento, que más tenía de amenaza que de súplica. «¡Agua! ¡agua!—repitió el orador—porque el arrepentimiento es sincero y á la par que el verdor en los campos renacerá la alegría en sus semblantes y la fe en sus corazones». ¡Sí! sí ¡agua! ¡agua! exclamaba el afligido concurso con gritos prolongados

y ensordecedores, entre cuyos ecos se perdieron las últimas palabras de mosén Dámaso que, después de desear á todos la eterna bienaventuranza y de bendecirlos con ademán solemne cayó de rodillas, jadeante y sudoroso, con la frente apoyada en el pasamanos del púlpito y murmurando para sí: «¡He vencido!»

Fuéronse apagando poco á poco las muestras de dolor, como los ecos de la tempestad que se aleja. Descorrieron las cortinas de los ventanajes y pareció que con la claridad se animaban los semblantes y renacían las esperanzas.

El señor José despertó á los primeros sollozos, pero ni se conmovió ni lloró al oir vaticinar la desolación y el hambre. Nuevo Faraón guardaba todavía en sus graneros la cosecha de dos años. Mujeres hubo, en cambio que, no pudiendo resistir tan vivas emociones fueron acometidas de accidentes nerviosos.

Impresionada Julia por los desgarradores lamentos y lágrimas del concurso, estuvo á punto de desmayarse, y acabado el sermón, salió de la Iglesia apoyada en el brazo de María-Antonia.

La vió el de la Retora desde su asiento y al observar el pálido semblante y desmayada actitud de la señorita de Torralba, murmuró por lo bajo:

«Ni aún salud tiene y quería casarse con ella el zopenco de mi hijo. Pues mia tú el Maestro con más palabras que el *Boletín* y los ojos en la nuca.»

En tanto, hallábase el orador en la sacristía re-

cibiendo felicitaciones y plácemes de sus compañeros. Los curitas jóvenes le contemplaban con admiración y envidia.

—¡Valiente has estado, chico!,—le dijo mosén Iñigo.

—¡Qué valiente ni que ocho cuartos!—interrumpió el vejete de avinagrado carácter.—Al púlpito debemos subir siempre á cantar las verdades sin distingos ni rodeos y á declarar guerra sin cuartel á masones, á filósofos y á toda la turbamulta de liberalotes descreídos y sin conciencia. A mí que no me vengan con amor y caridad para ciertas gentes ni con piropos y lindezas propios para los estudiantes de Retórica. Estoy en mis trece, sin la fe no hay salvación. Primero el dogma, que es como el arado que abre los surcos en la conciencia y después la simiente, es decir, el Evangelio.

Desfilaron los devotos de la iglesia con semblante mustio y contraído por las huellas del dolor y los ojos enrojecidos por el llanto.

Los puestos al aire libre, donde vendían naranjas, rosquillas, cacahués, bizcochos, hojaldres y licores de varias clases, se vieron muy concurridos y los vendedores hicieron su agosto.

Detrás del templo y en los ángulos que formaban los contrafuertes del ábside ardían montones de troncos de cajigo rodeados de ollas enormes y de ventrudas cacerolas colmadas de pitanza de carnero, que arrojaban tibio y substancioso vaho. Las mujeres, que en cada fogón oficiaban de co-

cineras, con las faldas cogidas entre las piernas y puesta una mano delante de los ojos, á modo de pantalla, atizaban con la otra, armada de sendos garrotes el rescoldo ó se disponían á escudillar la sopa.

Ni uno solo de los concurrentes dejó de visitar la fuente santa; así denominan el fresco y cristalino manantial que nace al pie de una roca cubierto por un tejadillo sobre cuatro pilastras de mampostería. Crecen alrededor del remanso, donde brota el agua, frescas y lozanas matas de zarzamora que muestran colgados de sus ramas espinosas como raras y exóticas flores, multitud de vendas, hilas, trapos y apósitos que con marcas indelebles y repugnantes, denuncian á la vista el uso á que fueron destinados. Son piadosas ofrendas depositadas allí por mano de los que curan sus lacerías con aspersiones del milagroso y cristalino manantial.

Aseguran los hombres de mundo y de superior inteligencia que deben respetarse y hasta conservarse en la conciencia popular estos actos, reveladores de una fe ciega, pura é inmaculada, porque ofrecen á los ojos del observador, misteriosos y poéticos encantos.

XXIV

Aunque poco ó nada experimentado en achaques amorosos el de la Retora, no estaba muy conforme con los de su hijo desde la noche en que don Cándido se las quiso echar de casamentero. Amigo de precaver antes que de remediar, no encontró medio más seguro para cortar el daño de raíz y evitarse disgustos que el casar á su hijo sin pérdida de tiempo.

Cabalmente el día de la rogativa aprovechó la afluencia de montañeses á la ermita, para informarse con la cautela y discreción propias del asunto, acerca de la persona y patrimonio de un tal Villagrasa de Fantova, rico hacendado según pública opinión, y padre de dos hijas casaderas. Satisfactorias en extremo, fueron las noticias que oyó de personas graves y autorizadas, coincidiendo con las que él sabía de antemano.

A don Joaquín Villagrasa lo conocía ya el señor José, por haberle comprado algunas veces mulas *sobre añas* y *treintenas* en las ferias de Graus y de Barbastro. Con este motivo nació entre los dos alguna simpatía y amistad. Lo diputó el de la

Retora por hombre de magín, activo para los negocios y prudente con exceso para los gastos, y cuando decidió casar á su hijo le vino á las mientes el nombre de Villagrasa, pareciéndole que las hijas de tal padre, no podían menos de ser ramas de excelente veta y calidad para ingerto de los Avenillas.

Satisfecho con los datos adquiridos en la ermita de Aragüés, se dirigió al día siguiente y por escrito á un pariente vecino del mismo pueblo de Fantova, persona de algunos años y de regular posición, pidiéndole noticias detalladas de los Villagrasas y en particular de sus hijas, con datos precisos acerca de su educación, edad, estatura y otras condiciones físicas y morales, y por último de la dote que á su juicio aportarían al matrimonio.

No se hizo esperar la contestación y por cierto que excedía en elogios y alabanzas á cuantos había recibido hasta la fecha. La carta sobre poco más ó menos decía lo siguiente: «La familia es honrada y cristiana á carta cabal. Su posición una de las mejores en todo el valle de Serrablo. De las hijas, la una ha cumplido diez y ocho años y la otra veintiuno; la de menos edad tiene más estatura y más recio el cuerpo; sanas las dos, coloradas y frescas como esquejes de clavelineras, muy tratables y de mucha disposición para el gobierno de la casa, pues lo mismo amasan un cahiz de harina, como cargan con la pastura de los cerdos.» La dote, según cálculos aproximados del informante, no bajaría de dos mil duros.

No quiso saber más el de la Retora y á correo seguido solicitó de don Joaquín, para casarla con Pablo á una de sus hijas, prefiriendo á la menor.

Antes de contestar el montañés, dirigió por su parte algunas cartas á parientes y amigos del somontano, pidiéndoles amplia información, con la reserva y el secreto consiguiente, del patrimonio de Avenilla y de las cualidades del heredero. Los datos que recibió al muy poco tiempo, no podían ser más tentadores á la codicia de don Joaquín. Uno de ellos, el que le mereció más crédito por cierto, después de agotado el repertorio de los elogios, terminaba con estas palabras; «y en fin, no se puede pedir mejor acomodo, lo mismo respective á la presona que á los intereses y demás.» A los pocos días contestó al señor José accediendo á sus deseos, únicamente se opuso á que la menor de sus hijas fuese la preferida. Para esto alegaba las mismas razones que movieron á Labán, cuando engañó como á un chino á su sobrino Jacob, en la noche de bodas. «El mundo es malicioso y mal pensau—decía el discreto montañés.— Ya sabe usted la costumbre de acomodar á las hijas por orden de edad y si caso á la pequeña antes que á la mayor, sospechará la gente si tiene la chica algún defecto grave y oculto y me será difícil después encontrar un marido para ella en toda la redolada.»

Se dió á partido el señor José, porque el argumento no admitía réplica y convinieron los dos compadres en reunirse ellos y sus familias uno de

los primeros días de Noviembre en el mesón de Santolaria, donde acudiría el notario de Almeriz y previo el ajuste de boda firmarían los capítulos matrimoniales.

Con tal rapidez y secreto se efectuaron las negociaciones por una y otra parte, que la primera noticia que llegó á oídos de Pablo, referente á su boda se la comunicó su padre la noche de Todos los Santos, en la forma seca y desabrida que acostumbraba á emplear en todos los asuntos graves ó de alguna importancia.

—Pasado mañana—le dijo—yo, tu madre y tú saldremos al mesón de Santolaria, donde nos hemos citau con Vllagrasa de Fantova; allí conocerás á su hija la mayor y haremos el ajuste pa que te cases con ella. La chica es guapa y no tiene más que valer; según los informes que me han dau, es una labradora de mucho empuje. Con que... ya lo sabes y no hay más que hablar.

Dicho esto encendió una linterna y con ella se bajó al corral á dar un vistazo á las ovejas, que estaban en pleno *parizón* y había que andar con mucho ojo, porque siempre hay algunas tan descastadas, que rechazan á los corderos y les niegan la leche de sus ubres y á las tales pécoras, se les obliga por fuerza á rendir el tributo impuesto por la maternidad, acto de humanidad y justicia muy digno de imitación.

Más que el definitivo y último adiós á sus esperanzas, le impresionó á Pablo lo inesperado y brusco de la noticia. Quedóse aturdido por el

golpe asestado á sus ilusiones, aunque resignado con la inapelable sentencia dictada por su padre.

Desde el día de la rogativa en que le contó don Cándido el diálogo que con ella sostuvo camino de la ermita, ni volvió á ver á Julia, ni se atrevió siquiera á cruzar por la puerta de su casa. Sentía vergüenza de su debilidad y falta de energía, y esquivaba la presencia de su novia como el criminal la del Juez que ha de sentenciarle... Y no es que se hubiese extinguido su cariño; al contrario, la quería más, mucho más que antes pero... de modo muy distinto. No podía explicarse la metamorfosis de su amor, pero lo cierto era que se transformaba, tornando á las vagas aspiraciones é idílicos anhelos de la infancia. Julia no se apartaba un instante de su pensamiento, pero su imagen se le representaba cada vez más pura, más ideal, menos humana. Era aquel un amor que se revestía y transformaba en sagrado culto por una nueva imagen, que aérea y luminosa, se alzaba en el altar de su corazón... y es que desde el momento en que su padre le dió á elegir entre el amor y la herencia, cayó como no podía menos, dado el medio ambiente de localidad, del lado del terruño. El invencible apego á su casa y patrimonio, le atrajeron hacia la tierra y por acción refleja Julia se le subía al cielo.

No se entregó á dudas y vacilaciones respecto de su actitud, dolíase únicamente del golpe recibido y lamentaba con suspiros entrecortados su mala ventura y triste suerte.

Al recordar las palabras de su padre acudió también á su memoria el apellido Villagrasa y el nombre de su hija Encarnación. «¿Si será guapa y buena moza?—pensó.—¿Si tendrá buenos colores?... por que ¡rediéz! la pobre Julia algunas veces parecía una muerta. Pues el dote tampoco será flojo... Y como desenvuelta para manejar la casa y buena labradora no hay que decir... eso es lo primero que mi padre habrá indagado para casarla conmi»... No se atrevió á completar el pronombre como si temiera destruir con aquella palabra que significaba posesión respecto de otra mujer, las risueñas visiones que todavía columbraba su espíritu.

Tampoco Julia luchaba. Ella que en aras de su amor estaba dispuesta á sacrificarlo todo, no tuvo ocasión de hallarse frente á frente con el dilema, ni de vacilar ante la lucha de encontrados afectos.

Convencida de la oposición franca y resuelta del señor José y de la sumisa y obediente actitud de su hijo se encontró sin esperanzas, sin consuelo, sin alivio para sus dolores, á solas con los desengaños, y dejándose arrastrar por aquella corriente de amargura, acabó por sentir cierta complacencia, cierto consuelo íntimo y profundo, con el aniquilamiento y la andodinia en que le parecía sumirse y anegarse inconscientemente.

Adivinó doña Rufina los secretos pesares que torturaban á Julia. Al fin y al cabo era su madre y las madres penetran con el corazón los pensamientos de los hijos, con más seguridad que los sa-

bios con todas sus psicologías, el de sus semejantes.

Cuando se divulgó por Escuarve la noticia de la próxima boda de Pablo, dijo con más ó menos fingida satisfacción: «Me alegro, así lo olvidará Julia para siempre y recobrará la salud, porque esa familia parece que la ha puesto el demonio en este mundo para mi eterno martirio».

XXV

Por la puerta falsa de su corral como el caballero manchego en busca de aventuras salió el de la Retora acompañado de su mujer, de su hijo y de dos espoliques, la mañana que fué á capitular con los Villagrasas de Fantova al mesón de Santolaria. Enemigo de la publicidad y de la ostentación, á serle posible habría hecho la caminata por debajo de tierra.

Montaba el señor José un caballo jalde como el de Artagnan, flemático y pasicorto como Rocinante; Pablo sobre la mula coronela gallarda bestia, fina de remos y redonda de ancas y la señora Agustina que estrenó aquella mañana toquilla de felpa azul, y rico mantón de capucha, cabalgaba muy gentil sentada en la tradicional jamuga de la casa, sobre un borrico de poca alzada pero de garboso andar.

Dos horas largas caminaron por terreno árido y montañoso, atravesando barrancos y faldeando sierras hasta descender á dilatado valle donde se halla el mesón, á orillas del Guatizalema que por allí corre sosegado y tranquilo.

Pocos minutos después llegaron, Villagrasa y su mujer doña Romualda, su hija y el notario. No hubo presentaciones, ceremonia poco usada en el país y excusada además para todos en aquella ocasión.

Hízose cargo la mesonera de las provisiones que llevaron ambas familias, mientras los recién llegados acomodándose en las cadieras del hogar y en torno de la lumbre se desentumecían y reaccionaban del frío pasado en el camino.

La señora Agustina miraba con insistencia desde su asiento á la hija de los montañeses queriendo penetrar en su interior para sorprender su carácter, sus gustos y sus costumbres y deducir de este análisis si *se llevarían bien*; el gran problema para las suegras que son de suyo descontentadizas y un tanto celosas del amor de sus hijos.

Pablo quedó sorprendido agradablemente de los sanos y hermosos colores de Encarnación, de la morbidez de sus carnes y de los ondulantes contornos de su cuerpo. Vió en ella la hembra que promete caricias y alhagos, sintió voluptuoso cosquilleo en la epidermis; pero no pasó de allí la impresión, ni podía pasar porque más adentro relampagueaba todavía la inmaculada luz del otro amor.

El señor José miró y remiró á su futura nuera de pies á cabeza. No le engañaron los informantes en cuanto á la constitución física de la muchacha. De estatura regular pero recia y apretada de músculos, de amplias caderas y pecho saliente.

Negros y brillantes como endrinas parecían sus cabellos. Entre sus labios encendidos asomaban dos líneas de blancos y menudos dientes y había en su mirar algo de incitante y picaresco. Sus manos, agrietadas y bastas y sus pies que pasaban de regulares constituían á los ojos escudriñadores de su suegro en ciernes, pruebas inequívocas de laboriosidad y trabajo, de donde vino á deducir que estaban en lo cierto los que por mujer hacendosa y buena labradora la elogiaban en sus cartas.

Satisfechísimo quedó del anatómico examen. Había encontrado lo que deseaba. Una mujer de carnes macizas y regadas con abundante y roja sangre arterial, es decir una hembra que por su desarrollo y perfección física prometiese sana, fuerte y robusta descendencia muy necesaria en las casas de vasto patrimonio. El señor José á quien no podía calificarse de intelectual, ni tampoco de pesimista, había formado de la mujer y del amor el mismo concepte que Schopenhauer.

Encarnación pasaba mil apuros bajo aquel tiroteo de miradas incesantes y curiosas. No se atrevía á moverse en su asiento ni á respirar, y solamente contestaba con monosílabos si alguien le dirigía la palabra. No menos inquieto y azorado estaba su futuro, pero alguna vez aunque rápidas y fugaces se encontraron sus miradas.

Después que reanimaron sus miembros perezosos con el calor de las rojizas llamas pasaron todos á una habitación inmediata y tomaron asiento

alrededor de una larga mesa donde comían los viandantes.

El notario, viejo regordete de poca talla, alegre, bromista y decidor, sacó de uno de los profundos bolsillos de su mugriento gabán el clásico tintero de cuerno, el bastardelo y la pluma, se quitó la bufanda de piel, lió un pitillo con papel de la «*Pantera*» y frotándose las manos exclamó:

—Aquí no se escribe una línea sin resolver antes el asunto de mayor importancia. Hay que averiguar si se gustan los novios... Supongo que sí... Los dos son guapos, ricos y buenos mozos; como si dijéramos tal para cual. ¿Qué dice el novio? hable usted ¡recarape! y no tenga vergüenza.

Pablo se revistió de gravedad y después de tomar aliento pues le parecía que se ahogaba, respondió:

—Por mi parte estoy conforme.

—¿Y la novia qué dice?—preguntó el notario.

Con voz casi imperceptible, los ojos bajos y el rostro encendido respondió con tono monjil:

—Si á mis padres les parece bien y son consientes, por mi parte tampoco hay ningún reparo.

Doña Romualda dirigió una mirada de satisfacción á la señora Agustina como diciéndole: «no temas que la chica es obediente y humilde».

—¡Recarape!—prosiguió el de la fe pública,—no hay más que pedir, ya tenemos lo principal, lo más indispensable. ¡Vaya una pareja que van á hacer! Señores, al avío—dijo á los padres—apro-

vechemos el tiempo porque el día es corto, conque á gastar poca saliva y menos razones... Tiene usted la palabra don Juaquín.

Dicho esto extendió el rollo de papel sobre la mesa, desenroscó el tintero y se preparó á escribir y á autorizar las decisiones de aquel reducido congreso.

Aunque don Joaquín llevaba el discurso estudiado y enmendado y corregido por su consorte, señora entrometida y aficionada á ponerse los pantalones, la miró antes de empezar como pidiéndole su venia.

—Habla, hombre habla, le dijo su mujer,—y el montañés empezó así:

—Ya ven ustedes que los años van de mal en peor para los labradores, sobre todo para los de la montaña que no cosechamos ni vino, ni aceite: allí no contamos con más beneficios que la miaja del trigo y la cebada, un poquico de legumbres, algo, aunque no mucho del ganau, lo que nos queda con el recrío de caballerías y lo que se va sacando de la corta de pinos... eso cuando se la podemos pegar al gubierno... En fin mucho ruido y pocas nueces, porque el trigo siempre está en baja, la patatas y las judías poco menos, y el ganau va por los suelos...

—¿Quiere usted que vaya en globo?—interrumpió el notario.

—Es un decir—replicó aquél.—En nuestra casa hemos tenido muchos gastos además; en pocos meses se nos han muerto tres bestias y hemos

pagado dos entierros; las contribuciones nos despellejan y... vamos... que...

—Que te dejas lo mejor, interrumpió doña Romualda viendo divagar á su marido.

—¿Aún más?—preguntó éste.

—Pero hijo, si no eres tonto lo pareces. ¡Jesús qué hombre tan desmemoriado!—y moviendo las dos manos á compás continuó así:—Que hace dos años compremos la *Pardina baja* por veintidós onzas pagadas en el auto y ahora tenemos que gastar cuando menos siete ú ocho en hacer una paridera; que en cuanto casemos á esta hija llamarán á la puerta pidiéndonos á la otra y por si es una buena proporción, como la chica ya está en edad de acomodarla tenemos que vivir prevenidos; que la pedregada del año pasau nos dejó la huerta más rasa y limpia que el suelo de esta habitación...

—Pero señora—replicó el señor José con impaciencia deseando llegar al grano ó mejor dicho á la dote—todo eso son gajes del oficio. Quién más quién menos ninguno estamos libres de calamidades y á todos nos toca rascar en el bolsillo á la hora menos pensada... ¿qué le paice á usted? ¿qué cuando en la montaña apedrega, en nuestra tierra caen cerolicos?

Villagrasa salió al quite diciendo:

—Sin embargo, don José (al aludido le hizo poca gracia el tratamiento), pocos labradores habrá en este país que hayan gastado lo que nosotros...

Doña Romualda le interrumpió nuevamente para exclamar con cierto reconcomio:

—Es preciso que se especifiquen bien estas cosas para que nadie pueda decirnos que somos roñosos y miserables con una hija.

—¡Silencio y déjame hablar!—gritó su marido amostazado con las repetidas ingerencias de su mujer.

Obedeció doña Romualda bien á su pesar: la señora Agustina mano sobre mano callaba y admiraba al mismo tiempo el descoco de su comadre, y Encarnación y Pablo seguían dirigiéndose á hurtadillas insistentes y maliciosas miradas.

—En resumen—continuó don Joaquín—haciendo un sacrificio, basta la buena proporción que se nos presenta, le daremos á la chica dos mil duros: mil en el día y los demás á plazos.

—No señor—contestó el de la Retora—no me conviene la manda. Considere usted que no debemos un real, á Dios gracias; mi hacienda es de tres pares y toda ella de tierras que tienen poco orillo; el chico no tiene tacha, sabe su obligación como el primero, en la casa no hay hermanos que adotar y.... un acomodo así no se encuentra á la vuelta de la esquina.

—Tanto mejor—replicó la de Villagrasa—para conformarse con menos dote, y sobre todo sabiendo como deben ustedes saber que á nuestra hija nadie la puede mormurar por ningún estilo y es tan económica, que por ella no se perderá la casa de la Retora.

—De Avenilla charradora—interrumpió su marido.

Digo, de Avenilla, que mi he equivocau.

Gracias á la inmediata rectificación se guardó el señor José las cuatro frescas que se le escapaban de sus labios, pues ya estaba el hombre medio frito de tantas y tan impertinentes observaciones.

—Vaya—concluyó don Joaquín—¿Qué quiere usted que demos á la chica?

—Tres mil duros.

—¡Casi nada!—añadió la montañesa.

—Pues nada menos—agregó el señor José.

Don Joaquín replicó calificando de enorme disparate exigir en aquellos tiempos «casi doscientas onzas», y vuelta á enumerar calamidades y reseñar infortunios; el de la Retora no transige; doña Romualda le increpa; hasta la señora Agustina hace uso de la palabra en apoyo de su marido; excítanse los ánimos, todos hablan, ninguno se entiende, se miran asustados los novios, doña Romualda aconseja acabar de una vez y marcharse cada cual por donde ha venido, y por fin resuena la voz del notario que sobreponiéndose á las demás, grita blandiendo en el aire la pluma á modo de batuta.

—¡Alto, señores, alto! ¿Qué sucede aquí?....(silencio y espectación en el concurso). ¿Hemos venido á pactar un arreglo ó á enemistarnos? ¡Carape! con los alborotos, por cuatro reales más ó menos. Bueno estaría que nos alejáramos de aquí tirándonos los trastos á la cabeza. ¿Qué diría la

gente y más tratándose de personas tan principales y respetadas? Para qué querían ustedes más rechifla en el país. ¡Recarape! evitemos la murmuración, aunque sea á costa de los intereses y del amor propio.

Todos se acobardaron y enmudecieron ante «el qué dirán» hábil y oportunamente esgrimido por don Serapio, ante ese ogro de la sociedad, respetado en las capitales, y temido en los pueblos como á víbora oculta y ponzoñosa.

Se metió después á examinar la cuestión que se discutía desde el punto de vista de la utilidad y conveniencia para las dos casas y terminó aconsejando con palabras de paz y de concordia, una honrosa transacción entre lo que Villagrasa ofrecía y Avenilla demandaba.

Después de algunos refunfuños y regateos partieron al fin la diferencia y quedó la dote en los dos mil quinientos; mil en el día de la boda y los demás á plazos.

Aunque las cláusulas restantes fueron sometidas todas á escrupuloso análisis y á porfiada discusión, el escollo más difícil estaba ya vencido. Así lo pensó el notario con íntima satisfacción, pues era hombre muy práctico en ajustes de bodas y en algunas había intervenido entre propietarios de corto patrimonio en que, por colchón de más ó basquiña de menos, no fué posible firmar las capitulaciones.

Al estipular las fincas que los padres de Pablo se reservaban para el caso de una separación de

los hijos, protestaron los de Fantova pareciéndoles excesiva la reserva:

—Dónde van ustedes á parar—arguyó doña Romualda—el monte de las Ripas, el molino y cuatro mil duros...¿Qué le queda al huevo si le quita usted la yema?

—No tenga usted cudiau—contestó el de la Retora—que la clara y la yema les quedará después que á mi mujer y á mí nos saquen por la puerta de casa con los pies p'alante. Dueño soy—añadió—de nombrar heredero al que me dé la gana, por lo tanto no quiero exponerme á los malos tratamientos de yernos ó nueras.

—Tocante á malos tratos pueden ustedes vivir tranquilos, porque mi hija tiene sentimientos muy nobles aunque no está bien que yo la alabe.

—Ya me lo figuro pero... por si acaso—replicó el señor José.

También hubo sus dimes y diretes por si á Encarnación le dejaban ó no *casamiento en casa* ó sea que en el caso de morir Pablo sin sucesión poder ella contraer segundas nupcias sin perder la viudedad.

Aquí fué la señora Agustina la que sacó los pies de las alforjas.

—De ningún modo—exclamó inmediatamente—que tampoco á mí me cedieron ese derecho cuando capitulemos con mi marido.

—¿Pero á usted le señalaron dos mil quinientos duros?—le preguntó con retintín doña Romualda.

—No es preciso saber lo que me daron, pero yo no soy menos que su hija y sin ese pauto dentré en la casa.

Así que todos los pactos y condiciones hubieran pasado por el tamiz de la discusión y la controversia, advirtió el señor José dirigiéndose al notario:

—A ver si lo pone usted punto por punto como aquí lo hemos tratau, porque lo que se escribe se lee y... no digo más.

A la una firmaron las capitulaciones los contrayentes y sus padres, haciéndolo un testigo á ruego de las *mamás* «por que dijeron no saber», y acto seguido pasaron á la cocina, donde ya estaba la mesa preparada, la comida esperando y en disposición de servirla la mesonera.

Humorista y parlanchín estuvo don Serapio durante el convite. Bromeó con los viejos é hizo sonrojar más de una vez á los jóvenes con las picantes frasecillas y pullas de subido color, que guardadas tenía para ocasiones como aquella.

Los novios comieron juntos. Ella se hizo la melindrosa y desganada, para que vieran los Avenillas que era mujer de poco gasto; hablaron de cosas triviales, y con mucha vergüenza al principio, porque ni el uno ni el otro sabían qué decirse, mas al final á Encarnación se le destrabó la lengua y hasta resultó comparada con su futuro, mujer decidora y comunicativa.

—Ya sé—le dijo ella con sonrisa maliciosa—que tenías una novia en Escuarve, una tal Julia y que

en tu casa no la quieren por que es demasiado señorita para labradora.

Pablo contestó dos ó tres frases incoherentes y faltas de sentido efecto del azoramiento que le produjeron aquellas palabras. No podía remediarlo, le dolía con dolor vivo y punzante oir pronunciar á extrañas lenguas el nombre de Julia. Quería él solo gozar en la contemplación de aquella reliquia sagrada é invisible á los ojos del mundo que guardaba en el fondo de su pecho, que nadie, absolutamente nadie descubriese su secreto é interrumpiese el inexplicable y místico culto que le tributaba.

Como el día era corto y el camino largo, acabados los postres empezaron las despedidas y ofrecimientos con muchas cortesías y cumplidos por una y otra parte.

Convinieron en que la boda se verificaría á fines del mes de Diciembre, dejando á los Villagrasas la designación de la fecha y Pablo según la etiqueta del país prometió á Encarnación visitarla en su pueblo y en su casa, antes de la boda.

Cada familia tomó la vuelta de su pueblo á donde llegaron al anochecer.

Comentando por el camino los Villagrasa los incidentes del ajuste le dijo doña Romnalda á su marido.

—Ese hombre no me gusta ni pizca; me parece que tiene muy mal genio. Quiera Dios que la chica no pase muchos disgustos á su lado... y si no por el temor de perder tan buen acomodo al

momento se lleva los quinientos duros del pico.

A la misma hora próximamente murmuraba el señor José camino de Escuarve:

—¡Repuñales con la montañesa y qué lengua tan espabilada me gasta... Pues que dé gracias á que la chíca es buen cuadro de mujer y tiene pinta de poco escrupulosa... porque ya se me calentaban los cascos y á poquico más de conversación se sumarra el guiso... ¡Remoño! también es suerte negra la mía, siempre me toca reñir con las mujeres y no las puedo ver más que á mis pecaus!

XXVI

ABUNDANTE lluvia sazonó las tierras del somontano, durante la primera quincena de Noviembre á la que siguieron días de cielo despejado y tiempo bonancible, con lo cual verdeaban los sementeros y renacían las muertas esperanzas de los labradores.

Con tan risueña perspectiva resultaron alegres y animadas las *encubaciones* ó sea el trasiego de los mostos desde el lagar á las cubas, época la más bulliciosa del año, porque en ella se bebe puro y á discreción, se come sin tasa, se improvisan bailes, se organizan rondas y la velada entera se la lleva la algazara, el bullicio, el movimiento y otros excesos, que recuerdan y acaso son reminiscencias de las *báquicas* orgías del paganismo.

El de la Retora convidó á cenar á los suyos el día del trasiego. Se le bebieron seis cántaros del tinto y la zambra duró hasta media noche.

Doña Rufina suprimió aquel año la *lfara* de la encubación, excusándose con la enfermedad de Julia, lo cual dió motivo á la chacota y á la crítica de sus contrarios, zahiriéndola y mofándo-

se de los suyos porque los dejó á la luna de Valencia.

Pero bien sabe Dios que sólo á los disgustos y pesares se debió aquella omisión, no á miras egoístas ni á falta de deseos y de voluntad.

El estado de su hija le hacía vivir en continua zozobra y tormento. Aparte del amor desinteresado y profundo qne le profesaba como madre, Julia simbolizaba á sus ojos la continuación de la alta y serenísima sangre de los Torralbas sobre la tierra.

Cuán grandes eran sus sufrimientos, lo decían claro las huellas de su semblante. La piel de su rostro, que á pesar de la edad había conservado algún brillo y tersura, parecía ahora desprenderse de los maxilares reblandecida y estoposa, los amoratados rosetones de su arrugada frente, hacían resaltar la blancura de los cabellos; el caído belfo indicaba abandono de fuerzas y cansancio de luchar y de vivir, sus ojos solamente conservaban cierta majestad y brillo, como si el resto de sus energías y de sus fuerzas se hubiese reconcentrado en el fondo de las pupilas.

—Esto ya es demasiado,—clamaba algunas veces mirando al cielo con desesperación.—No puedo creer, porque no es posible que Dios castigue así á la hija que tanto le admira y le bendice y le alaba... No, no es un castigo, es una prueba aunque terrible y cruel.—Y para afirmarse en este aserto, añadía.—No me remuerde la conciencia de haber cometido una mala acción en mi vida. Ja-

más he usurpado al prójimo, al contrario, hago todo el bien que puedo á mis semejantes, cumplo con los preceptos de la Iglesia, costeo sufragios por el alma de mis antecesores.» Al llegar aquí acudían á su memoria los nombres de los ínclitos, don Miguel y don Pedro Torralba; un rayo de consuelo descendía entonces hasta su lacerado corazón, pensando que indudablemente andarían muy atareados y confusos en aquellos momentos por las celestes esferas, interceciendo y rogando por ella cerca del Todopoderoso.

La anemia y falta de nutrición cerebral ocasionaron á Julia algunos ataques ó convulsiones histéricas, que á la herrera y á la de Gilotes pusieron en gran cuidado y temor por la sospecha de si estaría endemoniada. Con muchos rodeos y pleguerías se lo dijeron á la señora; cuando tal oyó doña Rufina, sintió renacer en su conciencia las horribles preocupaciones y escrúpulos que tanto la molestaron, durante la enfermedad de su marido y hasta con más fuerza que en aquella ocasión, pues ahora el odio entre las dos familias había subido de punto con motivo de las elecciones y no era aventurado suponer que apelase el de la Retora á procedimientos infernales, para alejar á Julia de su hijo y hacerla aborrecible á sus ojos.

A la consistente dialéctica de estos razonamientos, había que agregar el hecho innegable, patente, y manifiesto de que las huestes de satán vagan muy á sus anchas por este mundo y se introducen bonicamente en el cuerpo de los mortales.

Doña Rufina había presenciado una vez en Jaca la procesión de Santa Orosia. ¡Escena conmovedora y triste que no podía borrar de su imaginación!

Bajo las andas de la Santa, lanzando gritos, haciendo muecas horribles ó grotescas contorsiones, caminaban unos de grado y otros de fuerza, los endemoniados de ambos sexos, mujeres más que hombres. Una gitana entre todos llamó su atención aquel día. Muchacha joven, sumamente pálida y delgada, de hermosos ojos negros pero desgreñada, sucia y harapienta. Tan rebeldes debían de ser los maléficos espíritus escondidos en su cuerpo, que dos hombres tiraban cada uno de una cuerda ligada por el otro extremo al dedo de corazón de ambas manos de la infeliz gitana y ellos dando fuertes tirones y lanzando ella desgarradores ayes y lamentos, hiciéronla seguir así durante toda la carrera.

No solamente presenció esto doña Rufina si no que vió además (como pueden verlo todavía los aficionados que gusten subir á Jaca el veinticinco de Junio), al Obispo, al Gobernador militar y al Alcalde, presidiendo el acto y claro es, la presencia con representación oficial, en aquel horripilante desfile de las primeras autoridades en el orden eclesiástico, militar y civil, representa á los ojos de la crédula muchedumbre, algo así como la sanción, á la vez que protesta, de las atrabiliarias y mundanas correrías, de los secuaces de Lucifer.

Todas estas consideraciones, unidas á ingénitas

preocupaciones de raza, aumentaron el odio de doña Rufina contra el de la Retora, al que consideraba como su encantador enemigo, envidioso de su prosapia, méritos y virtudes. Por lo que pudiera ser, colgó de las paredes de la alcoba y de los hierros de la cama de su hija, algunas reliquias de Santos, cruces, escapularios y otros amuletos y se hallaba dispuesta á recurrir al exorcismo, ceremonia frecuentemente usada en la puerta de la iglesia por mosén Miguel cuando alguna tormenta amenazaba descargar en el término de Escuarve. Pero cesaron las convulsiones de Julia y desvanecióronse tan gravísimas sospechas.

No por eso mejoró la enferma, como lo probaban el agotamiento de sus fuerzas, y decaimiento de ánimo.

La impresion fuerte y dolorosa que recibió en la rogativa se borraba insensiblemente como si hubiese transcurrido muchos años desde aquel nefasto día. El convencimiento íntimo profundo y sin la más remota esperanza de que había perdido á Pablo para siempre, obraron en su conciencia con fuerza poderosa y auto-sugestiva. Sentía algunas veces sublevarse su espíritu contra el aniquilamiento de sus ilusiones para reducirse nuevamente á una especie de inercia por la fuerza incontrastable de los hechos. Sentada en una butaca detrás del balcón del comedor, pasaba las horas con la frente apoyada en los cristales: al contemplar aquel cielo plomizo y aquella tierra gris, parecía extasiarse sintiéndose atraída por la melancolía y

tristeza del paisaje como si fuesen prolongación ó contagio de la tristeza y melancolía de su alma.

La imagen de Pablo se le aparecía algunas veces en aquellos momentos de éxtasis, como punto lejano y luminoso en el horizonte de sus recuerdos que después de aproximarse, nuevamente se alejaba.

—¡Cuánto hace que no le he visto!—se decía.

¿Qué hará en estos momentos?; ¿si se acordará de mí?... Creo que se casa la semana que viene... pero ¿es posible que se case?... Y será capaz de no acordarse de mí alguna vez... ¿Ni una siquiera?... no, no puede ser.... A lo mejor resultará que se ha deshecho la boda.... y quién sabe... acaso entonces...: pero qué tonta soy... con la más pobre del pueblo le dejará casar su padre antes que conmigo... Ayer comió en Fantova según han contado esta mañana... y yo aquí me estoy forjando ilusiones... ni que tuviese diez años... Si pudiera olvidarlo todo, absolutamente todo... Lo peor es que pensando en estos imposibles siento mareos y hasta parece que se me va la luz de los ojos.—Y cerrando los párpados y apoyada la cabeza en el respaldo del sillón se quedaba después como sumida en profundo letargo, con la respiración anhélita, caídos los brazos y el semblante cadavérico.

Había prohibido doña Rufina á cuantos la rodeaban que hablasen á su hija de Pablo ni de su boda, pero algún rumor llegaba hasta los oídos de la enferma pues acontecimiento tan ruidoso

nadie podía ignorarlo en pueblo tan pequeño.

El médico atacó desde el primer instante la anemia *causa productora*, así decía el galeno, de su estado patológico, pero las rebeldías de Julia ante los medicamentos por una parte y la falta de asimilación respecto de los que tomaba, hicieron que aquél guardase alguna reserva en sus pronósticos. Por los días en que se divulgó la noticia de la boda de Pablo, no ocultó sus temores el Doctor y dió la voz de alarma, pues había observado en la enferma alguna clonicidad en la circulación de la sangre y los pies edematosos, síntomas de afección cardiaca, ya ingénita, ya producida por la extrema debilidad y decaimiento de la paciente, pero que en uno y en otro caso agravaba su situación y comprometían su vida en plazo breve.

La herrera y demás satélites de doña Rufina seguían en sus trece respecto á *malinidad de la sangre* como única y legítima causa productora de la dolencia, y por consiguiente en la oportunidad de las sangrías ó de una aplicación de sanguijuelas, y sobre todo, de avisar al curandero porque estaba visto que los médicos no sabían de la misa la mitad.

Lo mismo pensaba la señora, pero no creyó llegada la hora de adoptar enérgicas resoluciones.

Esperaba doña Rufina que en premio de las amarguras que acibaraban su existencia obraría Dios el prodigio de sanar y hasta resucitar á su hija como á la de Jairo á la hora menos pensada, con asombro y admiración de todos los vecinos

de Escuarve y sus alrededores... Pero el milagro no se repetía y á sus morales padecimientos había que agregar los disgustos que le proporcionaba la desastrosa situación de su patrimonio.

Por aquellos días recibió una cuenta de su procurador en el pleito del monte que sumaba cuatro mil y pico de pesetas. Para satisfacer este pico y el pago de los intereses atrasados de otros créditos, se vió precisada á hipotecar por valor de diez mil pesetas, parte de las fincas que le quedaban libres de gravamen. A doce mil duros próximamente ascendía el déficit y aunque valía más de otro tanto su patrimonio, difícil era, si no imposible salvarse del naufragio, por la extraordinaria baja que había sufrido la propiedad territorial, y la escasez de numerario en el país.

También confiaba en la mano de la Providencia para salir de sus apuros. Se resistía á creer que los Torralbas, después de tan glorioso abolengo y honrosa tradición viniesen á la miseria. Dios había ordenado las cosas de este mundo tan acertada y primorosamente en su opinión, que así como aquél que lo alababa, porque «hace pasar los grandes ríos junto á las grandes poblaciones», así ella le admiraba por que había dispuesto que las familias nobles poseyesen extensas propiedades, y obra tan admirable y armoniosa como lo era el vínculo de las riquezas en los infanzones y fijosdalgos, no podían destruirla ni cambiarla, el tiempo, ni los hombres.

Como todo lo esperaba del cielo y nada de la

tierra solía exclamar en actitud contrita y en alta voz para que la oyese aquel Señor de luengas barbas y de faz misericordiosa y rubicunda:

—¡Cúmplase tu voluntad, Dios mío!

Y después, adentro, muy adentro, en lo íntimo de su ser, percibía como leve susurro que murmuraba quedo, muy quedo, pero con toda su alma:

—¡Y sea tu voluntad que se cure Julia y que desempeñe yo mi patrimonio!

XXVII

Acontecimiento de tal naturaleza y de suyo tan solemne como lo era el matrimonio de Pablo, exigía algunas obras y preparativos, no sólo para celebrar la boda con la esplendidez y magnificencia propias del caso, sino que también, para recibir é instalar dignamente á la futura dueña joven de la casa. Tales fueron el revoque de la fachada y sobre el revoque una mano de cal, quedando así notablemente mejorado el aspecto exterior del edificio. Blanqueo interior desde el patio á la solana, después de derribar unos tabiques, levantar otros y distribuir las habitaciones con arreglo á las necesidades presentes y futuras de la nueva familia.

Quiso la señora Agustina revestir de cielo raso el techo de la habitación destinada á los novios, y comprar sofá y dos butacas, pero enemigo el señor José de cuanto pudiese contribuir al regalo y la molicie, se opuso enérgicamente, diciendo:—Que sólo aprovechaban aquellos despilfarros y lujos para los que acostumbran á pasarse la vida mirando al cielo. Algunas veces—añadió con su

ironía acostumbrada—pondría clavos de punta en los asientos.

El mobiliario quedó reducido, pues, á ocho sillas y un sofá de anea, cómoda de nogal con tiradores niquelados para la ropa de la novia, oleografías representando asuntos de caza en las paredes, cortinajes de yute en la puerta de la alcoba y visillos en los cristales del balcón.

Aunque la ceremonia debía verificarse en Fantova, la fiesta y el agasajo serían en Escuarve, donde los invitados, siguiendo la costumbre de las bodas de rumbo, pernoctarían celebrando los desposorios, hasta que ahitos de carne y faltos de sueño, tomase cada uno la vuelta de su hogar.

Las *mairalesas*, ó sea las dos jóvenes que durante el año en que ejercen cargo tan honorífico, recaudan y administran las ofrendas en metálico dedicadas á la Virgen, cuya imagen atavían y engalanan en las festividades religiosas vigilando, además cual modernas Vestales las luces encendidas en sus andas, pasaban las noches de claro en claro estudiando las coplas que debían de recitar ante los novios. «Relación» apellidan en el país á estos romances, especie de epitalamios, en que felicitan á los recién casados y encarecen y ensalzan las excelencias de la vida matrimonial, escritos con tal ingenuidad y desaliño, que recuerdan los poemas de Berceo y del Arcipreste de Hita.

Amaneció el día de la boda, frío como de Diciembre y con cielo despejado.

Al asomar por Oriente los primeros rayos del sol, partió la comitiva de Escuarve. En ella figuraban algunos parientes de los Avenillas, don Cándido, el Juez municipal, Lorencico, los de Escartín y seis ó siete vecinos más. La gente joven á pie y armada de trabucos y pistolas, y los demás á caballo.

Vestía el novio obscuro traje de lanilla, pavero negro, camisa almidonada con vistosa y reluciente botonadura, botas de charol y capa de las modernas ó sea, de cuello chico y esclavina corta. Andaba molesto y aprisionado con la tiesura de la nueva ropa que no le dejaba mover su gallardo busto con la libertad y soltura en él acostumbradas.

Triste, muy triste, salió de su casa acordándose de Julia más que en los días anteriores; lamentaba interiormente no haberla visto antes de casarse, como se lamenta la muerte de un ser querido sin haberle dado el último adiós.

La noche anterior, entre diez y once, estuvo en casa de don Cándido, y al salir se paró en el portal contemplando la de Julia. En silencio y reposo yacía á tales horas el viejo caserón de los Torralbas, y como jamás había pisado sus habitaciones, penetró en ellas con el pensamiento que en su ideal correría, no paró hasta encontrar á su antigua novia.

«¿Qué hará en estos momentos?—se preguntó.—Ojalá ignore que mañana es mi boda... Sentiría que por mí hubiese perdido alguna buena

proporción... pero no, eso no... ella no se casará.» Y sin explicarse satisfactoriamente el motivo, consolábase afirmando que Julia no se casaría, como si le repugnase el pensar que otro hombre poseyera aquel inmaculado símbolo del único ideal, de la única ilusión que germinó en su alma y acarició su fantasía desde la niñez.

Pero como el frío cálculo, el egoísmo y el apego á la tierra, ya fuesen adquiridos por herencia, ya por asimilación, tenían que asomar en su temperamento, continuó: «¡Qué tonto soy de pensar en cosas que ya no tienen remedio!... Esto, además, estaba visto... no tiene salud y es muy fina para labradora... Lo siento, porque me quería... y yo á ella, pero me desengaño; en mi casa se necesita una mujer como Encarnación, sana, robusta, fuerte para el trabajo, sin contar los dos mil quinientos duros».

Con el frío de la mañana el cambio de paisaje y la charla de sus acompañantes se le fueron disipando los tristes pensamientos que le acometieron al partir y conforme se acercaba la hora de ver á su prometida más y más se acordaba de ella acariciando su imagen con deleite, con satisfacción material y egoísta como si caminase en pos de la mejor y más provechosa finca de su patrimonio.

Cuando llegaron á Fantova hallábase ya la novia y todo el séquito nupcial preparado para marchar á la iglesia. Llevaba Encarnación traje negro de seda adornado con pasamanería, y mantilla de

blonda que realzaba la frescura y lozanía de su semblante.

Como apremiaba el tiempo, inmediatamente se verificó la ceremonia. El «*sí*» de los novios repercutió en las puertas del templo con otras tantas descargas de trabucos.

Acabada la bendición nupcial y en retirado aposento de la casa, depositó don Joaquín en manos del señor José el primer plazo de la dote, todo en billetes de banco.

—Repáselos—le dijo Villagrasa.

—Ya los habrá repasau usted—contestó el de la Retora al mismo tiempo que sin mirarlos en prueba de confianza, se los echó al bolsillo.

—Puede haber alguno falso—replicó aquél.

Llamó entonces el señor José á don Cándido quién los miró al trasluz y examinó detenidamente, certificando la legitimidad de los documentos al portador.

Los novios entre tanto recibían las felicitaciones de los presentes con las frases consabidas: «Que sea para bien y para muchos años»—á lo que contestaban ellos con las no menos corrientes y usuales — «Muchas gracias, en compañía de usted».

También á los padres alcanzaron los plácemes y enhorabuenas.

—Gûen acomodo han conseguido para la chica, pero gûeno, gûeno—le dijo Lorencico á doña Romualda.

—Contentos estamos, sí señor—replicó ella.

—Ya lo puen estar ¡rediosla! no hay en veinte horas á la redonda hacienda de menos desperdicio,... allí todo es riñonada—Y acercándose más al oído de la moñtañesa añadió en voz baja:—En esa casa se les pudren las onzas. Vivo paré por medio y semos amigos yó y el amo dende nuestro nacimiento... Con que... si sabré lo que allí se guisa.

—Tampoco el dote hay que despreciarlo—contestó ella un poquito amoscada.—En las tierras hay de todo, bueno y malo pero en los dineros no puede haber trampa... La moralidad y la buena educación de las personas busco yo, que no los muchos intereses... y mis hijas hasta la fecha no han dado que hablar por ningún estilo gracias á Dios.

Asintió Lorencico á las discretas y oportunísimas frases de doña Romualda con movimientos de cabeza y puso fin al diálogo insistiendo:

—Güeno es el aquel de la presona modosa y de buen sentir, pero mejor es que haiga de todo, porque con los intereses se alcanzan muchos imposibles.

Suculento y abundante fué el gaudeamus con que obsequiaron los montañeses á los invitados pero no pudieron éstos saborearlo con el descanso apetecido porque el tiempo apremiaba y sin acabar los postres emprendieron el regreso.

Abrían marcha los mozos de Escuarve y de Fantova todos á pie y disparando de cuando en cuando las armas, seguían formando larga hilera los de á caballo y por último el carro de los Villa-

grasas, engalanadas las mulas con pañuelos y cintas en los cabestros y colleras, y dentro del carro sobre colchones preparados convenientemente; Encarnación, su madre, su hermana Enriqueta y dos primas de doña Romualda casadas con ricos labradores del país.

Antes de ponerse el sol llegaron á la vista de Escuarve. Todo era confusión, movimiento y bulla entre los vecinos que, al escuchar los primeros disparos corrieron en dirección á la plaza y las bocacalles por donde había de pasar el lucido cortejo.

—¡Que viene la boda... que viene la boda!—era el grito que resonaba por todas partes confundido con el eco de los trabucazos.

Sentadas en las mullidas colchonetas de las cadieras del hogar, hallábanse doña Rufina y Julia. Recios troncos de olivo ardían en el fogón lanzando rojizas llamas que trepaban por los llares y se perdían por la negra y ancha boca de la chimenea. Las muchachas de servicio también se fueron á la calle atraídas por el rumor y algazara de la boda y, allí quedaron solas y frente á frente madre é hija.

Miraba doña Rufina á Julia con ojos tristes y compasivos. Su vida habría dado por verla en aquellos instantes alegre y decidora como en otros tiempos. Mas era exigir un imposible; aquellas detonaciones cuyos ecos resonaban lúgubremente por la espaciosa casona, repercutían en el cerebro de la desdichada joven con dolorosas trepidacio-

nes, mientras en el pecho de su madre provocaban estallidos de odio y de indignación. Así permanecieron breves momentos, mudas y como petrificadas. Al fin rompió el silencio doña Rufina exclamando con forzada risa y acento despreciativo:

—¡Jesús y qué bulla! Nadie como la gente soez y ordinaria para alborotar y hacer aspavientos por cualquier cosa.—Se levantó después afectando aire distraído y le dijo á Julia:—No te muevas hija que al instante vuelvo.

Se fué á la sala del Pilar, entreabrió poco á poco la madera del balcón y se puso á mirar por detrás del visillo. En aquel momento desembocaban en la plaza los mozos que marchaban á la cabeza del séquito nupcial.

¡Con qué altanería y orgullo entraban en el pueblo y cruzaban plazas y calles disparando al aire los trabucos! Parecían las avanzadas de un ejército sitiador. ¡Y qué majos y qué fachendosos en su vestir! Ancho calzón de castor ó lanilla de tonos obscuros, abierto por los costados entre doble hilera de botones y rematando la jareta con dos flecos de seda que golpeaban al andar en las nervudas y recias pantorrillas. Chaqueta y chaleco de la misma tela, recia camisa sin almidonar, medias blancas sin una arruga; un derroche de hiladillo en las alpargatas abiertas ó *miñoneras;* ceñidor morado lustroso y flamante y en la cabeza el pañuelo de seda de colores vivos y chillones, ancho y levantado por un extremo y por el otro muy estrecho y recogido con doble lazada, cuyas

dos caídas tocaban el cuello de la camisa por encima de la oreja.

—¡Los novios!... ¡los novios!... ¡ya están aquí los novios!—oyó gritar doña Rufina después que los mozos trabucaires tomaron por la calle del *Horno*. A los pocos momentos aparecieron entre la doble hilera de curiosos; Pablo sobre la mula capitana y Encarnación á la grupa asida con el brazo al cuerpo de su marido. Así acordaron los acompañantes que debían de hacer su entrada triunfal en el pueblo, y así se acomodaron poco antes de llegar. Habíase puesto Encarnación para el camino, lo mejor de su equipo, cuerpo y falda de seda azul con muchos volantes y faralaes, mangas en forma de pernil; botas de charol y... ¡oh asombro, admiración y cosa jamás vista de todos los presentes!... traía sombrero. ¡Y qué sombrero! Todo un muestrario de cintajos, flores y legumbres.

—¡Anda y con gorro!—gritó una de las espectadoras.—Pues á la siña Agustina le tendrá que comprar uno su marido.

—Calla tonta—replicó otra—si se lo trai pá coger olivas.

—Pus aunque no llueva este verano—gritó un chusco—poco cuidiau á que falten hortalizias en casa de la Retora.

Pablo cruzó la plaza con los ojos bajos, un tantico demudada la color y golpeando furiosamente con ambos talones los ijares de la mula. Encarnación en cambio no apartó durante el corto

trayecto su mirada provocativa y altanera, de los balcones de casa de Torralba. Doña Rufina no vió más que eso, unos ojos de mirar insolente y que la desafiaban. La noble señora aguijoneada por la mordedura del odio contra todos los Avenillas y sus afines, aceptó el reto exclamando con ira:

—Ya veremos qué papel pintas á mi lado... No faltaría más si no que quisieras igualarte conmigo. Cerró el ventanillo y regresó á la cocina murmurando:—Me parece que seréis tal para cual... Aunque la mona se vista de seda... mona se queda... Tiene todas las trazas de criada de mesón.

Julia continuaba sentada en la cadiera con la misma actitud de enervamiento y melacolía en que la dejara su madre poco antes.

Más que la brutalidad del hecho le martirizaba en aquellos instantes el eco de los disparos que todavía le zumbaba en los oídos con incesante rumor y trepidaciones dolorosas. Sólo pensaba que efectivamente, el mundo como había dicho mosén Dámaso en el sermón de la rogativa «está puesto en malicia y lleno de iniquidad».

Se acostó temprano, como todos los días. Al tiempo de desnudarse cruzaban por la plaza las Mairalesas que muy emperifolladas, seguidas de la ronda que rasgueaba un pasacalles y del mozo más antiguo que llevaba la salvilla, se dirigían á casa de los novios. Las alegres notas de las vihuelas colmaron la medida de su dolor y murmuró ahogando los sollozos:

—¡Y yo qué me había hecho ilusiones de que

escucharíamos muy juntitos la relación de las Mairalesas!... ¡Qué diferente todo de lo que pensé!... ¡Yo aquí, muerta de tristeza y dolor... y él... casado con otra, y muy contento y alegre!...

Entraron las Mairalesas en casa de la Retora, donde ya las esperaba impaciente el numeroso concurso. Colocáronse aquéllas frente á Pablo y Encarnación, cesó el rumor y algarabía de la fiesta y empezó su recitado la casada. Salían las estrofas de sus labios con automática languidez sin inflexión alguna de voz, con acento igual, inalterable y monotono al mismo tiempo que con la mano derecha que ostentaba un ramo de flores de papel, describía círculos en el aire á modo de accionado, siguiendo la medida de cada verso.

Exactamente lo mismo hizo la soltera y, acabadas las poéticas felicitaciones, se acercó hasta los recién casados el mozo con la salvilla en medio de la ansiedad y la espectación de la concurrencia. Pablo depositó una moneda de cinco duros y otra Encarnación.

Desfilaron mairalesas y tañedores y comenzó la cena. A la una de la madrugada llegaba á su apogeo la bulla y el entusiasmo de los comensales.

El señor José causaba la admiración de propios y extraños por el desinterés y amabilidad que mostraba con todos. Ninguno de los presentes le había visto tan parlanchín y comunicativo, ni tan dispuesto á echar la casa por la ventana como aquella noche. Tres toneles del rancio que él que

menos pasaba de seis años puso á disposición de los concurrentes sin tasa ni medida.

—A mí me gusta ahorrar como al primero— dijo después de apurar un vaso—pero, si llega la ocasión, también me sé gastar en un día cincuenta duros con los amigos.

Dos horas después se preparaba la gente joven á tomar por asalto el cuarto de los novios y servirles el chocolate en el mismo tálamo nupcial, según uso y costumbre del país, á ciencia y paciencia de los desposados.

A la misma hora exclamaba Julia impaciente y febril desde su lecho:

—Mamá...

—¿Qué quieres, hija de mi alma?—contestaba doña Rufina que tampoco podía conciliar el sueño y pasaba las horas hablando mano á mano con su Dios y casi casi exigiéndole cuentas porque consentía que el de la Retora se refocilase con tantas satisfacciones y bienandanzas.

—¿Siguen disparando?—preguntaba Julia con voz quejumbrosa.

—No, hija, por Dios: ¿cómo quieres que disparen á estas horas?

—Pues yo no sé qué es esto, pero toda la noche me parece que oigo tiros dentro de mi cabeza y hasta creo percibir algunas veces el resplandor de los fogonazos.

XXVIII

Con su camisa de rayas azules, los brazos al aire, tiznado el broncíneo rostro, los cabellos como un bardal y la colilla del cigarro en la boca, hallábase el herrero en uno de los últimos días de Marzo, ó sea tres meses después de la boda, en su lóbrego taller, unas veces tirando de la cadena del fuelle, cuyos resoplidos hacían chisporrotear el carbón de la fragua, y otras veces soldando sobre el yunque, á fuerza de martillazos, el candente hierro de pesado azadón con sonoras y acompasadas vibraciones metálicas.

Sentados en la puerta de la herrería y al abrigo del cierzo, que aquella tarde soplaba con honores de huracán, trabajaban á la misma hora, una con la calceta y otra con la rueca, la mujer del herrero y la de Gilotes. Mucha destreza y habilidad demostraban, ésta manejando el huso y aquélla las agujas, y con no menos soltura y desenfado movían las dos sus lenguas aceradas y picoteras para cebarlas en el abundante y sabrosísimo pasto de la piel del prójimo.

La emprendieron con el Cura cuando salió de

su casa, inmediata á la herrería, á dar un paseo por las afueras.

—Mialo—dijo la herrera,—ya se ha ganao el jornal y sin miaja de sudores... ¡Recristina! Milagro que se ponga gordo y lucido.

—¡Mia qué tonta!—replicó la otra;—que llueva ú que apedregue, haga buen día ú lo haga malo, pa los Curas no hay malas cosechas.

—Arrepara en el manteo—murmuró la herrera,—con más lamparones que un mandil de coger olivas... Por más que al hombre no hay que tocarlo, sino á la chandra de la casera... También es poco punto de mujer el permitir que su amo salga á la calle tan zaforoso y empringau.

Humedeció la de Gilotes con la lengua las briznas que arrancaba del copo del estambre, hizo girar el huso con vertiginosa rapidez, impulsado por el dedo índice y el de corazón de la mano derecha, y repuso mientras se retorcía el hilo:

—Poco le importan á ella las manchas del manteo; más cuidiau tiene de comer y de beber... y de amontonar pesetas.

Sonrió la herrera y agregó con tono burlón mientras hurgaba debajo de la rosca de su peinado con una aguja de la calceta:—Como que pa ella son los responsos y las misas, según dice la gente... Y sin saber latines ni jota de bendiciones... ¡Esa sí que es ganga... recristina!...

A la ventana de una casucha de enfrente se asomó en aquel momento Malena, la mujer de Cisclo el alguacil, y sin dar las buenas tardes ni

decír. ¡agua va!, arrojó la de una artesa en medio del arroyo y cerró el postigo.

Si cualquier otra vecina se hubiese propasado á tamaña insolencia y falta de urbanidad, á fe que no se retira sin llevarse otra rociada de palabras mal sonantes; pero á Malena la temían y respetaban todas porque no había otra en Escuarve tan *alborotona* y escandalosa para disputar, ni tan ligera de manos para reñir.

Unicamente la de Gilotes murmuró al oído de su compañera:

—¿Has visto qué cochina y qué pocos modos de mujer?

—Déjala—agregó la otra—que de tanto cudiar la dula se le apega el trato de las bestias.

—No sé por qué m'hi detuvido la lengua... ¿Si le paicerá que semos todas como su marido?... Pus conmigo se entivoca, porque yo no me dejo avasallar de naide.

Aquí se interrumpió el diálogo otra vez, porque vieron que se acercaba por el extremo opuesto de la calle la mujer de Lorencico, la cual con su inalterable gravedad, adusto ceño y cara de pocos amigos, refunfuñó al pasar por la herrería:

—Buenas tardes.

—Buenas las tengas— contestaron las dos siguiéndola con las miradas hasta que dobló la esquina. Se volvió entonces María Antonia á la de Gilotes y acelerando el meneo de las agujas que semejaban al chocar, los golpecitos del minutero de un reloj, dijo con ironía:

—¡Anda y qué soberana! Todo porque tiene cuatro riales.

—Pa lo que le sirven...

—También es verdá. ¡Vaya unos ricos! Ni saben darse buena vida, ni hacerse querer de las gentes.

—La muy... no sé qué decirle—interrumpió la de Gilotes con enfado.—Mató el cerdo la víspera de San José y esta es la fecha que no ha sabido mandarme dos morcillas de presente, después que semos vecinas desde nuestro nacimiento.

—Y ahora que me acuerdo—dijo la herrera interrumpiendo su labor—¿no sabes lo que se corre por el lugar?

—¿El qué?

Y con acento misterioso y voz casi imperceptible prosiguió aquélla:

—Que le han prestau trescientos duros á la señora, refirmándolos en las *dembas* del Cajico.

—¿Los del tuerto?—preguntó la otra con cara de espanto.

—Sí.

—¿A la siñora?

—Sí, mujer, á la siñora.

—¡Ave María purísima!!

—¡Ah Raimunda!.... da muchas güeltas el mundo.

—¡Y tanto que las dá!—añadió la de Gilotes. ¡Quién se lo había de haber dicho á su mercé! ¡Tanto alabarse de buen gubierno pa la casa! ¡Vaya una amenistración!... ¿Sabes lo que te

digo? que si algunas mujeres vivieran como nosotras con el pan nuestro de cada día, no las alcontraban ni las ratas.

—Y muy alto puedes decirlo—corroboró María-Antonia con acento de superioridad.—¡Recristina! un patrimonio de tantas raíces y acabar con todo!... ¿y por qué?... por cosa; por el argullo de decir: «semos los Torralbas, los primeriços del Somontano».

—Pues á mí ya me tiene hasta aquí,—dijo la de Gilotes señalando á la frente con el huso.—El día de las almas pasó cuentas el hombre de sus jornales y del salario de los chicos; le alcancemos dos onzas y media y esta es la fecha que aún corren los alcances.

—¿Pues y nosotros?—se apresuró á replicar la otra—Dos veces le hemos presentau la cuenta de la herrería, que pasa de seis duros, y con una fanega de trigo y un cuartal de judías nos ha tapau la boca después de muchos ruegos.

—Si no por el infeliz de mi marido, que tiene á esa casa más ley que á su propia sangre, te aseguro que cogía el cuadro del siñor Obispo á cuenta de las dos onzas y media y lo colgaba en la chaminera de mi cocina.

Se acercó en esto la mujer del tío Mazurca y parándose en medio del arroyo, les preguntó con acento de admiración.

—¿Vusotras aquí?

—¿Ande quiés que estemos?—le contestaron.

—Pero ¡qué! ¿no sabis la novedá?

—Cuála?—insistió á su vez Raimunda con ademán impaciente.

—Pues... lo que todas nos fegurábamos. Que la señorita se muere á la hora menos pensada. Acabo de hablar con el médico y me ha dicho que la hinchazón de las piernas y los ahogos que le dan desde antiayer son muy malas señales. A la siñora la ha prevenido pa que no se lleve dengún chasco, respetive á la vida de su hija... y, en fin, que si mañana ó al otro no la encuentra más asosegada mandará que le amenistren á Nuestro Siñor.

Aunque la herrera, la de Gilotes y demás vecinas, auguraban funesto desenlace respecto á la enfermedad de Julia, faltábales aún para lamentar la desgracia como era de rigor, tratándose de su señora, el pesimista fallo del galeno. Al conocerlo por conducto tan autorizado y fidedigno, sin pedir ni esperar á más detalles se lanzaron una en pos de otra y á más andar, en dirección á la casa de doña Rufina.

—¡¡Vírgen Santa de Aragüés!!—gritaba la herrera.

—¡San Martín glorioso!—repetía la de Gilotes.

—¡Ah! ¡probecica, infeliz! ¡tan güena y tan caritativa!—decía aquélla.

—¡Lo que semos en este mundo!—agregaba esta otra.

Y, así, haciendo tristes comentarios sobre lo efímero y deleznable de la vida, acompañados de ayes, lamentos y otras muestras inequívocas de dolor, atravesaron la plaza de la Iglesia.

Al llegar al patio de la casa advirtieron en las habitaciones desusado movimiento de gente, pues, conocida de todos la sentencia del doctor, se apresuraban á preguntar por el estado de la enferma y á ofrecerse á la familia su persona y sus servicios.

Por un titánico y supremo esfuerzo de voluntad, mostrábase doña Rufina tranquila, indiferente y hasta risueña junto al lecho de Julia; pero mil y mil pensamientos á cual más tristes y desconsoladores se agitaban en su mente y herían su alma con dolor pungitivo y lacerante.

No pasó inadvertido para Julia aquel inusitado entrar y salir en la alcoba, de mujerucas que la miraban con extraña curiosidad, le hacían mil preguntas á cual más impertinentes é indiscretas, oyéndolas después cuchichear en la habitacion y en los pasillos. Un vago presentimiento, un miedo horrible invadía su alma al observar aquellos semblantes compungidos y aquellas miradas de fatídicos augurios.

Su espíritu se revelaba con inconsciente y poderoso orgasmo á morir y abandonar el mundo en lo mejor de la edad, como protesta, de aquella vida estéril y en la que sólo había recogido desengaños y contrariedades.

—¡Mamá! —decía con acento apagado y trémulo —¿qué ha dicho el médico...? ¿que voy á morir?

—No, hija de mi alma... todo lo contrario: que estás mucho mejor.

—Usted me engaña, lo conozco como si leyera

sus pensamientos... y, además hace poco oí que decían en la sala no sé qué de confesión... y claro no podía ser más que por mí.

—Te equivocas, se referían, sin duda, á que pasado mañana es la Virgen de los Dolores y desea mosén Miguel que te confieses en día tan señalado.

Bien, hubiera querido dar crédito Julia á las palabras de su madre, pero los suspiros y siseos de la gente, la gravedad de los rostros, las miradas compasivas, el tíbio ambiente que respiraba saturado con el aroma de pócimas y jarabes y el cierzo con sus agudos lamentos al colarse por las rendijas del balcón, todo ello formaba á los ojos de la enferma un cuadro triste, sombrío y lúgubre que parecía anunciarle su próximo fin.

En aquel confuso tropel de negros pesimismos se acordaba algunas veces de Pablo, cuya imagen se esforzaba Julia por ahuyentar lejos de sí, como si fuese un espectro, una visión, que aumentaba sus angustias y presentimientos.

Cuando la herrera y la de Gilotes llegaron á casa de doña Rufina, se encontraron en el paso inmediato á la escalera á Lorencico, al sastre y su hija y á dos ó tres mujeres más, en muy animada y al parecer interesante conferencia. Pronto se enteraron del tema que allí se dilucidaba que no era otro, sino la conveniencia y hasta la necesidad de que Puértolas, el curandero, visitase á la enferma, porque públicas y notorias eran las maravillosas curas que aquél había obrado en todos los pueblos de la comarca.

—Que me lo digan á mí, cuando se me puso aquella pena en el estómago—indicó Lorencico.

—Si no me vesito con él, ya hace días que estaría en el fosal.

—Pues, ¿y yo—añadió la de Gilotes—cuando me caí del burro y me rompí la paletilla?

—¿Y cuando á mí—interrumpió el sastre—se me rebitiaron los ojos de tanto coser de noche?...

Se acercó doña Rufina al grupo en aquel momento, porque de cuándo en cuándo se veía precisada á salir de la alcoba de su hija para desahogar en lágrimas el dolor que la torturaba. Antes que los demás se adelantasen á prodigarle frases de consuelo, tomó la palabra María-Antonia y como resumen de cuanto habían hablado, dijo á la señora:

—De aquí no se puede pasar. Puesto que el médico pinta el caso tan de remate, no hay más remedio que avisar á Puértolas. Todos los presentes pensamos lo mismo y, si me apura, todas las personas del lugar. Ya sabe usté que ese hombre entiende de enfermedades más que todos los médicos; y sólo pá que la gente no tenga qué dicir, debe hacer que la vesite mañana mismo.

Todos asintieron y aprobaron las indicaciones y consejos de la herrera, en especial Lorencico, que las reforzó con las siguientes palabras:

—¡Ese hombre da gusto!, ¡rediosla! Sólo receta medicinas caseras, sin miaja de jarabes de botica; y aunque dimpués se muera uno, ya sabe uno, lo que ha metido en el cuerpo.

No vaciló un instante doña Rufina. En su ánimo desesperanzado y afligido penetraron aquellos consejos como último rayo de luz, no porque juzgase á Puértolas una eminencia ó un habilísimo restaurador del organismo humano, sino porque en todo aquello veía algo de prodigioso y sobrenatural. ¡Quién sabe! acaso Dios quisiera valerse de aquel hombre, sin ciencia y sin estudio, para curar á Julia y hacer más visible su decidida protección á los Torralbas; y, sobre todo, en aquel estado de desaliento y de aflicción hallábase dispuesta á seguir cualquier consejo por absurdo y anómalo que pareciese, aunque no lo era para doña Rufina el de avisar á Puértolas porque, al fin y al cabo, oyendo hablar de mal *dau* ó mal de ojo, brujas, adivinos, curanderos, y en aquella atmósfera de superstición é ignorancia había vivido desde que nació.

Pocos momentos después partía un mozo de labranza en dirección á Torrellas y el sastre, Lorencico, la herrera y demás consejeros respiraban satisfechos como el que alivia de un grave peso la conciencia.

XXVIII

A la mañana siguiente, caballero sobre un rocín de pelo hirsuto, entraba Puértolas en el patio de casa de doña Rufina precedido del espolique. Salió ésta y las mujeres que con ella estaban al encuentro del insigne curandero, ávidas de contemplar y admirar á hombre que gozaba de tan raro privilegio, pues nadie ignora en el país que el arte de curar hállase vinculado en los Puértolas como una gracia divina, como dón infuso concedido, siglos hace, por un Santo al progenitor de tan afortunada dinastía.

Antiguamente, según afirman los más ancianos, esa gracia no alcanzaba á más que á curar *rompiduras* ó rupturas de los miembros y por analogía á molimientos ó luxaciones efecto de caídas, golpes ó batacazos; pero en la actualidad, merced, sin duda alguna, al progreso y cultura de los tiempos y á los adelantos de la ciencia ó á la ilimitada ratificación de aquel poder por parte del Santo dadivoso, lo cierto es, que á todas las dolencias y enfermedades del organismo humano, ya sean

crónicas ó endémicas alcanza el especial y semidivino privilegio de los Puértolas.

El de Torrellas tenía todas las trazas de un jayán ó valentón. Alto, fornido, ancho de espaldas, de cabello recio y gris, de color trigueño el semblante que traía muy rapado, de cejas muy pobladas, que velaban dos ojos negros de mirar altanero y desdeñoso y de labios finos, delgados y ligeramente contraídos, que le daban al conjunto de su fisonomía, expresión antipática y vulgar.

Vestía pantalón y chaqueta de pana color gris obscuro, faja negra sobre la que se destacaba gruesa y plateada cadena de reloj, gorra de piel y recios borceguíes.

Saludó lo más cortesmente que pudo á la señora de la casa y á las demás mujeres, y pasó después á la cocina, donde tenía dispuesto el almuerzo, no muy variado, pero sí substancioso y abundante. Con la apacible tranquilidad y cachaza de un reverendo padre provincial hizo los honores al convite y, más aún, al porrón rebosante de morapio. Acabado el refrigerio se bebió dos copas de aguardiente, encendió un puro de á perra chica y, lanzando densas y pestilentes bocanadas de humo, se dirigió á la alcoba de la enferma.

Julia, que ya le esperaba con impaciencia, se alegró viéndole á su lado. Mil y mil veces había oído ensalzar y encarecer la pericia y el acierto de aquel inconsciente doctor, y de él esperaba con fe ciega la salud y la vida.

Quedóse Puértolas junto al lecho con el puro

en la boca, los brazos cruzados y fija su mirada en la paciente, en medio del sepulcral silencio y de la espectación del concurso, que ansioso le contemplaba. Pasados breves minutos, en aquella actitud de rigidez y gravedad, se retiró de la alcoba sin tomar el pulso de la enferma, ni auscultarla, ni dirigir pregunta alguna acerca de los síntomas y curso de la dolencia. Ahí estaba precisamente el mérito de aquel hombre singular, en que diagnosticaba por intuición y al primer golpe de vista. Ninguno se inquieta, ni alarma, ni desconfía de tan certero y perspicaz ojo clínico; antes al contrario, esa es la causa principal del entusiasmo, rayano en mística veneración, que todos le profesan y la confianza ilimitada que á todos inspira.

—Señora,—dijo el curandero á doña Rufina con tono solemne después que salió de la alcoba.—Todo el mal de esta joven proviene de la mucha sangre que tiene consumida en el cuerpo; por lo tanto, aquí no hay más recurso que pincharle una vena... y aun así me parece que no llegamos á tiempo.

Todas las circunstantes acogieron estas palabras con satisfacción y júbilo indecibles: porque confirmaban, una vez más, la discreción y oportunidad de sus advertenciae y consejos.

—Manos á la obra—insinuó la madre desesperanzada y afligida—¡y sea lo que Dios quiera!

A los pocos minutos estaba María-Antonia en la alcoba, provista de vendas, toalla, lavamanos y

agua caliente, como mujer práctica y experimentada en apuros de aquel género. Puértolas, después de colocar dos lancetas sobre la mesilla de noche, se quitó la chaqueta y la gorra y se levantó las dos mangas de la camisa mostrando al aire sus brazos recios, musculosos y velludos. Más que á practicar una sencilla operación quirúrgica, parecía dispuesto á tirar á la barra ó á jugar un partido de pelota.

Julia no se alteró al ver tales preparativos, sino que le parecieron cosa muy natural y corriente y creyó con ingenua candidez en la bondad y eficacia del remedio.

Su madre, en tanto, hallábase postrada ante la Virgen del Pilar en la sala del Obispo, pidiendo auxilio y proteción á la excelsa Patrona en aquel trance desesperado y supremo.

Obra fué de pocos minutos el sangrarla en una mano, lavar la incisión y ajustar la venda.

—¿No le iguala las sangrías?—preguntó con visible extrañeza María-Antonia, viéndole que se bajaba las mangas de la camisa, sin repetir el pinchazo en la otra mano.

—Ya basta por hoy—contestó el curandero con cierto énfasis y autoridad.—Lo dejaremos para otro día, si vemos que no se mejora.

Salió después el curandero á la sala con el lavamanos entre las suyas y mostrándolo á cuantos le rodeaban, dijo:

—Aquí se ve si estaba yo en lo cierto.

La sangre aparecía en el fondo negra, fluida y

poco densa, efecto de la pobreza y escasez de hemoglobina y glóbulos rojos y abundancia de carburos.

Todos convinieron, en presencia de prueba tan fehaciente, en que no se habían engañado al vaticinar la consunción y podredumbre de la sangre, á la vez que se admiraban de cómo no había muerto ya la *pobrecica* con semejante peste dentro de su cuerpo.

Una duda, un temor solo, asaltaba la mente de aquellas zahoríes: si llegaba ó no á tiempo la sangría para arrancar á la enferma de las garras de la muerte.

El curandero se marchó después de cobrar sus honorarios, cuyo importe, siguiendo las tradiciones de famila dejó á la discreción y buena voluntad de la señora y allí se quedaron, tranquila y sosegada la enferma, la madre desconsolada y triste y las enfermeras satisfechas y esperanzadas.

XXIX

Como por encanto se inició la mejoría. Aquello parecía milagroso. Indudablemente el origen del mal radicaba en la sangre, porque una vez aligerada la enferma de tan pernicioso elemento al parecer, observaron todos los presentes que respiraba mejor, sin fatigas ni ahogos, que se hallaba más tranquila, más despejada y hasta locuaz, como lo probó conversando con todos los que se acercaban á su lecho.

Admiraban todos con marcado optimismo el benéfico influjo de las sangrías; sólo su madre seguía en el mismo estado de desconfianza y abatimiento, acaso porque los ojos, empañados en lágrimas, no podían mirar á su hija y la contemplaba con los del corazón.

A eso de media tarde empezó á notar un no sabía qué de vaporoso y extraño en todo cuanto la rodeaba, como si cambiase el color de los objetos y personas, haciéndose al mismo tiempo más vagos y de menos realidad. No podía darse cuenta exacta del fenómeno, pero es el caso que todo lo veía y percibía claro y distinto, mas en todo

observaba un cambio que afectaba más que á la forma á lo íntimo, á la esencia y al ser de las cosas. Hasta el mismo Pablo se le representaba en ese estado de inexplicable transformación, sin que la novedad de tales fenómenos ó espejismos de su mente produjese impresión desagradable en su ánimo.

A media noche todas las esperanzas se desvanecieron. La enferma decaía visiblemente; de cuando en cuando le acometían ataques de disnea, sudor frío inundaba su rostro, que tomaba color de cirio y perdía la flexibilidad de sus miembros, tornándose rígidos é inertes como si fuesen de un cuerpo extraño. Su espíritu parecía sumirse en lo más profundo y recóndito del sér, se apagaba su inteligencia y seguía en aumento aquella acromática visión de las personas y los objetos, como si unas y otros se hubiesen transportado á otro mundo, á otras regiones desconocidas y remotas.

Al amanecer se reaccionó algún tanto, y mosén Miguel, que en el ejercicio de su ministerio había encanecido auxiliando moribundos, vió la inminencia del peligro y quiso aprovechar aquellos instantes de mejoría para auxiliarla y confortarla con los Ultimos Sacramentos.

La ceremonia se verificó sin ostentación alguna, pues no había tiempo que perder en preparativos y en avisar de casa en casa, á todos los vecinos del pueblo, según costumbre. Únicamente entre doña Nieves, María-Antonia y la de Gilotes, colocaron junto al lecho y sobre una mesa

cubierta con blanco mantel, un crucifijo y dos velas en sus correspondientes candelabros, y después colgaron sábanas en todas las ventanas, puertas y sillas de las habitaciones por donde debía pasar el Señor, desde el patio hasta la alcoba. Tanta blancura por todas partes producía frío y tristeza, como si un sudario cubriese la casa anunciando la desolación y la muerte.

Al mismo tiempo que recibía Julia el pan espiritual con edificante y cristiana resignación, escuchaba doña Rufina las acostumbradas frases de consuelo de don Cándido, el sastre, Lorencico, el herrero y otros vecinos que llegaron al escuchar los acompasados ecos de la campanilla del Viático.

El médico se enteró aquella mañana de la visita de Puértolas con todos sus detalles y volvió grupas sin acercarse al pueblo. Era lo más que podía permitirse en señal de protesta contra semejante intrusión.

A las once de la mañana, ó sea cuatro horas después de recibir la Comunión, se inició nuevo y rápido descenso en la vida de la enferma. Su voz se debilitaba por momentos y se apagaba el brillo de sus pupilas.

—No veo—murmuró dos ó tres veces con voz casi imperceptible,—que me quiten la gasa de los ojos.

Para graduar sin duda el estado de sensibilidad é inteligencia se acercaba alguna de las circunstantes y poniendo su rostro junto al de la mori-

bunda, le preguntaba con voz fuerte y sonora:

—...¡Julia! ¡Julia!... ¿Me conoces?

Julia alzaba los párpados, oscilaban sus pupilas un instante y solía balbucear dos ó tres palabras incoherentes y faltas de sentido.

A las dos de la tarde entró en el período agónico: en su cuerpo inerte y frío no había más señales de vida que los gemidos tristes de su respiración sibilante y los acelerados movimientos del tórax.

A doña Rufina le hicieron salir de la alcoba, ó mejor dicho, la sacaron, y ella se dejó llevar en un estado tal de abatimiento, que parecían como atrofiadas todas sus facultades.

Desde que corrió la voz por Escuarve de que Julia estaba en la agonía era difícil acercarse hasta su lecho. Rodeábanlo una muralla de hombres y mujeres ávidos de contemplar aquel espectáculo, siempre nuevo y altamente sugestivo para ellos que los atraía con fuerza invencible.

El médico se había opuesto y protestado días atrás contra la aglomeración de gentes en la alcoba, diciéndoles que robaban el oxígeno á la enferma; pero todos despreciaron los mandatos del doctor por ridículos y absurdos y que, llevados á la práctica, hubieran constituído una ofensa y agravio imperdonables.

Allí apiñados en dos ó tres filas y poseídos de extraña agitación, hallábanse dispuestos á seguir en la misma actitud el día entero con tal de no perder un solo detalle de la triste escena. Un

anhelo desesperado, una ansia infinita se retrataba en todos los semblantes á medida que se aproximaba la muerte. Recordaba aquel grupo, el cuadro de Casado del Alisal, «La Campana de Huesca». Con los ojos muy abiertos, á cuyas pupilas parecía que se asomaba el alma, inmóviles y fijos en el semblante de la moribunda, todos querían ver, más que ver, penetrar aquella evolución del espíritu, desentrañar la esencia de aquel misterio, en que el sér deja de ser, abarcar y percibir con exactitud y en toda su grandeza esa millonésima de segundo, eterna pesadilla de la infeliz humanidad!

Imponente silencio reinaba en la alcoba. Los últimos rayos del sol penetraron á través de los cristales hasta besar con su pálida luz el lecho de la moribunda.

De pronto sintiéronse todos impelidos por un movimiento brusco, por una sacudida nerviosa, epiléptica. Oyéronse lamentos entrecortados y guturales, algo así como ahogados rugidos de fiera. Julia echó hacia atrás la cabeza, al mismo tiempo que abría pausadamente la boca: hizo un gesto, una mueca horrible... y murió.

Con acento de amarga decepción y lúgubre oquedad, sonaron en el mefítico y pesado ambiente de la alcoba, estas palabras:

—¡¡Ya está!!...

Dos horas más tarde, en el centro de la habitación yacía el cadáver de Julia vestida con negra mortaja. Sus dedos amarillentos, rígidos y entre-

lazados sobre el pecho, simulaban aprisionar un crucifijo de marfil. Junto á la cabecera y en un vaso lleno de aceite, flotaba una candelilla cuya mortecina luz acariciaba los mortales restos con movible y siniestra claridad.

La de Gilotes, María-Antonia y la del sastre contemplaban absortas aquel cuadro.

—Fijarus—dijo María-Antonia.—Paice que mira á Nuestro Señor como si mesmamente le fuera á decir algo.

Tenía razón. Al descansar sobre la almohada la cabeza del cadáver quedó con la barba apoyada sobre el pecho, los párpados entornados y á través de sus pupilas enteladas, parecía abismarse en la contemplación del crucifijo con miradas de arrobo misterioso y profundo, de hierática inmovilidad y de un éxtasis helador, eterno, infinito.

XXX

A las once de aquella noche andaba Pablo muy confuso por las calles del pueblo apalabrando jornaleros para cavar las viñas. Cuando llegó á la plaza, trepó por una de las rejas de la escuela frente al balcón de la sala de San José; y quedó breves instantes contemplando el cadáver, que yacía sobre el frío pavimento.

Sintióse como invadido por una ráfaga, mezcla de tristeza y miedo; saltó á tierra y se alejó diciendo para sí:

—Pobre Julia... Yo que me hubiera alegrado tanto de su suerte, ya que no pude casarme con ella. ¡Quién hubiera pensado que moriría tan pronto, aquellas noches que hablábamos en la puerta falsa!...—Y haciendo después como una especie de cierre de cuentas con todo el pasado de sus amores lanzó un suspiro y continuó: «Bien hecho está lo hecho. Tenía razón mi padre... No hubiera sido flojo el desacierto si me caso con ella... casi nada... ahora viudo y ya se sabe que un viudo no puede encontrar tan buena proporción ni tanto dote como un soltero. Cuando menos

Encarnación es mujer sana, fuerte trabajadora y... me quiere ¡vaya si me quiere! mucho más que cuando nos casamos.» Recordó entonces una confidencia que le había hecho pocos días antes. Una oleada de placer, de goce puro, y sublime acarició su alma, y terminó el soliloquio murmurando: «Siquiera que salga con bien, no le pido á Dios otra cosa.»

A la misma hora se recostó doña Rufina en su lecho, quedándose como aletargada por brutal exigencia de sus músculos quebrantados y doloridos. Cuando penetraba la luz del amanecer por los resquicios del balcón abrió los párpados con movimiento exclusivamente fisiológico y se quedó contemplando aquella melancólica y tenue claridad con indiferencia rayana en el idiotismo. Dijérase que los demás sentidos permanecían insensibles, atrofiada su inteligencia y su voluntad extinta. Ni una idea, ni un pensamiento, ni el más vago recuerdo se agitaba en su mente; y estaba despierta, tenía la conciencia de existir... pero nada más.

Lanzaron de pronto las campanas de la torre sus funerales ecos con vibraciones lentas y acompasadas; y como si hubiesen chocado los badajos contra las paredes de su cráneo, sintióse presa de estremecimiento horrible, que la hizo volver á la realidad con la violencia repentina y brusca de un explosivo.

—¡¡Hija mía!!—prorrumpió entre sollozos—¡Hija de mi alma!... ¡Muerta!...

Abandonó el lecho y después de breves momentos de lucha entre la amargura y el deseo de dar el último adiós á su hija, se encaminó á la sala de San José. Al abrir la puerta se detuvo bajo el umbral desvanecida por la realidad espantosa que contemplaban sus ojos.

Dos mujeres sentadas en el suelo en el extremo opuesto de la habitación, dormían profundamente con las cabezas apoyadas contra la pared.

Se acercó la angustiada madre hasta el cadáver de su hija, se arrodilló junto á él y aprisionando entre sus manos trémulas aquel rostro helado y amarillo, exclamó con acento que parecía salir de sus entrañas:

—¡Julia!... ¡Julia!... ¡Hija de mi corazón!... —y acercándose al oído, como si fuese á revelarle un secreto, murmuró muy quedo:—¡no has muerto... te han asesinado!... ¡Adiós hija mía! ¡hasta el cielo! —gimió después de breve pausa con infinita amargura. La besó por última vez y el contacto de aquella piel blanda y fría, pero de un frío horrible y estremecedor, la hizo retroceder con inconsciente y repulsivo movimiento de la materia.

Entró á la sala del Obispo sentándose en el sofá desfallecida y aniquilada bajo el peso de tan violentas emociones. Su mirada errante y vagabunda se detuvo en el chino, de ojos oblícuos y mirar soñoliento, que aparecía dibujado en la trama de la alfombra. Sin saber por qué simpatizaba con el caprichoso dibujo, el cual atraía sus miradas con singular complacencia, acaso, por el

contraste mudo y original entre la actitud displicente y apática de la figura y las angustias y tribulaciones que agitaban el espíritu de la noble señora en aquellos momentos.

Cerró los ojos como arrepentida de haberse distraído un instante por motivo tan ínfimo y trivial y vió alzarse con siniestros contornos en el fondo de la conciencia el problema de su vida y de su porvenir.

Al despedirse de Julia había dado también el último adiós á sus esperanzas, á sus proyectos, á su casa y hacienda, al orgullo de raza y al apellido ilustre que ostentaron cien generaciones. Todo había concluído para ella: todo le inspiraba indiferencia y desprecio.

Con la ruptura de aquel lazo, que le ligaba á la sociedad y al mundo, sintió la soledad y el abandono, y por vez primera en su agitada existencia se consideró pequeña y humilde y vencida. Pero de ese mismo vencimiento y humildad, surgió como por encanto, la grandeza de su espíritu que, libre de mundanos afectos, pasiones bastardas y materiales egoísmos, se elevaba en alas de místicos entusiasmos á las regiones de un ideal desconocido hasta entonces para doña Rufina. Con luz de pura y deslumbrante claridad sintióse iluminada y obsesa por la idea de consagrarse á Dios exclusivamente durante el resto de su vida. Para realizar aquellos anhelos de vivir tan santa vida, decidió allí mismo con propósitos firmes é inquebrantables, vender el patrimonio, la casa, los muebles,

todo cuanto poseía, pagar las deudas y con el sobrante retirarse al convento de Sigena, donde fueron Abadesas dos Torralbas.

Con inefable y cristiana resignación exclamó alzando sus ojos al cielo, todavía enrojecidos por el llanto:

—¡Oh qué felicidad en medio de tanta desgracia! Tú solo, Dios mío, serás mi consuelo y mi amor en esta vida.

Y aquel Dios semi-humano de rostro venerable y plateadas barbas que tantas veces había columbrado en las inmarcesibles alturas, le veía ahora inflamarse y extenderse por las celestes esferas en inmensas llamaradas de amor y de caridad sublimes; ya no lo contemplaba solo y aislado encima de Escuarve, sino que ahora Dios estaba en todo y todo en Dios, pareciéndole que el mundo se estremecía de místico regocijo con aquel divino contacto; más que verle lo sentía en el fondo de su alma y casi casi llegó á descubrir en Dios lo que en ÉL buscaba San Agustín «Una luz, sobre toda luz, que no ven los ojos; y una voz, sobre toda voz, que no perciben los oídos; y una dulzura, sobre toda dulzura, que no conoce el gusto, y un abrazo, sobre todo abrazo, que no siente el tacto».

Arrebatada por estos deliquios que anegaban su alma en un mar de consuelos y esperanzas y ansiosa de sumergirse para siempre en él, murmuró con seráfica actitud:

—Sí, Dios mío, corro á tu lado; lo venderé todo

y pronto... muy pronto»... Aquí se detuvo repentinamente en sus reflexiones.

Por lógico y natural enlace de las ideas, á la de vender el patrimonio se asoció la del comprador ó compradores: éstos, racionalmente pensando, tenían que ser de Escuarve, en Escuarve había cuatro ó seis propietarios que podrían adquirir pequeños trozos de tierra, pero las mejores fincas y, sobre todo, la casa, sólo uno:... el señor José.

Indecible angustia sintió doña Rufina cuando, de deducción en deducción, vinieron á estrellarse sus proyectos con aquel fatídico nombre.

Rápida fué la evolución de sus ideas debida, tal vez, á la misma fuerza del choque inesperado y brusco.

—¡No! ¡no!—repuso anonadada ante aquel obstáculo insuperable.

El recuerdo de los pasados agravios y ofensas y de las enconadas luchas que con los Avenillas había sostenido, surgió en su pecho como llamaradas de un incendio horrible y devastador.

«Ese hombre aquí—reflexionó—y su mujer y su hijo y aquella señorita que hizo su entrada triunfal en Escuarve con traje de seda y sombrero, un insulto á ella, á la señora de Torralba y á su hija, únicas que hasta la fecha se habían presentado en las calles del pueblo vestidas como las señoras de ciudad. ¡Oh no! ¡eso nunca! Pensar que los viejos con sus infamias y maldades y la joven con sus galas y cintajos se pasearían por aquellas salas

espaciosas, cuna de tantos y tan preclaros varones, era pensar en lo imposible.

Alzó su iracunda mirada hasta los retratos del Obispo y del Abad y... ¡sí! ¡no había duda! aquellos sabios y linajudos mitrados recriminaban á su sobrina con adusto semblante, porque había concebido la idea de abandonar la casa donde nacieron.

—¡No!—gimió arrepentida—¿ellos aquí, arando mis fincas y viviendo en mi casa?... ¡jamás! Yo no puedo consentir semejante profanación. Yo no puedo manchar la gloriosa fama de mis antecesores. Si tal hiciese merecería un castigo severo y ejemplar de la divina Providencia. Lucharé y trabajaré sin descanso hasta que los contemple vencidos y humillados á mis pies, y recobre mi casa su pasada grandeza y esplendor. ¡No!, no pondrán aquí sus plantas mientras yo viva. ¡Perdón si he sido débil!—exclamó dirigiendo la vista al cielo donde se le aparecía nuevamente el Dios de su teodicea.—¡Ya lo ves!—prosiguió—no puedo seguirte; ven en mi ayuda, que yo sabré defender hasta la muerte, la casa y el apellido de los Torralbas.

Barluenga (Huesca) Septiembre de 1900

ADVERTENCIA

Entre las erratas que aparecen en esta obra merecen rectificarse las siguientes:

En la página 79, línea 11, debe decir, «mil quinientos cuarenta y cinco»; en la 100, «batahola», y donde diga Mondragón, léase Monte-Aragón.

En la página 130, línea 7, después de las palabras «fabe introducir lo útil», debe decir, «que es tal nueftra malicia, que aun la virtud ha menefter valerfe contra ella de adornos que le difimulen, para que á fombra de licito divertimiento»..., etc. Así aparece en la obra titulada *Desengaños y soledades de la vida*, impresa en Zaragoza en el año 1658, de donde está copiado literalmente.